

VALENTINA HUERTAS

CON MUCHO AMOR

(y mantequilla)



*Porque a veces el amor
entra por la cocina.*

— ♥ —
• Una novela •

Porque a veces el amor entra por la cocina

Con mucho amor *(y mantequilla)*

VALENTINA HUERTAS

Con mucho amor (y mantequilla)

© 2026 Valentina Huertas

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso escrito de la autora.

Primera edición, 2026

Con mucho amor (y mantequilla)

1. [Portada interior](#)
2. [Créditos](#)
3. [1. Lo que queda del incendio](#)
4. [2. Comando abuelas](#)
5. [3. El hombre de la carpeta](#)
6. [4. Fuego cruzado](#)
7. [5. Lo que pide mi padre](#)
8. [6. Un croissant como arma](#)
9. [7. Mantequilla en la armadura](#)
10. [8. Tregua armada](#)
11. [9. La persiana atascada](#)
12. [10. La línea que no debí cruzar](#)
13. [11. Pinche a la fuerza](#)
14. [12. Doble contabilidad](#)
15. [13. Casi](#)
16. [14. La receta de Amparo](#)
17. [15. Los domingos de Pilar](#)
18. [16. Volver a la masa](#)
19. [17. La cena que no estaba en el plan](#)
20. [18. Lo que callo cuando te beso](#)
21. [19. Rendirse un poco](#)
22. [20. La tos que nadie nombra](#)
23. [21. Mantequilla al amanecer](#)
24. [22. El barrio entero](#)
25. [23. Notificación](#)
26. [24. Lo que me deja Pacita](#)
27. [25. El hijo que dice no](#)
28. [26. La calma](#)
29. [27. Pacita](#)
30. [28. Quién eres en realidad](#)
31. [29. Fuera de mi cocina](#)

- 32. [30. El fondo del pozo](#)
- 33. [31. La nota de Pacita](#)
- 34. [32. Comando abuelas, segunda parte](#)
- 35. [33. Elegir](#)
- 36. [34. Dos frentes](#)
- 37. [35. Lo que hiciste a mis espaldas](#)
- 38. [36. La jugada](#)
- 39. [37. Con mucho amor \(y mantequilla\)](#)
- 40. [38. Reconstruir](#)
- 41. [39. La reapertura](#)
- 42. [40. Las dos promesas](#)
- 43. [Los domingos en el comedor](#)

CAPÍTULO 1

Lo que queda del incendio

Mi abuela me dejó tres cosas al morir: setenta y dos metros cuadrados en Lavapiés, una cocina donde no cabían dos brazos a la vez y una deuda de cuarenta y un mil euros que, técnicamente, no era suya. Era mía. Pero como ella ya no tenía dónde caerse muerta y yo tampoco, la deuda y yo nos mudamos juntas al piso de la abuela Amparo a las dos y diez de la madrugada de un martes de octubre, arrastrando dos maletas por la corrala como quien arrastra un cadáver al que todavía le tiene cariño.

La corrala estaba a oscuras. Tres pisos de galerías de madera alrededor de un patio cuadrado, la ropa tendida convertida en fantasmas, un solo fluorescente parpadeando abajo del todo. Y, junto a ese fluorescente, una persiana metálica a medio echar de la que salía algo. Luz. Vapor. Un olor.

No quise mirar todavía. Tenía las dos manos ocupadas con las maletas y el corazón ocupado en no pensar, que es la única función que de verdad le pedía aquel mes.

Subí.

La rueda de una de las maletas chirriaba en cada peldaño, un chirrido fino y persistente, como un grillo con artritis. La corrala respondía con los suyos: la madera vieja de la galería quejándose bajo mis pies, el goteo de un grifo en algún patio interior, el murmullo enlatado de una tele encendida a deshora detrás de una persiana. Lavapiés a las dos de la madrugada no dormía; solo bajaba la voz. En la planta de Amparo (segunda, puerta del fondo, la que da al patio) me paré a recuperar el aliento y a buscar las llaves. El llavero seguía siendo el suyo: un trozo de corcho desgastado con forma de pez, hecho por mí en alguna manualidad de primaria, que ella había llevado en el bolso treinta años porque las abuelas guardan cualquier cosa con tal de que la hayas tocado tú.

Metí la llave. Costó. La cerradura de Amparo siempre costaba; había que levantar un poco la puerta con la rodilla y empujar a la vez, un gesto que mi cuerpo recordaba aunque hiciera dos años que no lo

hacía. Levanté con la rodilla. Empujé. Y la casa me recibió con su olor de siempre, que era lo último que me quedaba de ella y lo primero que me iba a deshacer.

Ajo frito incrustado en las paredes desde la posguerra. Colonia de violetas. Y por debajo, muy abajo, ese fondo dulce y tostado de azúcar que se ha quedado un punto más de la cuenta en la sartén, que era el olor de mi infancia entera y que no pensaba reconocer en voz alta porque entonces tendría que reconocer también lo demás.

Encendí la luz. Dejé las maletas. Y me quedé de pie en el recibidor de mi abuela muerta, a las dos y cuarto de la madrugada, con cuarenta y un mil euros encima y treinta y tres años de currículum que ahora cabían en una frase: la repostera que se la pegó.

—Hola, abuela —dije, a la casa vacía.

La casa, con buen criterio, no contestó.

Todo seguía igual. El hule de cuadros en la mesa camilla. El calendario de la farmacia clavado con una chincheta en marzo, el mes en que la habían ingresado. Un imán de Benidorm sujetando, en la nevera, una receta escrita de su puño y letra en el dorso de un sobre de la luz: «Bizcocho de la Reme — 3 huevos, lo que pese en azúcar, lo que pese en harina, y mantequilla, MUCHA, no seas rúcana». Las mayúsculas eran suyas. Lo de no ser rúcana también.

Aparté la vista del sobre como quien aparta la vista de un accidente. No estaba ahí para leer recetas. Estaba ahí porque era gratis.

Mi móvil vibró sobre el hule. A las dos y dieciocho de la madrugada solo te escribe el banco, que no duerme, o la gente que no debería. Era de la gente que no debería. Un mensaje de voz de Víctor, el tercero de la semana, encabezando una lista de llamadas perdidas suyas que yo coleccionaba sin abrir como otros coleccionan sellos.

Le di a reproducir. Por masoquismo, supongo, o por costumbre, que para el caso es lo mismo.

—Cande, soy yo, no me cuelgues, sé que estás escuchando esto... — Víctor tenía esa voz de locutor de documental nocturno que tan bien le funcionaba con los proveedores, con los inversores y, durante seis años, conmigo—. Solo quería decirte que lo del local no fue como tú...

Lo borré antes de saber cómo no fue. Ya me lo sabía. Lo del local fue exactamente como yo creía que había sido, con la única diferencia de que cuando una jueza lo cuente en una sentencia sonará a hechos y cuando lo cuento yo suena a rencor. Habíamos

abierto un obrador. «Migas», se llamaba, porque a Víctor le pareció monísimo y yo todavía estaba en la fase de encontrarle monísimo a Víctor. Yo ponía las manos. Él ponía la cara, la cuenta corriente común y, según supe tarde, una segunda cuenta que solo ponía él. Dieciocho meses después yo tenía un obrador precioso, una clientela fiel, dos premios provinciales de panadería artesana y la firma puesta como avalista en todo lo que él había decidido firmar a mi nombre mientras yo laminaba a las cinco de la mañana convencida de que aquello era amor y era también, de paso, un plan de pensiones.

No lo era. Era una manga pastelera con un agujero. Todo lo que metías por arriba salía por el lado equivocado.

Me senté en la silla de la camilla, que crujió igual que crujía con el peso de Amparo, y miré la cocina de mi abuela desde la puerta. Era diminuta. Un fogón de tres, una encimera de granito de imitación, un horno tan viejo que abría la puerta como si te hiciera un favor. En aquella cocina ridícula yo había aprendido a montar claras antes que a montar en bici. Y desde aquella cocina ridícula, ahora, me llegaba el dato más absurdo de la noche: alguien, en algún piso de aquella corrala, estaba cocinando.

Lo olí antes de creérmelo. Cocido. Garbanzo, hueso, pringá, ese vaho denso que tarda horas y horas en hacerse y que no se le ocurre a nadie poner a las dos y media de la madrugada. Venía de abajo. Venía de la persiana metálica del patio, la del fluorescente, la que no había querido mirar.

Y con el olor venían las voces.

—...que te digo yo que el punto de sal lo tiene, Reme, no le echas más.

—Le falta.

—No le falta, que lo has probado tú con esa lengua que ya no distingue un caldo de una fregona...

—La que no distingue eres tú, que le pusiste laurel al arroz con leche en Nochebuena y nos lo comimos por educación.

—¡Una vez! ¡Una vez en cincuenta años!

Una cuarta voz, más fina, zanjó por encima de las otras tres con la autoridad serena de quien lleva ganadas todas las discusiones de la última década:

—Niñas. El cocido es de Reme. La sal la pone Reme. Y la que no esté de acuerdo, que abra su propio comedor.

Risas. El golpe de una tapadera contra el borde de la olla.

—Pues como alguna abra su propio comedor —dijo una quinta voz, más áspera, desde algún rincón—, que se lleve también al del butano y a Hacienda, que el lío de los papeles me lo como yo solita.

—No empieces con los papeles a estas horas, Encarna.

—A estas horas y a todas. Que muy bonito todo, pero la bombona no la paga el cariño.

—Anda, calla y prueba, que se te va a enfriar.

Una pausa. El roce de una cuchara contra el borde de un plato.

—...Está bueno.

—Pues claro que está bueno. Lo he hecho yo.

Más risas. El chirrido de unas sillas en un suelo de baldosa; el ruido doméstico y antiquísimo de varias mujeres recogiendo una cocina a las tantas de la madrugada como si fuera la cosa más normal del mundo. Que, para ellas, por lo visto, lo era.

Me quedé escuchando con la chaqueta todavía puesta, las maletas sin deshacer y una sensación en mitad del pecho que no era hambre, aunque se le parecía mucho. Mi abuela me había hablado de ellas. De «las del bajo», de «las mujeres», de un comedor que no figuraba en ningún sitio y que daba de comer a medio barrio por lo que cada uno pudiera dejar en una hucha de galletas, todo a base de cariño, ilegalidad y garbanzo. Yo, las pocas veces que vine a verla en los últimos años (pocas, y eso también lo apunto en la lista de cosas que me voy a tener que perdonar más despacio), había puesto los ojos en blanco. Un comedor de abuelas. Cuánta penita. Qué bonito. Qué de bacterias.

Ahora estaba sola en su casa, a oscuras casi, oyéndolas discutir por una cucharada de sal, y lo bonito me había salido por el lado equivocado de la manga, igual que todo, y se había convertido en otra cosa. En un nudo. En las ganas absurdas de bajar y sentarme a esa mesa y dejar que una mujer a la que no conocía me dijera que comía como un pajarito. Tenía treinta y tres años, una carrera quemada y una deuda que no me dejaba dormir, y resulta que lo único que me apetecía en el mundo a esas horas era un plato de un cocido que no era mío, hecho por unas señoras a las que no había visto la cara. El hambre, cuando llevas un mes sin tenerla, vuelve disfrazada de cualquier cosa.

No bajé. Por supuesto que no bajé. Bajar significaba explicar quién era, y explicar quién era significaba decir en voz alta el resumen, y el resumen me lo sabía de memoria y no tenía ninguna

gana de estrenarlo a las dos y media con cinco desconocidas. Yo había venido a Lavapiés con un plan de tres puntos, y el plan era bueno precisamente porque no incluía sentarse a ninguna mesa.

Punto uno: pagar la deuda. Trabajar de lo que fuera (de cajera, de teleoperadora, de probadora de colchones, de cualquier cosa que no oliera a levadura) hasta devolver hasta el último euro que Víctor había firmado con mi nombre.

Punto dos (lo dije en voz alta, a la cocina vacía, levantando dos dedos como una jueza de mi propio juicio, porque algunas promesas, si no las pronuncias, no cuentan): no volver a meter las manos en una masa por dinero. Nunca más. Que la repostería se quedara donde la había dejado, debajo de los escombros de «Migas», con los dos premios provinciales y la versión de mí que todavía creía que hornear para alguien era una forma de quererlo y no una forma de que te dejaran a deber.

Punto tres, el más fácil de todos, el que ni siquiera hacía falta jurar porque venía de fábrica con los otros dos:

—Y no volver a querer a nadie que sepa lo que es una manga pastelera —dije.

Bajé los dedos. Me sentí ridícula y a la vez extrañamente aliviada, como quien firma el alta voluntaria de un hospital en el que estaba bastante a gusto.

Tres puntos. Limpios. Auditables. Una receta sin grumos, por una vez.

Fui deshaciendo la maleta grande en la habitación de Amparo, que olía a su armario y a naftalina y a las pastillas de jabón Lagarto que guardaba entre las sábanas, porque mi abuela combatía la humedad de Madrid con la misma fe con la que otra gente combate el pecado. En el cajón de la mesilla había unas gafas de leer, un rosario, una caja de polvorones de hacía dos navidades sin abrir y, doblado en cuatro, un recorte de periódico con mi cara: la reseña de cuando «Migas» ganó el primero de los dos premios, recortado con tijeras de costura y guardado como se guarda un cromo de la suerte. Las abuelas guardan polvorones para una ocasión especial que nunca llega porque, para ellas, la ocasión especial eres tú, y tú vienes poco. Y guardan tus éxitos en un cajón con la misma terquedad con la que tú, ahora, guardas en el móvil las llamadas que no piensas devolver.

Cerré el cajón. Esa fue, de toda la noche, la única vez que estuve a punto.

Me tragué lo que fuera que se me subía (porque llorar tampoco estaba en los tres puntos) y volví a la cocina a buscar un vaso de agua, y entonces los oí subir.

Pasos. En la escalera de madera de la corrala. Lentos, pesados, acompasados, varios pares de pies subiendo despacio a una hora a la que en aquella ciudad solo subía la policía, la desgracia o la gente que se equivoca de puerta. Conté tres pares. Quizá cuatro. Subían hacia el segundo. Subían, ahora ya no había duda, hacia el fondo. Hacia mí.

Me quedé muy quieta en mitad de la cocina de mi abuela muerta, con el vaso vacío en la mano, repasando mentalmente la lista de personas que en todo el planeta podían llamar a mi puerta a las dos y media de la madrugada de mi primer día en Lavapiés.

La lista estaba vacía. Esa era, más o menos, toda la idea de haber venido.

Los pasos se detuvieron al otro lado. Hubo un cuchicheo. Un «calla, que la vas a asustar» y un «asustarla, dice, si es la nieta de la Amparo, esta no se asusta de nada». Y luego, contra la madera vieja de la puerta, sonaron tres golpes secos, decididos, de nudillos que llevaban ochenta años llamando a puertas y no pensaban empezar a pedir permiso justo ahora.

Miré la puerta. Miré el vaso. Miré el sobre de la luz pegado en la nevera, con la letra de mi abuela y sus mayúsculas mandonas: «mantequilla, MUCHA, no seas rácana».

Y, por primera vez en cuarenta y un mil euros, casi me reí.

Fui a abrir.

CAPÍTULO 2

Comando abuelas

Abrí la puerta esperando una desgracia y me encontré con tres.

La primera me sacaba una cabeza y el doble de envergadura. Llevaba un delantal de flores manchado de azafrán y empuñaba una cuchara de palo del tamaño de un remo, que no soltó en toda la noche, como si fuera un cetro o un arma según hiciera falta.

—¿Tú eres la nieta de la Amparo? —No era una pregunta. Era un censo.

—Soy...

—Es —zanjó, y me apartó de mi propia puerta con el dorso de la cuchara—. Tiene la nariz de su abuela. Pasad.

—Esta es mi casa —dije.

—Pues por eso pasamos, hija. Sería raro pasar a la del vecino.

Y pasaron. Detrás de la mujer-remo entró una segunda, bajita, con el pelo teñido de un caoba que no existe en la naturaleza, los dedos cargados de anillos y una voz rota de cincuenta años de tabaco que llenó el recibidor de mi abuela sin esfuerzo.

—Madre mía, hija, qué flaca estás. ¿Esto es lo que comen en... dónde decías que vivías?

—No lo he dicho.

—Por eso lo pregunto. —Me guiñó un ojo y olía a Maderas de Oriente y a Ducados, a partes iguales—. Carmina. Y la grandullona es la Reme, que muerde menos de lo que parece. Un poco menos.

La tercera fue la última en entrar y la primera que me miró de verdad. Era menudísima, casi transparente, con unas gafas que le comían media cara y una rebecca abrochada hasta arriba, y posó en mí una mirada dulce y lenta que me revisó de los pies a la cabeza como quien tasa una joya en un escaparate.

—Qué guapa —dijo, con una sonrisa de algodón—. Y qué ojeras. ¿Tienes novio?

—Pacita —cortó Reme—. Que acaba de llegar.

—Por eso, mujer. Por ir adelantando. —Pacita me dio unas palmaditas en el brazo con una mano que pesaba lo que un pájaro—.

No es por nada, criatura. Es por tener el cuadro.

Tres mujeres de más de setenta años en el recibidor de mi abuela muerta a las dos y media de la madrugada, una con una cuchara como un remo, otra oliendo a tabaco fino y la tercera ya planificándome la vida sentimental. Llevaba doce horas de mudanza, cuarenta y un mil euros encima y exactamente cero ganas de aquello.

—Mirad —dije—, sois muy amables, pero es tardísimo y estoy reventada, así que...

—Estás reventada porque no has comido —decretó Reme, y dio media vuelta hacia la escalera blandiendo la cuchara como un sargento—. Abajo. El puchero todavía está caliente.

—No voy a bajar a ningún sitio a las...

—Carmina, coge a la niña.

Carmina me cogió.

Bajé.

* * *

El bajo de la corrala no era lo que yo había decidido que era desde la barrera del desprecio.

Era largo y estrecho, encalado, con dos mesas corridas cubiertas de hule a cuadros y bancos a los lados, una cocina al fondo presidida por una olla del tamaño de un caldero de bruja y, en la pared, un corcho enorme erizado de papelitos: nombres, días, números de portal. Una lista. Larga. Encima del corcho, una vieja caja metálica de galletas danesas, abollada, con una ranura recortada a navaja en la tapa.

El sitio olía a guiso de cien años y a lejía reciente, esa mezcla imposible de las cocinas que no paran nunca. Hacía calor. En una radio, muy bajita, un programa de madrugada hablaba solo para nadie.

Y, repartidas por las paredes, fotos. Decenas. Bodas en blanco y negro, comuniones, mujeres jóvenes con delantal riéndose junto a esa misma olla en años que ya no existen. En una de ellas, casi sin querer, reconocí a mi abuela. Joven. Con harina en la mejilla y la boca abierta de risa, abrazada a otra mujer ancha que solo podía ser una Reme de hacía cuarenta años.

Aparté la vista. Otra vez. Empezaba a tener un tic.

—Siéntate, anda —me llegó una voz nueva, grave y aterciopelada, desde el banco del fondo.

La cuarta mujer era alta y se mantenía recta como un mástil. Pentalabios rojo a las tres de la mañana, un pañuelo de seda al cuello, pendientes largos, una copita de vermut en la mano con la naturalidad de quien la ha tenido toda la vida. Me miró por encima de las gafas con un interés teatral, casi de palco.

—Conque tú eres la repostera. —Le dio un sorbo al vermut—. Lola. Yo antes cantaba. Ahora hago los postres, que es lo mismo pero sin aplausos. —Suspiró con una elegancia que ensayaba desde 1970—. A mí los hombres con las manos demasiado limpias nunca me dieron nada bueno, pero esa es otra historia.

—Lola, no empieces con tus historias, que la asustas —dijo la quinta.

A esta la reconocí antes de verla. La voz áspera de la madrugada, la de los papeles y el butano. Estaba de pie junto al corcho, con las gafas colgando de una cadenita sobre el pecho, los brazos cruzados sobre una libreta de tapas hule que sujetaba como si fuera una pistola, y me miraba con la cara del que ya ha decidido que vas a darle problemas.

—Encarna —dijo, sin tenderme la mano—. Llevo las cuentas. Y aviso desde ya: como vengas a comer, apuntas en la hucha lo que puedas, que aquí no se come de gorra. Tu abuela era la primera en ponerlo.

—No vengo a comer —dije.

—Eso decís todas la primera noche.

Reme me plantó delante un plato de cocido que pesaba como una losa: garbanzo, repollo, chorizo, una pringá oscura y brillante, todo humeando. Me senté. No porque quisiera. Me senté porque, entre cinco contra una y un plato así, la dignidad puede esperar a mañana.

Comí. Y fue una traición de mi propio cuerpo, porque estaba bueno. Estaba bueno de una manera antigua, contundente, sin trucos, el garbanzo cremoso por dentro y el caldo con ese fondo redondo que solo da el tiempo. Mi cabeza, que no había aprendido a callarse ni en la ruina, lo desmontó sin permiso: caldo de hueso de jamón, un toque de pimentón en la pringá, el repollo rehogado aparte para que no amargara. Oficio. Mucho oficio.

—¿Qué le has puesto? —pregunté, con la boca medio llena, antes de poder evitarlo.

—¿El secreto? —Reme se limpió las manos en el delantal, muy digna—. Con mucho amor... y mantequilla.

Solté la cuchara.

—En el cocido no se echa mantequilla.

—En todo se echa mantequilla, hija.

—Que no. Que el cocido lleva tocino, lleva hueso, lleva...

—Y el que diga que no se le echa mantequilla a la vida —me cortó Reme, señalándome con la cuchara de palo como quien dicta sentencia— es que no ha querido bien a nadie. Come.

Carmina se rio con su risa rota, Lola levantó la copita en un brindis silencioso y Pacita me dio otra palmadita, encantada, como si acabara de ver algo que llevaba esperando toda la noche. No tenía ni idea de qué. Yo seguí comiendo porque era la única manera de no contestar.

—Bueno, niña, cuéntanos. —Carmina se acodó en la mesa con los ojos brillándole de curiosidad—. ¿Qué hace la nieta de la Amparo apareciendo en mitad de la noche con dos maletas y cara de funeral? Algo ha pasado. ¿Un hombre?

—Carmina —dijo Reme.

—¿Qué? Si lo pienso, lo digo.

—Ya. Es que lo piensas todo.

—No ha pasado nada —dije—. Me he mudado. Punto.

—Ajá. —Carmina no se lo creyó ni medio segundo, pero tuvo la decencia de dejarlo pasar. De momento.

Lola se inclinó hacia mí con su copita.

—Da igual lo que haya pasado, hija. Aquí venimos todas escapando de algo. —Señaló con la barbilla el corcho de los nombres—. La mitad de ese tablón son personas que un día se quedaron solas y no tenían dónde sentarse a comer caliente. Así que comen aquí.

—¿Y pagan? —pregunté, porque la repostera arruinada que llevaba dentro no sabía hablar de otra cosa que no fueran números.

—Pagan lo que pueden en la caja —dijo Encarna, y dio una palmada seca sobre la lata de galletas—. El que tiene, deja. El que no tiene, no deja, y se calla todo el mundo. Y al que no puede ni bajar, le subimos el táper. Ese de ahí es para la Manoli del tercero, que tiene la cadera fatal y no sale de casa desde Reyes.

En una esquina de la encimera había, en efecto, un táper preparado con un nombre escrito en esparadrapo. A las tres de la mañana. Para una vecina que no podía bajar.

—Y todo esto sin licencia, claro —solté.

—Esto, oficialmente, no existe —dijo Reme, tan tranquila—. Y como no existe, no molesta a nadie. Mientras nadie de fuera venga a tocar las narices, aquí no ha pasado nada en cuarenta años.

Algo en cómo lo dijo, ese «mientras nadie de fuera venga», me sonó a casa con la puerta sin el cerrojo echado. Pero estaba demasiado cansada y demasiado llena para hacerle caso.

—Tu abuela y yo montamos esto hace cuarenta años —dijo Reme entonces, más bajo, sentándose por fin frente a mí con un crujido de banco—. Dos cocinas, una caja de galletas y mucha cara. Empezamos dando de comer a cuatro viudas y a un par de borrachos buenos del barrio. Mira ahora el corcho.

Miré el corcho sin querer mirarlo. Cuarenta nombres. Cincuenta.

—Esto era la mitad suya —añadió Reme—. Lo que pasa es que la mitad de la Amparo ahora no tiene quien la lleve.

Y me miró. Las cinco me miraron a la vez. Y entendí, de golpe y con el estómago lleno, hacia dónde iba aquella encerrona de cocido y madrugada.

—Ah, no. No, no, no. —Dejé la cuchara, esta vez a propósito—. Que yo sé por dónde vais. Yo no he venido a Lavapiés a heredar el comedor de nadie. He venido a pagar una deuda y a que me dejen en paz. Y lo de cocinar... —La frase se me atascó un segundo, porque decirla en voz alta delante de cinco testigos la volvía más verdad—. Lo de cocinar lo he dejado. No cocino. Ni para vosotras, ni para nadie, ni gratis ni cobrando. Se acabó.

—¿Una repostera que no cocina? —Carmina lo dijo como si le hubiera contado que el sol sale por el oeste—. Eso es como un cura que no reza, hija.

—Pues ya ves. Colgué el delantal.

—El delantal se cuelga —dijo Reme, mirándome fija—. Las manos no se cuelgan.

—Las mías sí.

Silencio. El primero de la noche.

Lo rompió Pacita, con su vocecita de algodón, mirándome por encima de aquellas gafas enormes con una ternura tan tranquila que daba un poco de miedo.

—Claro, criatura. Faltaría más. —Y le dio un sorbito a un café que no sé de dónde había sacado—. Nadie te ha pedido nada.

Me relajé un milímetro. Ese fue mi error.

Para cuando quise darme cuenta, Reme ya estaba llenando un táper de cristal con medio kilo de cocido, Lola me había metido en una bolsa dos magdalenas «por si te entra hambre de madrugada, que pasa» y Carmina me había apuntado el número de la corrala en la palma de la mano con un boli, «por si te pierdes, hija, que el barrio es un lío».

—El táper es de los buenos —dijo Pacita, poniéndomelo en las manos. Estaba caliente. Pesaba—. Mañana lo bajas, te tomas el café con nosotras y nos lo devuelves. ¿A que sí?

—Yo... vale. Mañana lo bajo. —Lo dije por una sola razón, que era que eran las tres de la mañana y quería que se fueran a su casa para poder llorar tranquila en la mía—. Os lo bajo y ya está.

—Ya está —repitió Pacita, dulcísima.

Y entonces cruzó con Reme una mirada rapidísima. Medio segundo. Una mirada de cazadora satisfecha.

Las acompañé a la escalera. Subieron despacio, peldaño a peldaño, riñéndose ya por otra cosa, y me dejaron en la puerta de mi abuela con un táper caliente entre las manos, dos magdalenas, un número de teléfono en la palma y la sensación nítida de haber firmado algo sin leer la letra pequeña.

Cerré. Miré el táper. De cristal, de los buenos, de los que hay que devolver.

Me habían pescado. Sin red, sin prisa y sin que me enterara hasta tener el anzuelo dentro. Como a un pez.

Y lo peor, lo que de verdad me fastidió mientras dejaba el táper en la encimera de Amparo, no fue darme cuenta de que al día siguiente iba a tener que bajar.

Fue darme cuenta de que quería.

CAPÍTULO 3

El hombre de la carpeta

Mi padre nunca me llamaba para darme los buenos días. Me llamaba para darme una finca.

—Pasa. Siéntate. —No levantó la vista de la pantalla—. ¿Café?

—No.

—Mejor. Esto es rápido.

El despacho de Ernesto Salazar ocupaba la última planta de un edificio de cristal en Azca, con todo Madrid puesto a sus pies como una maqueta que se pudiera comprar por plantas. No había una sola foto. Ni un papel fuera de sitio. Mi padre presumía de tener la mesa más limpia del sector inmobiliario, y era verdad, igual que era verdad que tenía el corazón en el mismo estado: vacío y reluciente.

Deslizó una carpeta por encima del cristal. Azul, fina, con una pegatina y una referencia catastral. Dentro: planos, una nota registral, fotos de fachada.

—Una corrala en Lavapiés —dijo—. Calle del Sombrerete. La compramos hace doce años dentro de un lote. Tres plantas, dieciséis viviendas, un bajo. Sobre el papel vale una fortuna. En la realidad no vale nada.

—¿Por qué no vale nada?

—Porque está llena de gente que paga noventa euros al mes de renta antigua y se va a morir pagándolos. —Lo dijo sin rencor, como quien describe el tiempo—. No se puede vender un edificio con dieciséis fósiles dentro. Bueno. No se podía.

Pasé las fotos. Galerías de madera alrededor de un patio cuadrado, barandillas comidas por el sol, ropa tendida, macetas. Una de esas fincas que los del barrio llaman «con encanto» y que para nosotros son un activo bloqueado: precioso, antiguo y completamente inútil mientras siga habitando alguien dentro.

—Hay un fondo —continuó mi padre—. Holandeses. Quieren la finca entera para apartamentos turísticos. La oferta es indecente. Pero la quieren vacía. Libre de inquilinos, libre de cargas, libre de

historias. Y tienen prisa: la exclusiva nos da hasta final de marzo. Cinco meses.

—Cinco meses para vaciar dieciséis casas de renta antigua —dije—. De ancianos.

—De ancianos, sí. —Por fin me miró—. ¿Eso te supone un problema?

No me supuso un problema. Hacía ocho años que vaciar edificios era, oficialmente, mi trabajo. Reposicionamiento de activos, lo llamábamos en las presentaciones. En la calle se llama de otra manera, pero en la calle también llaman a las cosas como les apetece.

Reposicionar un activo consiste, en la práctica, en convertir una casa en un problema tan lento y tan legal que la gente se va sola antes de que un juez tenga que decir nada. Cartas certificadas. Requerimientos. Obras necesarias en el peor momento. Ofertas de realojo que caducan en quince días. Nunca un grito, nunca una amenaza; mi padre detestaba el ruido. Solo papel, mucho papel, cayendo despacio sobre gente que ya no tiene fuerzas para contestarlo. Yo era muy bueno con el papel.

—No —dije—. Me supone un calendario imposible. No se echa a un señor de noventa años porque a un holandés le haga ilusión. Hace falta una causa.

Mi padre sonrió. Era la única cosa que hacía con cara de gustarle.

—Tenemos una causa.

Sacó del cajón un segundo papel, este sin membrete, las fotos hechas desde la calle con un teléfono. La persiana metálica de un bajo, medio echada. Cajas de fruta en la acera. Una pizarra con un menú escrito a tiza.

—En el bajo de esa corrala hay un restaurante —dijo—. Sin licencia. Sin alta. Sin un solo papel. Unas viejas dan de comer a medio Lavapiés en un local de uso residencial, cobran en una caja de galletas y reparten táperes a domicilio como si fuera la beneficencia. Llevan así años, a la vista de todos, porque a nadie le ha interesado mirar. —Dio un golpecito en la foto—. A nosotros nos interesa mirar.

Y ahí estaba. La palanca. Una actividad económica no declarada en una vivienda protegida es la grieta por la que entra todo lo demás: inspección, expediente, requerimiento, y la bola que empieza a rodar cuesta abajo y ya no para hasta el final de la calle. Empiezas por el bajo. Luego vienen los demás. Es ingeniería, no crueldad. Eso me decía yo.

—Quiero que vayas tú —dijo mi padre—. En persona. Que confirmes que existe, que documentos cómo funciona, quién lo lleva, cuándo, para quién. Sin ruido. Cuando tengamos el expediente bien armado, el resto cae solo. —Cerró la carpeta y me la empujó del todo—. Es lo que mejor se te da, Gabriel. Limpiar.

Cogí la carpeta. Pesaba lo que pesan estas cosas, que es nada.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí. —Volvió a la pantalla, ya despedido de mí—. No te encariñes con la fachada. Las casas no son de quien vive en ellas. Son de quien las paga.

Bajé los cuarenta y dos pisos pensando en esa frase, que era la frase con la que me había criado, y que durante treinta y seis años me había parecido sensata. Como todas las frases con las que te crías, no la había examinado nunca. No había hecho falta. Funcionaba.

* * *

Fui a Lavapiés esa misma tarde.

Aparqué lejos, como hago siempre, y bajé andando hasta la calle del Sombrerete con la carpeta bajo el brazo y los zapatos equivocados. Mi mundo es de asfalto liso y ascensores silenciosos; aquel barrio era cuesta, adoquín suelto, olor a especias de un sitio y a fritanga de otro, ropa tendida de balcón a balcón y niños jugando a algo que no entendí. Desentonaba tanto que una señora me preguntó si me había perdido. Le dije que no con una sonrisa profesional y seguí, que es lo que hago.

Llevaba ocho años en esto y tenía un método que, en el fondo, era una sola regla: no entrar. No entrar de verdad, quiero decir. Trabajar sobre plano, hablar por carta, no aprenderme los nombres. La gente a la que mueves de su casa deja de ser gente en cuanto se convierte en una referencia catastral y un número de contrato, y mi padre tenía razón en una cosa: el que se encariña con la fachada no termina el trabajo. Yo siempre lo terminaba. Por eso me lo daban a mí.

Vivía como trabajaba. Un piso en Chamberí, blanco, sin un cuadro torcido, sin una miga en la encimera, sin nada dentro que olera a haber sido cocinado por alguien que me quisiera. Me gustaba así. El orden es la única casa de la que no te pueden echar.

La corrala era idéntica a las fotos y, a la vez, no se parecía en nada. En papel era un activo. De cerca era un ser vivo. Tres alturas de galerías de madera alrededor de un patio cuadrado, la barandilla pulida por ochenta años de manos, geranios en latas de tomate, un canario cantando en algún piso y, abajo del todo, junto a un fluorescente que parpadeaba, la persiana metálica medio echada.

En el patio había dos sillas de anea y una mesa camilla cubierta con un hule a cuadros. Un gato dormía sobre una de las sillas con la seguridad del que sabe que esa casa es suya. Calculé sin querer: con el fondo holandés dentro, aquel patio sería un «espacio común reformado» con suelo de microcemento y plantas de plástico que no hay que regar, y las sillas de anea acabarían en un contenedor. Los números eran buenos. Los números siempre son buenos cuando no miras lo que tapan.

Olía a comida desde el portal. Cocido, identifiqué, aunque me costó, porque en mi casa el cocido lo hacía una empresa de catering y venía en bandejas. Cocido de verdad, de horas, denso. Y voces de mujeres por encima del puchero, discutiendo de algo con una energía que no encajaba con la imagen de fragilidad que vende uno cuando va a desahuciar a unas ancianas.

—¡Que el laurel se saca antes de servir, Reme, que se lo van a tragar!

—Pues que lo escupan, que están mayorcitos.

Risas. Una tapadera. El runrún de una radio.

—¿Le ha bajado alguien ya el táper a la Manoli del tres?

—Cuando salga el bizcocho se lo subo yo.

—Pues que no se te queme como la última vez, Lola, que aquello no era un bizcocho, era un ladrillo.

—Se me quemó una vez. Una. En cincuenta años.

—Eso mismo dijiste del arroz con leche.

Más risas. El golpe de un molde contra la encimera.

Me quedé en el patio, fuera del ángulo de la puerta, tomando nota mental como me habían pedido. Local de uso residencial. Actividad de restauración. Reparto a domicilio: junto a la entrada, en una balda, había una hilera de táperes con nombres escritos en esparadrapo, listos para subir o salir. Un sistema de cobro: por la rendija de la persiana se veía una caja de galletas vieja con una ranura. Volumen alto: aquello no daba de comer a cuatro, daba de

comer a un barrio. Todo encajaba con el informe. Todo era, técnicamente, una infracción perfecta.

Lo curioso del oficio es la facilidad con la que una cosa se convierte en otra. Una hilera de táperes con el nombre de gente que no puede bajar a comer es, según se mire, o un acto de caridad o la prueba documental de un reparto no autorizado. Yo cobraba por mirarlo de la segunda manera. Y se me daba bien.

Saqué el móvil para fotografiar la balda de los táperes (prueba del reparto, había dicho mi padre) y entonces me llegó el otro olor.

Por encima del cocido, por debajo de la radio, salió de aquella cocina una vaharada de mantequilla caliente y azúcar. Alguien estaba horneando. Un bizcocho, quizá magdalenas; algo dulce, dorándose, con esa nota tostada de la masa cuando lleva mantequilla de la buena y no margarina.

Y me paré.

No fue una decisión. Fue el cuerpo, que se adelantó a la cabeza. El olor a mantequilla y azúcar entró por algún sitio que yo tenía clausurado desde hacía mucho y, durante un segundo entero, no estuve en la calle del Sombrerete. Estuve en otra cocina, mucho más pequeña, con una ventana que daba a un patio parecido, un domingo cualquiera, unas manos enharinadas que no eran estas y una voz tarareando algo mientras esperaba a que subiera la masa.

El móvil se me quedó a medio levantar.

No. Ahí no.

Cerré aquello con la misma llave con la que lo cerraba siempre, guardé el teléfono sin hacer la foto y respiré por la boca, que es el truco para no oler. Para no oler nada. Hay olores que es mejor tratar como una infracción más: detectarlos, anotarlos y seguir. No siempre había sido tan fácil cerrar esa puerta; llevaba años practicando. Pero un olor a mantequilla y azúcar en un patio con barandilla de madera era casi hacer trampa, y me costó más de lo que pienso admitir delante de nadie.

Cuando volví a levantar la vista, había una mujer mirándome.

Estaba en el umbral del bajo, secándose las manos en un trapo, con unas gafas colgando de una cadenita y la cara de quien lleva toda la vida calculando cuánto le va a costar cada cosa. No dijo nada. Yo tampoco. Pero me miró de arriba abajo (el traje, los zapatos, la carpeta azul) y supe que me había clasificado en menos de lo que yo

tardo en abrir un expediente. Hombre de fuera. Hombre con carpeta. De los que traen problemas.

Y tenía razón, claro. Esa era la parte que no se me daba bien mirar.

Le sostuve la mirada lo justo para no parecer culpable, que es exactamente lo que parece el que aparta los ojos. Luego me di la vuelta y me fui, sin prisa, calle arriba, hacia los zapatos adecuados y el coche aparcado lejos.

En el coche abrí la carpeta y, en la primera hoja, debajo de la referencia catastral, escribí con letra pequeña y limpia todo lo que había confirmado: actividad, volumen, reparto, sistema de cobro. Una a una. Pruebas. La letra me salió perfecta, como siempre. Es lo bueno de las manos: obedecen aunque la cabeza ande despistada. Tenía cinco meses y media docena de fósiles que mover, y aquel bajo era la primera ficha de dominó.

Lo tenía todo. Misión, plazo, palanca, plan.

Lo único que no apunté, porque no había casilla para eso en ninguna carpeta de mi padre, fue que llevaba media hora respirando por la boca y que, aun así, el coche entero olía a mantequilla.

CAPÍTULO 4

Fuego cruzado

La entrevista de trabajo había durado once minutos, de los cuales el chaval gastó nueve en explicarme por qué una repostera con dos premios provinciales y un negocio quebrado no servía para reponer yogures en un supermercado. «Sobrecualificada», dijo, que es la palabra elegante para «das mal rollo». Volví a la corrala con el currículum doblado en el bolso y unas ganas de tratar con la humanidad que rondaban el cero absoluto.

Llevaba dos semanas en Lavapiés y, contra todo pronóstico, no había conseguido estar sola ni un solo día. Bajé el primer táper a la mañana siguiente, como había prometido, y de ahí ya no salí: las abuelas me habían adoptado con la misma terquedad con la que se adopta a un gato callejero, a base de comida y de no aceptarme un no. Comía abajo casi cada día. Pelaba patatas fingiendo que era un favor. Me sabía ya los nombres del corcho, las manías de cada una y cuál de las cinco había hecho qué guiso solo con olerlo. Lo único que seguía sin hacer, lo único en lo que no me habían movido, era cocinar. Las manos las llevaba bien metidas en los bolsillos, que es donde no dan problemas.

Así que cuando crucé el portal y vi el traje plantado en mitad del patio, lo primero que pensé fue: hoy no.

Era un traje caro en un sitio donde nadie lleva trajes. Gris, sin una sola arruga, con unos zapatos demasiado limpios para una calle de adoquín suelto, y un hombre dentro que miraba la fachada con una carpeta azul en la mano y la cara concentrada del que está calculando algo que no le va a contar a nadie. No era un vecino. No era un repartidor. No era nada que tuviera que estar en el patio de mi abuela a las siete de la tarde de un jueves.

—¿Buscas a alguien? —Lo dije desde la escalera, sin bajar del todo, en ese tono que reservo para los comerciales y para mi ex.

Levantó la vista. Y aquí viene la parte que me fastidia, porque la honradez obliga: era guapo. Guapo de un modo ordenado y antipático, de esos que parece que se planchan también la cara. Ojos

oscuros, mandíbula de anuncio, treinta y tantos. Justo el tipo de hombre que yo había jurado no volver a mirar, lo cual hice durante un segundo más de lo necesario antes de acordarme de que lo odiaba por principio.

Tengo una alergia muy concreta a los hombres que se visten así de bien. Víctor también se vestía bien. Víctor también tenía una voz que no subía nunca y una sonrisa distinta para cada ocasión, y ya se vio cómo acabé: con dos maletas, una deuda que no era mía y la promesa firme de no volver a fiarme de nadie capaz de hacerse un nudo de corbata decente. Así que a este lo tenía clasificado antes de que abriera la boca.

—Estoy revisando la finca —dijo. Voz tranquila, educada, de las que no suben nunca—. De parte de la propiedad. Rutina.

—Ah. Rutina. —Bajé los últimos peldaños y me planté en el patio—. ¿Y la rutina de la propiedad incluye fotografiar la persiana del bajo? Porque te he visto desde arriba.

Una pausa de medio segundo. La aprovechó para cerrar la carpeta despacio, como quien guarda una carta que no quiere que le leas.

—Incluye revisar instalaciones. Contadores, humedades, ese tipo de cosas. El bajo forma parte de la finca.

—El bajo es un trastero —mentí, con una soltura que me sorprendió hasta a mí.

—Huele a cocido para ser un trastero.

—Será del vecino.

—¿El vecino reparte táperes? —Señaló con la barbilla, sin mirar, la balda que se veía por la rendija de la persiana, esa hilera de fiambreras con nombres en esparadrapo—. Porque hay unos cuantos preparados ahí dentro.

Y ahí supe dos cosas a la vez. Una: este tío no estaba mirando contadores. Dos: yo iba a tener que ponerme muy pesada para que no mirase nada más.

—¿Tú quién eres, exactamente? —pregunté.

—Gabriel. —Lo soltó sin más, como si un nombre de pila fuera una credencial—. Llevo el tema de esta propiedad.

—¿Llevas el tema. Para quién?

—Para una gestora.

—¿Tiene nombre la gestora?

—Tiene varios. —Casi sonrió. Casi. Fue lo más cerca que estuvo de un gesto humano en toda la tarde—. ¿Y tú eres...?

—La nieta de la dueña de ese trastero que huele a cocido.

No era verdad. Amparo no había sido dueña de nada más que de setenta y dos metros y una deuda, pero sonó bien, y a mí, cuando alguien me mira por encima del hombro con un traje gris, me sale defender hasta lo que no es mío.

—Mira, Gabriel-que-lleva-el-tema —seguí, cruzándome de brazos—. Aquí no hay nada que revisar. Hay unos vecinos, una comunidad muy normal y una señora que cocina para su familia, que no es delito. Así que ya puedes ir guardando la carpeta y la rutina y los zapatos de domingo, que aquí huele a cocido porque la gente come, qué cosa más rara.

Lo miré esperando que se achantara. No se achantó. Me sostuvo la mirada con una calma de funcionario que llevaba mucho tiempo sin que le levantaran la voz, ladeó un poco la cabeza y dijo:

—Defiendes mucho un trastero para no saber de quién es.

Touché. Me fastidió tanto que casi me río.

—Y tú preguntas mucho para llevar solo «el tema».

—Es mi trabajo.

—Pues qué bonito trabajo. ¿Y se gana bien echando a la gente de su casa?

—Yo no he dicho nada de echar a nadie. —Ni un pestañeo—. He dicho contadores.

—Has dicho contadores tres veces. La gente que dice la verdad no necesita repetirla tanto.

Eso le tocó. Lo justo. Una sombra le cruzó la cara y se fue tan rápido como vino, pero ahí estuvo, y me dio una satisfacción mezquina que duró poco, porque enseguida volvió a la carga, tranquilo, imparable, como una gotera.

—¿Cuántos vecinos viven en la finca? —Lo preguntó como quien no quiere la cosa, que es justo como se pregunta lo que sí se quiere.

—Los justos.

—¿Y todos comen en el trastero?

—Comen en sus casas, como todo el mundo. ¿Tú dónde comes, en el coche?

—A veces.

—Se nota.

Anotó algo en la carpeta. No sé el qué. Pero cada vez que aquel boli se movía sobre el azul, a mí se me ponía el cuerpo en guardia, como si lo que apuntara no fueran contadores, sino nombres.

Nos quedamos ahí, los dos, midiéndonos en mitad del patio como dos gatos sobre la misma tapia, y por un instante absurdo (un instante que pienso negar bajo tortura) se me olvidó que venía de una entrevista humillante y que aquel hombre era exactamente la clase de problema con corbata que yo había venido a Lavapiés a no tener. Solo había una pulla, y la siguiente, y unos ojos oscuros aguantándome el tipo. Hacía mucho que nadie me devolvía la pelota así.

Entonces se abrió la puerta del bajo y salió la caballería.

Primero Reme, con la cuchara de palo en ristre, oliendo la bronca como se huele un guiso a punto de pegarse. Detrás, Carmina, que para los conflictos tiene un radar mejor que para las gafas. Y, cerrando, Encarna, que se ajustó las gafas de la cadenita, miró al traje de arriba abajo y lo señaló con la barbilla como quien identifica un cadáver.

—Ese es el de la carpeta del otro día —dijo—. El que andaba haciendo fotos desde la calle. Te lo dije, Reme. Los de fuera siempre vuelven.

—No vengo a molestar —dijo Gabriel.

—Los de fuera nunca vienen a molestar —contestó Encarna—. Hasta que molestan.

Reme se plantó entre él y la puerta del bajo con sus ochenta y tantos años y sus muchos kilos de autoridad, y por un momento el traje gris pareció mucho menos seguro de sí mismo.

—Mira, majo —dijo Reme, sin alzar la voz, que era lo que la hacía temible—. Esto es una comunidad de vecinos. Aquí la gente vive. Y come. Y lleva viviendo y comiendo más años que tú llevas respirando. Así que la rutina la haces desde la acera, ¿estamos?

—Ay, hijo, pero si no hay nada que esconder —terció Carmina, que no sabe estar callada ni con dinero por delante—. Que aquí no hay más que cinco viejas, una olla y un comedor para el que pasa hambre, que damos de comer a medio barrio y no le hacemos mal a...

—Carmina.

—¿Qué? Si no es ningún secreto, Reme.

—Todo es un secreto cuando viene de fuera.

En la puerta del bajo apareció Lola, secándose las manos en un paño con la dignidad de quien sale a saludar al patio de butacas. Miró a Gabriel de arriba abajo, sin ninguna prisa, y le dio un sorbo a una copita de vermut que había salido de no se sabe dónde.

—Qué chico tan elegante para venir a amargarle la merienda a unas viejas —dijo—. En mis tiempos, los que venían con esa planta a quitarte algo al menos te invitaban a cenar antes.

—Lola —dijo Reme.

—Solo digo que hay maneras.

Pero ya estaba dicho. Y Gabriel registró la palabra «comedor» sin mover un músculo, igual que se guarda una moneda en el bolsillo sin mirarla, y a mí me dio un pinchazo de algo parecido al miedo sin saber todavía a qué.

Y entonces Pacita, que no había abierto la boca, que llevaba todo el rato observándonos a Gabriel y a mí desde su metro y medio de estatura con una sonrisa de gata satisfecha, me dio un golpecito en el brazo y dijo, en un susurro que oyó hasta el canario del tercero:

—Hija, qué tensión con el muchacho. Qué tensión más bonita.

—No hay ninguna tensión, Pacita.

—La que tú digas, criatura. —Y le dedicó a Gabriel la sonrisa con la que una abuela mira a un posible yerno—. ¿Estás casado, hijo?

—¡Pacita!

—Pregunto. Por tener el cuadro.

Gabriel no contestó, pero en ese instante una vaharada salió por la puerta abierta del bajo: el cocido de fondo y, por encima, el bizcocho de la merienda que Lola tenía en el horno, mantequilla caliente y azúcar. Yo estaba mirándole la cara para disfrutar de su incomodidad, así que no se me escapó: algo se le descolocó un segundo. Un parpadeo. Como si le hubieran dado con algo blando en un sitio donde no se lo esperaba. Apenas duró nada. Volvió a ser de mármol enseguida.

Pero lo vi.

—Gracias por su tiempo —dijo entonces, de usted otra vez, recolocándose la carpeta bajo el brazo y la armadura en la cara—. Volveré para lo de los contadores.

—Aquí no hay nada que revisar —repetí.

—Eso lo decidiré yo. —Sin amenaza. Sin levantar la voz. Con la tranquilidad insoportable del que ya lo ha decidido. Me sostuvo la mirada ese segundo de más, otra vez, y se dio la vuelta y se fue, patio arriba, con sus zapatos demasiado limpios pisando el adoquín de mi abuela como si ya fuera suyo.

Las cinco nos quedamos mirando la esquina por la que desapareció.

—Insoportable —dije, por decir algo.

—Guapísimo —dijo Carmina.

—Casado no está —dijo Pacita—. No lleva anillo. Me he fijado nada más llegar.

—Pacita, ese hombre ha venido a tocar las narices, no a pedir mi mano.

—Las dos cosas no tienen por qué reñir, hija.

—Yo lo veo —dijo Carmina, encantadísima—. Esa mala leche tuya con esa cara de palo que tiene él. Os complementáis.

—Que ha venido a por nosotras, Carmina.

—Pues mejor tenerlo cerca y vigilado, ¿no?

A Encarna no le hizo ninguna gracia. Recogió su libreta del banco, se la metió bajo el brazo y dijo, sin mirar a nadie en concreto:

—A mí me da igual si está casado o soltero. A mí lo que me preocupa es la carpeta. La gente con buena planta y carpeta azul es la que más cara sale siempre.

—Tú es que lo ves todo negro —dijo Carmina.

—Yo lo veo todo en su columna. Que es distinto.

Me reí, casi sin querer, y me di la vuelta para subir a casa antes de que la tarde se torciera del todo. Pero al llegar a la escalera me giré un momento. Reme seguía en el patio, quieta, mirando todavía la esquina vacía, con la cuchara de palo apretada en la mano. No riñendo a nadie. No mandando. Solo mirando.

Y por primera vez desde que la conocía, Reme no tenía cara de ir a ganar la discusión por ser la más vieja. Tenía cara de las que, cuando vienen mal dadas, ya lo saben antes que nadie.

Subí a casa. Dejé el currículum encima de la mesa camilla de Amparo, al lado del sobre de la luz con su letra mandona, y me quedé sentada a oscuras un rato más largo del que pienso reconocer.

Esa noche dormí mal. Me dije que era por la entrevista. Pero lo que no se me iba de la cabeza, cada vez que cerraba los ojos, era una carpeta azul y un boli moviéndose encima, apuntando cosas que no eran contadores.

CAPÍTULO 5

Lo que pide mi padre

El despacho de mi padre seguía sin tener una sola foto. Lo pensé otra vez al entrar, como lo pienso siempre: cuarenta y dos plantas de cristal, todo Madrid a sus pies y ni una cara en las paredes. Como si hubiera pagado la altura precisamente para no tener que mirar a nadie de cerca.

Llegaba de mal cuerpo y me fastidiaba no saber por qué. El trayecto de subir a darle cuentas a mi padre lo había hecho cientos de veces y nunca me había costado. Aquella tarde, en cambio, traía metido en la ropa el olor de un patio que no era el suyo, unas voces de mujeres discutiendo por una hoja de laurel y la cara de una chica que me había llamado mentiroso sin saber hasta qué punto tenía razón. Me lo sacudí en el ascensor. Para cuando se abrieron las puertas, volvía a ser yo.

—¿Y bien? —Ni buenos días. Mi padre administra los saludos igual que administra todo lo demás: solo cuando dan rendimiento—. ¿Existe?

—Existe. —Dejé la carpeta azul sobre el cristal—. Comedor en el bajo. Sin licencia, sin alta, sin un papel. Dan de comer a medio barrio y reparten a domicilio. Lo lleva una mujer mayor, una tal Remedios. Hay cuatro o cinco más. Volumen alto. Llevan así cuarenta años.

—Cuarenta años. —Casi sonrió—. Cuarenta años de infracción ininterrumpida. Es casi una obra de arte.

Pasó las hojas del informe sin leerlas del todo, como quien confirma un pedido que ya conoce.

—Entonces ya tenemos por dónde empezar —dijo—. Presentas la denuncia. Entra una inspección, se levanta acta, se abre expediente. Una actividad económica ilegal en suelo residencial da de sobra para una resolución. Empezamos por el bajo; cuando el bajo cae, los de arriba entienden lo que les viene y empiezan a firmar los realojos. El dominó de siempre.

—¿Y los de arriba? —pregunté—. Hay quince viviendas más. Gente que lleva medio siglo ahí.

—Los de arriba son lo fácil. En cuanto el bajo entre en expediente, les llega una carta a cada uno recordándoles que la finca tiene actividades irregulares y que la propiedad no se hace responsable de lo que pueda pasar. La mitad se asusta y firma. La otra mitad se muere antes de marzo; a esas edades, el tiempo juega de nuestro lado. —Lo dijo sin pestañear, como quien lee el parte del tiempo—. Tú ocúpate del bajo. El bajo es la llave de todo lo demás.

—Lleva su tiempo.

—No tenemos tiempo. —Cerró la carpeta—. El fondo quiere la finca en proceso antes de Navidad. Si en enero no ven un expediente abierto, se echan atrás, y una oferta así no se repite en diez años. La entrega vacía sigue siendo para final de marzo, pero el papeleo tiene que estar rodando esta semana. No el mes que viene. Esta.

Asentí. Y entonces, en lugar de levantarme, hice algo que no estaba en el guion: seguí hablando.

—Hubo resistencia.

Levantó una ceja.

—Los vecinos. Las mujeres del comedor. No va a ser un realojo tranquilo. Esas no se van a ir por las buenas.

Mi padre se quedó callado un momento. Miró por el ventanal, hacia el Madrid de maqueta, y por una vez no contestó al instante.

—No —dijo, despacio—. Las viejas nunca se van por las buenas. No tienen adónde ir y lo saben, así que se agarran al suelo con las uñas hasta el último día. —Y entonces algo le cruzó la cara. Duró lo que dura un parpadeo, lo mismo que se me había cruzado a mí en aquel patio, y lo reconocí sin entender qué estaba reconociendo—. Por eso hay que ir rápido. Cuanto más se piensa una cosa de estas, más duele. Para todos.

Nunca le había oído decir nada parecido. Mi padre no hablaba del dolor de la gente a la que echábamos; la gente a la que echábamos no era gente, era una casilla. Aquella frase, la de que más duele para todos, se le había escapado por una rendija que yo no sabía que tuviera, y por un segundo me pregunté quién habría sido la vieja de mi padre. Pero no lo pregunté. A mi padre esas cosas no se le preguntan.

Volvió a girarse hacia mí, otra vez de hielo, como si la grieta no hubiera existido nunca.

—¿O es que ahora te dan pena?

—No —dije—. Es un edificio.

Mentí con la misma soltura con la que me había mentido la chica del patio cuando me juró que el comedor era un trastero. Y por primera vez en ocho años, al oírme decir «es un edificio», no me lo terminé de creer.

—Mejor. —Volvió a la pantalla, ya despidiéndome—. Porque el día que te den pena dejarás de servirme, y entonces tendré que mandar a alguien que lo haga peor que tú. —Una pausa—. Las casas no son de quien vive en ellas, Gabriel. Eso lo aprendiste de pequeño.

—Lo aprendí de pequeño —repetí.

Lo que no dije, porque esas cosas no se le dicen a mi padre, fue que aquella tarde, por primera vez, la frase me había sonado a mentira.

* * *

Esa noche, en mi piso de Chamberí (blanco, en orden, sin una miga en la encimera, sin nada dentro que oliera a haber sido cocinado por alguien que me quisiera), abrí el portátil para empezar a redactar la denuncia.

Y no pude.

Llevaba treinta años sin permitirme pensar en aquello. Lo tenía tapiado, con obra y todo. Pero el olor de aquel patio (el cocido y, por encima, la mantequilla y el azúcar) había abierto una puerta que yo daba por clausurada para siempre, y ya no había manera de volver a cerrarla.

Mi abuela se llamaba Pilar.

Vivía en una corrala. No en Lavapiés; en otra, al otro lado del río, pero igual que esta: tres alturas de galerías de madera, un patio con geranios en latas de tomate, ropa tendida y un canario que no se callaba nunca. Y los domingos, Pilar hacía croissants.

No magdalenas ni bizcocho. Croissants, que a mí entonces me parecían la cosa más fina y más rara del mundo, porque los croissants eran de las cafeterías de los ricos y nosotros no éramos ricos. Pero Pilar había servido de joven en una casa buena, había aprendido a laminar mirando trabajar a un cocinero francés y no se le olvidó jamás. Los sábados estiraba la masa en la mesa de la cocina, le metía la mantequilla, la doblaba en tres, la dejaba reposar en el frío del patio. Los domingos los horneaba al amanecer, y el olor subía

por las galerías y se colaba por debajo de todas las puertas de la corrala, y los vecinos sabían qué día era sin mirar el calendario. Yo tenía seis años y era su pinche. Mi cometido consistía en pintar los cuernos con huevo batido y no comerme la masa cruda, que me la comía igual.

Tarareaba mientras esperaba a que subiera. Siempre la misma copla, una que no sé cómo se llamaba. Tenía las manos siempre enharinadas.

Los vecinos pasaban a por los suyos con un plato y unas monedas, y ella se los daba calientes, envueltos en un paño. Al que no llevaba monedas se los daba igual y le decía que ya se las daría otro día; el otro día no llegaba nunca, y a ella le daba lo mismo. Cobraba en una lata. Daba de comer al que pasaba por delante. Cuarenta años después, en otra corrala, al otro lado de mi vida, había una mujer que se llamaba Remedios haciendo exactamente lo mismo con una caja de galletas, y yo había ido a tomar nota de ello para que un juzgado se lo prohibiera.

Y un domingo (no de golpe; estas cosas nunca son de golpe) empezó a llegar el papel. Cartas certificadas. Un señor con una carpeta que venía a medir y a tomar notas y no miraba a nadie a los ojos. Obras en la finca que no se terminaban nunca. Una oferta de realojo a un piso en las afueras que caducaba en quince días.

Mi abuela entendía las cartas perfectamente, que era lo peor de todo. El señor de la carpeta vino tres o cuatro veces; siempre educado, siempre tranquilo, siempre con la voz que no sube. Nunca nos gritó. No hizo falta. La gente como él no necesita gritar: tiene el tiempo, el dinero y el papel de su lado, y le basta con esperar a que te canses de pelear.

Nos fuimos. No se puede pelear contra el papel cuando no tienes con qué pelear.

A Pilar la mudamos a un tercero sin ascensor en un barrio donde no conocía a nadie, sin patio, sin galería, sin vecinos que supieran qué día era por el olor de su cocina. Dejó de hacer croissants. Decía que en aquel horno no salían igual, pero no era el horno. Dejó de tararear. Y se fue apagando como se apaga un piloto cuando le cortan el gas, despacio y sin ruido, en menos de dos años.

Yo tenía ocho cuando la enterramos. Y me juré, con esa solemnidad tonta y exacta que tienen los niños para las cosas importantes, que a mí no me iba a echar nadie de ningún sitio nunca.

Cumplí la promesa de la peor manera posible. Me pasé al lado de los que mandan las cartas. Me hice tan bueno mandándolas que mi padre me presume en las cenas. Y aquella tarde, en el patio de la calle del Sombrerete, había estado tomando notas con una carpeta en la mano, sin mirar a nadie a los ojos, delante de una mujer mayor que daba de comer a todo un barrio.

Me había convertido, con treinta años de esfuerzo, en el hombre que mató a mi abuela.

Y lo sabía. Esa era la parte que no tenía arreglo: que lo sabía perfectamente.

Cerré el portátil. No escribí la denuncia esa noche.

Pero tampoco renuncié, y conviene que se entienda por qué, porque no fue por maldad. Fue por miedo. Porque al otro lado de no terminar el trabajo estaba volver a ser aquel crío de ocho años en un tercero sin ascensor, sin patio y sin abuela, esperando a que un hombre con una carpeta decidiera por mí dónde podía vivir y dónde no. Y antes que volver a sentirme así, yo era capaz de casi cualquier cosa. Incluso de esto.

Lo pensé en frío, que es como pienso las cosas que me dan miedo. Si yo lo dejaba, mi padre mandaría a otro, y ese otro no sabría quién era la Manoli del tercero ni le temblaría la mano. Las echarían igual, solo que sin que a nadie le costara nada. Casi era mejor que lo hiciera yo, me dije. Esa es la mentira que se cuentan los que hacen daño con buenos modales: que si no lo hicieran ellos, lo haría otro peor. Me la conté entera. Funcionó a medias.

El orden es la única casa de la que no te pueden echar. Me lo repetí, como cada noche, igual que se reza una oración en la que se ha dejado de creer.

Esa noche, por primera vez, no me sirvió de mucho.

CAPÍTULO 6

Un croissant como arma

Tres días después de que el traje gris pisara nuestro patio como si ya fuera suyo, las abuelas habían celebrado cuatro consejos de guerra, agotado dos cafeteras y llegado a una conclusión unánime: había que ablandar al administrador.

—Ablandarlo —repetí—. ¿Como a un filete?

—Como a un filete —confirmó Carmina, encantada—. A un hombre se le ablanda por el estómago, hija. Es la única puerta que no cierran nunca con llave.

—Carmina tiene razón en una cosa, por una vez en su vida —dijo Reme, removiendo la olla sin volverse—. A ese le vendría bien comer algo que no haya pedido por el móvil. Igual hasta se acuerda de que somos personas.

—Y si de paso se encariña con la niña, pues mira qué mal —añadió Pacita, con su vocecita de algodón, sin levantar la vista del ganchillo.

—Pacita.

—Digo. Que el cariño ablanda más que el cocido. Lo sabe cualquiera.

—Y tú, Pacita, ¿desde cuándo eres experta en ablandar hombres? —preguntó Carmina.

—Desde que enterré a tres, hija. Una aprende. —Pacita volvió a su ganchillo, tan serena—. Los tres encantados de la vida, además.

—Que en paz descansen —dijo Lola.

—Eso. En paz. Por fin.

—Lo que yo sé —dijo Encarna, que tenía la libreta abierta y el ceño fruncido— es que ese hombre vino con una carpeta y a los de la carpeta no se les ablanda con magdalenas, se les para con un abogado. Pero como aquí nadie me hace caso nunca, ustedes mismas.

—Un dulce no le para los pies —concedió Lola, dándole vueltas a su vermut—, pero le quita las ganas de tenerlas frías un rato. Y a veces con eso basta para ganar tiempo. —Suspiró—. A mí, en mis

buenos tiempos, un buen merengue me arregló más asuntos que un buen abogado.

—Pues que cocine la niña —zanjó Carmina, y me señaló con la barbilla—. Que para eso es repostera. Una tarta, un hojaldre, algo fino que lo desarme.

—No —dije—. Yo no cocino. Ya lo hemos hablado.

—Ah, claro. —Carmina le dio un sorbo al café con la cara del que no se cree absolutamente nada—. Que se te ha olvidado.

—No se me ha olvidado. He decidido no hacerlo, que es distinto.

—Es lo que dicen todas las que ya no saben.

Y ahí, lo reconozco, me pudo el orgullo, que es el último órgano que se me va a morir. Llevaba dos premios provinciales en un cajón y un negocio quebrado a la espalda, pero seguía siendo la mejor laminando en treinta kilómetros a la redonda, y que una señora con el pelo color caoba imposible insinuara que se me había «olvidado» me hirvió la sangre de una manera que no me esperaba.

—¿Que ya no sé? —Dejé la taza en la mesa—. Mañana os traigo un croissant. Uno. Y cuando lo probéis, os calláis todas una semana.

—Un croissant —repitió Carmina, fingiendo que le daba igual, que es como se cierran los buenos tratos.

—El más difícil que hay. Para que no quede duda.

Reme se giró por fin, con la cuchara de palo goteando caldo, y me miró con una sonrisa pequeña que no me gustó nada, porque era la sonrisa del que ha ganado una partida que tú ni sabías que estabas jugando.

—El delantal se cuelga, te lo dije —dijo—. Las manos no se cuelgan.

—Esto no cuenta —contesté, ya en la puerta—. Esto es para callaros.

—Lo que tú digas, hija.

* * *

Subí a casa con un paquete de harina de fuerza que me dio Reme, un sobre de levadura fresca y, porque hay cosas que una no negocia ni cuando se está demostrando algo a sí misma de mala manera, dos pastillas de mantequilla de la buena que bajé a comprar yo a la tienda de la esquina. De la buena, no de la otra. «No seas rúcana»,

decía el sobre de la luz pegado en la nevera de Amparo con el imán de Benidorm, con su letra de mayúsculas mandonas, y por una vez le hice caso a mi abuela muerta.

La cocina de Amparo era del tamaño de un confesionario. Una encimera de granito de mentira en la que no cabían un rodillo y mis codos a la vez, y un horno tan viejo que abría la puerta como si te hiciera un favor. En aquel cuchitril yo había aprendido a montar claras antes que a leer del tirón. Amparo me subía a un taburete y me dejaba batir mientras ella cantaba fatal y me robaba la mitad de la nata con el dedo. Seguía oliendo a ella, a violetas y a ajo viejo, y ponerme a laminar allí, entre sus cazos abollados y su calendario parado en marzo, fue como hacerle una visita y profanarle la tumba a la vez. No supe decidir cuál de las dos cosas pesaba más, así que hice las dos, que es lo que hago siempre.

Y en aquel cuchitril, ocho meses después de cerrar «Migas» con la persiana medio bajada para que no me vieran llorar los proveedores, volví a hacer una masa.

La hice casi sin pensar, que es como mejor salen las cosas que te sabes de memoria. Harina, agua, un poco de azúcar, la sal por un lado de la levadura y nunca encima, que la mata. Amasé hasta que dejó de pegarse a la mesa y empezó a obedecerme, esa textura de lóbulo de oreja que no se explica, se toca. Y ahí, con las manos hundidas en la masa por primera vez en ocho meses, me pasó exactamente lo que me temía.

Que el cuerpo se acordaba.

No me había olvidado de nada. Las manos sabían el peso, la presión, cuándo parar. Sabían más que yo, que llevaba ocho meses jurando que aquello se había acabado. Y la traición no fue acordarme; la traición fue que me gustó. Que en aquella cocina ridícula, con harina hasta los codos y la deuda de Víctor esperándome en el bolso, sentí por primera vez en mucho tiempo que estaba haciendo lo único que de verdad sé hacer en este mundo.

Me acordé del obrador sin querer. De las cinco de la mañana laminando para que a las ocho hubiera croissants calientes en la vitrina, de los clientes que entraban siguiendo el olor, de lo segura que estaba de Víctor y de mí y del futuro, los tres bien atados, mientras él me vaciaba las cuentas con la misma sonrisa con la que me traía el café. Horneear no me curó de nada, que quede claro. No fue un alivio, ni una terapia, ni ninguna de esas cosas bonitas que se

dicen. Fue peor: fue acordarme de quién era yo antes de que se me viniera todo encima, comprobar que esa seguía estando ahí dentro, intacta y esperando, y caer en que la había tenido ocho meses guardada en un cajón al lado de los premios.

Me dio una rabia espantosa. Amasé más fuerte. No lloré, que conste, porque llorar tampoco entraba en los planes; pero amasé como se llora cuando una no se permite llorar.

Saqué del frío el bloque de mantequilla, lo aplané entre dos papeles hasta dejarlo en una plancha cuadrada y fría. Estiré la masa, coloqué la mantequilla en el centro y la encerré dentro como se cierra un sobre, con cuidado de que no se escapara una esquina, porque en eso está todo: en que la mantequilla y la masa estén a la misma temperatura, ni la una blanda ni la otra dura, las dos cediendo a la vez. Si una de las dos va por libre, se rompe la lámina y adiós. Llevaba ocho meses pensando que esa frase solo servía para el hojaldre.

Estiré. Doblé en tres. Vuelta simple. Y como en la nevera de Amparo no cabía ni una lechuga de más, dejé la masa a reposar en el alféizar de la ventana, envuelta en un paño, al frío de octubre, mientras Madrid se iba apagando ahí fuera. Media hora. Otra vuelta. Al alféizar otra vez. Otra. Cada pliegue multiplica las capas: tres, nueve, veintisiete, ochenta y una láminas finísimas de masa y mantequilla, una encima de otra, que en el horno se separan y suben y se vuelven aire. Eso es un croissant: paciencia doblada muchas veces.

Entre vuelta y vuelta me sentaba en la silla de la camilla de mi abuela a esperar el frío, sin hacer nada, mirando la masa reposar en la ventana como si fuera lo más interesante del mundo. Y lo era. Hay un silencio en laminar que no existe en ningún otro sitio: no puedes correr, no puedes saltarte un reposo, la mantequilla manda y tú obedeces. Ocho meses huyendo hacia delante, y al final lo que me bajó las pulsaciones fue tener que estarme quieta media hora esperando a que una masa cogiera frío.

Lo dejé reposar toda la noche. Dormí poco y mal, y esta vez ni me molesté en echarle la culpa a la entrevista.

A las seis de la mañana, todavía de noche, formé los croissants. Corté los triángulos, los enrollé desde la base hasta la punta, apretando lo justo, y los puse a fermentar tapados cerca del horno encendido. Cuando casi habían doblado, los pinté con huevo batido,

despacio, con una brocha, sin pasarme por los bordes para que las capas pudieran abrirse. Era el mismo gesto que llevo haciendo desde niña. No sabía, no podía saberlo todavía, que a unos kilómetros de allí había un hombre que treinta años atrás había hecho de pinche para pintar con huevo unos cuernos exactamente iguales. Eso lo supe mucho después. Esa mañana solo pinté croissants.

Y mientras se horneaban en el horno viejo de mi abuela, el olor a mantequilla y a masa caliente llenó la cocina, y se coló por debajo de la puerta, y bajó por la escalera de madera hacia el patio, y se metió por las rendijas de la corrala dormida. Es un olor que no se parece a ningún otro: la mantequilla volviéndose oro, el azúcar del huevo caramelizándose por encima, el pan hinchándose por dentro. Un olor que despierta a la gente de buen humor sin que sepan por qué. Por la ventana vi encenderse una luz en el piso de enfrente, y después otra, como si el barrio entero se estuviera desperezando a base de olfato.

Cuando los saqué estaban dorados, hinchados, crujientes, con las capas marcadas como los anillos de un árbol. El obrador entero de «Migas» no había sacado nunca uno mejor.

Lo abrí por la mitad para verlo por dentro, que es lo que hacemos los que esto nos lo tomamos en serio, y tenía el panal: ese encaje de agujeritos que solo sale cuando las capas están bien hechas y la mantequilla no se ha escapado por ningún lado. Perfecto. Me senté en el suelo de la cocina de Amparo, con la espalda contra el mueble, y me comí medio croissant allí mismo, con las manos, quemándome. Estaba bueno. Estaba tan bueno que estuve a punto de echarme a reír y a punto de echarme a llorar, las dos cosas a la vez, y al final no hice ninguna de las dos, que es mi especialidad. Pero odié, eso sí, lo bien que me sentí.

* * *

Cogí el más bonito de la bandeja y lo aparté en un plato. Ese no era para las abuelas.

Y entonces, porque una cosa es rendirse y otra es que se note, porque necesitaba con todas mis fuerzas que aquel gesto no pareciera un gesto, hice una tontería. Saqué la mantequilla que me había sobrado, tallé un trozo con la punta del cuchillo hasta sacarle la forma de un corazón (torcido, casero, de andar por casa) y se lo

planté encima al croissant, todavía caliente, para que se fuera derritiendo despacito por las grietas. El corazón empezó a ablandarse en cuanto tocó el croissant caliente, a perder la forma por los bordes, a colarse entre las capas y a brillar. Quedó bonito. Quedó, maldita sea, precioso: el cuerno dorado y el corazón de mantequilla fundiéndose encima como si lo hubiera puesto ahí alguien que sentía algo. No lo había puesto nadie que sintiera nada, me dije; lo había puesto yo, que es distinto. De pura mala leche. Para que el muy estirado del traje gris no tuviera ninguna duda de que aquello era una broma, un soborno con retranca, un «toma, ablándate» dicho con sorna.

—Con mucho amor y mantequilla —le dije al croissant, en voz alta, porque era a quien podía decírselo.

Sonó a burla. Casi del todo.

* * *

Bajé al patio con el plato cuando ya había abierto la tienda de abajo, antes de que llegara el ajetreo del comedor. No había nadie. Mejor.

El de la carpeta había dicho que volvería «para lo de los contadores», y los contadores estaban en un armarito empotrado junto a la puerta del bajo, con un alféizar de azulejo delante donde Encarna ponía a veces los geranios. Dejé allí el plato. El croissant, su corazón de mantequilla derritiéndose, y nada más. Sin nota. La nota habría sido pasarse.

De lejos, el plato blanco con el croissant dorado y el corazón fundiéndose encima, allí solo en el alféizar de azulejo, parecía una ofrenda puesta en un altar pequeño. Y eso no me gustó nada, así que dejé de mirarlo.

Me quedé un segundo mirándolo, y por un instante incómodo se me pasó por la cabeza que aquello era demasiado bonito para ser solo una pulla, que le había puesto demasiadas horas y demasiada de la mantequilla buena a un hombre que venía a echarnos a la calle. Aparté la idea de un manotazo, como se aparta una mosca.

Era un croissant. Era estrategia. A un hombre se le ablanda por el estómago, lo había dicho Carmina, y yo solo estaba siguiendo el plan.

Subí a casa antes de que llegara nadie y me preparé un café, y me dije que no me importaba lo más mínimo lo que aquel imbécil hiciera

con mi croissant.

Me lo dije varias veces, por si colaba.

Mantequilla en la armadura

Volví a la corrala a media mañana, con la cámara del móvil cargada y la intención de terminar de una vez.

No había escrito la denuncia. Llevaba tres noches abriendo el portátil y cerrándolo sin teclear una palabra, y eso, en ocho años, no me había pasado jamás. Yo no era de los que se atascan.

Pero algo se me había metido en el cuerpo el día que pisé por primera vez aquel patio, algo que no sabía nombrar y que no se iba con café ni con trabajo. Era un olor, en realidad. Un olor a mantequilla y a horno que llevaba tres semanas persiguiéndome por sitios donde no había ni horno ni mantequilla: en el coche, en el ascensor de mi edificio, en sueños. Cada vez que me asaltaba abría el portátil decidido a redactar la denuncia y, en lugar de escribir, me quedaba mirando el cursor parpadear como un imbécil hasta que se me hacía tarde. Un hombre que vive del orden no debería tenerle miedo a un olor. Yo se lo tenía.

Así que decidí hacer lo que hago siempre que algo se me resiste: ir, mirarlo de frente y resolverlo. Cuatro fotos más, las que me faltaban para blindar el expediente (la balda de los táperes, la caja de galletas con su ranura, el cartel del menú, el horario de reparto), y a casa a redactar de una vez. Diez minutos. Sin pensar.

El patio estaba tranquilo a esa hora, antes del ajetreo del mediodía. El canario cantaba. Olía a algo que se cocía a fuego lento ahí abajo.

Desde una galería del primero, una de ellas me vio llegar. La de las gafas con cadenita, la que el primer día apuntaba algo en una libreta como si tomara nota de mis pecados. No me quitó ojo.

—Otra vez usted —dijo, sin asomo de simpatía.

—Los contadores —contesté, y levanté el móvil como si eso lo explicara todo—. Una lectura. Cosa de cinco minutos.

—Las lecturas las hace la compañía. No un señor de traje.

—Yo trabajo para la propiedad.

Se me quedó mirando un segundo más, con la boca apretada, y luego se metió para dentro sin despedirse, que en aquella casa debía de ser la manera más fina que tenían de mandarte a paseo. Mejor. La quería lejos para lo que fuera que hubiese venido a hacer, que a esas alturas ni yo mismo tenía claro del todo.

Fui derecho al armarito de los contadores, junto a la puerta del bajo, con la cámara ya en la mano.

Y me paré.

El alféizar de azulejo de delante, donde a veces había geranios, tenía ahora un plato.

Un plato blanco, de los de diario. Y encima del plato, un croissant. No uno cualquiera: tenía clavado en lo alto, derritiéndose despacio por las grietas, un trozo de mantequilla al que alguien le había dado, con más voluntad que arte, la forma de un corazón.

Me quedé mirándolo como se mira una trampa, porque eso era. Un soborno. Una de esas torpezas con las que la gente cree que se frena un procedimiento administrativo: una pasta, una sonrisa, un detalle. La mujer del patio, supuse, la que me había llamado mentiroso, o cualquiera de las otras. «Ablándate», decía aquel corazón ridículo. Como si yo fuera de los que se ablandan. Como si un cuerno con mantequilla pudiera contra cinco meses, un fondo holandés y mi padre.

Había visto de todo en ocho años. Me habían llorado, me habían gritado, me habían ofrecido dinero por debajo de la mesa y me habían amenazado por encima de ella. Una vez una señora me persiguió hasta el coche con una sartén en la mano. Lo del croissant era nuevo, eso sí. Más fino. Pero, me dije, igual de inútil.

Estuve a punto de tirarlo a la basura del rellano y seguir con mis fotos. Habría sido lo correcto. Lo limpio.

No lo tiré.

Lo cogí del plato, todavía templado, y le di un mordisco de pie, casi sin pensarlo, con la chulería del que se come la prueba del delito para demostrar que no le impresiona en absoluto.

Y dejé de masticar.

Porque aquello no sabía a un croissant de comedor de barrio. Sabía a mantequilla de verdad, a masa que ha dormido en frío, a capas que se deshacían en la lengua como se deshace algo que llevas mucho tiempo sin permitirte. Sabía, exactamente, a domingo. A los domingos de Pilar.

No fue un recuerdo. Los recuerdos se pueden manejar. Esto fue peor: fue estar otra vez allí. Seis años, un taburete, una cocina pequeña con la ventana al patio, una mujer tarareando una copla cuyo nombre nunca supe, las manos enharinadas, el horno abierto, el olor subiendo por las galerías y avisando al barrio entero de qué día era. Treinta años cerrado a cal y canto, con obra y todo, y se me abrió de par en par con un solo bocado.

Pilar amasando los sábados por la noche para que el domingo hubiera cuernos calientes. Pilar dejándome pintar la masa con huevo batido y una brocha vieja, subido a un taburete, diciéndome que despacio, que sin pasarme por los bordes, que las capas tienen que poder respirar. Pilar repartiéndolos por las galerías en una lata abollada, casa por casa, sin cobrar, porque a la gente que no llega a fin de mes no se le cobra el desayuno. Y Pilar después, sin cocina y sin galería y sin domingos, apagándose en un piso interior que no daba a ningún patio, mientras un hombre con una carpeta firmaba papeles iguales a los que firmo yo.

Tuve que sentarme.

Me senté en el escalón de la puerta del bajo, con el plato en una mano y el croissant a medio comer en la otra, y durante un rato que no sabría medir no fui capaz de hacer absolutamente nada. No tragué. No me moví. Cerré los ojos, que fue lo único que se me ocurrió para que no se me notara por fuera lo que se me estaba cayendo por dentro.

Tenía el bocado en la boca y no era capaz ni de tragarlo ni de darle otro. Me temblaba un poco la mano, lo justo para que el plato tintineara contra el azulejo del escalón, y apreté la mandíbula hasta que paró. Llevo toda la vida entrenándome para que no se me note nada. Aquella mañana, en aquel escalón, estuve a punto de no conseguirlo.

Un hombre de traje, sentado en el escalón de una corrala de Lavapiés a media mañana, con medio croissant en la mano, a punto de algo que llevaba treinta años sin dejarse estar a punto.

No lloré. Pero estuve mucho más cerca de lo que pienso reconocer delante de nadie.

Cuando conseguí volver a mí, lo primero que pensó el profesional que llevo dentro, porque el profesional no descansa ni en mitad de un derrumbe, fue: esto no lo ha hecho una abuela. Esto lo ha hecho alguien con oficio. Alguien que ha laminado mil veces, que sabe lo

que es una vuelta doble y un punto justo de fermentación, que ha trabajado de esto de verdad. En aquel comedor de cinco viejas y una olla había alguien capaz de hacer un croissant mejor que la mayoría de las pastelerías en las que yo pago cuatro euros sin pestañear.

No sabía quién. Pero quise saberlo. Y esa, la de querer saber, fue la primera de las decisiones que tomé aquella mañana sin reconocer que las estaba tomando.

No hice las fotos. Me guardé el móvil en el bolsillo. Me dije que volvería otro día, con la cabeza más fría, a documentarlo como es debido; que para blindar un expediente de verdad no bastaba con cuatro fotos robadas, que había que entender el funcionamiento de cerca, observar quién entraba y a qué horas y con qué volumen, durante varios días. Más visitas. Más tiempo.

Era mentira. O era verdad solo en la parte que me convenía. La verdad entera era que necesitaba una excusa para volver a aquel patio, y «investigar de cerca» era la mejor que tenía a mano.

Llevaba ocho años entrando en casas ajenas con la coartada perfecta siempre preparada. Resulta que las coartadas también sirven para mentirse a uno mismo. Lo descubrí aquella mañana, sentado en un escalón, con la boca todavía sabiendo a domingo.

* * *

Mi padre me llamó cuando todavía seguía allí sentado en el escalón, con el plato al lado, como si hubiese olido desde su torre de cristal que algo se me estaba torciendo.

—¿Tienes la denuncia? —preguntó, sin saludar, como siempre.

—La estoy preparando.

—Te dije esta semana.

—Y esta semana la tendrás.

Y entonces, sin haberlo decidido del todo, me oí añadir:

—Pero le falta un dato, y es importante. No tengo confirmada la titularidad de la actividad: quién responde legalmente del comedor. Si presentamos una denuncia contra «unas señoras» sin un nombre y un DNI detrás, cualquier abogado de oficio nos la tumba a la primera y perdemos seis meses. Necesito unos días para atar quién lo lleva.

Un silencio al otro lado de la línea. A mi padre los silencios siempre les han salido caros a los demás.

—¿Y no lo sabes ya? Me dijiste que lo llevaba una tal Remedios.

—Me lo dijeron unas vecinas, de oídas. No es lo mismo que tenerlo confirmado y documentado para un juez. —Lo cual, técnicamente, no era mentira. Era mentira solo en la intención, que es la peor clase que hay, porque por fuera tiene exactamente la cara de la verdad.

—Tres días —dijo mi padre—. Ni uno más. Y como esto sea que te estás ablandando, mando a otro y se acabó.

La palabra me cayó encima como una piedra. Ablandándote. La misma que decía el corazón de mantequilla derritiéndose en aquel plato.

—No me estoy ablandando —dije—. Lo estoy haciendo con cabeza, que no es lo mismo.

—Eso espero. Las casas no son de quien vive en ellas. Son de quien las paga. No se te olvide nunca.

—No se me olvida.

Colgué. Y me quedé mirando el teléfono, asombrado de mí mismo, porque acababa de ganarle al comedor tres días de vida usando exactamente lo que mejor se me da en este mundo, que es el papeleo. Por primera vez en ocho años lo había usado para frenar una máquina en lugar de para ponerla en marcha. Tres días no era nada. Pero era mío, se lo había robado a mi padre, y ese pequeño robo, por insignificante que fuera, ya no tenía vuelta atrás.

Antes de marcharme hice la última cosa, la que jamás habría hecho el hombre que había entrado en aquel patio por la mañana.

El croissant a medio comer seguía en el plato, en el escalón, donde lo había dejado. Saqué una servilleta de papel del bolsillo, envolví con cuidado el trozo que quedaba, como se envuelve algo que importa, y me lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta, al lado de la cartera.

No tenía ningún sentido. Un hombre adulto no se guarda medio croissant frío en el forro del traje. Pero no quería tirarlo, no podía comérmelo entero allí sentado, y la idea de dejarlo en aquel alféizar para las palomas se me hizo, de repente, insoportable.

Me lo llevé. Lo noté en el bolsillo interior, contra el pecho, como se lleva una prueba que uno no piensa presentar jamás.

Olió a mantequilla todo el camino de vuelta. Igual que el coche, la otra vez.

Solo que esta vez no me molesté en respirar por la boca.

CAPÍTULO 8

Tregua armada

Bajé a por el plato a media tarde, cuando ya no quedaba nadie en el patio. Seguía en el alféizar de los contadores, donde lo había dejado. Vacío. Ni una miga.

Me quedé un rato mirándolo con cara de tonta, intentando decidir qué me molestaba más: que el traje gris se hubiera zampado mi croissant sin rechistar, o que una parte idiota de mí hubiera estado pendiente de si se lo comía o no.

Se lo comió. Pues claro. Hasta los buitres desayunan.

Cogí el plato y subí antes de darle más vueltas, que era justo lo que no pensaba hacer: darle vueltas.

Lo que no me esperaba era que el traje volviera. Y volviera. Y volviera otra vez.

* * *

En los días siguientes, Gabriel Salazar apareció por la corrala más veces de las que ningún ser humano aparece por un patio que no es el suyo. Que si una medición de los contadores. Que si una revisión de no sé qué humedades. Que si tenía que «documentar el estado del inmueble» para la propiedad, con una libreta y el móvil y una cara de estar haciendo algo importantísimo.

—¿Otra vez por aquí? —le dije la tercera tarde, apoyada en el quicio del bajo con los brazos cruzados—. A este paso le va a salir cédula de vecino.

—Vengo a trabajar. —Ni me miró; apuntaba algo en la libreta—. No todos tenemos tiempo libre para vigilar quién entra y quién sale.

—Yo no vigilo. Observo. Es distinto.

—Ya. —Pasó la página—. Pues observe desde más lejos, que me da el sol.

Y así un día sí y otro también. Pullas. Cruces. Yo dejándole claro que no me fiaba un pelo y él dejándome claro que mi opinión le

importaba lo mismo que el canario. Lo malo, lo que no le pienso reconocer a nadie y menos a las abuelas, es que aquellos cruces eran lo más entretenido que me pasaba en todo el día. Me descubría esperándolos. Y eso me reventaba más que el propio traje.

Encarna lo tenía clarísimo.

—Ese hombre no viene por los contadores —sentenció una mañana, con la libreta de las cuentas abierta y el lápiz en ristre—. Los contadores no se miran ocho veces. Ese viene a otra cosa.

—Encarna, hija, qué manía —dijo Carmina—. A lo mejor viene a lo que tiene que venir todo hombre con un par de ojos en la cara. —Y me señaló a mí con la barbilla, por si quedaba alguna duda.

—Carmina.

—Digo.

* * *

La que tomó cartas en el asunto, como no podía ser de otra manera, fue Pacita.

Llevaba días observándonos por encima de las gafas, con esa carita de algodón de azúcar que engaña a todo el mundo menos a quien la conoce, y un mediodía decidió que ya estaba bien de esperar a que la naturaleza hiciera su trabajo. Gabriel había vuelto (humedades, esta vez) y andaba midiendo una pared del fondo del comedor cuando Pacita le cortó el paso con su metro y medio escaso.

—Joven. ¿Ha comido usted?

—No hace falta que...

—No le he preguntado si hace falta. Le he preguntado si ha comido. —Y sin esperar respuesta, le quitó la libreta de las manos con una delicadeza de gato viejo, la dejó en la mesa y lo empujó hacia el banco—. Siéntese. Aquí no se mide con el estómago vacío. Candela, hija, ponle un plato a este chico, que está en los huesos.

—Yo no sirvo mesas —dije.

—Pues hoy sí.

Y se quedó tan ancha, ahuecando un cojín, mientras yo le ponía a Gabriel un plato de lentejas con la cara de quien le pone una multa. Él me miró el plato, me miró a mí, y por un segundo me pareció que se aguantaba media sonrisa. La aguanté yo también, no fuera a darle ideas.

—Siéntate con él, Candela, no seas seca —dijo Pacita, dándole una palmadita al banco a mi lado.

—Tengo cosas que hacer.

—Tienes que comer, que tú tampoco es que andes sobrada de chichas. Anda, siéntate. —Bajó la voz una pizca, lo justo para que lo oyera media mesa—. Y hazle conversación, que es muy callado y los callados luego son los mejores.

Me senté, porque a Pacita se le decía que no lo mismo que se le decía que no a un tsunami. Y empezó el numerito. Que si Candela tiene dos premios, ¿sabe usted?, dos. Que si cocina como los ángeles, ya lo habrá comprobado. Que si está soltera, fíjese qué casualidad. Que si él, un chico tan formal, tan trabajador, seguro que también. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que está soltero?

—Pacita —dije, roja hasta las cejas—. Por el amor de Dios.

—Solo pregunto. La curiosidad no es pecado.

—Lo estoy —dijo Gabriel, muy serio, mirando las lentejas—. Soltero.

Y no sé por qué, aquel «lo estoy» dicho al plato me puso de un humor rarísimo el resto de la tarde.

* * *

Lo que de verdad me descolocó pasó después, y no tuvo nada que ver con Pacita.

A esa hora empezaron a llegar los de siempre. El comedor a mediodía es otra cosa: se llena de gente del barrio que entra siguiendo el olor del guiso, deja lo que puede en la caja de galletas con la ranura y se sienta en los bancos corridos, debajo de las fotos de Reme y mi abuela de jóvenes. Hay quien viene por la comida. Y hay quien viene, sobre todo, por lo otro.

Como don Aurelio.

Don Aurelio es un señor menudo, de chaqueta de pana y boina, que enviudó hace tres años y desde entonces, según Lola, «no ha vuelto a encender una cocina ni para calentarse las manos». Viene todos los días. Come despacio, habla más despacio todavía, y tiene la costumbre de contar la misma historia de su mujer, la Pepita, y de cuando se conocieron en un baile del barrio, en una verbena con farolillos, en mil novecientos sesenta y algo. Las abuelas se la saben

de memoria. La gente nueva suele durar medio relato antes de buscar una excusa para levantarse.

Aquel día le tocó al lado de Gabriel.

Yo lo vi venir y casi me dio pena el traje. «Ahora se lo quita de encima en dos frases», pensé, «con esa cara de tener cosas más importantes que hacer». Lo tenía fichado: hombre de prisas, de no mirar a la gente a los ojos, de los que tratan a los viejos como muebles que estorban.

Pero no.

Don Aurelio arrancó con la Pepita y la verbena, y Gabriel, en lugar de mirar el reloj o el móvil o la puerta, dejó la cuchara, se giró un poco hacia él y lo escuchó. De verdad. Le preguntó cómo se llamaba el baile. Le preguntó si tocaban orquesta o vitrola. Y cuando don Aurelio se hizo un lío con un año y se quedó callado, con esa cosa de los viejos que de pronto se les nubla la cara, Gabriel no aprovechó el silencio para escaparse. Esperó. Le dio tiempo. Y le dijo, en voz baja, que su abuela también iba a las verbenas de su barrio, que también había farolillos.

Don Aurelio se le quedó mirando como si le hubiera tocado la lotería.

—¿Su abuela? Qué me dice. ¿Y vive?

—No. Hace ya tiempo.

—Vaya por Dios. —Don Aurelio le puso una mano en el brazo, esa mano de piel finísima que tienen los muy mayores—. Pues a las abuelas hay que cuidarlas mientras están, joven. Que luego se va una y se lleva media casa con ella.

Y Gabriel, el traje gris, el de los contadores y la libreta y la cara de palo, se quedó un segundo sin saber qué decir. Solo un segundo. Pero lo vi. Tragó, asintió, miró el plato, y supe que aquello le había dado en algún sitio que yo no sabía que tenía.

No me cuadraba. No me cuadraba nada. Los hombres que vienen a un comedor de viejas a apuntar humedades en una libreta no le hacen preguntas sobre la vitrola a don Aurelio. No tienen abuelas que iban a verbenas. No se les nubla la cara.

Y a mí, que me había costado lo mío meterlo en la caja de «tío insoportable», no me hizo ninguna gracia que se saliera de ella.

Más tarde, cuando se fue, con su libreta y su «buenas tardes» seco y sin haber medido ni una humedad más, me quedé recogiendo platos con la cabeza en otro sitio.

Don Aurelio me lo dijo al pasarme su cuenco:

—Majo, el chico. Educado. —Y luego, bajando la voz, con un brillo travieso—: ¿Y la Lola? ¿Hoy no ha bajado la Lola?

—Está dentro, peleándose con el bizcocho.

—Ah. —Se atusó la boina—. Nada. Por saber.

Tomé nota de aquello para reírme luego. Pero antes me senté un momento en el banco vacío, con los platos en el regazo, a intentar entender por qué un hombre que venía a algo (porque venía a algo, eso lo tenía tan claro como Encarna) se molestaba en escuchar a un viejo solo hablar de una mujer muerta hacía un baile de farolillos.

No me fiaba de él. Que quede claro. Un tío que ronda un comedor de cinco abuelas ocho veces en una semana no ronda por los contadores; ronda por algo, y yo no me fío de la gente que ronda por algo y no lo cuenta. En eso tenía toda la razón del mundo. En todo lo demás, no tenía ni idea.

* * *

Esa noche, fregando la olla grande, las abuelas hicieron balance.

—Ha comido aquí dos veces ya —dijo Pacita, encantada, secando cucharas—. Dos. Y hoy se ha sentado con la niña sin que tuviéramos que atarlo.

—Se ha sentado porque lo has sentado tú a la fuerza —matizó Encarna.

—Una empuja. El sentarse lo ha hecho él solo.

—A mí el chico me da buena espina —dijo Lola, retocándose el pintalabios en el reflejo de un cazo—. Tiene los ojos tristes. Los hombres de ojos tristes son los que mejor bailan.

—Lo que tiene es hambre y una madre que no le ha enseñado a comer —dijo Carmina—. Pero para la niña, oye, peor son otros.

—Yo sigo sin fiarme —dije, desde el fregadero, porque alguien tenía que decirlo.

—Tú no te fías ni de tu sombra, hija —dijo Reme, que hasta entonces había estado callada removiendo el caldo del día siguiente. Me miró con esa media sonrisa suya que ve más de lo que dice—.

Pero has vuelto a hacer un croissant. Y eso, digas lo que digas, también es no fiarte un poco menos.

No contesté. Hay cosas que con Reme es mejor no discutir las, porque tiene la mala costumbre de tener razón.

Pacita iba a rematar la faena (se le notaba en la cara que tenía un plan en la recámara) cuando le entró una tos. Una tos seca, corta, que le sacudió los hombros menudos y se llevó por delante el final de la frase. Carmina le acercó un vaso de agua sin darle importancia. Pacita bebió, se dio unos golpecitos en el pecho con la mano abierta y soltó una risita.

—Nada, el frío de la olla, que se me mete. —Carraspeó—. A lo que iba.

—¿Y a qué ibas? —preguntó Lola.

—A que la persiana del bajo lleva un mes sin querer bajar del todo. —Pacita me miró por encima de las gafas, y juro que aquella mujer tenía el corazón de una directora de cine—. Y resulta que un hombre joven y fuerte como el de los contadores seguro que sabe arreglar persianas. ¿No os parece?

—Pacita —dije, oliéndome la encerrona a un kilómetro—. No.

—Yo no he dicho nada, hija. —Volvió a coger su paño y sus cucharas, tan tranquila, tan menuda, tan peligrosa—. Solo digo que la persiana está atascada. Lo demás se arregla solo.

Y se atascó. Vaya si se atascó. Pero eso fue al día siguiente.

CAPÍTULO 9

La persiana atascada

La persiana del bajo eligió para morirse del todo el peor momento posible, que es justo lo que eligen siempre las persianas, las lavadoras y los maridos.

Fue al día siguiente, como había vaticinado Pacita con un aplomo que debería haberme escamado más de lo que me escamó. A la una y media, justo cuando el carrito del reparto estaba cargado hasta arriba de táperes calientes y a punto de salir, la persiana metálica, que llevaba un mes bajando a regañadientes, decidió desplomarse hasta media altura con un estruendo de fin del mundo y quedarse ahí. Clavada. Ni para arriba ni para abajo. Atravesada en la puerta como una guillotina oxidada.

—¡La leche! —dijo Carmina.

—La Manoli no come si esto no se arregla —dijo Encarna, que para los disgustos siempre tenía el dato exacto a mano—. Y la del quinto, y don Aurelio, que hoy no ha venido porque le duele la rodilla. Tres táperes ahí dentro enfriándose.

El reparto era sagrado. Cada mediodía, después de servir el comedor, las abuelas llenaban una hilera de táperes y alguien se los subía a los que no podían bajar: la Manoli del tercero, que no salía de casa desde Reyes por la cadera; la del quinto, que andaba peor de la cabeza que del cuerpo; don Aurelio los días que le fallaba la rodilla. Para esa gente, aquel táper no era solo la comida. Era, muchos días, la única vez que se les abría la puerta y entraba una cara conocida a preguntarles qué tal.

El carrito estaba atrapado al otro lado, en la penumbra del comedor, y por el hueco de medio metro que dejaba la persiana no pasaba ni el carrito ni nada que se pareciera a la comida de tres personas que no salían de casa.

Y entonces, qué casualidad, qué inmensa casualidad, resultó que Gabriel Salazar estaba en el patio. Con su libreta. Midiendo Dios sabrá qué.

—¡Joven! —Pacita ya lo tenía localizado, como un misil de calor—. Joven, venga usted, que es alto.

—No creo que...

—Usted es ingeniero o algo de eso, ¿no? De los que miden cosas.

—Soy administrador, no es exactamente...

—Pues un administrador sabrá administrar una persiana. Ande, arrímese.

Y así fue como el hombre que venía a apuntar humedades se vio, sin comerlo ni beberlo, agachado delante de una persiana de hierro de cuarenta años con cinco abuelas alrededor dándole instrucciones contradictorias y yo al lado, porque a mí Reme me había empujado con un escueto «tú también, que eres la única con la espalda joven aquí, aparte del chico».

—Yo no sé de persianas —protesté.

—Nadie sabe de persianas —dijo Reme—. Se aprende sufriendo, como todo.

* * *

Gabriel examinó el armatoste con esa concentración suya de funcionario, metió los dedos por el hueco, palpó la guía lateral y dictaminó:

—Está descarrilada. La lama de abajo se ha salido de la guía de la derecha y ha trabado todo el mecanismo. Hay que levantarla a pulso para volver a encajarla mientras alguien empuja desde dentro.

—Eso ha sonado a que sabes lo que dices —observé.

—Suelo saber lo que digo.

—Pues qué suerte. Yo casi nunca.

Me lanzó una mirada de reojo que no supe si era de fastidio o de otra cosa, y se quitó la chaqueta.

Y oye, no es que me fijara. Pero me fijé. El traje gris, sin la chaqueta, con la camisa remangada hasta el codo y las manos a punto de mancharse de grasa de una persiana de Lavapiés, era de pronto un hombre bastante distinto del que apuntaba mis humedades con cara de palo. Se notaba que aquellos brazos no se habían hecho solo de firmar papeles. Aparté la vista antes de que la cosa fuera a más y me concentré, muy dignamente, en el óxido.

Lo intentamos. Vaya si lo intentamos.

La primera vez tiramos a destiempo y la persiana chirrió como un alma en pena y no subió ni un dedo. La segunda, Gabriel dijo «a la de tres» y a la de dos ya estaba tirando él, así que me pilló desprevenida y me di un nudillo contra el hierro que me hizo soltar una palabra que no se dice delante de señoras mayores.

—Esa palabra la digo yo en mi casa —comentó Lola, encantada.

La tercera, Carmina aportó su sabiduría:

—¡Dadle un golpe seco con la cadera, que a las persianas hay que tratarlas como a los hombres!

—¡Mi difunto Paco le arreaba con la zapatilla y bajaba a la primera! —añadió Pacita.

—Pacita, tu difunto Paco le arreaba con la zapatilla a todo —dijo Carmina.

—Y mira qué obediente me salió.

Encarna apareció con una botella de aceite de girasol, «para que resbale», y embadurnó la guía, media puerta y un poco a Gabriel, que aguantó el tipo con una entereza admirable. Lola se arremangó proponiendo empujar todas a la vez, como cuando movían el piano del Salón Pompeya en sus tiempos de cupletista, y aportó al esfuerzo colectivo unos cuarenta gramos de fuerza y una nube de perfume del bueno. La persiana, impasible, siguió clavada. A esas alturas estábamos todos perdidos de aceite, óxido y dignidad.

Entre el chirrido, las instrucciones y las risas, tardé un rato en darme cuenta de que Pacita se había quedado callada.

* * *

Estaba apoyada en el quicio, con una mano en el pecho y la otra buscando el respaldo de una silla a tientas. Le había entrado otra vez la tos, pero esta no era la tosecita de la víspera. Esta venía de más abajo, le sacudía todo el cuerpo menudo y no la dejaba coger aire entre golpe y golpe. Se sentó de pronto, más caída que sentada, blanca como el azulejo.

—Pacita. —Solté la persiana y me acerqué—. Pacita, ¿qué te pasa?

—Nada —dijo, con un hilo de voz, mientras la tos remitía—. El polvo. Este hierro está lleno de porquería de cuarenta años, cómo no voy a toser.

Pero no era el polvo, y creo que en aquel momento lo supe todos los presentes a la vez, aunque ninguno lo dijera. Carmina le acercó el vaso de agua sin una broma, que en Carmina era la señal más alarmante posible. Reme se le puso al lado y le sujetó la muñeca con dos dedos, como sin querer, como quien no toma el pulso pero lo toma. Y Reme y Carmina cruzaron una mirada por encima de la cabeza de Pacita que duró medio segundo y que a mí me dejó un frío en el estómago que no tenía nada que ver con la persiana.

—Estoy bien —insistió Pacita, recuperando el color y el genio a la vez—. Estoy estupenda. Lo que no estoy es para ver cómo dos jóvenes con toda la fuerza del mundo no pueden con una persiana. Me dais vergüenza ajena. ¡Otra vez, y a la una de verdad!

Y porque era más fácil obedecerla que mirarla, volvimos a la persiana.

Pero yo me guardé aquel medio segundo de mirada entre Reme y Carmina en algún sitio, y supe que iba a volver a por él.

* * *

—A la una —dijo Gabriel, y esta vez esperó a la una de verdad—. A la dos. Tú levantas conmigo, y en cuanto la lama pase de este tornillo, gritas y la sujeto yo solo mientras tú la encajas en la guía. A la... tres.

Tiramos los dos a la vez. La persiana subió un palmo, dos, chirriando, y para sujetarla en el punto justo tuve que meterme medio debajo de ella, pegada a él, las dos manos en la misma lama helada, su brazo por encima del mío aguantando todo el peso, su cara a un palmo de la mía y oliendo, maldita sea, no a colonia de despacho sino a sudor limpio y a algo cálido que no me esperaba.

Por un segundo nadie dijo nada. La persiana aguantaba. Nosotros también, los dos, muy quietos, en aquel hueco minúsculo, respirando fuerte por el esfuerzo y por lo otro, que también respiraba. Tenía una mancha de óxido en la mandíbula y una gota de sudor bajándole por la sien, y yo, que estaba allí para sujetar una lama de hierro y no para inventariarle la cara, le inventarié la cara enterita. Él me miró la boca medio segundo más de lo que mira un administrador la boca de nadie. Y la persiana, que no entiende de momentos, eligió ese para crujir y recordarnos que pesaba veinte kilos.

—La guía —dijo él, bajito, sin apartarse.

—La guía —repetí, como una idiota.

Encajé la lama. La persiana se rindió con un clac metálico y de pronto corría como la seda, arriba del todo, libre. Salimos los dos de debajo a la vez, despeinados, llenos de óxido, y nos quedamos un instante mirándonos sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—¿De qué sabes tú de persianas? —solté, porque atacar es lo que hago cuando no sé qué hacer con las manos—. Pensaba que los de tu oficio solo sabíais firmar desahucios.

Lo dije sin mala idea, de broma. No tenía forma de saber lo cerca que pasaba la broma del hueso.

Algo le cambió en la cara un segundo. Luego se limpió las manos en un trapo y contestó, más bajo, casi sin querer:

—Crecí en una casa con una persiana igual que esta. Vieja, oxidada, cabrona. La arreglaba mi abuela con un destornillador y una paciencia infinita. Me enseñó ella.

Me quedé parada. Aquello no me cuadraba con el traje, ni con el coche, ni con la libreta de las humedades.

—¿Una casa como esta? —pregunté, y se me debió de notar la sorpresa, porque algo en él se cerró otra vez, como una persiana que sí obedece.

—Hace mucho tiempo. —Dobló el trapo—. Otra vida.

No insistí. Pero por una grieta de un segundo había visto a un crío con su abuela peleándose con un hierro viejo, y ya no pude volver a meterlo del todo en la caja de «tío de despacho».

—A mí también se me había olvidado —dije, sin mirarle, recogiendo la chaqueta del suelo para tener algo que hacer—. Lo bien que sienta arreglar algo. Llevo un año entero rodeada de cosas que solo se rompían. Cosas, negocios y personas. Sobre todo personas.

Me tragué un nombre que no pensaba decirle a él ni a nadie.

—En fin. Que arreglar una persiana, dentro de lo que cabe, es casi un lujo.

Le tendí la chaqueta. La cogió. Nuestros dedos se rozaron en la solapa medio segundo y los dos hicimos como que no.

—Gracias —dijo.

—De nada —dije—. No te acostumbres.

El carrito salió por fin, Encarna se llevó el reparto escaleras arriba a buen paso, y la Manoli, la del quinto y don Aurelio comieron caliente aquel día. Las abuelas aplaudieron, Lola declaró que «el chico, además de triste, es mañoso, que es la mejor combinación», y por un momento el comedor entero fue ruido bueno y olor a guiso y persiana que sube.

Gabriel recogió su libreta, se puso la chaqueta (el traje volvía a su sitio, y con él la distancia) y se despidió con su «buenas tardes» de siempre. Pero antes, en la puerta, se volvió un segundo hacia Pacita, que seguía sentada en su silla.

—Cuídese esa tos —le dijo.

—Bah. —Pacita le hizo un gesto con la mano, como espantando una mosca—. Que yo entierro a todos.

Lo dijo con su retranca de siempre. Pero cuando él se fue y el barullo se deshizo, me fijé en que Pacita seguía sentada, más pequeña que de costumbre en aquella silla, con las manos quietas en el regazo y la respiración todavía un poco corta. Reme andaba cerca, fingiendo que ordenaba cucharas que ya estaban ordenadas, sin perderla de vista.

Me acerqué con la excusa de un paño.

—¿Seguro que estás bien, Pacita?

—Niña. —Me cogió la mano con sus dedos finos y fríos, y me la apretó—. Tú a lo tuyo, que hoy lo has hecho muy bien. Las dos cosas.

—¿Qué dos cosas?

—La persiana. Y el chico. —Me guiñó un ojo, y por un instante volvió a ser la de siempre—. Lo de hoy ha sido un ensayo. Ya verás el estreno.

Me reí. Pero por el rabillo del ojo vi que Reme no se reía, y que no le quitaba ojo a Pacita, y aquel medio segundo de la mirada de antes me volvió a pesar en el estómago, como una piedra pequeña que no sabes dónde meter.

La línea que no debí cruzar

Aquella noche tenía sobre la mesa de mi piso todo lo que mi padre necesitaba para vaciar la corrala.

La carpeta azul, abierta bajo la lámpara. Las fotos, ordenadas: la balda de los táperes, la olla del tamaño de una lavadora, el corcho con los cuarenta y tantos nombres, la caja de galletas danesas con la ranura por la que la gente metía lo que podía y lo que no. El nombre de la mujer que lo llevaba todo, con sus dos apellidos y su número de documento, confirmado por tres vecinos distintos. Una tal Remedios. Y la denuncia, redactada, revisada, impecable, con la jerga exacta que abre expedientes: actividad económica no declarada, uso impropio de local en inmueble de uso residencial, riesgo para la seguridad.

Un correo. Un solo correo a las once de la noche, y a la mañana siguiente la maquinaria se ponía en marcha sola: inspección, expediente, sanción, y con eso la palanca legal para empezar a sacar de aquella casa a dieciséis familias y a una olla de lentejas que llevaban allí más años que yo vivo.

Lo había hecho decenas de veces. Pulsar «enviar» es lo más fácil del mundo: no pesa, no hace ruido, no mancha. Toda la crueldad de mi oficio cabe en un clic silencioso a las once de la noche, y a la mañana siguiente uno se levanta, se afeita y desayuna como si nada, porque la grúa la conduce otro, el cerrajero es otro, y la cara de la gente cuando le llega el burofax la ve otro. Esa es la elegancia del sistema. Yo solo firmo.

Lo tenía todo. Llevaba ocho años haciendo exactamente esto, en cuarenta corralas iguales, y jamás me había temblado la mano sobre el ratón.

Era bueno en esto. El mejor que tenía mi padre. Entraba en una casa, encontraba la grieta legal por la que se colaba el agua y dejaba que el agua hiciera el resto: limpio, sin gritos, sin sangre, sin que nadie pudiera reprocharme nada que no estuviera firmado y sellado. «El orden es la única casa de la que no te pueden echar», me repetía cada vez. Y cada vez me lo creía. Cuarenta veces me lo había creído.

Aquella noche, delante de la carpeta azul, no me lo creí.
No envié el correo.

* * *

Me serví un dedo de whisky que no me apetecía y me quedé mirando las fotos como si fueran de un sitio en el que no había estado, cuando llevaba una semana sin estar en otro.

Porque ese era el problema. Que había estado.

En la foto de la balda de los táperes ya no veía «pruebas». Veía el carrito del reparto que casi se queda un día sin salir, y a la Manoli del tercero, que no baja desde Reyes, comiendo caliente gracias a una persiana que levanté yo. En el corcho de los cuarenta nombres veía a don Aurelio contándome lo de la verbena y los farolillos, poniéndome su mano de papel en el brazo para decirme que a las abuelas hay que cuidarlas mientras están. En la caja de galletas con la ranura veía cuarenta años de gente dejando una moneda o no dejándola, y a nadie mirando cuál de las dos cosas.

Veía a Reme removiendo el caldo y diciéndome con media sonrisa que las persianas se aprenden sufriendo. A Pacita empujándome al banco con su metro y medio escaso y con esa tos que nadie en aquella casa quería oír. A Carmina, a Lola, a la recelosa de Encarna, que era la única que me tenía calado desde el primer día. Y veía a Candela, que me había puesto un plato de lentejas como quien pone una multa y me miraba como a un problema que aún no había decidido cómo resolver. Una semana. Me había bastado una semana para que dejaran de ser un expediente y pasaran a tener nombre, voz y olor a guiso.

Y por todas partes, en cada foto, por debajo de todo, veía a mi abuela repartiendo cuernos en una lata abollada, casa por casa, sin cobrar.

Tenía, todavía, en el cajón de la mesilla, envuelto en una servilleta, el medio croissant de aquella mañana. Seco como una piedra. No lo había tirado. No sabía por qué seguía allí y no me atrevía a pensarlo despacio.

El comedor de la corrala no era un objetivo. Era el sitio donde Pilar habría querido morirse, y al que un hombre con una carpeta no la dejó volver.

Y yo era el hombre de la carpeta. Otra vez. Treinta años después, del otro lado de la mesa.

Cerré el portátil. Metí las fotos en la carpeta azul, la carpeta azul en un cajón, y el cajón lo cerré con una sensación que conocía muy bien de niño y que llevaba media vida sin sentir: la de estar haciendo algo que me iba a costar caro y hacerlo de todas formas.

De niño esa sensación tenía nombre. Era la que me entraba cuando le escondía a mi abuela los papeles del banco para que no llorara, sabiendo que los papeles iban a llegar igual. No sirvió de nada entonces. Cerré el cajón pensando que a lo mejor esta vez sí.

* * *

Mi padre llamó a las once y diez. Cuando llama a esa hora es porque ha echado cuentas, y las cuentas le decían que su hijo llevaba tres días de retraso sobre un plazo que él mismo había fijado.

—¿Está presentada la denuncia?

—No.

El silencio de mi padre es una herramienta de precisión. Lo usa para que el otro llene el hueco con una disculpa. No lo llené.

—Te di tres días.

—Y por eso te ahorro un disgusto. Si presentamos esa denuncia ahora, la perdemos.

—Explícate.

—Ese comedor no es un negocio. Es caridad. —Hablé despacio, con la voz con la que se explican las cosas evidentes, que es la única que mi padre respeta—. No hay precios, no hay caja registradora, no hay una sola factura. La gente deja lo que quiere en una lata. Si vamos al juez con cuatro fotos y una olla, el primer abogado de oficio que pase reconvierte esto en «actividad asistencial sin ánimo de lucro» en dos páginas, nos tumban la denuncia, y para entonces ya hemos enseñado la mano. Se blindan, montan plataforma vecinal, sale en el periódico, y el fondo holandés se baja del barco. Adiós operación.

Era un argumento bueno. Tenía la ventaja de ser, en parte, verdad, que es lo que hace buenas a las mentiras. Tenía también un agujero, y yo lo sabía mejor que nadie: la ranura de la caja era dinero cambiando de manos, y un abogado de los míos podía defender que

eso era actividad económica con la misma soltura con la que el otro defendería que era una hucha de la parroquia. La cosa estaba en el aire. Yo le estaba vendiendo a mi padre el lado del aire que me convenía. Y si a él se le ocurría pasarle la carpeta a otro abogado para una segunda lectura, ese otro vería el agujero en diez minutos y vería, detrás del agujero, a mí, tapándolo.

Estaba apostando mi palabra, que en mi oficio es lo único que vale, a que mi padre no iba a desconfiar de la única persona que nunca le había fallado.

Y si perdía esa apuesta, lo perdía todo de golpe. No solo el puesto, que también. Perdía lo único que me había construido en treinta años: ser el hijo que resuelve, el que no falla, el que se ganó un sitio en una empresa que no regala sitios ni a la sangre. Mi padre no echa a nadie a gritos. Echa con una frase y un finiquito, igual que a los inquilinos. A un hijo que se le ablanda lo echaría con la misma cara con la que firma un desahucio, porque para él vienen a ser lo mismo: gente que no cumple su parte del trato. Lo sabía perfectamente. Y, aun así, le estaba mintiendo por cinco viejas y una repostera arruinada a las que conocía de hacía siete días.

—¿Cuánto necesitas? —dijo por fin.

—Hasta diciembre. Para documentar actividad sostenida y dejarlo a prueba de bombas.

—Hace un mes esto era cosa de dos semanas.

—Hace un mes no lo había mirado de cerca.

—Qué raro. Tú las cosas las miras de cerca antes de aceptar el encargo, no después.

Dejó la frase suspendida un segundo, que en mi padre equivale a una hora.

—¿Hay algo que yo deba saber, Gabriel?

—Que esto sale bien si me dejas hacerlo a mi manera. Nada más.

Otro silencio, más largo. Me lo imaginé en su despacho de la planta cuarenta y dos, sin una sola foto en las paredes, con la ciudad encendida a sus pies como un inventario.

—Lo quiero en marcha antes de Navidad —dijo—. Denuncia presentada y expediente abierto antes de que pongan el árbol en Sol. Si llega Nochebuena y eso sigue siendo una olla y cinco viejas, le paso el asunto a Soldevila, que de sentimentalismos va muy justo. ¿Me has entendido?

—Te he entendido.

—Una última cosa. —Bajó la voz, y la voz de mi padre baja como baja la temperatura antes de una helada—. La otra vez te noté raro. Te lo voy a decir solo una vez, así que escúchame bien: esa gente no es tuya. Tu familia soy yo y es la empresa. Las casas no son de quien vive en ellas. Son de quien las paga. El día que se te olvide eso, se te acabó todo lo que tienes. Y lo tienes gracias a mí.

—No se me olvida —dije.

Pero ya se me había olvidado. Llevaba una semana olvidándomelo, lenta y deliberadamente, y los dos lo sabíamos.

Colgué.

* * *

Me quedé un buen rato sentado en el sofá, a oscuras, haciendo lo que mejor se me da: calcular. Y el cálculo era sencillo y horrible.

Cada día que pasaba en aquel patio era un día que les compraba. Pero también era un día que me hundía a mí. Porque cuanto más entrara en sus vidas (cuanto más comiera de aquella olla, escuchara a don Aurelio, levantara persianas, discutiera con Candela junto al fregadero), más imposible me iba a resultar firmar el papel cuando llegara Navidad. Y más brutal iba a ser el golpe cuando se supiera. Porque se iba a saber. Estas cosas siempre se saben. Un día Candela descubriría que el hombre que arreglaba sus persianas era el mismo que tenía su casa metida en un cajón, y todo lo que estuviéramos construyendo se le convertiría en la cara, en una sola frase, en la peor traición que se le puede hacer a alguien: la de haberla mirado a los ojos sabiendo.

Yo mismo estaba poniendo la bomba. La estaba cebando con cada gesto bueno. Y luego iba a tener que verla estallar, o estallar con ella.

Lo más limpio, lo más profesional, habría sido justo lo contrario: cuanta menos relación, menos daño. No comer de la olla. No aprenderme los nombres. No mirar a Candela más de lo necesario. Cobrar y desaparecer. El daño para ellos habría sido idéntico, porque se quedan en la calle igual, pero a mí no me habría costado nada, que es de lo que se trata en este oficio: de que no te cueste nada.

Yo, en cambio, llevaba una semana haciéndolo caro a propósito.

Un hombre con la cabeza fría se habría apartado esa misma noche. Habría enviado el correo, habría cobrado su comisión y

habría dejado que la corrala fuera asunto de Soldevila y de su conciencia. Era lo sensato. Era lo limpio. Era, exactamente, lo que mi padre me había enseñado a hacer.

En lugar de eso, abrí el cajón, miré la carpeta azul cerrada, y supe dos cosas con una claridad que no me dejó dormir.

La primera, que no la iba a abrir. Que iba a buscar la manera, la que fuera, por imposible que fuera, de que aquella gente no acabara como acabó mi abuela. Aunque me costara el puesto, el apellido y lo poco que me quedaba de mí.

La segunda, que al día siguiente, a media mañana, iba a volver a la corrala. Con cualquier excusa. Como un perro que vuelve al único sitio donde lo tratan bien sabiendo que ese sitio se va a quemar, y que la cerilla la lleva él en el bolsillo.

Faltaban siete semanas para Navidad.

Empecé a contarlas esa misma noche.

Pinche a la fuerza

No sabría decir en qué momento exacto pasé de ser «la nieta de la dueña que pasaba por aquí» a ser, oficialmente y sin que nadie me consultara, la pinche del comedor. No hubo contrato. No hubo sueldo. No hubo un día concreto. Fue como meterse en el agua fría: primero un pie, luego el otro, y de pronto estás dentro hasta el cuello preguntándote cómo demonios has llegado ahí.

Empezó con un «toma, sujeta esto» de Reme. Siguió con un «ya que estás, pélame esas patatas» de Carmina. Continuó con un «niña, llévale esto a la mesa cinco» de Pacita, y para cuando quise darme cuenta tenía un delantal de flores prestado, conocía de memoria quién comía sin sal y quién repetía siempre, y respondía a «¡Candela!» desde la cocina como si me hubiera llamado así toda la vida.

Eso sí, había una línea, y la defendía como Numancia.

—Yo no cocino —le recordaba a Reme cada dos por tres—. Pelo. Pico. Sirvo. Friego. Pero no cocino.

—Claro que no, hija —decía Reme, removiendo el caldo con su cuchara de palo, sin levantar la vista, con esa paciencia de santa que en ella era pura guasa—. Tú solo haces todo lo que se hace en una cocina menos lo de en medio.

—Exacto.

—Lo que tú digas.

Pelar no era cocinar. Picar no era cocinar. Cocinar era lo otro: era meter las manos en la masa, era decidir, era poner algo mío en un plato y que saliera al mundo con mi nombre detrás. Y eso yo ya lo había hecho una vez en mi vida, me había salido caro, y no pensaba repetirlo. Que pelara doce kilos de patatas no significaba nada. Significaba que tenía manos y que las abuelas eran muy pesadas. Ya está.

Un día intenté no bajar. Me quedé arriba, en el piso de mi abuela, decidida a tener una mañana para mí sola. A los veinte minutos subió Pacita con la excusa de un táper que no le había pedido nadie,

se sentó en mi sofá, me preguntó por mi vida con esa carita de no haber roto un plato en ochenta años, y a los diez minutos yo estaba bajando con ella las escaleras sin saber muy bien cómo. Tienen un sistema. No lo he descifrado del todo, pero funciona, porque llevo tres semanas cayendo en él todos los días.

* * *

La cocina del comedor a media mañana era un sitio del que, de haberme dejado, me habría costado salir.

Olía a sofrito y a lejía a partes iguales. La radio escupía un programa de dedicatorias en el que una señora le pedía una canción a su marido «que en paz descanse, pero por si acaso me escucha». Reme reinaba sobre la olla grande como una almirante sobre su barco. Y cada abuela tenía su puesto, su tarea y su forma muy particular de no callarse ni debajo del agua.

Aquel día me tocó pelar al lado de Encarna, que estaba haciendo cuentas.

Yo a Encarna la tenía por la sosa del grupo. La de la libreta, la del «esto no llega», la que fruncía el ceño cuando alguien echaba de más en la olla. La que, si por ella fuera, le habría cobrado entrada a la Virgen. Y, mientras pelaba, la miré de reojo sumar y restar columnas de números diminutos con un lápiz mordido, y descubrí dos cosas que no me esperaba.

La primera, que los números no le salían. Lo vi en cómo borraba, volvía a sumar, apretaba los labios. La segunda, que de la columna de «entra» a la columna de «sale» había un abismo que ella tapaba cada mes con malabares que no le agradecía nadie.

—¿Cuadra? —pregunté, por decir algo.

—Cuadra porque lo cuadro yo —dijo, sin levantar la vista—. Esta semana, el butano, el seguro de la cría que viene a ayudar los martes, y la carne, que ha vuelto a subir. Y la lata. —Señaló con el lápiz hacia el comedor, donde estaba la caja de galletas con su ranura—. La lata da para la mitad de lo que comemos. La otra mitad sale de aquí. —Y dio un golpecito en la libreta—. De estos números míos que no le importan a nadie.

—Pues vaya marrón.

Me miró entonces, sorprendida de que alguien lo viera. Y por un segundo dejó de ser la sosa.

—El amor no paga el butano, niña —dijo, pero esta vez no sonó a tacañería. Sonó a cansancio, al cansancio de la única persona de la casa que sabe lo cerca que está siempre el día en que esto no llegue—. Las demás ponen el cariño. Alguien tiene que poner las cuentas, o el cariño se queda frío en una cocina sin gas. Y mira, mejor ser la sosa y que coman, que ser la simpática y que no.

Bajó la voz y señaló con la barbilla hacia el patio, donde Gabriel andaba con su carpeta.

—Por eso a ese yo no le quito ojo. El día que alguien venga a quitarnos esto, no vendrá dando voces. Vendrá con buena cara y una carpeta debajo del brazo. Como ese.

Me reí, porque me pareció su manía de siempre, la de ver enemigos hasta en la sopa. Encarna no se rio.

No supe qué contestar. Así que hice lo único sensato: cogí dos patatas más y me callé. Pero a Encarna ya no la volví a mirar igual.

* * *

Carmina, en cambio, era otra escuela.

Carmina pelaba, fumaba en la ventana entre plato y plato, y mientras tanto repasaba la vida y milagros del barrio entero con una lengua que cortaba más que mi mejor cuchillo. Que si la del segundo se había echado un novio treinta años más joven. Que si al del estanco le habían embargado. Que si fulanita, que si menganito. Yo escuchaba a medias, divertida, hasta que soltó, sin cambiar el tono:

—La pobre Manoli, la del tercero, lleva sin pisar la calle desde Reyes. La cadera. Y el hijo en Alemania, que llama por Navidad y gracias.

—Qué pena.

—Pena ninguna, que es muy maja. —Le dio una calada al Ducados—. Lo que pasa es que se le caía la casa encima de sola que estaba. Así que le subo yo el táper, me siento un rato, y le cuento todo esto que tú estás oyendo. Todo. Con pelos y señales. —Me guiñó un ojo entre el humo—. Para que se entere de que el mundo sigue girando ahí fuera aunque ella no pueda salir a verlo.

Y ahí entendí lo que era Carmina. No era una cotilla. O sí, pero era una cotilla con oficio. Llevaba el periódico hablado del barrio puerta por puerta, a los que ya no podían bajar a buscarlo, para que nadie se muriera de la peor enfermedad que hay aquí, que no es la cadera ni el azúcar: es no tener a quién contarle nada.

—No se lo digas a nadie —añadió, muy digna, apagando el cigarro—. Que tengo una reputación de mala que me ha costado mucho construir.

—Tranquila. Tu secreto está a salvo.

—Más te vale. Anda, pásame el cuchillo, que tú pelas como una señorita.

* * *

Gabriel apareció a la una menos cuarto, con su carpeta y su excusa del día. Algo de revisar los desagües del office.

—Los desagües —dije, sin levantar la vista de la cebolla—. Ayer eran las humedades. Mañana, ¿qué? ¿El feng shui?

—Los desagües están relacionados con las humedades. —Dejó la carpeta en una silla—. Es un enfoque integral.

—Es un enfoque de no tener nada mejor que hacer.

No le dio tiempo a contestar, porque Reme, sin mediar palabra, le plantó un cuchillo en una mano y media docena de zanahorias en la otra.

—Usted, que está parado. Ahí, al lado de la niña. En juliana.

—No sé qué es en juliana.

—Tiras finas —tradujimos Carmina y yo a la vez.

Y así fue como el administrador de Grupo Salazar, traje, corbata aflojada y mangas remangadas, se pasó tres cuartos de hora cortando zanahorias a mi lado, regular al principio y bastante decente al final, mientras yo le corregía el grosor con una autoridad que no había vuelto a ejercer desde que cerré el obrador.

—Más finas.

—Están finas.

—Están como dedos. Más finas.

—Eres una tirana.

—Soy una profesional. Tú eres un aficionado con corbata. No es lo mismo.

—En mi trabajo, el que corta soy yo —dijo, muy concentrado en sus zanahorias—. Y no me corrige nadie.

—Pues aquí mando yo, que para algo es mi cocina.

Lo dije sin pensar. «Mi cocina.» Se me escapó así, como se escapan las verdades. Él no dijo nada, pero levantó una ceja, y yo me apliqué muchísimo con la cebolla para no tener que explicarle, ni explicarme, desde cuándo aquella cocina prestada se me había vuelto mía.

Se rio. Por primera vez desde que lo conocía, se rio de verdad, una risa corta que se le escapó sin permiso y que le cambió la cara entera. Y yo, que estaba cortando cebolla y podía echarle la culpa a la cebolla de cualquier cosa, sentí algo en el pecho que decidí, allí mismo, no mirar de frente.

Trabajamos un rato en silencio, codo con codo, en ese ritmo de cocina que se hace sin hablar. Me pasaba las zanahorias. Le iba diciendo la siguiente verdura. Él anticipaba. Era cómodo de una manera que me incomodaba, si es que eso tiene algún sentido.

—¿La cantidad de comino la sabe alguien o lo echo a ojo? —preguntó Lola, que andaba con un guiso suyo.

—En el cuaderno —dijo Reme—. Mira en el cuaderno, que ahí está todo.

Lola sacó de un cajón un cuaderno gordo, de tapas de hule reventadas por las esquinas, hinchado de papeles sueltos y manchurroneos de aceite de cuarenta años. Lo abrí un segundo, por curiosidad, mientras ella buscaba la página. Estaba lleno de recetas escritas a mano, en letras distintas, unas encima de otras, con anotaciones al margen («más sal», «a Paco no le gustaba», «receta de la del cuarto, q.e.p.d.»). Era el comedor entero metido en un cuaderno.

—Esto es de toda la vida —dijo Lola, pasando hojas—. De cuando esto empezó. Aquí escribían las que ya no están.

Me quedé un instante con la mano sobre una página, sin saber por qué, antes de que Lola me lo quitara para apuntar el comino. «Las que ya no están.» Mi abuela había empezado este comedor con Reme hacía cuarenta años. Por un momento pensé en preguntar. Pero entró un cliente, alguien gritó «¡marchando!», y la idea se me fue con el ruido, como se van las cosas en una cocina llena.

A media tarde, cuando el comedor se vació y las abuelas se echaron su ratito, me quedé recogiendo. Gabriel, que ya debería haberse ido hacía rato con sus desagües sin revisar, seguía allí, secando una bandeja con un trapo, como si secar bandejas formara parte del enfoque integral.

—Puedes irte, ¿sabes? —le dije—. La bandeja ya está seca. Llevas secando la misma bandeja diez minutos.

—Es una bandeja complicada.

—Ya.

Dejó la bandeja. Se apoyó en la encimera, a un par de palmos de mí, y me miró con una media sonrisa que no era la del traje, sino la de un hombre que había cortado zanahorias en juliana toda la tarde.

—Cortas a la gente igual que cortas la cebolla —dijo—. Rápido y sin avisar.

—Es más sano. La gente, como la cebolla, si la tienes mucho rato en la mano, te hace llorar.

—¿Y yo? ¿Soy cebolla?

Lo dijo medio en broma. Pero lo preguntó mirándome a la boca un segundo de más, igual que debajo de la persiana, y la cocina, que un momento antes era enorme, se quedó del tamaño de aquel par de palmos.

Cogí un trapo y se lo lancé al pecho para tener algo que hacer con las manos, que es mi gran problema en esta vida.

—Tú todavía no sé lo que eres —dije—. Pero cuando lo averigüe, te lo digo. Anda, ayúdame con los vasos, ya que el enfoque es tan integral.

Y mientras fregábamos los vasos, hombro con hombro, riéndonos de nada, no se me pasó por la cabeza ni una sola vez preguntarme qué hacía de verdad un hombre como aquel en una cocina como aquella, tarde tras tarde.

Solo había vasos, y risas, y un trapo volando, y la sensación tonta y peligrosa de que hacía mucho que no estaba tan a gusto en ninguna parte.

Doble contabilidad

A las ocho de la mañana redactaba el informe que iba a vaciar la corrala. A las once estaba en la corrala, pelando ajos.

Esa era mi vida desde hacía una semana. Doble contabilidad. En una columna, lo que escribía. En la otra, lo que vivía. Y cada día el abismo entre las dos columnas era más hondo, y yo me asomaba a él un poco más, sabiendo perfectamente que esas cosas terminan con uno cayéndose dentro.

El informe decía: «Responsable de la actividad: mujer, 82 años, identificada como Remedios, viuda, sin actividad declarada.»

El informe no decía que Remedios reinaba sobre una olla del tamaño de una lavadora como una almirante sobre su barco, ni que me había enseñado a desencajar una persiana asegurándome que las persianas se aprenden sufriendo, igual que todo lo demás.

El informe decía: «Volumen estimado: entre cuarenta y cincuenta comensales diarios. Reparto a domicilio a tres viviendas del inmueble.»

El informe no decía que una de esas tres viviendas era la de un viudo al que se le venía la casa encima de soledad, y que aquel táper no era comida: era la única puerta que se le abría en todo el día, la única cara que entraba a preguntarle qué tal.

El informe decía: «Se recomienda prolongar la fase de documentación hasta diciembre, a fin de blindar el expediente frente a un eventual recurso fundado en el carácter asistencial de la actividad.»

El informe no decía que esa recomendación era mentira. Que tenía pruebas de sobra. Que cada día que pedía «para documentar» era un día que les robaba a mi padre y a la grúa, y que lo robaba no por el expediente, sino por seguir pelando ajos al lado de una mujer que cortaba la cebolla, y a la gente, con la misma facilidad pasmosa.

El informe ni siquiera la mencionaba a ella por su nombre. En la jerga de los expedientes, Candela Ortega era «ocupante de la vivienda segunda, en virtud de subrogación pendiente de verificar».

Cinco palabras frías para una mujer que había montado y perdido un obrador, que cargaba con una deuda que ni siquiera era suya, que cortaba la cebolla apretando los dientes para no llorar por cosas que no tenían nada que ver con la cebolla, y que hacía el mejor croissant que yo he probado en mi vida. «Subrogación pendiente de verificar.» Así se escribe a una persona cuando lo que de verdad quieres es no tener que mirarla a los ojos.

Llevaba ocho años escribiendo informes así. Nunca me había parado a leer lo que no decían.

* * *

Mi padre me citó en el despacho un jueves. No me llamó por teléfono. Me citó. Y cuando mi padre prefiere verte la cara a oírte la voz, es que la cosa ha dejado de ser una conversación y ha pasado a ser un aviso.

Subí a la planta cuarenta y dos. El despacho de mi padre es una caja de cristal sin una sola fotografía, ni un diploma, ni nada que diga que ahí dentro vive una persona. Solo una mesa, dos sillas y Madrid entero a sus pies, encendiéndose a media tarde como lo que para él siempre ha sido: un inventario. Casas que son de quien las paga.

—Siéntate.

Me senté.

—El fondo ha firmado —dijo, sin levantar la vista de la pantalla—. Esta misma mañana. Con su cláusula de entrega.

—¿Qué cláusula?

—Posesión libre. El edificio entero, vacío. Sin un inquilino, sin una olla, sin un gato, antes del treinta y uno de marzo. Si entregamos un día tarde, penalización por cada día. Si no entregamos, la operación se cae y la penalización nos la comemos nosotros. —Giró la pantalla hacia mí—. Mira lo que va a ser.

Y vi lo que iba a ser.

Era un render. Uno de esos dibujos de ordenador con luz de atardecer falsa y gente guapa que no existe. El patio de la corrala, el de los geranios en latas de tomate y la ropa tendida de pared a pared, convertido en un «patio andaluz reinterpretado» con tumbonas de teca y un olivo solitario en una maceta de cemento. Las galerías de madera donde Pacita tomaba el sol, ahora barandillas de cristal. El

bajo, donde Reme tenía la olla y las abuelas el alma, rotulado en letra fina: «Espacio gastronómico de autor». Y por todas partes, turistas de catálogo con maletas de ruedas, sonriendo a la nada, exactamente donde ahora la Manoli del tercero esperaba su comida.

Veinticuatro «units boutique» donde había dieciséis casas.

En aquel render no había un solo rincón donde una abuela pudiera repartir cuernos en una lata. No estaba pensado para que viviera nadie. Estaba pensado para que pasaran por allí, durmieran cuatro noches y se fueran, sin enterarse de que dormían encima de cuarenta años de gente. Pensé en Pilar. Pensé que el piso interior donde se apagó tampoco daba a ningún patio, ni andaluz ni reinterpretado, y se me ocurrió, por primera vez con esas palabras exactas, que a lo mejor mi oficio entero no era más que la forma elegante que había encontrado de seguir firmando, una y otra vez, el mismo papel que la mató, para no tener que perdonarme nunca por no haber podido romper el primero.

Me quedé mirando aquel dibujo más tiempo del que debía. Mi padre lo tomó por entusiasmo.

—Bonito, ¿verdad? Los holandeses pagan por esto cifras que ni tú ni yo veremos juntas en la vida. —Se permitió media sonrisa, la única que tiene—. A mí nadie me regaló nunca un patio andaluz, hijo. Lo que tengo me lo he hecho yo, ladrillo a ladrillo, sin que me temblara la mano. Tú tienes la suerte de no haber pasado lo que yo pasé. Y la tienes gracias a esto.

Por un segundo, debajo de aquella frase, me pareció ver una grieta. Algo viejo, algo que dolía. Se cerró antes de que pudiera mirarlo.

—Lo quiero en marcha antes de Navidad —siguió, ya sin grietas—. La denuncia presentada, el expediente abierto y la primera notificación en el buzón de esas mujeres antes de que pongan el árbol en Sol. El resto cae solo. Pero el primer empujón lo das tú. Y lo das ya.

—Necesito hasta diciembre para dejarlo a prueba de recursos. Te lo expliqué.

—Para nada necesitas hasta diciembre. —No levantó la voz. Mi padre no levanta la voz; baja la temperatura—. He hablado con Soldevila.

El nombre me cayó encima como una losa.

—No necesito a Soldevila.

—Eso lo decido yo. Soldevila está al corriente del caso. Por si acaso. Y Soldevila no documenta, ni pela ajos, ni pierde el tiempo. Soldevila mete un burofax, corta el agua «por obras» y deja que recurran desde la acera mientras se les estropea la comida en la nevera. Tres semanas, y el edificio vacío. —Me sostuvo la mirada—. Tú llevas tres semanas dándole vueltas. Me dicen que muchas, en ese patio. Demasiadas para mi gusto.

Así que me vigilaba. Claro que me vigilaba.

—Y no me vengas con que falta documentación —añadió, como si me leyera el cajón—. La denuncia de un caso así se redacta en una tarde, y tú eres el que más rápido la redacta de todos los que tengo. Si en Navidad no está presentada, no será porque te falten pruebas. Será porque no has querido. Y ese día tú y yo vamos a tener una conversación muy distinta de esta.

Ahí estaba la trampa, redonda, marca de la casa. Porque la denuncia llevaba una semana redactada, impecable, en el cajón. Mi excusa de que «faltaba documentación» no engañaba a mi padre, ni lo había engañado nunca; me la consentía, de momento, como se le da cuerda a un perro para ver hasta dónde llega antes de ahorcarse él solo. Mi padre no amenaza. Mi padre te construye un pasillo con una única salida y se sienta a verte caminar por él.

—Estoy haciéndolo bien —dije—. A mi manera.

—Pues hazlo rápido, que tu manera me está saliendo cara. —Volvió la pantalla a su sitio, hacia él, hacia el render de tumbonas y turistas—. Antes de Navidad, Gabriel. O se lo doy a quien no se encariña.

* * *

Bajé los cuarenta y dos pisos en un ascensor de espejos en el que tuve que verme la cara todo el rato. No me gustó lo que vi: un hombre con un buen traje y un render grabado en la retina, calculando cuántos días le quedaban a la cocina donde era feliz.

Porque eso era lo más sucio de todo. Que era feliz.

Era feliz pelando ajos. Era feliz cuando Carmina me contaba barbaridades del barrio, cuando don Aurelio me cogía del brazo, cuando Reme me mandaba cortar en juliana con la autoridad de un general. Era feliz, sobre todo, las tardes en que el comedor se vaciaba

y me quedaba secando bandejas que ya estaban secas solo por noirme, discutiendo con Candela por el grosor de una zanahoria. Disfrutaba de aquel sitio cada día con más ganas. Y cada día tenía en un cajón los papeles para borrarlo del mapa y un padre poniéndole fecha.

Hay una palabra para alguien que disfruta de algo mientras prepara su destrucción, y no es una palabra bonita.

La sabía, la palabra. Se la había aplicado a otros muchas veces, desde mi lado de la mesa, cuando algún inquilino me ofrecía café para ablandarme y yo me lo tomaba y firmaba igual. Traidor. Lo que pasa es que yo siempre había traicionado a desconocidos, que es lo que vuelve soportable este oficio: nunca llegas a saberte sus nombres. Esta vez me los sabía todos. Sabía que Pacita había enterrado a tres maridos y que tosía lo que no quería que oyéramos. Sabía que a Encarna no le salían las cuentas y que las cuadraba ella sola para que los demás comieran caliente. Sabía cómo se reía Candela las pocas veces que se le escapaba. Y, aun sabiéndolo, seguía con el cajón cerrado y el reloj en marcha. No era mejor que mi padre. Era peor, porque él, al menos, nunca fingió cariño.

Esa noche, por fin, me dije la verdad entera. En voz baja, en un piso de Chamberí donde no me oía nadie, sin informe de por medio, sin coartada.

No estaba alargando aquello por las abuelas.

Me estaba enamorando de Candela Ortega como un completo idiota, despacio, a fuego lento, pelando ajos, y esa era la peor noticia posible para todo el mundo. Empezando por ella, que se estaba riendo conmigo junto a un fregadero sin saber que el hombre con el que se reía era el de la carpeta de Encarna. El que venía con buena cara.

Saqué del cajón de la mesilla el medio croissant seco, envuelto en su servilleta, y lo dejé encima de la mesa, a la vista, como quien deja una foto de alguien que ya no está.

Faltaban seis semanas para Navidad.

Y yo, en lugar de hacer lo único sensato, que era no volver a poner un pie en aquel patio, me descubrí pensando en si Candela bajaría mañana al comedor, y a qué hora, y si llevaría el delantal de flores, y si me dejaría cortar a su lado.

Notaba que pronto, muy pronto, aquello iba a dejar de ser pelar ajos y discutir por el grosor de una zanahoria. Lo notaba venir como

se nota un cambio de tiempo en una vieja herida. Y sabía que cualquier cosa buena que llegara a pasar entre Candela y yo nacería ya marcada por una fecha, la del treinta y uno de marzo, y por una mentira, la mía. Que vendría con el plazo de caducidad impreso desde el primer día, aunque ella todavía no supiera leerlo.

El reloj corría. Y a mí, que vivo del tiempo, que cobro por contarlo a favor de quien me paga, se me estaba acabando en el peor sitio posible: en una cocina prestada, al lado de la única persona a la que no podía contarle quién era.

Casi

Hay noches en que el comedor, ya cerrado, es el sitio más bonito de Madrid.

Apagadas las luces grandes, con solo el fluorescente de la cocina parpadeando y el rumor del barrio entrando por el patio, aquel local de mesas con hule a cuadros se volvía un sitio recogido y cálido, de los que dan ganas de no irse. La olla aún tibia sobre el fuego apagado, el corcho de los cuarenta nombres en penumbra, las fotos de Reme y mi abuela de jóvenes vigilándolo todo desde la pared. Un sitio que olía a que alguien te esperaba, aunque no te esperara nadie. Aquella noche en concreto habíamos tenido jaleo: al día siguiente venía no sé qué del ayuntamiento a inspeccionar los contadores de gas de la corrala (ironías del barrio), y Reme había decidido que, ya puestas, dejábamos preparado medio guiso del día siguiente. Así que se había hecho tarde. Tardísimo.

Una a una, las abuelas habían ido cayendo. Carmina, la primera, que mañana madrugaba para el médico. Lola, después, no sin retocarse el pintalabios para subir tres pisos por si acaso. Encarna, refunfuñando que esas horas no eran horas. Y Pacita, la última, a la que aquella noche se le notaba el cansancio en la cara y una tos que no terminaba de irse, había subido a su piso con un «yo ya no doy más de mí, niños» y un beso a cada uno.

Y me había quedado yo. Terminando.

El problema, el problema de siempre, era que también se había quedado él.

—Puedes irte —le dije, fregando la olla mediana—. En serio. Que mañana lo de los contadores lo arreglan ellos, no hace falta que lo supervise el enfoque integral a las once de la noche.

—Ya casi está. —Gabriel secaba cucharones con un trapo, las mangas remangadas, la corbata hacía rato desaparecida—. Si me voy ahora, te toca todo a ti.

—Llevo fregando ollas yo sola toda la vida.

—Pues hoy no.

Me lo dijo igual que decía siempre las cosas: tranquilo, rotundo, sin dejar resquicio. «Pues hoy no.» Y yo, que tenía un repertorio entero de respuestas ingeniosas, no usé ninguna. Seguí fregando, y noté, sin mirarlo, que él seguía secando, y que entre el agua y los cacharros se había instalado un silencio distinto de los otros. Un silencio con cosas dentro.

Para romperlo hice lo de siempre: hablar.

—¿Tú no tienes casa? —pregunté—. Una de verdad, digo. Con sofá, y vecinos que no te mandan pelar ajos.

—Tengo casa.

—¿Y cómo es?

—Ordenada. —Lo dijo como si fuera una virtud, y a lo mejor para él lo era—. Todo en su sitio. Silenciosa.

—Suen a consulta de dentista.

—Suen a que nadie me grita «¡marchando!» a las dos de la tarde. Que es más de lo que puedo decir de aquí.

—Y, sin embargo, aquí sigues. A las once de la noche. Secando un cucharón que ya estaba seco.

Se quedó un momento con el cucharón en la mano, pillado, y por una vez no tuvo respuesta rápida. La dejó pasar, dejó el cucharón, y dijo, más bajo:

—Aquí se está mejor que en mi casa. No me preguntes por qué, que no te lo voy a saber explicar.

Y yo, que tenía munición para diez réplicas, no disparé ninguna. Porque sabía exactamente a qué se refería. Yo también estaba mejor allí, en una cocina que no era mía, fregando ollas que no eran mías, que en cualquier otro sitio del mundo. Y las dos cosas, la suya y la mía, se quedaron flotando un momento sobre el fregadero sin que ninguno se atreviera a tocarlas.

* * *

—Las ollas grandes van arriba —dije, cuando terminamos, señalando la balda de encima de los armarios, donde Reme guardaba el arsenal pesado—. Si me las pasas, las subo yo.

Arrastré una silla, me subí y empecé a colocar. Él me iba pasando las ollas desde abajo, una a una, y yo las encajaba en lo alto, de

puntillas, estirándome más de lo que mi estatura tenía pensado para mí.

—La que pesa —dije, recibiendo la olla del cocido, esa que parece de fundición de cañones.

—Cuidado.

—Puedo con una olla, Gabriel. He cargado sacos de harina de veinticinco kilos.

No pude. O sí pude, pero al estirarme para meterla al fondo la silla decidió bailar, y por un segundo el suelo y yo dejamos de tener una relación estable. Noté la olla irse hacia un lado, mi propio peso irse hacia el otro, y me preparé para el ridículo y el chichón.

No llegaron. Llegó él.

Una mano firme en mi cintura, sujetándome contra la caída, y la otra parando la olla en el aire con un reflejo que no le pega a un hombre de despacho. Me estabilizó sin esfuerzo, como si pesara lo que pesa un suspiro, y se quedó ahí, sujetándome, conmigo todavía subida a la silla y él de pie, de modo que por una vez yo estaba más alta y nuestras caras quedaban casi a la misma altura, a un palmo, en aquella cocina diminuta y mal iluminada.

—Te tengo —dijo.

Y no me soltó.

Y yo no me bajé.

Tendría que haberme bajado. Era lo lógico: ya estaba estabilizada, la olla a salvo en lo alto, el peligro pasado. No había una sola razón sensata para seguir allí subida, con su mano todavía en mi cintura y la mía, sin que yo lo hubiera decidido, apoyada en su hombro. Pero ninguno de los dos se movió. Nos quedamos así, suspendidos, como la persiana aquel día, aguantando un peso que ya no tenía nada que ver con ninguna olla.

Hay momentos en que el cuerpo decide cosas antes que la cabeza, y la cabeza llega tarde, jadeando, con el informe. Yo notaba su mano en la cintura, el calor de la palma a través de la camiseta, su respiración, el olor a sofrito y a sudor limpio y a él. Tenía los ojos más oscuros de lo que recordaba. Bajó la vista a mi boca, esta vez sin disimulo ninguno, y la subió otra vez, y la pregunta quedó flotando entre los dos sin que ninguno la dijera.

—Esto es muy mala idea —susurré, que es lo más cerca del «sí» que sé decir.

—Malísima —dijo él, sin moverse ni un milímetro hacia atrás.

—De las peores.

—La peor que he tenido en mi vida.

—Trabajas para los que quieren echarnos —dije, en un último intento de que la cabeza ganara la partida—. No debería ni mirarte.

—No deberías —admitió. Y había algo extraño en cómo lo dijo, algo que pesaba, como si me estuviera dando la razón en bastantes más cosas de las que yo sabía que le estaba diciendo.

—Pues entonces.

—Pues entonces.

Y ninguno se apartó.

Al contrario. Nos estábamos acercando, despacio, lo justo, en ese viaje lentísimo de los dos últimos centímetros que dura más que el resto del camino.

Pero a mitad de ese viaje pasó algo.

Algo le cruzó la cara. Un segundo, no más. Una sombra que venía de muy adentro, de un sitio al que yo no tenía acceso. Frenó. Una fracción de nada, imperceptible para cualquiera que no estuviera, como yo estaba, con la boca a tres dedos de la suya. Pero lo vi. Algo lo retenía justo ahí, algo se le ponía por delante en el peor momento, y no supe qué era.

Iba a apartarme, herida en mi orgullo, dispuesta a soltar una de las mías para tapar el agujero, cuando se encendió la luz grande del comedor.

—¡Ay! ¡Madre mía! ¡Que no he visto nada!

Pacita.

En camisón, con una rebeca por encima, las gafas torcidas y una mano en el corazón, plantada en la puerta de la cocina como una aparición mariana de metro y medio.

* * *

Me bajé de la silla a la velocidad del rayo. Gabriel dio un paso atrás y se concentró en doblar el trapo con la dedicación de un cirujano. Y Pacita, que se había tapado los ojos con una mano pero miraba descaradamente entre los dedos, empezó a deshacerse en disculpas que no engañaban a nadie.

—Perdón, perdón, perdón. Yo no estoy aquí. Vosotros seguid, seguid, hacéis como que no he bajado. Yo solo venía a por el jarabe,

que con esta tos no pego ojo, y me caliento un poco de leche, y me subo, y no me veis. ¿Eh? Como si fuera invisible.

—Pacita —dije, con la cara ardiendo—, no estábamos...

—¡Que no he visto nada, hija! —Sonreía como no la había visto sonreír nunca, una sonrisa de oreja a oreja, la de quien lleva tres semanas regando una planta y por fin le ve un brote—. Faltaría más. Lo que hagáis dos personas mayores subidas a una silla a estas horas es cosa vuestra.

—Estaba colocando las ollas.

—Las ollas. Claro. —Se fue arrastrando las zapatillas hacia el armario de las medicinas, encantada de la vida—. En mis tiempos también se llamaba así.

Gabriel, detrás de mí, hizo un ruido que podía ser una tos o una risa estrangulada. No me giré a comprobarlo.

Pacita cogió su jarabe y se sirvió su leche con una parsimonia que estoy segura de que alargó a propósito para no perderse detalle. La metió en el microondas y se quedó allí plantada, muy recta, tarareando, esperando los cuarenta segundos como si fuera lo más normal del mundo sorprender a la nieta de tu amiga muerta a punto de comerse a un administrador encima de una silla coja. Fueron los cuarenta segundos más largos de mi vida. Gabriel los empleó en recolocar tres cucharones que ya estaban colocados. Yo, en pedirle al sumidero que me tragara.

Antes de irse, ya en la puerta, se volvió, nos miró a los dos con sus ojos pequeños y vivos, y dijo, ahora sin guasa, con una dulzura que me desarmó más que cualquier broma:

—Está bien que os riáis. Los dos. Hacía falta. —Y luego, recuperando el tono—: Buenas noches. Y la silla, niña, que se cojea. No vaya a ser que os matéis colocando ollas.

Y se fue, tan campante, dejándonos a los dos plantados en una cocina que de pronto se había quedado enorme otra vez, y muchísimo más vacía.

* * *

Gabriel se fue poco después. Un «buenas noches» raro, una mirada que empezó una frase y no la terminó, y la puerta.

Yo subí a casa de mi abuela, me senté en la mesa camilla con el abrigo todavía puesto, y me dediqué a lo que mejor se me da después de hacer postres: ponerme furiosa conmigo misma.

Porque ¿en qué estaba pensando? ¿En qué cabeza cabía? Yo había venido a Madrid huyendo de exactamente esto. Había hecho dos promesas muy claras la primera noche, en aquella misma mesa: no volver a cocinar, y no volver a querer a nadie. La primera ya la tenía medio rota, con harina hasta los codos y un «mi cocina» que se me escapaba solo. Y ahora, por lo visto, me había propuesto cargarme también la segunda, y encima con el peor candidato posible: un tío con traje, con secretos, que aparecía por la corrala con excusas de garrafón y al que ni siquiera acababa de entender.

Porque eso era lo otro. Esa sombra. Ese frenazo de un segundo a tres dedos de mi boca. ¿Qué había sido aquello? Un hombre no para en seco cuando va a besar a alguien a quien lleva semanas rondando, a menos que tenga algo. Algo que no cuenta. Y yo, tonta de mí, en lugar de salir corriendo de los hombres que tienen algo que no cuentan, que ya tuve uno y me costó cuarenta y un mil euros, me dedicaba a subirme a sillas cojas con ellos.

Con Víctor también había empezado así. Con esa sensación de que el mundo era un sitio más interesante con él dentro. Con esa facilidad. Y ya sabía yo cómo acababan las cosas que empezaban siendo fáciles: acababan con mi firma de avalista en un papel y mi nombre en una lista de morosos. Había jurado, con la mano en el pecho y la cabeza por una vez de acuerdo, no volver a sentir esa facilidad por nadie en la vida. Y allí estaba, un año después, sintiéndola otra vez en una cocina prestada, por un hombre del que no sabía ni la mitad.

Pero por encima de la furia, debajo de la furia, mezclado con la furia, estaba lo otro. Lo que no pensaba reconocer ni bajo tortura. Que durante esos dos centímetros que no llegamos a recorrer yo había estado más viva que en todo el último año junto.

Y no era el deseo lo que me daba miedo. El deseo se gestiona. Lo que me daba miedo era lo que venía detrás: las ganas de contarle cosas. De preguntarle por esa sombra que le había cruzado la cara. De arreglarle yo a él, por una vez, algo de lo que se le hubiera quedado atascado por dentro. Eso no se gestiona. Por ahí es por donde se hunden los barcos.

Me levanté. Me hice una tila. Y mientras esperaba a que reposara, me dije a mí misma, muy seria, la mentira más grande que me he dicho nunca:

—No pasa nada. No significa nada.

Lo dije en voz alta, a la cocina vacía, con la autoridad de quien lee un informe. Repasé las pruebas a favor. Una: no nos habíamos besado. Dos: por lo tanto, no había pasado nada. Tres: lo que no pasa, no cuenta. Cuatro: yo era una mujer adulta, con un máster en desastres sentimentales, perfectamente capaz de subirme a una silla con un hombre sin que aquello significara absolutamente nada.

La parte contraria, sin embargo, presentó una única prueba: el recuerdo de su mano en mi cintura, que se me había quedado pegado a la piel todo el camino escaleras arriba como si me lo hubieran cosido.

El jurado, que era yo, no consiguió ponerse de acuerdo consigo mismo.

Y, por si la tila tenía oídos, añadí el argumento definitivo, el irrefutable, el que demostraba que mi promesa seguía intacta:

—Además, ese hombre no tiene ni idea de lo que es una manga pastelera. Así que, técnicamente, no cuenta.

Me lo creí lo que tarda en enfriarse una tila.

O sea, nada.

La receta de Amparo

Hay tardes en el comedor que se quedan vacías de golpe. Se va el último cliente, se van las abuelas a su siesta o a sus recados, y de pronto el sitio se queda en silencio, oliendo a guiso ya frío, con la luz cayendo de lado por la ventana del patio. Aquella tarde nos quedamos Reme y yo. Ella fregando lo último; yo, sin saber muy bien por qué, dándole vueltas otra vez al cuaderno.

Lo había bajado del cajón con la excusa de buscar una cantidad y llevaba diez minutos sin buscar nada. Solo pasando hojas. Letras distintas, manchas de aceite, recetas tachadas y vueltas a escribir, muertas y vivas mezcladas en las mismas páginas. Desde que Lola me había dicho aquello de «aquí escribían las que ya no están», el cuaderno me llamaba como llaman las cosas que sabes que te van a doler.

Reme me miró por encima del hombro, se secó las manos en el delantal y, sin que yo le preguntara nada, vino y se sentó a mi lado en el banco.

—Sabía yo que tarde o temprano ibas a abrir ese cuaderno —dijo.

—Solo estaba mirando.

—Ya. —Me lo quitó con cuidado, lo puso entre las dos y empezó a pasar hojas él, despacio, con esos dedos gruesos que conocían cada página de memoria—. ¿Sabes lo que es esto, niña?

—Las recetas del comedor.

—Esto es el comedor. Lo de fuera, la olla, las mesas, las viejas, eso es el cuerpo. Esto es lo de dentro. —Pasó tres hojas más y se detuvo—. Y la mitad de lo que hay aquí dentro lo escribió tu abuela.

Levanté la vista.

—Amparo empezó esto conmigo —dijo Reme—. Hace cuarenta años. Las dos. En esta misma planta baja, que entonces era un almacén lleno de ratas, cuando en el barrio había más hambre que ahora y a nadie le sobraba un duro. Empezamos dando de comer a cuatro y acabamos dando de comer a medio Sombrerete. Tu abuela y yo. Uña y carne. Cuarenta años cocinando codo con codo en esa

cocina donde tú ahora no quieres cocinar. ¿Y sabes quién puso el primer puchero? Ella. Con una olla que le quitó a su suegra, que en paz descanse y mejor lejos. Yo ponía las ganas y la boca; ella ponía la cabeza y la mano. Yo me peleaba con el del ayuntamiento; ella se peleaba con los proveedores y siempre ganaba, porque tenía una cara de no haber roto un plato que engañaba a todo el mundo menos a mí. Sin tu abuela esto habría durado dos inviernos. Con ella ha durado cuarenta años. Que no se te olvide.

Me quedé sin saber qué decir. Yo sabía que mi abuela «andaba con lo del comedor». Lo sabía como se saben las cosas de los abuelos cuando una está ocupada teniendo su propia vida: de lejos, sin mirar. No sabía que lo había levantado. No sabía que era suyo tanto como de Reme. No sabía nada, en realidad, y esa era exactamente la cuestión.

—Mira —dijo Reme.

Y giró el cuaderno hacia mí.

Y ahí estaba.

No me hizo falta que me dijera de quién era la letra. La reconocí en el acto, de golpe, como se reconoce una voz: mayúsculas grandes, mandonas, apretadas, esa letra que llevo viendo todos los días desde que llegué, clavada con un imán de Benidorm en la nevera de su piso. «BIZCOCHO DE LA REME — 3 HUEVOS, LO QUE PESE EN AZÚCAR, LO QUE PESE EN HARINA, Y MANTEQUILLA, MUCHA, NO SEAS RÁCANA.» Esa letra. La de mi abuela dándome órdenes desde una nevera.

Solo que aquí no era una receta. Eran muchas. Páginas y páginas con su letra. Y en una de ellas, arriba, ponía: «TORRIJAS DE AMPARO (LAS DE VERDAD, NO LAS AGUADAS DE LA VECINA DEL CUATRO)».

Me entró la risa y se me cerró la garganta a la vez, que es una cosa rarísima que solo me pasa con ella.

—Esas torrijas —dijo Reme, con una sonrisa pequeña—. Madre mía, esas torrijas. Las hacía en Semana Santa para todo el patio. No había Dios que igualara el punto de la leche. Y se ponía insoportable, ¿eh? Que si la canela tiene que ser en rama, que si el pan del día anterior y no de antes, que si freír en aceite limpio o no vale. Una dictadora. —Reme me miró—. Igual que tú cuando le corriges el grosor de las zanahorias al pobre administrador.

Y entonces, debajo del título, leí la nota. Estaba escrita con la misma letra, pero más pequeña, como dicha en voz baja:

«A mi Candela le gustan sin pasarse de canela. Hacerle muchas cuando venga.»

Tuve que cerrar el cuaderno un momento. Solo un momento.

* * *

Porque la cosa, lo que Reme no sabía, o sabía perfectamente y por eso me lo estaba enseñando, era que yo no había venido. Que esa nota, «hacerle muchas cuando venga», la había escrito una mujer que se murió esperando una visita que no llegó.

—No vine —dije, en voz baja, mirando las tapas de hule reventadas—. Los últimos años casi no vine, Reme. Y al final, cuando se puso mala, no vine. Llegué al entierro y me volví a Madrid esa misma noche, hecha un trapo, sin hablar con nadie. Y ahora vivo en su casa y como de su comedor y duermo en su cama, y resulta que ni sabía que era suyo. Me he pasado meses sin abrir una sola caja de las tuyas. Sin tocar nada. Viviendo en su piso como una okupa de mi propia abuela, durmiendo entre sus cosas sin mirarlas, porque mirarlas era admitir que se había muerto de verdad, y que se había muerto sin mí. Es más fácil no mirar. Lo tenía convertido en una especialidad.

Reme no me dijo «no te tortures», que es lo que dice la gente cuando quiere que te calles. Se quedó callada, dejándome el sitio para que lo dijera entero. Así que lo dije entero.

—Nos peleamos. Por Víctor. —El nombre todavía me raspaba—. Ella lo caló desde el primer día. Me dijo que ese hombre tenía los ojos de los que se quedan con lo de los demás y se van de rositas. Me dijo que no avalara nada, que no pusiera mi nombre en sus papeles. Y yo, que estaba enamorada y que me creía muy lista y muy moderna, le dije que no se metiera, que ella de negocios no entendía, que lo suyo era una olla y cuatro vecinas y que el mundo había cambiado. —Tragué—. Le dije eso. A ella. Con esas palabras.

—Y tenía razón —dijo Reme. No era una pregunta.

—En todo. Hasta en la última coma. Ese hombre se quedó con lo mío y se fue de rositas, exactamente como ella dijo. Cuarenta y un mil euros de rositas. —Me reí sin ganas—. Y yo nunca, ¿sabes?, nunca

le dije «tenías razón». Por orgullo. Porque era más fácil no venir que sentarme delante de ella y darle la razón. Y se me murió antes de que el orgullo se me bajara.

Ahí sí, por fin, después de meses, se me cayeron las lágrimas que llevaba sin caérseme desde el entierro. Sin ruido. Solo agua.

Reme me dejó llorar un rato. Y luego, cuando vio que ya, me cogió la mano con esa suya áspera de toda la vida fregando, y dijo:

—Tu abuela era más cabezota que una mula. Que conste. No me la pongas de santa ahora que se ha muerto, que la conocí cuarenta años y discutíamos a gritos un día sí y otro también. Era orgullosa, era mandona, y para pedir perdón era todavía peor que tú, que ya es decir. —Me apretó la mano—. ¿Tú crees que ella te llamó? No te llamó. Estaba esperando a que la llamaras tú, igual que tú esperabas a que te llamara ella. Dos cabezotas, cada una en su esquina, esperando a la otra. Así estuvisteis. Y así se quedó la cosa, por culpa de las dos, no solo tuya.

—Pero ella se murió.

—Sí. Esa es la putada de ser la que se queda viva: que te toca cargar tú con el orgullo de las dos.

* * *

Estuvimos un rato calladas. Fuera, en el patio, el canario seguía a lo suyo, ajeno.

—Lo que sí sé —dijo Reme al cabo— es que no dejó de hablar de ti ni un día. Que tenía tus dos premios, esos del obrador, recortados del periódico y metidos en el marco del espejo de la entrada, para verlos al salir. Que cuando alguien preguntaba por su nieta sacaba pecho y decía «la mía hace los mejores dulces de Madrid». —Reme sonrió—. Estaba orgullosísima de ti, niña. Lo que pasa es que era incapaz de decírtelo a la cara, porque para eso era tan tonta como para lo otro.

Y yo me había pasado la vida creyendo justo lo contrario. Creyendo que no le parecía bastante, que se había quedado con las ganas de otra nieta: una que se quedara en el barrio, que cocinara para querer y no para cobrar, que no se largara con el primer listo de sonrisa fácil. Y mientras yo me lo tragaba enterito, ella iba sacando pecho por las esquinas con lo de su nieta la repostera. Las dos, cada

una en su esquina, queriéndonos fatal, a base de silencios y de orgullo, como si nos sobrara el tiempo del mundo.

Y ahí estaba. La cocina entera de mi vida, de pronto, ordenándose de otra manera.

Porque yo me había pasado un año pensando que la repostería era cosa de Víctor. Que el obrador, los premios, las cinco de la mañana laminando, todo aquello estaba contaminado, era parte de la estafa, de la vida que se me había caído encima. Por eso no quería volver a cocinar. Porque cocinar me sabía a él.

Y resulta que no. Que cocinar no me venía de Víctor. Que yo había aprendido a montar claras subida a un taburete en la cocina de Amparo, antes que a leer. Que el oficio, el de verdad, el de las manos, no me lo había dado el hombre que me arruinó, sino la mujer que me lo advirtió. Que cada vez que yo metía las manos en una masa, sin saberlo, estaba haciendo lo que ella me enseñó. Víctor solo le había puesto encima un nombre comercial y una deuda. Pero lo de debajo, lo bueno, era de ella. Siempre había sido de ella.

Eso no me lo había quitado nadie. Ni Víctor, con todo lo que se llevó.

* * *

Cuando me levanté para irme, ya de noche, con los ojos hinchados y una paz rara que no me esperaba, Reme empezó a guardar el cuaderno en su cajón.

—Espera —dije.

Se paró.

—¿Puedo... quedármelo esta noche? El cuaderno. Te lo devuelvo mañana, lo juro. Es que quiero copiar una cosa.

Reme me miró un segundo largo. Y yo creo que entendió perfectamente que aquello no era para copiar una cosa. Era el primer «sí» que yo le decía a algo en mucho tiempo.

—Llévatelo —dijo—. Pero me lo cuidas, que ahí dentro están todas. —Y al pasar por mi lado, camino de la puerta, me puso una mano en la mejilla, breve, áspera y caliente, igual que se la habría puesto a Amparo—. Y mañana, niña, ya que estás, podías hacer las torrijas. Que hace mucho que nadie las hace bien en esta casa. Y a alguien de

aquí arriba —señaló al techo con la barbilla— le gustaría saber que las haces tú.

Subí a casa de mi abuela con el cuaderno apretado contra el pecho.

Cambié, por primera vez desde que llegué, la hoja del calendario que llevaba parado en marzo desde el día que ella se fue al hospital. Lo puse en el mes que tocaba.

Y antes de acostarme, abrí el cuaderno por la página de las torrijas, copié la receta entera en un papel con mi propia letra, que no se parece nada a la suya, y debajo de la nota que decía «hacerle muchas cuando venga», añadí, en voz baja, lo único que me quedaba por decirle y que ya nunca iba a poder decirle a la cara:

«Ya vine, abuela. Tarde. Pero vine.»

Los domingos de Pilar

La encontré haciendo torrijas.

Llegué al comedor pasadas las siete, con mi excusa de siempre bajo el brazo, y me la encontré sola en la cocina, con un delantal de flores y las manos en una fuente de pan empapado en leche. No pelando. No picando. No fregando. Cocinando. De verdad, por primera vez desde que la conocía. Tenía harina en la mejilla y una concentración en la cara que no le había visto nunca, ni siquiera corrigiéndome las zanahorias: la concentración del que hace algo que le importa.

Me quedé en la puerta sin decir nada, porque interrumpir aquello me pareció una especie de profanación.

La había visto pelar toneladas de patatas, picar cebolla hasta llorar, fregar ollas a medianoche. Pero esto era distinto, y se notaba. Pelar es obedecer; cocinar es decidir. Y Candela, que llevaba semanas jurando que ella en una cocina no decidía nada, estaba ahí de pie decidiendo el punto exacto de una leche con canela, con una entrega que no se finge. Lo que la hubiera traído de vuelta a una sartén tenía que ser importante. Yo todavía no sabía lo que era. Pero le reconocí la cara, porque es la misma que pongo yo cuando hago lo único que sé hacer de verdad, que en mi caso, por desgracia, es lo que hago.

—No te quedes ahí como un pasmarote —dijo, sin levantar la vista—. O entras o sales, pero la corriente la cierras.

Entré. Cerré.

—Pensaba que no cocinabas.

—Y no cocino. —Pasó una rebanada por el huevo batido—. Hoy es una excepción. Son las torrijas de mi abuela. Es... complicado.

Olían a canela y a leche caliente, a azúcar empezando a tostarse en la sartén. Un olor de domingo, de casa, de cocina pequeña. Un olor que conozco mejor de lo que me gustaría.

—¿La que te dejó el piso?

—La misma. —Dejó la rebanada en la sartén, que chisporroteó—. Resulta que también levantó este comedor. Con Reme. Hace

cuarenta años. Yo no tenía ni idea. —Se rio, con una risa que no era de gracia—. Llevo semanas comiendo en un sitio que construyó mi abuela sin saberlo, y a la abuela me la pasé los últimos años sin querer mirarla. Me peleé con ella por un imbécil. Tenía razón en todo y yo no le di la razón ni una vez, y se me murió esperando que se la diera. Y ahora hago sus torrijas en su comedor para no sentirme tan miserable. Ahí lo tienes. El cuadro completo.

Lo dijo de carrerilla, con esa manera suya de soltar las cosas serias muy rápido y muy de pasada, como quien arranca una tirita. Pero le temblaba un poco la mano con la espumadera.

No le dije lo que se dice en estos casos. No le dije que seguro que su abuela la había perdonado, que la gente mayor entiende esas cosas, que no se torturara. Para empezar, porque no lo sé. Y para seguir, porque ella no parecía estar pidiendo consuelo, sino solo soltar la piedra un rato delante de alguien. Lo reconocí enseguida, porque yo cargo una piedra parecida desde hace treinta años, y se distingue a la legua a otro que carga la suya.

Y yo, que había entrado a aquella cocina con todas mis murallas en su sitio, noté cómo se me caía una. Sin permiso.

* * *

—Yo tenía una abuela así —dije.

No lo decidí. Me salió. Llevaba treinta años sin decir esa frase en voz alta delante de nadie, y me salió sola, en una cocina que olía a canela, viéndola a ella darle la vuelta a una torrija.

Cande levantó la vista. No dijo nada. Solo apartó la sartén del fuego, se apoyó en la encimera y esperó, con esa atención entera que pone la gente que sabe lo que es perder a alguien y no quiere que lo cuenten deprisa.

—Se llamaba Pilar —dije—. Y los domingos hacía croissants.

Tendría que haber parado ahí. Tendría que haberme reído de mí mismo, soltar una frase de relleno y cambiar de tema, que es lo que hago siempre que alguien se acerca demasiado a la puerta de esa habitación. No paré.

No sé qué tenía aquella cocina. O aquella mujer. O las dos cosas a la vez, con el olor a canela, y la hora, y el cansancio de llevar treinta años cargando con una puerta cerrada. El caso es que, por una vez,

abrir la pesaba menos que seguir sosteniéndola. Y las puertas de esas, cuando abres una, abren solas las de detrás.

—Cada domingo. Se levantaba a las cinco de la mañana a laminar la masa que había dejado reposando la noche anterior. Y yo, que tendría seis o siete años, bajaba en pijama a ayudarla, muerto de sueño, y mi gran trabajo, mi enorme responsabilidad, era pintarle los cuernos con huevo batido y una brocha vieja antes de meterlos al horno. Despacio. Sin pasarme por los bordes, que entonces las capas no suben. —Me oí la voz rara, más joven—. Y luego ella los repartía por toda la vecindad. Casa por casa. Sin cobrar. Porque vivíamos en una corrala. Una igual que esta.

Lo dije, y al decirlo miré alrededor, las galerías de madera por la ventana, el patio, el corcho con los nombres, y se me revolvó algo por dentro que prefiero no nombrar.

Una igual que esta.

—¿Y qué pasó? —preguntó Cande, muy bajito.

Y ahí llegué a la puerta de la habitación que no abro.

—Que la perdimos —dije—. La casa. Tuvimos que irnos. Y mi abuela, que llevaba toda la vida en aquel patio, que conocía a todo el mundo y a la que todo el mundo conocía, se fue a vivir a un piso por ahí, interior, sin galerías, sin vecinos que entraran a tomar café, sin domingos. Y se apagó. Así, sin más. Sin ninguna enfermedad con nombre. Como una planta a la que cambias de sitio y ya no agarra. En menos de dos años no quedaba nada de ella.

Cande no dijo «cuánto lo siento». Igual que Reme no se lo había dicho a ella, supongo. Se quedó callada, mirándome, dejándome el silencio.

—Dejó de hacer croissants mucho antes de morir —añadí, y esta fue la última puerta que abrí, y no sé por qué la abrí—. Decía que en una cocina sin patio no salían igual. Yo creo que simplemente se le habían quitado las ganas de que fuera domingo.

* * *

No le conté lo demás.

No le conté que la casa no la perdimos: nos la quitaron. Que vino un hombre con buenos zapatos y una carpeta y unos papeles firmados, muy educado, muy correcto, y que en seis meses lo que

había sido nuestro dejó de serlo, todo dentro de la ley, todo perfectamente legal. No le conté que yo me pasé la infancia entera odiando a aquel hombre de la carpeta, jurándome que jamás en la vida volvería a estar al otro lado de esa mesa, indefenso, mirando cómo alguien con un sello me vaciaba la casa.

Y, sobre todo, no le conté lo que vino después. Que cumplí mi juramento de la única forma que encontré: pasándome al lado de los que tienen el sello. Que ahora el hombre de los buenos zapatos y la carpeta era yo. Que tenía esa carpeta, en concreto la de su casa, esperando en un cajón con una fecha encima.

Le estaba mintiendo. No con palabras, que eso casi se perdona, sino con los silencios, que es la peor manera de mentir, porque dejas que la otra persona rellene los huecos con algo bonito mientras tú sabes lo que va en ese hueco de verdad. Ella rellenaba mis silencios con un hombre herido y reservado. Yo sabía que en esos silencios iba un cajón, una carpeta y una fecha.

No le conté nada de eso, claro. Pero mientras me callaba todo eso, mientras ella me miraba con los ojos brillantes pensando que estaba conociendo a un hombre con una herida bonita, yo sabía perfectamente que no había nada bonito en mi herida. Una herida no te hace bueno. A mí la mía me había hecho exactamente lo contrario. No le estaba contando aquello para que me entendiera. No había nada que entender que me dejara bien parado. Si acaso, le estaba dando, sin que ella lo supiera, todas las piezas para que algún día me odiara con conocimiento de causa.

—Por eso eres así —dijo ella entonces, con una suavidad que no me había puesto nunca.

—¿Así cómo?

—Así. Tan ordenado. Tan de tenerlo todo controlado, todo medido, todo en su sitio. —Ladeó la cabeza—. Es para que no te lo puedan volver a quitar.

Me quedé sin aire un segundo. Porque lo había dicho. En una frase, sin esfuerzo, había puesto el dedo en lo que a mí me había costado treinta años no mirar de frente. El orden es la única casa de la que no te pueden echar. Llevaba media vida repitiéndome esa frase como un rezo, y esta mujer, removiendo torrijas, me la acababa de traducir en voz alta como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Algo así —conseguí decir.

Ella asintió despacio, como si acabara de encajar una pieza que llevaba tiempo dándole vueltas. Y no me preguntó más. Esa fue la cosa: que no me preguntó más. Que entendió, sin que yo se lo dijera, que detrás de aquella puerta había otra, y que esa no se la iba a abrir hoy, y le pareció bien. La gente que ha perdido a alguien no fuerza las cerraduras de los demás. Sabe demasiado bien lo que cuesta cada una.

* * *

Después se hizo un silencio distinto. Más cerca. Ella volvió a poner la sartén al fuego, me pasó un plato con una torrija recién hecha, todavía caliente, espolvoreada de azúcar y canela, y me dijo «come, anda, que te lo has ganado», y la comí, y estaba tan buena que casi me hace más daño que el recuerdo.

Y nos quedamos un rato así, los dos, comiendo torrijas de su abuela muerta en el comedor de su abuela muerta, hablando bajo, riéndonos un poco, más juntos de lo que habíamos estado nunca. Más juntos, me di cuenta de pronto, con un frío que no tenía nada que ver con la cocina, de lo que yo me podía permitir estar con nadie, y mucho menos con ella.

Porque acababa de hacer la cosa más estúpida y más peligrosa de toda mi vida profesional. Me había abierto. Le había enseñado a Candela Ortega la única habitación de mi casa que no le enseñé a nadie. Le había dado, sin querer, el mapa exacto de por dónde me podía destrozar.

En mi oficio, lo primero que se aprende es a no dar nunca información que el otro pueda usar en tu contra. Yo acababa de entregarle el manual entero. Voluntariamente. Sonriendo. Con una torrija en la mano.

Y lo peor, lo que me dejó de verdad aterrado mientras subía la torrija al coche envuelta en una servilleta, igual que el croissant, fue darme cuenta de que no me arrepentía.

De que, por primera vez en treinta años, contarle había dolido menos que callarlo.

De que quería volver mañana y contarle más.

Un hombre con una bomba en un cajón no debería querer eso. Y yo lo quería con todas mis fuerzas, que es exactamente como

empiezan los desastres de verdad: queriéndolos.

Volver a la masa

La culpable fue Pacita. Como casi todo lo que me pasa en esta corrala, para bien o para mal, la culpable fue Pacita.

Apareció el martes por la mañana en casa de mi abuela, sin avisar, con su rebeca abrochada hasta arriba y esa cara de no haber roto un plato que en esta familia, ya lo voy aprendiendo, es la cara más peligrosa que hay. Traía una bolsa de plástico.

—Mira lo que he encontrado en el mercado —dijo, y sacó de la bolsa un molde de tarta. Uno de esos antiguos, de aluminio, con el borde rizado—. Estaba tirado de precio. Pensé en ti.

—Pacita.

—¿Qué?

—Yo no horneo.

—¿Quién ha dicho nada de hornear? —Pacita puso cara de ofendida—. Yo te traigo un molde porque estaba barato y me acordé de ti. Si quieres lo usas para guardar botones. —Dejó el molde encima de la mesa camilla, junto al sobre de la luz, como quien deja una cosa olvidada, y se sentó un momento en el borde de la silla, como sin querer—. Lo de la Manoli es aparte. El domingo cumple ochenta y siete, la pobre, y no puede bajar por lo de la cadera, ya sabes. ¿Tú sabes cuántos cumpleaños le quedan a una a esa edad? Pocos, hija. Se cuentan con los dedos de una mano y sobran dedos. —Suspiró con un arte que ya quisieran en el Teatro Español—. Pero nada, déjalo. Compramos un brazo de gitano en el Mercadona y ya está. Lleva nata y todo.

Y se fue. Así, sin más. Dejándome el molde encima de la mesa y la bomba puesta.

Un brazo de gitano del Mercadona. Para el ochenta y siete cumpleaños de una mujer que no sale de casa desde Reyes. La muy bruja sabía perfectamente lo que hacía.

Estuve dos días sin tocar el molde. Lo dejé encima de la mesa camilla, mirándome. Yo lo miraba a él. Una guerra fría entre una repostera arruinada y un cacharro de aluminio de tres euros.

Porque la cuestión no era el molde. La cuestión era todo lo demás. Yo había jurado no volver a hornear. Y no lo había jurado por capricho. Lo había jurado el día que eché el cierre de «Migas» por última vez, con el banco detrás y Víctor por delante, prometiéndome a mí misma que no volvería a meterme en una cocina profesional aunque me pagaran, porque cada vez que yo hacía algo bonito con las manos alguien encontraba la manera de convertirlo en una factura y en una traición. Hornear me había costado un negocio, una pareja, cuarenta y un mil euros y la última conversación con mi abuela. Hornear, en mi cabeza, era sinónimo de ruina.

Y no era solo el dinero, aunque el dinero diera para una novela de terror él solo. Era que yo había puesto en aquel obrador todo lo que tenía, y no hablo de euros: hablo de las cinco de la mañana, de los domingos, de las navidades trabajando, de la fe entera de creer que una cosa buena hecha con las manos puede sostenerte la vida. Y la respuesta que me dio el mundo a esa fe fue una deuda y un hombre que dejó de cogerme el teléfono. Volver a hornear era volver a creer. Y de creer andaba yo muy escarmentada.

Pero esto no era «Migas». Esto era una tarta para una vieja que cumplía años y no podía bajar a soplar las velas.

Y eso, por lo visto, era una excepción que mi cabeza no había contemplado en el contrato.

El sábado por la noche bajé al comedor cuando ya no quedaba nadie, con el molde debajo del brazo y el cuaderno de Amparo en la otra mano, y encendí el horno. El viejo, el que abre la puerta como si te hiciera un favor. Y mientras esperaba a que cogiera temperatura, me quedé un rato de pie en medio de aquella cocina, sola, con las manos vacías, muerta de miedo.

Porque hay un terror muy concreto, que solo conoce la gente que ha sido buena en algo y lo ha perdido, y es el terror a descubrir que ya no sabes. Que se te ha ido. Que aquello que un día hiciste mejor que casi nadie ahora te sale mal, como a un principiante, y que entonces ya no te quedará ni el consuelo de lo que fuiste.

Pesé la harina con ese miedo metido en el cuerpo.

Y entonces pasó lo que pasa siempre, lo que no había querido recordar en ocho meses: que las manos saben. Que aunque la cabeza

tenga miedo, las manos se acuerdan. Tamicé sin pensar. Separé las claras con un golpe seco contra el borde del bol, ese gesto que aprendí subida a un taburete en la cocina de mi abuela antes que a leer. Monté, batí, integré con movimientos envolventes que no he tenido que decidir, porque los llevo en los tendones. El azúcar, la mantequilla pomada, la ralladura de limón. La masa cogiendo cuerpo, brillante, viva.

Olía a obrador. A las seis de la mañana de hacía tres años, cuando esto era mi vida y no mi duelo. El horno calentando, la mantequilla derritiéndose, el limón. Hay olores que son máquinas del tiempo, y aquel me devolvió de un tirón a la chica que fui, la de antes de Víctor, la que tarareaba mientras laminaba porque le parecía que tenía la mejor profesión del mundo. La había echado tanto de menos que casi no me atrevía a saludarla.

Y en algún momento, no sé cuándo, se me olvidó tener miedo.

* * *

No voy a mentir y decir que fue fácil. La primera tarta se me bajó en el centro y la tiré a la basura soltando tacos que habrían escandalizado a la Manoli. La segunda la saqué un pelín pronto. Pero la tercera salió. Salió alta, dorada, esponjosa, con esa cúpula ligeramente agrietada que tienen los bizcochos cuando están bien hechos, y al sacarla del horno y darle la vuelta sobre la rejilla y oír ese «toc» hueco y perfecto, me entró por el pecho una cosa caliente que no me pasaba desde hacía tanto que casi no la reconocí.

Era alegría. Pura y dura. La alegría tonta de haber hecho una cosa bien.

La rellené de crema, la cubrí, le hice un trenzado de nata en el borde con la manga pastelera (sí, la manga pastelera, la de mi juramento, esa misma) y, ya puestos, ya entregada del todo, lo rematé con unas virutas de chocolate y, en una esquina, con dos hojaldritos en forma de cuerno pintados con huevo, porque algunas cosas, por lo visto, ya no sé hacerlas sin firmar.

Eran las tres de la mañana cuando terminé. Estaba agotada, pringada de harina hasta las cejas, con quemaduras nuevas en el antebrazo y una tarta en medio de la mesa del comedor que, lo digo yo que he ganado dos premios, estaba para hacerle una foto.

Y me eché a llorar. Otra vez. Esta familia me está convirtiendo en una regadera.

Lloré un poco por Amparo, que me enseñó todo esto y no estaba allí para verlo. Lloré un poco por «Migas», por la chica que fui, la que abría su obrador a las seis de la mañana llena de planes, antes de saber cómo terminaba la película. Y lloré un poco, también, de alivio. Porque resulta que no se me había ido. Que seguía ahí. Que Víctor se había llevado el negocio, la cuenta corriente y la dignidad, pero esto, lo de las manos, no había podido robármelo, porque esto nunca fue suyo.

Esto era mío. Y de mi abuela. Y, por lo que parece, no había contrato ni juramento que lo borrara.

* * *

El domingo, cuando subieron la tarta a casa de la Manoli con una vela del siete y otra del ocho (porque velas del ochenta y siete no había, pero ganas de sumar tampoco faltaban), se montó en aquel piso pequeño una fiesta que no me esperaba.

La Manoli, que es una mujer de pocas lágrimas, según Carmina, se puso a llorar al ver la tarta. Dijo que hacía años que nadie le hacía una tarta de cumpleaños, que desde que murió su Paco compraba un sobado en el chino y se cantaba el cumpleaños feliz ella sola. Lola sacó el vermut de donde saca el vermut siempre, que es un misterio sin resolver, y brindó por «la repostera de la casa», y a mí se me subieron los colores como a una cría. Carmina hizo veinte fotos movidas con el móvil, que maneja como si fuera un ladrillo, y juró que se las iba a enseñar a todo el barrio puerta por puerta, que para eso tiene el periódico hablado más eficiente de Lavapiés. Encarna, la recelosa, la de las cuentas, probó un trozo, masticó muy seria, y soltó su veredicto, que en su escala equivale a una ovación de pie:

—Pues está buena. Tiene su trabajo, esto.

Y Pacita, que llevaba toda la fiesta sospechosamente callada para lo que es ella, se me acercó, me cogió del brazo y me dijo al oído, con un brillo en los ojos que no presagiaba nada bueno:

—Esto hay que repetirlo, ¿eh? Una cosa así de bonita no se hace una vez y para de contar. —Me dio una palmadita en la mano—. Yo ya estoy pensando para quién.

—Pacita, ni se te ocurra.

—Pero si yo no he dicho nada. ¿He dicho yo algún nombre? —Sonrió, angelical—. Tú haz tartas, niña, que para lo demás ya estoy yo.

Y Reme, que no había dicho nada en todo el rato, se acercó al final, cortó un pellizco con los dedos, lo probó, y me miró con esos ojos suyos que lo ven todo.

—Con mucho amor —dijo.

—Y mantequilla —contesté yo, sin pensarlo, y se nos escapó la sonrisa a las dos a la vez.

—Mucha —remató ella—. No has sido rácana. Esa es de las que habría hecho tu abuela.

Y, de todos los premios provinciales que tengo metidos en un cajón, ninguno me ha sabido a tanto como esa frase dicha por una mujer de ochenta y dos años con la boca llena de mi tarta.

* * *

Esa noche, ya en casa, hice balance. Y fui justa, que es lo mínimo.

No me había curado. Que quede claro, no sea que alguien se venga arriba. Seguía debiendo cuarenta y un mil euros que no tenía. Seguía sin querer ni acercarme a la idea de montar nada profesional, de volver a poner mi nombre y mi dinero en un local con un rótulo, porque el pánico a que se repitiera la película seguía exactamente donde lo dejé. Una tarta para una vecina no me arreglaba la vida. La sanación, si es que esa palabra significa algo, no se cocina en una noche. Las cosas que se rompen de verdad no se arreglan con una tarta, igual que no se arreglan con un hombre guapo que aparece por tu corrala con una carpeta, por mucho que las dos cosas te hagan olvidar el agujero un rato. Eso lo tenía clarísimo. O eso me decía.

Pero.

Pero por primera vez en ocho meses me había pasado seis horas seguidas sin pensar en lo que había perdido, porque estaba demasiado ocupada haciendo algo. Por primera vez en ocho meses me había acostado oliendo a vainilla y a horno en vez de a tabaco y a insomnio. Y por primera vez en ocho meses, tumbada en la cama de mi abuela mirando el techo, me atreví a decirme a mí misma, en voz

muy baja y muy a regañadientes, como quien confiesa un delito, la verdad que llevaba todo ese tiempo negando:

—Lo echaba de menos.

Lo dije, y me quedé muy quieta, esperando a que me cayera encima el castigo por haberlo admitido. No cayó nada. Solo el sueño, por fin, de un tirón, sin pastillas.

La cena que no estaba en el plan

La excusa fue tan mala que daba ternura.

—Es el santo de san Gabriel —anunció Pacita el jueves, en mitad del comedor, con una seguridad pasmosa.

—El santo de san Gabriel es en marzo —dijo Encarna, que de santos sabe lo suyo.

—Bueno, pues lo adelantamos. —Pacita ni se inmutó—. ¿Pasa algo? El chico se llama Gabriel, lleva meses viniendo a este comedor, comiéndose nuestro guiso y arrimando el hombro con la persiana y con todo, y nadie le ha dado nunca las gracias como Dios manda. Pues el sábado le hacemos una cena. Una de verdad. Y se acabó la discusión.

Y no hubo discusión, porque cuando Pacita pone esa cara no la hay. Yo, que para entonces ya conocía el percal, supe leer la jugada en cuanto la soltó: «cena para Gabriel» era el nombre artístico, pero la obra de verdad se titulaba «vamos a sentar a estos dos juntos a ver si de una vez espabilan». La muy ladina llevaba toda la semana mirándonos a Gabriel y a mí con la sutileza de un foco de discoteca.

Le seguí el juego. No sé por qué. Bueno, sí lo sé, pero no me apetecía mirarlo de frente todavía.

* * *

El sábado, el comedor estaba irreconocible.

Habían sacado el mantel bueno, el de hilo, que según Carmina solo salía del cajón para bodas y entierros y ninguna de las dos cosas precisamente abundaba ya. Lola había puesto velas. Velas de verdad, no las de la tarta. Encarna había hecho cuentas para que cuadrara el presupuesto y aun así había metido una botella de vino que no era del que ponen normalmente, sino de uno con corcho de verdad. Y de la cocina salía un olor que era el currículum entero de aquellas mujeres: el cocido de Reme, las croquetas de Carmina, el flan de

Lola, una ensalada que había hecho Encarna con sus manos rácanas y, de postre, una tarta mía. Porque me habían dejado hacer el postre. Y yo lo había hecho con un cuidado que no le ponía a un postre desde hacía un año.

Gabriel llegó a las nueve, con una camisa azul y una botella de vino en la mano y una cara de no saber muy bien dónde se había metido. Cuando entró y vio el mantel de hilo, y las velas, y a las cinco abuelas formadas como un comité de bienvenida, y su nombre escrito con rotulador en un cartel que había pintado Lola que ponía FELIZ SANTO GABRIEL con una falta de ortografía que no pienso revelar, se quedó parado en la puerta. Y por un segundo, solo un segundo, vi algo cruzarle la cara que no era incomodidad. Era otra cosa. Algo que tardé en reconocer porque no se lo había visto nunca.

Parecía un niño al que, de repente, sin avisar, alguien le hace una fiesta.

—Esto no... —empezó, y se le quebró un poco la voz, y carraspeó—. No hacía falta.

—Calla y siéntate —dijo Reme—. La sopa se enfría.

* * *

Fue una noche rara y preciosa.

Las abuelas estuvieron en su mejor versión, que es mucho decir. Carmina contó la historia de cómo conoció a su tercer marido en un baile del Pompeya, con Lola corrigiéndole los detalles porque ella estaba allí. Encarna, dos vasos de aquel vino con corcho de verdad, se rio por primera vez en lo que yo llevaba de corrala, una risa ronca y sorprendente que hizo que todas nos giráramos a mirarla. Reme presidía la mesa como una reina vieja, sirviendo, vigilando que todo el mundo repitiera, dándole a Gabriel los mejores trozos sin decir nada, que es la manera que tienen estas mujeres de quererte: llenándote el plato.

Y Gabriel, poco a poco, se fue soltando. Se quitó la chaqueta. Se remangó. Se rio de verdad, con esa risa rara y bonita que le sale tan pocas veces, cuando Carmina le contó que de joven Reme había sido la más guapa del barrio y que tuvo que elegir entre dos pretendientes y eligió «al más feo pero el que mejor cocinaba», y Reme le tiró una servilleta a la cara. Comió. Comió como come la gente que no come

en compañía casi nunca, despacio al principio y luego con ganas, y a mí se me hacía un nudo tonto al verlo, porque pensaba en lo que me había contado de su abuela, de aquellos domingos, y entendía que aquella mesa le estaba dando algo que llevaba mucho tiempo sin tener.

Porque eso es lo que hace esta gente, me iba dando cuenta. No saben decir «te queremos». Lo dicen de otra manera. Te lo dicen poniéndote delante un plato de cocido con el garbanzo entero, sin que se deshaga, que tiene su técnica. Te lo dicen guardándote la pechuga, que es lo que más cuesta. Te lo dicen sentándote en la cabecera con el mantel de hilo que solo sale para bodas y entierros. En esta casa el amor no se declara: se sirve, en raciones generosas, y se te queda mirando hasta que repites. Y aquel hombre, que vivía de papeles y de despachos de cristal, estaba recibiendo esa noche una declaración en toda regla y no sabía ni cómo dar las gracias, porque seguramente nadie le había hablado nunca en ese idioma.

Solo una cosa me apretaba el corazón en mitad de toda aquella alegría.

Pacita.

Pacita, que era la directora de toda la función, la que había montado aquello, estaba esa noche más callada de lo normal. Comía poco. Tosía, esa tos seca que llevaba arrastrando semanas y que ya no me sonaba a catarro. En un momento dado la pillé con la mirada perdida, la sonrisa puesta pero los ojos en otro sitio, muy cansada, como quien aguanta de pie por pura voluntad. Reme también la miraba. Lo noté. Las dos cruzaron una de esas miradas largas que se cruzan las amigas de toda la vida, y aparté la vista, porque me dio la sensación de estar viendo algo que no me tocaba ver todavía.

Pero entonces Pacita me sorprendió mirándola, me guiñó un ojo, señaló con la barbilla a Gabriel, y articuló sin voz, solo con los labios: «espabila». Y volvió a ser ella. Y yo decidí, por esa noche, creermelo que no pasaba nada.

* * *

Cuando terminó el postre, las abuelas empezaron a recoger y a retirarse. Una tras otra, igual que aquella otra noche, solo que esta vez no era casualidad. Carmina dijo que estaba molida. Lola dijo que

se llevaba a Encarna a tomar la última a su casa. Reme dijo que ella fregaba mañana, que hoy lo dejaran todo. Y Pacita, la última, antes de subir, se paró a mi lado, me dio un beso en la frente, me apretó la mano con una fuerza que no le pegaba a aquellas manos tan pequeñas, y me dijo bajito, solo para mí:

—Yo ya he hecho mi parte, niña. Lo demás es cosa tuya.

Y se fueron todas. Y nos dejaron, otra vez, a Gabriel y a mí solos en el comedor, con las velas a medio consumir y el mantel de hilo lleno de migas.

Esta vez sin ollas que colocar. Sin nadie que fuera a bajar a por jarabe.

* * *

Nos quedamos un rato en silencio. Un silencio distinto de todos los anteriores. Más lleno.

—Tu abuela —dijo él de pronto, mirando el cartel de Lola con la falta de ortografía—. La de las torrijas. ¿Era de aquí, del barrio?

—De toda la vida.

Asintió despacio. Y entonces, sin que yo le preguntara, sin la coraza de las otras veces, dijo:

—Yo no te conté toda la verdad. La otra noche. Sobre Pilar.

Me quedé muy quieta.

—Te dije que perdimos la casa. Que tuvimos que irnos. —Tenía la vista clavada en la vela, en la llama—. No fue así. No la perdimos, como quien pierde unas llaves. Nos la quitaron. Vino un hombre, un día, muy bien vestido, muy educado, con una carpeta debajo del brazo y unos papeles firmados. Y nos explicó, con muy buenos modales, que la casa donde mi abuela llevaba cincuenta años, donde había criado a sus hijos, donde hacía los croissants de los domingos, ya no era nuestra. Que había unos plazos. Que había una ley. Que todo era completamente legal. —Tragó—. Y lo era. Esa es la parte que nadie entiende. Que era legal. Que no hubo nada que denunciar, ningún delito, ningún malo de película. Solo un señor con buenos zapatos haciendo su trabajo, cumpliendo una ley que estaba de su parte y no de la nuestra.

No dije nada. No se podía decir nada.

—A mi abuela la metieron en un piso interior, sin patio, sin vecinos, sin domingos, y se apagó en menos de dos años, ya te lo dije. Lo que no te dije es por qué. Yo creía de pequeño que se había puesto enferma. Tardé años en entender que no, que no se puso enferma. Que la desarraigaron. Que la sacaron de la única tierra donde sabía crecer y la plantaron en una maceta sin luz, y que una persona también se seca, como una planta, cuando le quitas el sitio donde tiene las raíces. Mi abuela no se murió de nada. Se murió de que le quitaran su casa. Despacio. Con todos los papeles en regla.

La voz le salía firme, pero las manos no. Las tenía sobre el mantel, quietas, y le temblaban un poco, igual que a mí me había temblado la mano con las torrijas.

—Por eso eres como eres —dije, repitiendo lo que ya le había dicho, pero entendiéndolo ahora del todo—. Por eso necesitas el orden. Los papeles. Tenerlo todo controlado. Para que nunca venga nadie con una carpeta a decirte que lo que es tuyo ha dejado de serlo.

—Para que no me lo puedan volver a quitar —dijo él—. Sí.

Y me miró. Y en esa mirada había tanta cosa rota, tanto niño de seis años con una brocha de huevo en la mano viendo cómo desmontaban su mundo con buenos modales, que algo dentro de mí, lo último que me quedaba en pie de todas mis murallas, se cayó sin hacer ruido.

Dejé de pelear.

Llevaba semanas peleando. Contra él, contra mí, contra la promesa que hice en aquella mesa camilla de no volver a querer a nadie. Y de pronto, en aquel comedor que olía a cocido y a cera de vela, con aquel hombre enseñándome la herida más honda que tenía, me di cuenta de que estaba agotada de pelear, y de que algunas batallas se pierden porque en el fondo quieres perderlas.

Me acerqué. Despacio. Como aquella otra noche, pero sin silla, sin olla, sin excusa. Le puse una mano en la cara, en esa mandíbula que siempre lleva tan tensa, y la noté ceder bajo mi palma. Él levantó la vista, y por un segundo vi que iba a decir algo, una advertencia, un «no deberías», la sombra esa que se le enciende a veces.

—Cállate —le dije, muy bajito, lo mismo que le había dicho Reme con la sopa.

Y lo besé.

Y el mundo, que llevaba un año entero siendo un sitio incómodo y frío, se calló por fin.

No fue un beso de esos de película, con violines. Fue mejor. Fue un beso de los que tienen detrás muchas semanas de no darse, todo el peso de los casi, de las miradas, de las manos rozándose colocando ollas. Sabía a vino y a la canela de mi tarta. Él tardó medio segundo en responder, ese medio segundo en que un hombre decide si se permite o no ser feliz, y luego me cogió la cara con las dos manos como si fuera algo que se le pudiera escapar, y me besó de vuelta con un hambre contenida que no me esperaba, que desmentía de golpe toda esa frialdad de despacho que gasta.

Besaba como hace todo lo demás cuando se olvida de vigilarse: a conciencia, sin prisa, entero. Y yo, que llevaba meses diciéndome que aquel hombre era un peligro, que tenía algo que no contaba, que mejor lejos, descubrí en aquel beso que tenía toda la razón. Era un peligro. El peligro de los de verdad: el que no avisa, el que entra por la cocina, el que ya lo tienes dentro cuando te das cuenta de que no hay salida y, lo peor de todo, de que tampoco la estás buscando.

Nos besamos en aquel comedor a oscuras mucho rato. Como dos personas que llevaban demasiado tiempo solas y que acababan, las dos a la vez, de dejar de estarlo.

Cuando nos separamos, le apoyé la frente en el pecho, y le oí el corazón ir tan deprisa como el mío, y me reí, no sé de qué, de pura felicidad idiota, y él se rio también, bajito, contra mi pelo.

—Llevaba queriendo hacer eso desde el día de los contadores — dije.

—Yo desde antes.

Y me abrazó. Fuerte. Demasiado fuerte, quizá, para la alegría del momento. Me abrazó como se abraza a alguien de quien no estás seguro de que vaya a seguir contigo mañana. Yo lo achaqué a las ganas. A la emoción. A lo bien que se estaba.

No se me ocurrió pensar que había otra razón. No se me ocurrió, porque yo era feliz, y la gente feliz es la más fácil de engañar.

* * *

Lo que yo no podía ver, con la cara escondida en su pecho, era la cara de él.

Que no era la de un hombre feliz.

Era la de un hombre que acababa de besar a la mujer de la que se había enamorado, en el comedor que tenía orden de cerrar, mientras en un cajón de su despacho dormía una carpeta azul con el nombre de aquella corrala y una fecha que se acercaba.

Era la cara de alguien que, por primera vez, había entendido del todo lo que había hecho. Que se había pasado meses contándose que protegía a aquella gente, que ganaba tiempo, que ya encontraría la manera. Y no había manera. Nunca la hubo. Las cuentas eran las cuentas y los plazos eran los plazos, y por mucho que él retrasara la firma, por mucho que enterrara la carpeta en el fondo del cajón, la fecha seguía ahí, acercándose, tan inevitable como el hombre de los buenos zapatos que un día llamó a la puerta de Pilar. Solo que esta vez el hombre de los buenos zapatos era él. Y la casa que tenía orden de vaciar era la de la mujer a la que acababa de besar.

Y que aquel beso, aquel beso maravilloso que sabía a canela, acababa de convertirlo todo en algo mucho peor que un trabajo mal hecho.

Lo había convertido en una traición.

Lo que callo cuando te beso

Conduje a casa con el sabor de la canela todavía en la boca y la certeza absoluta de haberlo estropeado todo.

Las dos cosas a la vez. Esa es la parte que no sé explicar. Iba por la Gran Vía a medianoche, con las manos en el volante y una sonrisa idiota que no me cabía en la cara, sintiéndome más vivo de lo que me había sentido en años, repasando el beso como un adolescente, el tacto de su mano en mi mandíbula, el «cállate», la risa contra mi pelo. Eufórico. Literalmente eufórico, una palabra que yo creía que no se aplicaba a personas como yo.

Y al mismo tiempo, debajo, en el mismo cuerpo, en el mismo segundo, un pánico frío que me subía por la espalda. Porque cada semáforo en rojo que me paraba me devolvía la realidad como una bofetada: que esa mujer a la que acababa de besar vivía en un edificio que yo tenía orden de vaciar. Que en mi despacho, en el cajón de abajo a la derecha, dormía una carpeta azul con su dirección y la palabra DESALOJO en una pestaña. Que yo no era el hombre del que ella se estaba enamorando. Yo era el hombre de la carpeta. El de los buenos zapatos. El que un día llama a la puerta.

Llegué a mi piso de Chamberí, ordenado y silencioso como una sala de espera, me serví un whisky que no me apetecía, y me senté en el sofá a mirar la pared.

Y entendí, por fin, que se me había acabado el sitio donde esconderme.

* * *

El lunes, en la oficina, todo seguía su curso, ajeno a mí.

Encima de mi mesa había un correo de mi padre, reenviado a las siete de la mañana, que es su manera de recordarte que él ya estaba trabajando mientras tú dormías. El fondo holandés había confirmado el calendario. La cláusula seguía donde la firmaron:

edificio vacío, posesión libre, treinta y uno de marzo, y una penalización diaria por cada día de retraso que daba vértigo. Debajo, dos líneas suyas, secas: «¿Cómo va el Sombrerete? Necesito la denuncia presentada antes de que pongan el árbol en Sol. Soldevila pregunta.»

Soldevila pregunta. Tres semanas antes esa frase me habría puesto en marcha. Soldevila era la amenaza, el recambio, el que mi padre tenía esperando en el banquillo por si yo me ablandaba; el que no pierde el tiempo con caridades, el que corta el agua «por obras» y manda un burofax y en tres semanas tiene el edificio vacío sin que le tiemble el pulso. Tener a Soldevila respirándome en la nuca siempre había sido suficiente para que yo apretara.

Esta vez leí el correo, me quedé mirándolo un rato largo, y lo cerré sin contestar.

No contestar a mi padre tiene consecuencias. A mediodía sonó el teléfono.

—No me has respondido el correo —dijo. Sin «hola». Mi padre no dice «hola»; lo considera información redundante.

—Estoy en ello.

—Llevas «en ello» dos meses, Gabriel —dijo, y dejó una de esas pausas suyas—. Empiezo a preguntarme si el problema es el edificio o eres tú.

—El edificio tiene contratos de renta antigua. Hay que hacerlo bien o nos lo tumba un juez. Si lo hacemos deprisa, nos sale más caro.

Le dije una verdad para esconder otra, que es la única forma de mentirle a un hombre que huele las mentiras a kilómetros.

—Tienes hasta Navidad —dijo, sin que la voz le subiera ni un tono, y por eso mismo daba más miedo—. Después le paso la carpeta a Soldevila y tú te dedicas a otra cosa. No me obligues a hacer eso. Sería decepcionante.

Y colgó. Mi padre cuelga sin despedirse, igual que entra sin llamar. Para él, los buenos modales son una pérdida de tiempo que se permiten los que no tienen poder.

Porque algo me había cambiado de sitio por dentro, y ya no había manera de recolocarlo. Durante meses me había contado un cuento muy cómodo: que yo no era el malo, que solo dilataba, que ganaba tiempo, que no enviaba la denuncia y por tanto no hacía nada. Mentira. No hacer nada también es una decisión, y la mía solo servía

para retrasar lo inevitable unas semanas, hasta que mi padre se cansara y soltara a Soldevila. La dilación pasiva no salvaba a nadie. Solo me permitía a mí dormir un poco mejor mientras la bomba seguía intacta, esperando.

Y yo ya no quería dormir mejor. Quería que la bomba no estallara. Eso era nuevo. Y eso lo cambiaba absolutamente todo.

* * *

Llevo dieciséis años vaciando edificios. Sé cómo se hace. Sé exactamente dónde están los puntos débiles de una finca, porque mi trabajo siempre ha sido encontrarlos y meter ahí la palanca: un contrato mal subrogado, una renta que se puede actualizar hasta echar al inquilino, un local sin licencia que sirve de excusa, una obra que hace la vida imposible. Conozco cada recoveco de la ley de arrendamientos como un cirujano conoce dónde cortar.

Y aquella noche, en mi despacho, hice por primera vez en mi vida lo contrario. Cogí toda esa pericia, todo lo que sé sobre cómo se vacía una casa, y lo puse del revés. Si yo sé mejor que nadie por dónde se hunde un edificio, también sé por dónde se sostiene.

Empecé a tirar de hilos.

El primero, las subrogaciones. El fondo había comprado el Sombrerete dando por hecho que la mitad de los contratos de renta antigua estaban muertos: inquilinos fallecidos, herederos sin derecho, vencimientos cumplidos. Es lo que se asume siempre, porque es lo que conviene. Pero cuando me puse a mirar de verdad, contrato por contrato, encontré que varios estaban perfectamente vivos. Bien subrogados. Blindados por una ley de mil novecientos sesenta y cuatro que protege a esos inquilinos mucho más de lo que al fondo le habían contado sus prisas. El de Remedios Cano, entre otros. Y el de la propia Candela, subrogado de su abuela, que yo mismo había marcado meses atrás como «pendiente de verificar» para no verificarlo nunca. Lo verifiqué. Era válido. Echarla a ella, legalmente, era mucho más difícil de lo que mi padre creía.

El segundo hilo, el edificio. Una corrala. No un bloque cualquiera: una corrala de las de verdad, con sus galerías de madera, su patio, su tipología protegible. Madrid cataloga estos edificios. Algunos tienen niveles de protección que impiden tocarles una viga. Y si yo

conseguía que el Sombrerete entrara en ese catálogo, el precioso aparthotel de diseño del render holandés se volvía físicamente imposible: no se puede destripar lo que está protegido.

El tercero, el uso. El fondo quería pisos turísticos. Pero el plan urbanístico del centro lleva años apretando las clavijas al hospedaje: hay calles donde, sencillamente, ya no se conceden esas licencias. Si el cambio de uso no era viable, todo el negocio del aparthotel se caía solo, sin que nadie tuviera que pelear nada.

Tres palancas. Tres formas de salvar lo que me habían mandado destruir. Y yo era, probablemente, la única persona en Madrid que sabía manejar las tres a la vez, porque me había pasado la vida usándolas en la dirección contraria.

A las cuatro de la mañana tenía delante una carpeta nueva. Una segunda carpeta. Sin pestaña de DESALOJO. La carpeta de cómo no hacerlo.

La miré mucho rato, las dos sobre la mesa, una al lado de la otra. La azul, la de mi padre, la de la fecha. Y esta otra, todavía sin nombre. La de salvarlos.

* * *

Y sin embargo no la llamé. No cogí el teléfono para avisar a Reme, ni a Encarna, ni a nadie del barrio, para decirles «oye, tenéis más fuerza de la que creéis, y yo os puedo ayudar a usarla». No les dije nada.

Porque para ayudarles de verdad, para poner esas tres palancas a funcionar, tendría que sentarme delante de ellos y empezar por el principio. Y el principio era: «hola, me llamo Gabriel Salazar, soy el administrador que la empresa de mi padre mandó para echaros a todos, llevo meses con vuestra denuncia firmada en un cajón, y la mujer a la que besé anoche vive en una de las casas que vine a vaciar».

Ese era el principio. No había otro. Y yo no era capaz de decirlo.

No por mi padre. A mi padre, por primera vez en mi vida, estaba dispuesto a fallarle. Era por ella. Porque sabía, con una certeza que me daba náuseas, lo que iban a ser sus ojos en el segundo exacto en que entendiera quién había sido yo todo este tiempo. La había visto mirar así una vez, cuando hablaba de Víctor: del hombre que la quiso, le ganó la confianza, y luego le clavó el cuchillo desde dentro.

Yo estaba a punto de ser su segundo Víctor. Peor que el primero, porque el primero al menos no le hizo croissants.

Y cada día que pasaba sin contarle, el cuchillo se hacía más grande.

Lo sabía. Lo veía venir con una claridad de quitar el sueño. Y aun así me callaba, porque el miedo a perderla podía más que la decencia, y prefería ser un cobarde un día más a no volver a ver cómo me miraba antes de saberlo.

* * *

De modo que esa madrugada tomé la única decisión que era capaz de tomar. Una cobarde y valiente a la vez, como todo lo mío últimamente.

No iba a confesar. Todavía no. Pero tampoco iba a quedarme quieto viendo cómo se acercaba la fecha.

Iba a salvar la corrala en secreto. Sin que ellos lo supieran. Sin que mi padre lo sospechara. Iba a mover las tres palancas desde dentro, yo solo, aprovechando que era el hombre de confianza de Grupo Salazar y que nadie revisa lo que hace el hombre de confianza. Iba a tramitar la catalogación por vías que parecieran ajenas. Iba a reforzar las subrogaciones en lugar de tumbarlas. Iba a dejar morir el expediente de uso turístico en un cajón de algún funcionario amigo. Y cuando todo estuviera atado, cuando el Sombrerete fuera jurídicamente imposible de vaciar, entonces, solo entonces, quizá reuniera el valor de contarle a Candela quién había sido yo, con el regalo ya hecho, esperando que el regalo pesara más que la traición.

Era un plan estúpido. Lo sé. Los planes de los hombres asustados siempre lo son. Tenía todos los números de salir mal. Si mi padre se olía el sabotaje antes de que yo terminara, me apartaba, soltaba a Soldevila, y en tres semanas no quedaba ni el recuerdo del comedor; y encima Candela se enteraba de quién era yo por la peor vía posible, viendo cómo su casa se vaciaba con mi apellido en los papeles. Y si no se olía nada, si lograba salvarlos, seguía teniendo por delante la conversación imposible. Ganara como ganara, había una factura con mi nombre esperándome. La única incógnita era el importe.

Pero al escribir el primer correo (discreto, anodino, una solicitud de información sobre el nivel de catalogación de un inmueble en la

calle del Sombrerete, firmado con mi nombre, desde mi cuenta de la empresa, dejando un rastro que cualquier día alguien podría seguir hasta mí) supe que acababa de cruzar una línea de la que no se vuelve.

Hasta ese momento, yo solo había dejado de hacer mi trabajo.

A partir de ese correo, empezaba a traicionarlo activamente.

Le di a enviar. Y me quedé mirando la pantalla, en mi despacho vacío, a las cuatro y media de la mañana, sabiendo que la mecha ya estaba encendida y que solo había dos finales posibles: o salvaba aquel sitio y a aquella mujer antes de que la verdad me alcanzara, o me alcanzaba a mí primero.

Aposté por mí mismo, que es lo que hace la gente que no tiene nada que perder.

El problema es que yo, por primera vez en mi vida, sí tenía algo que perder. Y dormía en una corrala, con olor a torrijas, soñando que yo era buena persona.

Rendirse un poco

Resulta que enamorarse, después de jurar que no lo harías nunca más, da un miedo espantoso.

No el miedo bonito de las novelas, el de las mariposas y los nervios. Un miedo de verdad, de los de quitar el sueño. Porque yo ya sabía cómo era esto. Ya había estado aquí, en este sitio luminoso donde todo es fácil y el otro te parece la mejor persona del mundo, y sabía que de este sitio se sale por una puerta que da a un precipicio. Lo había aprendido con cuarenta y un mil euros de matrícula.

Y, sin embargo, ahí estaba el problema: que cuanto más me repetía «cuidado, Cande, que ya sabes cómo acaba esto», más me apetecía mandar el cuidado a paseo. Porque resulta que querer a alguien, después de un año de no querer a nadie, es como volver a comer después de una gripe larga: te da miedo, no sabes si te va a sentar bien, y a la vez te mueres de hambre. Y yo llevaba un año muerta de hambre sin saberlo.

Así que las dos primeras semanas me las pasé con un pie dentro y otro fuera. Me dejaba besar y me retiraba. Le sonreía y luego me asustaba de haberle sonreído. Una mañana me sorprendí tarareando mientras bajaba al comedor y me paré en seco en mitad de la escalera, horrorizada, como si tararear fuera una traición a mí misma.

Pero hay una cosa que tienen las defensas, y es que cansan. Llegas un momento en que estás tan agotada de protegerte que bajar los brazos, aunque sea un peligro, es también un descanso. Y un domingo por la mañana, sin decidirlo del todo, bajé los brazos.

Y me rendí. Un poco. Lo justo para empezar.

* * *

Ese domingo hice croissants.

No fue casualidad, y él lo supo en cuanto entró en la cocina del comedor a las nueve de la mañana, atraído por el olor, y me vio sacando la primera bandeja del horno. Croissants. En domingo. Después de lo que me había contado de Pilar, de aquellos domingos de su infancia, de la masa reposando la noche anterior y los cuernos pintados con huevo. No hacía falta explicar nada. Algunas cosas se dicen mejor con un horno encendido que con la boca.

Había empezado la masa el sábado por la noche, dejándola reposar en la nevera de mi abuela hasta el amanecer, igual que me había contado que hacía Pilar. Me había levantado a las cinco, a oscuras, a laminar. No le había dicho a nadie que iba a hacerlo. Era un regalo, pero también era otra cosa más difícil de explicar: era una manera de decirle que su domingo, ese que le habían robado de pequeño, podía volver a existir. Que las cosas que te quitan, a veces, alguien te las puede devolver.

Se quedó parado en la puerta, mirando la bandeja, y por un momento pensé que había metido la pata, que le había hurgado en una herida que no me tocaba. Pero entonces se acercó, despacio, cogió uno, todavía caliente, y le dio un mordisco con los ojos cerrados, y cuando los abrió los tenía brillantes.

—Están casi tan buenos como los de mi abuela —dijo.

—¿Casi?

—No te voy a mentir para que estés contenta. —Una pausa—. Le faltan treinta años de domingos.

Y me reí, porque era exactamente la respuesta correcta, la única que no sonaba a peloteo, y porque un hombre que te dice «casi» es un hombre que te está diciendo la verdad, y a la verdad yo le tenía mucho más cariño que a los piropos desde lo de Víctor.

Cogí el cuchillo, unté un poco de mantequilla en el plato, al lado del croissant, y con la punta le dibujé un corazón. Como aquella vez. Como la primera vez, cuando lo hice de coña, para reírme de él y de mí y de todo.

—Esto ya lo había visto yo antes —dijo él, mirando el corazón de mantequilla. Y había algo raro en su voz.

—Fue una broma. La primera vez.

—Ya lo sé. —Levantó la vista—. Lo encontré. Aquella mañana. En el alféizar de los contadores. El croissant que dejaste ahí con esto mismo dibujado al lado.

Me quedé con el cuchillo en el aire.

—No me dijiste nada.

—No. —Tragó—. Me lo comí. A escondidas, como un ladrón, de pie junto a aquella puerta. Y sabía exactamente igual que los de Pilar. Y me senté en el coche y... —se paró, buscó las palabras, que es algo que él no hace casi nunca—. Digamos que aquel croissant me complicó mucho la vida. Ese fue el día en que supe que estaba metido en un lío del que no iba a saber salir.

No entendí del todo lo que quería decir. Pensé que hablaba de mí, de nosotros, de que se había empezado a enamorar aquel día. Y me pareció lo más bonito que me habían dicho nunca.

No se me ocurrió, claro, que un hombre puede meterse en un lío de muchas maneras distintas. Y que la mía no era la única.

—Pues que sepas —le dije, para tapar la emoción con una broma, que es mi especialidad— que esto del corazón de mantequilla no se lo hago a cualquiera. Es edición limitada.

—Más me vale ser de los pocos.

—Eres el único, idiota.

Y se me escapó, así, sin querer, y los dos nos quedamos un segundo en silencio, porque «eres el único» era mucho más que una broma, y los dos lo sabíamos.

* * *

A partir de ese domingo, el croissant con el corazón de mantequilla se convirtió en una cosa nuestra. Un idioma privado de dos personas. Cuando él venía y no podíamos hablar porque estaban las abuelas delante, yo le ponía un croissant con su corazón al lado y eso quería decir «me alegro de que estés aquí». Cuando discutíamos por una tontería, aparecía un croissant sin corazón, lo cual era una declaración de guerra en toda regla. Una vez me dejó él a mí uno comprado en una cafetería, malísimo, industrial, con un corazón de mantequilla dibujado fatal, torcido, y me reí tanto que Carmina vino a ver qué pasaba.

Porque eso es lo que nadie te cuenta del amor: que no son los grandes gestos. Son los idiomas pequeños. Son las manías. Es que él, que es un maniático del orden, no soporta que yo deje los botes de especias sin alinear, y que yo, solo por fastidiar, se los descoloque cuando no mira, y que él los vuelva a alinear sin decir nada, y que

eso, esa estupidez, esa guerra silenciosa de los botes de especias, sea ya una forma de querernos.

Aprendí cosas de él que no le habría adivinado nunca. Que se sabe de memoria las tablas de mareas de un pueblo de la costa donde veraneaba de niño, sin venir a cuento. Que dobla los calcetines de una manera que es casi una ofensa personal. Que cuando algo le importa de verdad se queda muy callado y muy quieto, al revés que todo el mundo. Que tiene una risa de verdad, rarísima, que solo le sale dos o tres veces, y que yo me había propuesto coleccionar como quien colecciona sellos. Y él aprendió cosas de mí: que hablo con la comida cuando cocino, que suelto muchos tacos cuando algo me sale bien y ninguno cuando me sale mal, que me hago la dura y luego lloro en los anuncios. Nos fuimos haciendo ese mapa que se hacen dos personas que empiezan a quererse: el catálogo de las pequeñas rarezas del otro, que es la cosa más íntima que existe.

Eran felices, aquellos días. Lo escribo así, en pasado y en tercera persona, «eran felices», porque ya sé cómo termina y me cuesta menos contarlos como si le hubiera pasado a otra. Pero éramos. Éramos felices. Era verdad. Por mucho que viniera después, aquello fue verdad.

* * *

Una noche, en su coche, aparcados frente a la corrala sin subir todavía, le conté lo de Víctor. Entero. La parte que no le había contado a nadie.

Le conté que no fue solo que me arruinara. Que lo peor no fue el dinero. Lo peor fue la manera. Que Víctor no era un desconocido que me estafó: era el hombre con el que dormía, el que conocía mis contraseñas, el que sabía exactamente dónde estaban mis miedos porque yo se los había enseñado en la cama. Le conté cómo, durante meses, mientras yo me dejaba la piel en el obrador convencida de que íbamos a salir adelante, él iba vaciando las cuentas y firmando papeles a mi nombre y preparando su salida sin que yo notara nada. Que cuando todo saltó por los aires, lo que más me destrozó no fue la deuda. Fue darme cuenta de que la persona en la que más confiaba del mundo me había estado mirando a la cara y mintiendo, todos los días, durante meses, mientras me besaba.

Lo dije en voz alta por primera vez, en aquel coche, y me sorprendió lo poco que me temblaba la voz. A lo mejor es que ciertas cosas, hasta que no se las cuentas a alguien que te importa, no terminan de ser del todo verdad. O a lo mejor es que necesitaba que él, precisamente él, lo supiera. Que supiera de qué estaba hecha yo, y por qué me costaba tanto lo que estábamos haciendo, y que aun así lo estaba haciendo. Con él. Que era la primera persona a la que me atrevía a entregarle el mando después de Víctor.

—Eso es lo que no se arregla —le dije, mirando por el parabrisas las luces del patio—. La deuda se paga. Con años, pero se paga. Lo que no vuelve es la confianza. Yo confiaba con los ojos cerrados, y ahora no sé hacerlo. Me he vuelto una desconfiada de mierda. Estoy todo el rato esperando el cuchillo. Hasta contigo, que no te lo mereces. Perdóname por eso.

Gabriel no dijo nada durante un rato largo. Tenía las dos manos en el volante, aunque el coche estaba parado, y miraba al frente, muy serio, con la mandíbula apretada de esa manera suya.

—No tienes que pedir perdón por protegerte —dijo al fin. La voz le salió rara, ronca—. La que tendría que pedir perdón es la gente que os obliga a protegeros así.

Me pareció una forma preciosa de decirlo. Le cogí la mano sobre el volante, se la aparté del volante, me la llevé a la cara.

Notaba su mano tensa contra mi mejilla, y lo oía tragar como si le costara. Yo lo interpreté como ternura, como emoción, como lo bonito de la noche. Y, tonta de mí, se la apreté más fuerte.

Tardaría en entender que un hombre puede sentir esas mismas cosas por la razón exactamente contraria. Que la garganta se te puede cerrar de amor o de espanto, y que desde fuera se parecen tanto que no hay manera de distinguirlos. Que aquella noche, mientras yo le explicaba sin saberlo el daño preciso que más me dolería en la vida, él lo escuchaba como quien lee su propia sentencia.

Pero también me quería. Esa es la trampa de todo esto. Que también me quería.

* * *

Subimos juntos. Y en el rellano, antes de despedirnos, me abrazó, y por encima de su hombro vi, en el felpudo de Pacita, dos cosas que me apretaron el corazón sin que supiera bien por qué.

Una caja de pañuelos. Y un jarabe nuevo, más grande que el de la otra vez.

Pero Gabriel me estaba besando el pelo, y olía a horno y a domingo, y yo había decidido, por una vez en mi vida, ser feliz aunque me diera miedo.

Así que aparté la vista del felpudo. Y me dejé querer.

Un poco más.

La tos que nadie nombra

Hay una crueldad particular en que las cosas malas lleguen justo cuando empiezas a ser feliz. Como si el universo llevara la cuenta y, en cuanto te ve sonreír más de la cuenta, decidiera equilibrar la balanza.

Yo llevaba unas semanas felices. Las más felices en mucho tiempo. Tenía a Gabriel, tenía la cocina, tenía a aquellas cinco viejas imposibles que me habían adoptado a la fuerza y a las que, sin darme cuenta, había empezado a querer como si fueran mías. Bajaba al comedor cada mañana con ganas. Me reía. Hacía planes, que es lo más parecido a la fe que conozco.

Y mientras yo andaba distraída siendo feliz, Pacita se estaba apagando delante de mis narices.

* * *

No fue de golpe. Fue como esas cosas que ves todos los días y por eso no las ves: un poco menos cada jornada, tan despacio que el ojo no lo registra. Hasta que un día lo registra de pronto, todo junto, y te preguntas cómo no te habías dado cuenta antes.

Ahora, mirando atrás, las veo todas. Las señales. Que llevaba semanas comiendo como un pajarito, dejándose media ración en el plato, ella que siempre repetía. Que había dejado a medias el ganchillo, un jerseyquito de bebé para la nieta de no sé quién, parado quién sabe desde cuándo, ella que tejía a velocidad de máquina de coser. Que se quedaba traspuesta en la silla a media tarde, con la boca un poco abierta, y se despertaba sobresaltada, disimulando. Que subía las escaleras parándose en cada rellano «a tomar aire», decía, «que las vistas son muy bonitas». Que la tos, esa tos, llevaba meses cambiando, haciéndose más honda, más suya. Lo había visto todo. Simplemente no había querido sumarlo.

A mí me pasó un martes.

Pacita llevaba dos días sin bajar al comedor. Dos días. Y eso, en una mujer que no había faltado a su puesto en la mesa ni el día que enterró al tercer marido, era una anomalía que me puso un nudo en el estómago. Las abuelas dijeron que estaba acatarrada. Que se cuidaba. Que ya bajaría. Pero subí de todos modos, con la excusa de llevarle un caldo, y cuando me abrió la puerta entendí, en un segundo, todo lo que llevaba semanas sin querer entender.

Estaba más pequeña. No es una forma de hablar: estaba físicamente más pequeña, encogida dentro de su propia rebeca, con los anillos bailándole en unos dedos que se habían quedado en los huesos. Tenía mala cara, ese color de la gente que duerme mal y respira peor. Y, encima de la cómoda de la entrada, alineadas como soldaditos, había más cajas de medicinas de las que había visto nunca en una casa que no fuera una farmacia. No leí ninguna etiqueta, ni quería. Pero conté los blísteres con los ojos, sin proponérmelo, que es la deformación del que se ha pasado la vida pesando ingredientes, y eran muchos. Demasiados para un catarro. Los catarros no necesitan tantas pastillas distintas, cada una de un color, cada una a su hora, con una cajita de plástico con los días de la semana para no equivocarse. Eso no era cuidarse de un resfriado. Eso era administrar algo. Algo que ya no se cura, que solo se lleva lo mejor que se puede.

—¡Anda, mi niña! —dijo, y la sonrisa fue tan de verdad como siempre, lo cual hacía todo aún más difícil—. Pasa, pasa. Qué detalle, el caldo.

Pasé. Me senté con ella. Y mientras se tomaba el caldo a sorbitos, despacio, porque ya no podía de otra manera, le dio un acceso de tos. Pero no la tos de antes. Una tos honda, que le venía de muy abajo, que la dobló en la silla y que no paraba, una tos que le sacudía aquel cuerpecito como sacude el viento a una rama seca. Me asusté. Le puse la mano en la espalda, sin saber qué hacer, y noté cada hueso de su columna, y noté lo poco que pesaba, y se me llenaron los ojos sin permiso.

Cuando por fin se le pasó, se limpió con un pañuelo, lo dobló, sonrió, y dijo, quitándole importancia con la mano:

—Esta tos rebelde. Hay que ver. En cuanto cambie el tiempo se me va.

Y yo le dije que sí. Que en cuanto cambiara el tiempo. Porque hay mentiras que se dicen por amor, y aquella era una de ellas.

Bajé al comedor con el cuenco vacío y una pregunta atravesada en la garganta. Y cometí el error de hacerla en voz alta.

—Reme. Lo de Pacita. La tos. Eso no es un catarro.

Reme, que estaba desplumando un pollo en el fregadero, no levantó la vista. Pero las manos se le pararon un segundo. Solo un segundo.

—Es una tos de las suyas —dijo—. La tiene desde hace años. Cuando aprieta el frío se pone así.

—Reme, está en los huesos. Tiene la cómoda llena de medicinas. Lleva dos días sin bajar.

—Está mayor, niña. —Volvió a lo del pollo, con una energía un poco excesiva—. Todas estamos mayores. ¿Qué quieres, que bajemos dando saltos? Un día se cansa una y se queda en casa. No le des más vueltas.

—Pero...

—Que no le des más vueltas, Candela. —Y esta vez sí me miró. Y en aquella mirada, debajo de la dureza, había una cosa que me cerró la boca de golpe: había miedo. El mismo miedo que tenía yo, pero con cuarenta años más de práctica en esconderlo—. Pacita es más dura que un mendrugo de tres días. Ha enterrado a tres maridos y a media corrala. Nos enterrará a todas. Ya lo verás.

Y se dio media vuelta, y siguió con el pollo, y dio por terminada la conversación.

No fue solo Reme. Lo probé con todas, esa semana, una por una, con la torpeza del que busca que alguien le diga que su miedo es una tontería. Y todas tenían su forma de cerrar la puerta. Carmina, que para cualquier cosa tiene una historia de tres cuartos de hora, de pronto no tenía ninguna y se ponía a mirar por la ventana con un «¿has visto qué frío hace de repente?». Lola me contaba que ella tuvo una bronquitis tremenda allá por el sesenta y ocho, que estuvo a las puertas, y mírala, tan pimpante, dando guerra todavía. Y Encarna, la realista, la que nunca endulza nada, la del «el amor no paga el butano», fue la peor de todas: me cogió de la mano, me la apretó, y me dijo «no te preocupes, mujer». Fue la única vez en mi vida que Encarna me dijo algo bonito. Y por eso supe que la cosa era seria. Cuando hasta Encarna te trata con dulzura, es que el barco se está hundiendo de verdad.

Lo entendí entonces, mirándole la espalda rígida. No es que no lo supieran. Lo sabían perfectamente. Lo sabían mejor que yo, porque la conocían de toda la vida y le veían en la cara cosas que yo no sabía leer. Lo que pasaba es que no podían decirlo. Porque decirlo en voz alta, ponerle nombre a la tos, era hacerlo real. Y mientras no le pusieran nombre, mientras siguiera siendo «una tos de las tuyas» y «está mayor» y «nos enterrará a todas», podían seguir fingiendo, un día más, que aquella mesa iba a estar siempre completa.

Era un pacto. Un pacto de silencio entre cinco mujeres que se querían demasiado para mirarse a los ojos y decirse la verdad. Y yo, que acababa de llegar, que era la última, no tenía ningún derecho a romperlo.

Así que no lo rompí. Me tragué la pregunta y me puse a pelar patatas, que es lo que se hace en esa cocina cuando uno no sabe qué hacer con lo que siente.

* * *

Esa noche no pude dormir.

Porque me di cuenta de una cosa que llevaba meses sin querer mirar de frente, demasiado ocupada en protegerme: que quererlos tenía un precio. Que durante un año entero yo había vivido sin querer a nadie, blindada, a salvo, y que esa vida miserable tenía al menos una ventaja: que no se puede perder lo que no se tiene.

Y ahora, de pronto, tenía. Tenía a Gabriel. Tenía a las abuelas. Tenía a Pacita, que me había sentado a su mesa el primer día y me había hecho de casamentera y me había devuelto las ganas de reírme. Y resulta que con el cariño venía esto en el mismo paquete, esta cosa que no me dejaba dormir: la certeza de que todo lo que quieres es, tarde o temprano, algo que vas a perder.

Acababa de enterrar a una abuela. A Amparo. Y no había terminado de llorarla. Y ya estaba el universo poniéndome delante la siguiente factura, antes de pagar la anterior.

Y lo peor era que esta vez no me podía permitir el lujo de la distancia. A Amparo la había llorado de lejos, mal, a destiempo, parapetada detrás de kilómetros y de orgullo. A Pacita la tenía aquí, a tres pisos, sentándose cada día en su silla, haciéndome de abuela sin pedirme permiso. A esta no la iba a poder llorar desde lejos. A esta

me tocaba quererla de cerca mientras se iba, que es la manera más cara que existe de querer a alguien.

Por un momento, tumbada en la cama, sentí el impulso cobarde de antes. De cerrarme otra vez. De coger el portazo, irme del comedor, dejar a Gabriel, volver a la vida blindada donde no dolía nada porque no había nada. Sería tan fácil.

Pero ya no podía. Esa es la trampa del cariño: que cuando te das cuenta de lo que te va a costar, ya lo debes.

* * *

Al día siguiente, Pacita bajó. Más despacio, agarrada a la barandilla, pero bajó. Y se sentó en su silla de siempre, y cogió su ganchillo, aunque las manos ya no le daban para mucho, y presidió la sobremesa como si no pasara nada.

En un momento en que nos quedamos las dos solas recogiendo, me cogió de la muñeca, con esa fuerza rara que le salía de no se sabe dónde, y me miró muy fijo, con sus ojillos vivos.

—Oye, niña. Tú a este sitio no lo dejes caer, ¿eh? Pase lo que pase. —Lo dijo con una sonrisa, como si fuera una de sus bromas, pero no era una broma—. Y a las chicas me las cuidas. Que parecen muy fieras pero por dentro son de mantequilla. —Me dio una palmadita—. Tengo un par de cosas que dejar arregladas, y me quedo más tranquila sabiendo que tú estás aquí.

—Pacita, no digas tonterías. Las cosas las arreglas tú, que estás hecha un roble.

—Claro, claro. —Sonrió, y me soltó la muñeca, y volvió a su ganchillo—. Un roble.

Y no dijo más.

Pero yo me quedé con su «tengo un par de cosas que dejar arregladas» dándome vueltas en la cabeza el resto de la tarde, como una piedrecita en el zapato. Y por más que intenté convencerme de que no significaba nada, de que era una manera de hablar, de que los viejos dicen esas cosas, no se me fue.

Aquella noche, el comedor cerró como cada noche. Las luces, la persiana, la olla fría. Todo igual.

Pero algo había cambiado. Algo se había metido en aquella casa, sin hacer ruido, y se había sentado a la mesa con nosotras. Y aunque

ninguna lo nombrara, aunque siguiéramos diciendo «catarro» y «está mayor» y «nos enterrará a todas», las seis sabíamos que ya estaba ahí.

Y que no tenía ninguna prisa por marcharse.

Mantequilla al amanecer

Hay una hora, antes de que amanezca, en que Madrid no es de nadie. Las cinco y media de la mañana de un domingo. Ni los borrachos ni los panaderos, una tregua de una hora en que la ciudad calla y parece que el mundo se hubiera quedado en pausa esperando a que alguien lo encienda otra vez.

A esa hora bajamos Gabriel y yo al comedor. No voy a entrar en por qué estábamos los dos despiertos a esa hora, ni por qué él no había dormido en Chamberí. Hay cosas que una se guarda. Pero bajamos, agarrados, medio dormidos, riéndonos por lo bajo en la escalera para no despertar a nadie, y abrí el comedor con la llave que Reme me había dado hacía semanas como quien entrega las llaves de su casa, que es exactamente lo que era.

Dentro, a oscuras, el comedor era otro sitio. Sin las viejas, sin la olla al fuego, sin las voces, era solo un local en silencio, con las sillas del revés sobre las mesas y un olor de fondo a guiso de la víspera. Encendí únicamente la luz pequeña de la cocina para no espantar la madrugada, y por un momento nos quedamos los dos quietos en la penumbra, sin decir nada, con esa sensación de estar haciendo algo prohibido y precioso, como dos críos que se cuelan de noche en el colegio.

—¿Y qué hacemos aquí a estas horas? —preguntó él, frotándose los brazos. Hacía frío. El comedor sin encender, de madrugada, es una nevera.

—Es domingo —dije, encendiendo el horno y la luz pequeña de la cocina—. Y los domingos toca masa.

Había dejado el bloque de hojaldre reposando en la nevera desde la noche anterior. La saqué, la puse sobre el mármol enharinado, y mientras él me miraba sin entender muy bien qué iba a pasar, le tiré un delantal a la cara.

—Póntelo. Hoy no eres administrador de nada. Hoy eres mi pinche.

Y se lo puso. Y por un segundo, mientras se ataba aquel delantal de flores que le quedaba ridículo, le vi en la cara una cosa que no era de un hombre de treinta y seis años. Era de un niño de seis. El niño que pintaba cuernos con huevo un domingo en una corrala, antes de que se lo quitaran todo.

* * *

Laminar es un acto de paciencia y de frío.

—Esto es absurdo —dijo Gabriel cuando le expliqué que entre vuelta y vuelta había que meterlo todo en la nevera y esperar veinte minutos—. ¿Veinte minutos parados? ¿Para un cruasán?

—Croissant.

—Eso.

—Mira —le dije, y le puse las manos sobre las mías, las dos heladas, encima del rodillo—. Esto no se le puede meter prisa. Si te impacientas y aprietas, revientas las capas, la mantequilla se sale y te queda un ladrillo. Tiene que estar todo frío, hay que esperar, y hay que respetar los tiempos, te gusten o no. Es lo más opuesto a ti que existe. Por eso te va a venir de maravilla.

—Yo respeto los tiempos.

—Tú controlas los tiempos. Que no es lo mismo. Hoy no controlas nada. Hoy obedeces a la mantequilla.

La mantequilla tiene que estar dura, casi fría, igual que la masa, porque si se calienta se funde con el hojaldre y se acabó: ni capas ni nada. Por eso se lamina al amanecer, en invierno, con las manos heladas. Le enseñé a Gabriel a colocar la placa de mantequilla en el centro, a doblar la masa por encima como un sobre, a sellar los bordes. Le enseñé a estirar con el rodillo siempre en la misma dirección, sin apretar de más, con respeto. A dar la primera vuelta. A meterla en la nevera. A esperar. A sacarla y dar la segunda. Y la tercera.

Y obedeció. Fue lo más asombroso de la mañana: ver a Gabriel Salazar, que controla hasta el ángulo de su corbata, rendirse a los tiempos de una masa. Estiró cuando tocaba estirar. Esperó cuando tocaba esperar, mirando el reloj con una impaciencia que poco a poco se le fue cayendo de la cara. Y a la tercera vuelta, cuando levantó la masa y vio al trasluz las capas finísimas de mantequilla y

hojaldre alternándose, decenas de ellas, esa cosa que parece imposible que salga de doblar y estirar tres veces nada más, se quedó callado, mirándolo, con una especie de respeto.

—¿Esto lo he hecho yo?

—Esto lo hemos hecho. Tú has puesto las manos. La mantequilla ha puesto el milagro.

Entre vuelta y vuelta había que esperar, y en esas esperas pasaban cosas.

Pasaba que me abrazaba por detrás mientras yo estiraba, con la barbilla en mi hombro, y me manchaba sin querer de harina, y yo le decía que se estuviera quieto, que me estropeaba la vuelta, y no me hacía ni caso. Pasaba que, esperando, hablábamos de tonterías. De cómo habíamos sido de pequeños. Me confesó que de niño quería ser farero, vivir solo en una isla con un faro, lo cual, viniendo de él, no me sorprendió nada y me dio una ternura que no supe dónde meter. Yo le confesé que la primera tarta que hice en la vida, a los nueve años, salió tan mala que mi abuela se la comió entera para que yo no me diera cuenta de que era incomible, y que me enteré veinte años después, y que cuando me enteré lloré como una idiota en mitad de un cumpleaños. Pasaba que discutíamos sobre si su placa de mantequilla estaba centrada (no lo estaba; es un maniático del orden pero de mantequilla no tiene ni idea) y yo se la recolocaba y él aprovechaba para robarme un beso con las manos llenas de harina. Pasaba que, en una de las esperas, con la masa enfriándose en la nevera y los dos sentados en el suelo de la cocina con la espalda contra los armarios, esperando, me contó cosas de Pilar que no me había contado: que cantaba mientras laminaba, siempre la misma copla, y que él de mayor no había sido capaz de volver a escuchar esa canción sin que se le hiciera un nudo. Y yo le dije que la cantara. Y la cantó. Bajito, fatal, desafinando, una copla antigua de una mujer muerta, a las seis de la mañana, en el suelo de una cocina, y fue la cosa más bonita que he oído en mi vida.

Cuando terminó, no dijimos nada. Él miraba al frente, un poco avergonzado de haber cantado, y yo le cogí la mano llena de harina y se la apreté, y ya está. A veces el cariño es solo eso: aguantarle a alguien el silencio después de que te haya enseñado una herida.

Cuando por fin formamos los croissants (él pintando los cuernos con huevo, despacio, sin pasarse de los bordes, igual que le habían

enseñado treinta años atrás) y los metimos en el horno, ya empezaba a clarear por la ventana del patio.

Y entonces, mientras se hacían, mientras la cocina entera empezaba a oler a mantequilla y a domingo, a ese olor que para él era la infancia y para mí era el oficio y para los dos, ya, era nosotros, lo besé. En serio. No uno de esos besos de robar entre vuelta y vuelta. Uno de los otros.

Y él me respondió como respondía a todo cuando bajaba la guardia: del todo, sin reservas, con esa intensidad callada que escondía debajo del traje. Me cogió en volandas, sin esfuerzo, y me sentó en el mármol enharinado, entre la harina y la mantequilla, y el horno, los croissants y el resto del mundo se volvieron de pronto muy poco importantes.

Y lo que pasó después, mientras los croissants subían en el horno y el sol salía despacio sobre Lavapiés, es la única cosa de todo este libro que no pienso contar. Porque fue nuestra. Solo nuestra. La única que no le debo a nadie.

* * *

Yo nunca había entendido a la gente que habla de ser feliz.

Lo digo en serio. Para mí la felicidad siempre había sido una palabra de anuncio, una cosa que les pasaba a otros, a gente más simple, más afortunada o más tonta. Mi vida había funcionado siempre con otras categorías más útiles: el orden, el control, el cumplimiento, la ausencia de problemas. Yo no aspiraba a ser feliz. Aspiraba a que no se rompiera nada.

Mi padre me educó así. No con maldad: con lo que él entendía por amor. Me enseñó que el mundo se divide entre los que tienen el control y los que lo sufren, y que la única forma de no sufrir es tener. Tener la casa, tener los papeles, tener la sartén por el mango. El cariño, en su sistema, era una variable peligrosa, algo que te debilitaba, que te ponía a merced de otro. «No te encariñes de lo que vendes», me decía cuando yo era un crío y me daba pena alguna familia. Aprendí la lección tan bien que la apliqué a todo, no solo a los edificios. A las personas también. Llevaba treinta y seis años sin encariñarme de nada que pudiera perder.

Y aquella mañana, sentado en el suelo de la cocina de un comedor clandestino de Lavapiés, con un delantal de flores, harina en el pelo y a aquella mujer imposible dormitándome en el pecho mientras se hacían unos croissants, entendí por fin de qué hablaban los demás. Era esto. Esta cosa caliente y sencilla. No había truco. No había nada que controlar. Solo había que estar, y dejar que pasara, y yo me había pasado la vida entera sin saberlo.

La había visto trabajar toda la mañana y no me cansaba de mirarla. Había algo en cómo se movía cuando cocinaba, una seguridad que no tenía en ningún otro momento, ni siquiera cuando me plantaba cara. Las manos le iban solas. Sabía exactamente cuánta harina, cuánto frío, cuánto tiempo, sin pesar nada, sin pensar, como quien habla su lengua materna. Aquella mujer que se pasaba el día diciendo que no servía para nada, que estaba acabada, que lo había perdido todo, se transformaba delante de un trozo de masa en la persona más competente que yo había visto nunca. Me daban ganas de cogerla por los hombros y decirle: mírate. Mira lo que sabes hacer. No estás acabada. Estás empezando.

La miré. Tenía una pestaña en la mejilla y respiraba despacio, confiada, abandonada del todo, en los brazos del hombre del que menos debería fiarse del mundo. Y sentí dos cosas a la vez, las dos enormes, peleándose por el mismo espacio en el pecho.

La primera era que la quería. Sin red, sin condiciones, sin cláusulas. La quería con un tipo de amor que yo no sabía que tenía, un amor sin contrato, de esos que mi padre habría calificado de mala inversión.

Y la segunda, debajo, royendo, era que yo tenía en un cajón los papeles para quitarle todo esto. Que aquella cocina donde acabábamos de ser felices estaba en la lista. Que aquel olor a domingo que le devolvía la infancia a ella y a mí me la había robado, salía de un horno que yo tenía orden de apagar para siempre.

Esa es la clase de pensamiento que no te deja disfrutar de nada. Estás en mitad de la mejor mañana de tu vida y una voz (la de tu padre, la de tu oficio, la tuya propia) te recuerda que esa mañana tiene los días contados porque se los has puesto tú. Que la mujer que duerme en tus brazos no sabe que eres la razón por la que, dentro de unos meses, puede que no le quede ni la cocina donde acaba de ser feliz. Que cada croissant que habíais hecho juntos era, visto desde mi cajón, una prueba más en un expediente de desahucio.

La aparté con cuidado, me levanté a sacar los croissants antes de que se pasaran, y me quedé un momento de espaldas a ella, frente al horno, con un trapo en la mano, peleando para que no se me notara en la cara lo que acababa de pensar.

Porque iba a arreglarlo. Me lo juré allí, delante de aquel horno, con sus croissants dorándose detrás del cristal. Iba a mover las tres palancas, iba a salvar la corrala, iba a hacer imposible el desahucio, y luego, cuando ya no hubiera peligro, se lo contaría todo, y le pediría perdón, y a lo mejor, con suerte, con mucha suerte, el regalo de haberla salvado pesaría más que la traición de habérselo ocultado.

Era lo que me repetía cada noche para poder dormir. Y casi me lo creía.

Saqué los croissants. Estaban perfectos. Altos, dorados, con las capas marcadas, exactamente como los hacía Pilar. Le llevé uno a la mano, todavía caliente, y con la punta de un cuchillo le dibujé al lado, en el plato, un corazón de mantequilla. Nuestro idioma. La cosa más tonta y más nuestra del mundo.

Ella lo miró, medio dormida, sonrió, y dijo una frase que yo iba a recordar mucho tiempo después, cuando todo se hubiera roto, como se recuerda la última foto de unas vacaciones antes de la mala noticia.

—Esto deberíamos hacerlo todos los domingos —dijo—. El resto de nuestra vida.

Y yo dije que sí. Dije «todos los domingos». Lo dije sabiendo que tenía un cajón en Chamberí dispuesto a impedirlo, y aun así lo dije, porque quería que fuera verdad con todas mis fuerzas, y porque hay promesas que uno hace no porque pueda cumplirlas, sino porque no soporta la idea de un mundo en el que no se cumplan.

Fuera ya era de día. Olía a mantequilla. Ella tenía harina en el pelo y me miraba como nadie me había mirado nunca.

Tendría que haber sido el hombre que ella creía que era. Un hombre sin cajón, sin carpeta, sin fecha. Un hombre capaz de decir «todos los domingos» sin que esa frase fuera una mentira. Y por un instante, mordiendo aquel croissant, con el sol entrando por la ventana del patio y ella apoyada en mi hombro, casi pude serlo. Casi.

Y yo, que sabía exactamente cuánto duraría todo aquello, me senté a su lado, le di un mordisco a un croissant que sabía a mi infancia, y decidí, por una mañana, mentirme a mí mismo y creer que aquello podía durar para siempre.

El barrio entero

El primer domingo de diciembre, el comedor se llenó como no lo había visto nunca.

No sé muy bien cómo pasó. Empezó como un domingo normal y, hacia la una, aquello era una romería. Vino la Manoli del tercero, bajada en su silla por dos sobrinos, porque dijo que después de la tarta de cumpleaños ya no se perdía un domingo aunque la tuvieran que bajar a hombros. Vino don Aurelio, de punta en blanco, con la raya del pantalón que cortaba el aire. Vinieron los del bajo de enfrente, y la familia ecuatoriana del segundo con sus tres niños, y una señora nueva que se había quedado viuda hacía poco y a la que Carmina había reclutado en la cola del pan, y dos chavales jóvenes que compartían piso y andaban sin un duro a fin de mes, y hasta el del kiosco, que cerró media hora para venir a comer caliente.

Reme había hecho cocido. Cocido para un regimiento, en la olla grande, la del tamaño de una lavadora, esa que solo sale los días señalados. Y yo había hecho postre para todos: una bandeja inmensa de arroz con leche, con su canela quemada por encima haciendo dibujos, y dos docenas de magdalenas, y, porque ya no sé hacer otra cosa, una hilera de croissants que volaron antes de que me diera cuenta.

Aquello no era un comedor. Aquello era una boda sin novios. Un sitio donde cabía todo el mundo.

* * *

Las abuelas estaban en su salsa, cada una en su papel de siempre, como una compañía de teatro que lleva cuarenta años con la misma función y se la sabe de memoria.

Reme presidía desde los fogones, sudando, mandando, con la cuchara de palo de cetro, repartiendo cocido y broncas a partes iguales: «¡que repitas, que estás en los huesos!», «¡las manos lavadas

antes de sentarse!», «¡el garbanzo no se deja, que ha costado Dios y ayuda!». Carmina hacía de relaciones públicas, yendo de mesa en mesa con su periódico hablado, enterándose de todo, contándolo todo, casando una información con otra como quien teje. Encarna, en su rincón, con la caja de galletas danesas convertida en hucha, vigilaba la ranura con ojo de halcón y, cuando alguien echaba un billete en vez de una moneda, fingía no verlo para no avergonzarlo, que era su manera rúcana y tierna de cuidar la dignidad de la gente.

En un momento, Carmina se plantó en la cocina con una noticia fresca.

—Que dice la del quinto que su hijo se va a Alemania. A trabajar. Una pena.

—La del quinto lleva diciendo que su hijo se va a Alemania doce años —dijo Reme sin levantar la vista de la olla—. Ese no se va de Lavapiés ni aunque le paguen el avión.

—Yo solo informo —dijo Carmina, muy digna, y se fue a seguir informando.

Encarna, desde su rincón, hizo cuentas de lo que había caído en la hucha, frunció el ceño y dio su parte de guerra:

—Hoy comemos a pérdidas. Treinta bocas y la mitad no echa ni un euro en la caja.

—Hoy comemos en familia, Encarna. Que no es lo mismo que comer gratis.

—Para el butano es exactamente lo mismo —refunfuñó Encarna. Pero le vi servirle un cucharón de más al chaval que andaba sin trabajo, así que de rúcana, lo justo.

Y en medio de todo aquel jaleo, en una mesa apartada, junto a la ventana del patio, estaba pasando otra cosa. Una cosa pequeña y enorme.

Lola y don Aurelio.

* * *

Yo llevaba semanas viéndolo venir, la verdad. Lola, que había sido cupletista en el Salón Pompeya cuando el mundo era joven, que todavía se pintaba los labios de rojo cada mañana aunque ya no fuera a verla nadie, había empezado a sentarse siempre cerca de don Aurelio. Y don Aurelio, viudo desde hacía seis años, que venía al

comedor más por no comer solo que por hambre, había empezado a afeitarse con esmero los domingos.

Las demás abuelas, claro, lo habían visto antes que nadie y llevaban semanas con la operación en marcha. Pacita los sentaba juntos «por casualidad». Carmina dejaba caer, como quien no quiere la cosa, que don Aurelio había sido muy buen marido, que enviudó sin merecerlo. Reme le ponía a Aurelio, los días que venía Lola, un trozo más grande de carne, soborno puro. Hasta Encarna, que de romanticismos no entiende, les guardaba siempre la mesa de la ventana, la buena, la de la luz. El comedor entero, sin decirlo, había decidido que aquellos dos viejos tenían derecho a una última primavera, y se había puesto a conspirar para regalársela.

Aquel día lo vi claro. Don Aurelio había traído algo. Un paquetito, envuelto con un papel que se notaba reutilizado de otra cosa, atado con una cinta. Y, con un disimulo que no engañaba ni a los niños, se lo deslizó a Lola por encima del hule.

—Para usted —dijo, mirando el cocido con un interés repentino—. Que el otro día la oí decir que ya no los hacían.

Lola abrió el paquete. Eran caramelos. De violeta. De esos antiguos, de lata, que ya casi no se encuentran, los que tomaban las señoras en los teatros de antes.

Y vi a Lola, una mujer de ochenta años que ha enterrado maridos y cantado en tablaos y visto de todo en esta vida, ponerse colorada como una quinceañera. Se llevó una mano al pecho. Cogió un caramelo, se lo metió en la boca, cerró los ojos, y cuando los abrió los tenía húmedos.

—Sabe igual que entonces —dijo—. Madre mía. Igual que entonces.

—Pues hay más donde comprar esos —dijo don Aurelio, muy digno, muy colorado él también—. Si a usted le apeteciera, un día, dar un paseo. Hasta la tienda. Conmigo.

Y Lola, la cupletista, la deslenguada, la que tiene respuesta para todo, no encontró ninguna. Solo asintió, con la boca llena de violetas y los ojos llenos de cincuenta años atrás, y le puso una mano arrugada encima de la suya.

Tuve que darme la vuelta y hacer como que vigilaba el horno, porque se me había metido algo en el ojo. Y mientras fingía, pensé una cosa que se me quedó dentro: que resulta que el amor no entiende de fechas de caducidad. Que a los ochenta, igual que a los

treinta, puede entrar por la puerta de una cocina, en forma de un paquete de caramelos de violeta, y ponerte el corazón del revés. Que era exactamente lo que me había pasado a mí. Solo que ellos llegaban tarde y con más entierros a la espalda, y aun así llegaban, con una valentía que a mí, treinta años más joven, me daba sopas con honda.

* * *

Comimos todos juntos. Veinticinco, treinta personas, apretadas en las mesas corridas, los niños correteando, el vino corriendo, las conversaciones pisándose. Don Aurelio le pidió a Lola que cantara algo de antes, y Lola se hizo de rogar lo justo y luego cantó, de pie, con esa voz cascada que todavía guardaba un eco de la de antes, un cuplé que se sabían los viejos y aplaudieron a rabiar. Reme sacó el orujo del bueno, el que esconde. Los niños ecuatorianos se pelearon por el último croissant. El del kiosco contó un chiste malísimo y nos reímos igual.

En un momento, la madre ecuatoriana del segundo se acercó a darme las gracias por el arroz con leche, con uno de sus niños colgado de la falda, y me dijo que en su país también lo hacían, casi igual, y que comerlo allí, en aquel sótano de Lavapiés, le quitaba un poco la morriña de su tierra. Y se me ocurrió que eso era el comedor, también: un sitio donde cabían todas las morriñas, las de aquí y las de allá, y donde un plato de arroz con leche podía ser, a la vez, el de la abuela de una y el de la abuela de otra, aunque las dos abuelas estuvieran a un océano de distancia o debajo de la tierra.

Y yo, en algún momento, me retiré un poco. Me apoyé en el quicio de la puerta de la cocina, con un trapo al hombro, y miré.

Miré aquello que tenía delante y se me hizo un nudo de pura plenitud. Porque aquel sitio, aquel bajo destartado con el hule a cuadros y la persiana medio rota, no era un local. Era lo único que le quedaba a mucha de aquella gente. Era el único plato caliente de la Manoli, que vivía sola. Era la única compañía de don Aurelio. Era la familia de aquellos chavales sin dinero, y el respiro de la madre ecuatoriana, y la corte de Lola, y la razón de levantarse de Reme, y el sitio donde una repostera arruinada y rota había vuelto a ser persona. Aquel sitio sostenía vidas. Discretamente, sin licencia, sin que nadie lo supiera, con una olla y cinco viejas y una caja de galletas

con una ranura, aquel sitio sostenía media docena de vidas que sin él se vendrían abajo.

Lo pensé con orgullo. Y, un segundo después, con un pinchazo de algo que no supe nombrar. Como cuando quieres demasiado una cosa y de pronto te asalta el miedo tonto de perderla.

Lo aparté. No era día de miedos.

* * *

A Pacita la senté a mi lado un rato, en un respiro, cuando ya el jaleo aflojaba.

Estaba más menuda que nunca, hundida en su rebeca, y se cansaba solo de mirar el barullo. Comió cuatro cucharadas de arroz con leche, despacio, y dejó el resto. Pero tenía los ojos vivos, encantada, mirándolo todo, y cuando le señalé con la barbilla a Lola y a don Aurelio, que seguían en su esquina como dos adolescentes con artrosis, se le iluminó la cara.

—Ay, esos dos —dijo, bajito, para que no la oyeran—. Llevo yo detrás de eso desde antes que de lo tuyo. —Me guiñó el ojo, con un resto de su picardía de directora de cine—. Ya solo me queda esa por colocar. Cuando esos dos den el paso, ya me puedo morir tranquila.

—Pacita.

—Es una manera de hablar, mujer. —Me dio una palmadita en la rodilla, y se rio, y la risa se le enredó en una tos que tuvo que disimular con la servilleta—. Qué bien ha quedado hoy todo esto, ¿eh? Mira qué lleno. Esto no se cae. Un sitio así no se cae.

—No se cae —dije yo.

Y le pasé un brazo por los hombros, y se quedó allí, apoyada en mí, pequeñita, mirando su comedor lleno de gente. Y las dos nos quedamos un rato así, calladas, creyendo lo mismo: que un sitio donde se quiere a tanta gente no se lo puede llevar nadie.

* * *

Aquella tarde, cuando se fue vaciando el comedor y nos quedamos recogiendo, con las sobras repartidas en fiambreras para los que no habían podido bajar y la cocina hecha un desastre feliz, yo era más feliz de lo que recordaba haber sido en años. Tenía un sitio. Tenía

una familia de cinco viejas imposibles y medio barrio. Tenía a un hombre que me hacía reír y al que le hacía croissants. Lo tenía todo, por primera vez en mucho tiempo.

Reme me pilló mirando el comedor vacío con cara de boba, el trapo parado en la mano.

—¿Qué miras tú ahí pasmada?

—Nada. Que está bien esto.

—Está bien, sí —dijo, y se quedó un momento a mi lado, las dos mirando las mesas corridas, el corcho con los nombres, la olla ya fría—. Cuarenta años lleva estando bien. Y los que le quedan. —Me devolvió a la mano el trapo que yo había dejado parado—. Anda, seca, que de mirar no se friega.

Y sequé. Y me reí. Y aquella tarde, te lo juro, no pensé ni una sola vez en que las cosas buenas se acaban. Olía a canela, Lola tenía un paseo pendiente, Pacita estaba cansada pero viva, y yo, por primera vez en mucho tiempo, estaba en casa.

Y a veces estar en casa es justo eso: el último sitio donde te crees que no te pueden echar.

Notificación

Mi padre dejó de esperar un martes por la mañana.

Lo supe porque, al llegar al despacho, encontré en mi bandeja una copia de un documento que yo no había tramitado. Una denuncia. Registrada, sellada, con número de entrada en el ayuntamiento. La denuncia por actividad clandestina en el bajo de la calle del Sombrerete: un local que daba comidas sin licencia, sin alta sanitaria, sin nada. La misma denuncia que yo llevaba dos meses guardando en un cajón, sin firmar, ganando tiempo.

Estaba firmada. Pero no por mí.

Estaba firmada por Soldevila.

Me quedé mirándola con el café en la mano, y entendí, de golpe, todo lo que significaba aquel papel. Significaba que mi padre se había cansado. Que había leído mis silencios, mis «falta documentación», mis «hasta Navidad», y había sacado la conclusión correcta: que su hijo se estaba ablandando. Y que, sin decirme nada, había hecho lo que me había advertido que haría. Le había pasado la carpeta a Soldevila.

Y Soldevila no pierde el tiempo. En el papel, con fecha de tres días después, figuraba ya la inspección. Vendría un inspector del ayuntamiento al bajo, comprobaría que allí se daban de comer a cuarenta personas sin un solo permiso, y levantaría acta. Y con esa acta, el cierre del comedor sería cuestión de semanas. Y con el comedor cerrado y el edificio señalado, lo demás (los burofaxes a los inquilinos, la presión, el desalojo) vendría rodado.

La cuenta atrás, que durante meses había vivido solo en mi cabeza y en mi cajón, acababa de salir a la luz y de echar a andar sola, sin que yo pudiera pararla.

Fui al despacho de mi padre sin llamar, que es la única cosa que en esa empresa solo nos permitimos él y yo.

—¿Qué es esto? —Le puse la denuncia encima de la mesa.

No levantó la vista de su pantalla.

—Es tu trabajo. El que llevabas dos meses sin hacer.

—Teníamos hasta Navidad.

—Tú tenías hasta Navidad. —Por fin me miró, por encima de las gafas, con esa calma suya que da más miedo que cualquier grito—. Y no ibas a llegar. Llevo treinta años leyéndote, Gabriel. Sé cuándo uno de mis hombres está trabajando y sé cuándo está buscando excusas. Y tú llevabas semanas buscando excusas. —Se quitó las gafas—. ¿Te crees que no sé lo que pasa? Te has encariñado. De las viejas, del barrio, de la cocinera esa. Te lo dije de pequeño: no te encariñes de lo que vendes.

Por dentro se me cayó el suelo. Por fuera, ni un músculo. Treinta y seis años de práctica.

Y pensé, como pensaba siempre que mi padre soltaba aquella frase, que él la había aprendido de la peor manera posible. Porque la casa de la que a nosotros nos echaron, la corrala de la copla y los croissants, la de mi abuela Pilar, era la casa de su propia madre. Mi padre vio a la suya apagarse en un piso interior sin patio, siendo él un crío. Y de aquel desahucio los dos sacamos lecciones opuestas. Yo, de mayor, me hice administrador para no sentirme nunca tan impotente como ella. Él se hizo de piedra: decidió que jamás volvería a estar del lado del que pierde la casa, sino del lado del que la cobra. «No te encariñes de lo que vendes» no era una lección de negocios. Era una cicatriz hablando.

—No me he encariñado de nada. Estaba haciéndolo bien, que es despacio. Esos contratos son de renta antigua. Si lo hacemos a lo bruto, nos lo tumba un juez y perdemos el fondo.

—Por eso he metido a Soldevila. Él lo hace a lo bruto sin que se le caigan los anillos, y si un juez lo tumba, lo tumba a él, no a ti. —Volvió a ponerse las gafas, dando la conversación por terminada—. Tú quítate de en medio. Considéralo un favor. Te estoy ahorrando tener que hacerle a esa gente lo que, por lo visto, ya no eres capaz de hacer.

—No hace falta Soldevila —dije—. Yo puedo cerrarlo. Limpio, sin que nos lo tumben.

—Ya no es asunto tuyo.

Hizo una pausa. Por fin levantó la vista, y lo que dijo entonces lo dijo despacio, para que se me quedara grabado:

—Y te aviso de una cosa. Si se te ocurre entorpecer a Soldevila, si proteges a esa gente, recuerda de quién es la empresa y de quién es el apellido que llevas. No me obligues a elegir entre mi hijo y treinta años de trabajo. Porque elegiría. Que no te quepa la menor duda de que elegiría.

Salí de allí con el estómago cerrado. Por primera vez en mi vida, mi padre me había apartado de un encargo. Y por primera vez en mi vida, me alegré de que lo hiciera, porque me dejaba las manos libres para lo único que de verdad me importaba: pararlo.

* * *

Esa misma tarde dejé de fingir que dilataba y empecé a trabajar en serio. Pero del otro lado.

Tenía tres semanas, las mismas que Soldevila, y un objetivo claro: hacer que aquel edificio fuera imposible de vaciar antes de que la máquina llegara hasta el final. Y tenía una ventaja que Soldevila no tenía: yo conocía el plan entero, sabía dónde estaba cada palanca, y podía moverlas desde dentro sin que nadie sospechara del hombre de confianza de la casa.

La primera, la catalogación. Llevaba semanas alimentando, por vías que parecían ajenas, un expediente para que el ayuntamiento estudiara proteger la corrala como patrimonio. Era una corrala auténtica, de las pocas que quedaban enteras, con sus galerías de madera del XIX. Esa tarde llamé a la persona indicada, una técnica de patrimonio que me debía un favor de otra vida, y le metí prisa. Le dije que corría peligro de derribo encubierto, que si querían salvar el edificio era ahora o nunca. Si conseguía que le pusieran un nivel de protección antes de que Soldevila cerrara el cerco, el aparthotel holandés se volvía papel mojado: no se destripa lo que está catalogado.

La segunda, el propio fondo. Me pasé la noche repasando la operación de compra, contrato por contrato, buscando el fallo. Y lo encontré, porque siempre hay un fallo cuando se compra con prisa y con codicia. El fondo había firmado garantizando una cosa que no podía cumplir: la entrega del edificio vació el treinta y uno de marzo.

Habían hecho sus números dando por muertos unos contratos que estaban vivos, los de renta antigua, los que yo había verificado. Si esos contratos aguantaban (y aguantaban), el edificio no podía estar vacío en marzo. Y si no estaba vacío en marzo, el fondo incumplía su propia cláusula, y la penalización diaria, esa que habían puesto para asustarnos a nosotros, se les volvía en contra a ellos. La trampa que habían tendido tenía el cable del otro lado.

Todo esto tenía que hacerlo sin que se me viera la mano. Si en el despacho sospechaban que el hombre de confianza de Salazar estaba trabajando para hundir la operación de Salazar, se acababa todo: me apartaban del todo, blindaban a Soldevila, y a la corrala se la llevaban por delante en un mes. Así que aprendí, en cuestión de días, a ser dos personas. Por la mañana, el hijo obediente que se había quitado de en medio. Por la noche, el topo que llamaba a técnicos desde un teléfono que no era el de la empresa y dejaba caer la pista exacta en el despacho exacto para que otros movieran lo que yo no podía mover a la cara.

No era una bala de plata. Era un montón de piececitas que tenían que encajar todas, a tiempo, en silencio, contra reloj. Pero era algo. Por primera vez, tenía algo que oponer al cajón.

* * *

Lo absurdo, lo que me retorció por dentro mientras montaba en secreto la defensa de aquella gente, era que aquella gente no tenía ni idea de nada. Ni de que estaban en peligro, ni de que yo era el peligro, ni de que yo era, ahora, también, lo único que se interponía entre ellos y la calle.

Esa misma semana cené en el comedor. Como si nada. Me comí el guiso de Reme, dejé que Carmina me pusiera al día de medio barrio. Don Aurelio, radiante, se inclinó hacia mí:

—El domingo llevo a Lola a dar un paseo —me dijo, con un orgullo de quinceañero—. A comprarle unos caramelos.

Le dije que me alegraba. Y por dentro pensé que también aquello, también el paseo de aquellos dos viejos, estaba en la lista de cosas que mi carpeta podía borrar.

Candela me puso delante un croissant con un corazón de mantequilla dibujado al lado, nuestro idioma privado, y me sonrió

desde la cocina, y por dentro me estaba muriendo. Porque a tres mesas de allí, en el bolso de Encarna, dormía la carta del ayuntamiento anunciando la inspección, que había llegado esa mañana y que las abuelas, sin entenderla, habían decidido que «sería una tontería burocrática». Yo sabía exactamente lo que era. Y no podía decir nada.

Estuve a punto. Reme, al servirme, me puso una mano en el hombro.

—Qué suerte, hijo, que un chico tan serio se haya arrimado a nosotras —dijo, bajando la voz—. Esta de aquí se merece a alguien de fiar. De los que no fallan. Que ya tuvo bastante con el sinvergüenza del otro.

Y noté las palabras subiéndome solas a la garganta. Decirlo. Allí mismo. «Reme, la carta del bolso de Encarna la he provocado yo. Soy el administrador. He venido a echaros de aquí.» Pero miré a Candela riéndose en la cocina, con harina en la cara, feliz como no la había visto nunca, y me tragué la verdad otra vez, como quien se traga un cristal.

Cuanto más quería a Candela, más imposible se volvía contárselo. Porque ya no era solo confesar que la había engañado. Era confesar, además, que el peligro que ahora la amenazaba lo había traído yo, en una carpeta, meses atrás, antes de quererla. Que la inspección que iba a cerrar el comedor de su abuela existía porque yo había puesto en marcha una maquinaria que después no había sabido parar a tiempo. Cada día que pasaba, la verdad se volvía más grande y más imperdonable, y yo más cobarde, y el silencio más imposible de romper sin que se llevara por delante todo lo que yo quería salvar.

Me decía que se lo contaría cuando los hubiera salvado. Que llegaría con la corrala blindada bajo el brazo, con el desahucio ya imposible, y que entonces, solo entonces, le explicaría quién había sido. Que el regalo compraría el perdón.

Era mentira, y en el fondo lo sabía. Esas cosas no se compran. Pero un hombre que tiene miedo se agarra a cualquier mentira que le permita seguir un día más sin perder lo que quiere.

Esa noche, al salir del comedor, me quedé un momento en la calle del Sombrerete, mirando la fachada. La corrala dormida, las galerías de madera, la persiana del bajo medio echada, la luz de algún piso todavía encendida.

Tres semanas. Soldevila por un lado, abriendo expedientes, mandando inspectores, apretando. Y yo por el otro, a escondidas, moviendo papeles en la sombra, llamando a técnicos, buscando el resquicio, corriendo contra el mismo reloj que yo mismo había puesto a andar meses atrás.

Una carrera absurda de un hombre contra sí mismo.

Y lo peor era que yo salía perdiendo de cualquier manera. Si ganaba Soldevila, cuarenta personas perdían su casa y Candela perdía lo único que había levantado de sus cenizas. Si ganaba yo y salvaba la corrala, el día que se supiera cómo y por qué la perdía a ella igual: ninguna mujer perdona que el hombre al que quiere fuera quien mandó la primera carta. Ganara quien ganara, algo se rompía. La única duda era qué prefería romper.

Saqué el móvil y le escribí a la técnica de patrimonio, aunque era casi medianoche: «¿Para cuándo lo antes posible?». Respondió a los dos minutos: «Estas cosas llevan meses». Le contesté: «No tengo meses. Tengo tres semanas». No me respondió.

Me subí al coche. Antes de arrancar, miré una vez más la fachada, aquel edificio lleno de gente dormida que confiaba en que mañana seguiría existiendo su casa, y me hice la única promesa que de verdad pensaba cumplir, aunque me costara el apellido, el trabajo y al padre:

Que no se iban a quedar en la calle. Costara lo que costara. Aunque para conseguirlo tuviera que perderla a ella.

Lo que me deja Pacita

El jueves Pacita no bajó a comer.

No era la primera vez (llevaba semanas viniendo menos, quedándose más en su butaca), pero aquel jueves Carmina subió a llevarle el puchero y bajó con una cara que no me gustó. No dijo nada delante de todos. Solo me buscó con los ojos y movió la cabeza, muy poquito, de un lado a otro. Y yo entendí que me tocaba subir.

Le llevé arroz con leche, que era lo único que últimamente conseguía que comiera, y un termo de caldo. Llamé con los nudillos y me abrió ella misma, agarrada al pomo, más menuda que nunca dentro de una bata de cuadros que le quedaba grande como si se la hubiera comprado a otra persona.

—Anda, mira quién es. La repostera. —Se apartó para dejarme pasar—. Pasa, pasa, que vas a coger frío en el rellano, que esto es una nevera.

El piso de Pacita era un museo del ganchillo. Tapetes en todas las superficies, cubrecamas, fundas en los brazos del sofá, una virgen con su capita tejida, hasta el teléfono fijo tenía su funda. Y fotos. Fotos de bodas en blanco y negro, de bautizos, de gente que ya no estaba, todas colocadas como en un altar. En la mesa camilla, el ganchillo a medias, la aguja clavada en el ovillo, y las gafas encima, esperándola.

Olía a guiso viejo, a colonia de violetas y a ese olor dulzón de las casas de los muy mayores, que es el olor del tiempo pasando despacio. En la tele, sin volumen, daban un concurso. Pacita no veía concursos; los ponía «para que la casa tenga ruido de gente», me había dicho una vez. Apagó la tele con el mando, le costó encontrar el botón, y se hizo un silencio en el que solo se oía el tic del reloj de pared y su respiración, un poco más trabajosa que antes.

Se sentó despacio, sujetándose en los muebles, y me señaló la silla de enfrente.

—Tú siéntate ahí, que te vea bien. Que tengo que decirte cosas y no estoy yo para gritar de una habitación a otra.

* * *

La miré mientras se acomodaba. Estaba más pequeña, más amarilla, con las manos como pajaritos. Pero los ojos los tenía igual de vivos que siempre, dos cuentas negras que no se perdían una. Eso no se le había apagado. Eso, supe, no se le iba a apagar nunca.

—Te has puesto guapa para venir a verme —dijo, mirándome de arriba abajo con sorna—. ¿O es que vienes de ver al administrador?

—Vengo del comedor, Pacita.

—Ya. Y de paso te has pintado los ojos. Para el caldo. —Se rio, y la risa se le rompió en una tos que le sacudió todo el cuerpecillo. Cuando se le pasó, me miró con cara de pillería—. No me mires así, que no me he muerto todavía. Cuando me muera ya tendrás tiempo de poner esa cara de pena. Hoy todavía no toca.

—No digas tonterías.

—Las tonterías las dice el que se calla lo que piensa por no molestar. Yo a mi edad ya digo lo que quiero. —Cogió el ganchillo, se puso las gafas y empezó a darle a la aguja, despacio, mirándome por encima de la montura—. ¿O tú te crees que me pondría a hacerme una toquilla si pensara que no me la voy a poner? Una no empieza una toquilla para nada, hija. Esto es una declaración de intenciones. —Estiró la labor y la miró con ojo crítico—. Aunque me está saliendo torcida. Será que ya no veo, o será que tengo prisa, vete tú a saber. El caso es que quiero hablar contigo de un par de cosas mientras me funciona la cabeza, que es lo último que me funciona bien.

Se rió sola de su propio chiste, una risa pequeña que se le deshizo en tos, y yo me reí con ella para no llorar, porque era exactamente la clase de broma que solo Pacita haría: tomarse a guasa su propia muerte por la vía de una toquilla mal tejida.

Quise protestar otra vez, decirle que no dijera eso, que se iba a poner buena. Pero había algo en cómo lo decía, sin drama, como quien comenta el tiempo, que me cerró la boca. Pacita no estaba pidiendo que la consolaran. Pacita estaba ordenando sus asuntos. Y lo hacía igual que lo había hecho todo en la vida: a su manera, sin pedir permiso.

* * *

—La primera —dijo, sin levantar la vista del ganchillo—, el comedor.

—¿Qué le pasa al comedor?

—Que es de tu abuela. —Me miró—. Eso ya lo sabes. Lo levantó ella con la Reme, con estas manos, cuando aquí no había nada y la gente pasaba hambre de verdad, no como ahora. Cuarenta años dando de comer. Cuarenta. —Volvió a la aguja—. Y la Reme ya está muy mayor, aunque ella no lo diga ni muerta. Y yo, ya ves. Así que esto, cuando faltemos, se queda sin quien tire del carro. Y se cae. Un sitio así, si nadie lo sujeta, se cae en un suspiro.

Bajé la vista. No por la frase. Por la confianza que venía detrás.

—Y tú eres la única que puede sujetarlo —dijo—. Eres la nieta de Amparo. Sabes cocinar como cocinaba ella. Te has metido en esa cocina como si hubieras nacido ahí. La gente te quiere. —Se encogió de hombros, como si fuera la cosa más evidente del mundo—. No hay más vueltas que darle. El comedor es tuyo. Lo era desde el día que entraste, solo que tú tardaste un poco en enterarte.

—Pacita, yo no sé si...

—Tú no sabes muchas cosas, hija, eres muy joven. —Filo puro, el de siempre—. Pero sabes hacer torrijas como las hacía tu abuela y sabes querer a la gente aunque te dé miedo. Con eso y un par de ollas, esto sigue. Que no te dé la tontería ahora de hacerte la pequeña. Eso ya no cuela.

—Y una cosa más —siguió, porque cuando Pacita arrancaba no la paraba nadie—. A la Reme no le digas que esto te lo he encargado yo. Que ella se cree que el comedor lo sujeta sola, y hay que dejarla que se lo crea, que es lo único que la tiene de pie. Tú ve cogiendo el timón por debajo, sin que se note. El día que la Reme falte, que esto ya esté andando sin ella y ni se haya enterado de cuándo dejó de mandar. —Me apuntó con la aguja—. Esa es la única manera de querer bien a una cabezota: dejarle el orgullo entero hasta el final.

Y pensé que aquello, en boca de una mujer que se estaba apagando, era de una generosidad que me dejó sin aire. Que en su última cuenta de la vieja, Pacita se estaba ocupando de proteger el orgullo de su amiga.

Me quedé callada, con el nudo subiéndome por la garganta y peleando para que no me ganara. Ella siguió con su ganchillo, dándome tiempo, como si supiera exactamente cuánto tardo yo en tragarme las cosas.

—La segunda —dijo, cuando le pareció que ya podía seguir—, es más importante. Y esta sí que no la vas a estropear, que para eso he trabajado mucho.

—¿Qué segunda?

—Que no te quedes sola. —Dejó la aguja. Me miró de frente, sin sorna ahora, con esos ojos de directora de cine que llevaban toda la vida moviendo a la gente por el escenario—. Esa es la que me importa de verdad. El comedor es ladrillo y ollas. Tú eres una persona. Y las personas no están hechas para estar solas, por mucho que se empeñen, y tú te empeñas mucho.

—No estoy sola. Te tengo a ti, tengo a las...

—No me vengas con esas. Sabes de qué hablo. —Bajó la voz, como si fuera a contarme un secreto, aunque estábamos las dos solas—. Hablo del chico. Del serio. No lo sueltes, Candela. Ese chico te mira como se mira lo que de verdad importa, y de eso yo sé un rato, que llevo ochenta años viendo cómo se mira la gente. Ese no te va a fallar.

—El último me falló —dije, bajito.

—El último era un golfo, y tú lo sabías, y te casaste con él igual, que para eso es una joven, para equivocarse con ganas. —Me señaló otra vez con la aguja, como una batuta—. Este es de otra pasta. A este se le ve el miedo a perderte, y los hombres que tienen miedo a perderte son los que no te sueltan. Los golfos no tienen miedo a nada, por eso te dejan tirada sin pestañear. —Bajó la labor un momento—. Hazme caso, que de hombres he visto pasar una colección entera. A tu abuela y a mí nos tocó de los dos tipos, y sé distinguirlos con los ojos cerrados.

Y ahí, en aquella butaca, rodeada de ganchillo, una mujer de setenta y ocho años que se estaba apagando me dio la única bendición que iba a darme nunca sobre Gabriel, convencida hasta los huesos de que me estaba dejando en buenas manos.

—Ya lo tenía yo medio cocinado desde el principio, ¿eh? —añadió, recuperando la picardía, orgullosa de su obra—. Lo de la cena del santo, lo de sentaros juntos. No te creas que fue casualidad. —Chasqueó la lengua, satisfecha—. Esa es la última que me llevo bien hecha. Los de la ventana, la Lola y el Aurelio, ya dieron el paso, que

el domingo se fueron de paseo como dos tortolitos. Y tú con el tuyo. —Suspiró, y en el suspiro había un cansancio enorme y una satisfacción enorme a la vez—. Ya está. Ya las he colocado a todas. Una puede irse tranquila cuando deja la función montada.

* * *

Se quedó un momento mirando sus fotos, las de la gente que ya no estaba, y luego, como si se acordara de algo, se inclinó hacia la mesa camilla, abrió el cajoncito y sacó un papel doblado en cuatro. Lo había preparado. Se notaba que lo había preparado, que llevaba ahí esperando a que yo subiera.

—Toma. Esto es para ti.

Lo cogí. Era un papel de cuaderno, de los de cuadritos, doblado con cuidado. Empecé a desdoblarlo y ella me paró la mano con la suya, ligera como una hoja.

—Esa no la leas ahora.

—¿Por qué?

—Porque ahora estás bien y no la necesitas. —Me cerró los dedos alrededor del papel, con esa fuerza pequeña que todavía le quedaba—. Esa la abres el día que dudes. El día que pienses que no puedes, que no vales, que mejor te quedas sola para que no te hagan daño. Ese día la sacas y la lees. Y no antes, que las cosas guardadas para cuando hacen falta es cuando sirven.

La miré, con el papel doblado en la mano, sin entender del todo, pero entendiendo lo suficiente para que me escociera.

—¿Y qué pone?

—Pone lo que yo sé y tú todavía no te crees. —Me guiñó el ojo, y volvió a coger su ganchillo, dando la cosa por zanjada—. Anda, guárdatela en el bolso. En el bolso bueno, no la pierdas.

La guardé. En el bolso bueno. Doblada en cuatro, sin leer.

* * *

No me quedé mucho más. Se la veía cansada, y ella misma me echó, a su manera: «anda, vete, que tendrás cosas que hacer y yo tengo que terminar esto antes de que se me olvide el punto». Me levanté, le

dejé el caldo en la cocina con instrucciones de que se lo tomara, y me agaché a darle un beso.

Olía a colonia de violetas y a lana. Me agarró de la muñeca un segundo, más fuerte de lo que me esperaba, y no dijo nada. Solo me apretó. Y yo le apreté la mano de vuelta, y nos quedamos así un momento, las dos, sin decir lo que las dos sabíamos y no íbamos a decir, porque decirlo era darle permiso, y ninguna de las dos estaba por la labor.

—Cuídate, Pacita.

—Y tú. Que para eso te lo he dicho todo. —Y, ya en la puerta, cuando yo salía, soltó lo último, con su retranca intacta hasta el final —: Y píntate los ojos para el chico, no para mí, que yo ya te he visto bastante fea.

Bajé las escaleras con el papel doblado quemándome dentro del bolso y un nudo en la garganta que no había manera de tragar. No la leí. Aguanté las ganas y no la leí.

Pero supe, bajando aquellos peldaños, que aquella tarde me había llevado algo de Pacita que no estaba escrito en ningún papel. Y que, pasara lo que pasara, no iba a dejar que se cayera nada de lo que ella me había encargado sujetar.

El hijo que dice no

El comedor de mi abuela (porque a esas alturas, para mí, aquel bajo era el comedor de mi abuela, aunque mi abuela llevara muerta treinta años y nunca hubiera pisado Lavapiés) dejó de existir oficialmente un viernes por la tarde.

El inspector había venido por la mañana. Soldevila se había encargado de que el aviso llegara con el tiempo justo para no dar tiempo a nada. Levantó acta de lo evidente: un local sin licencia de actividad, sin registro sanitario, sin extractores en regla, sin salida de emergencia homologada, dando de comer a una media de cuarenta personas al día. En el papel, todo aquello no era una familia. Era una lista de infracciones graves. Y con esa lista, el ayuntamiento no tenía más remedio que ordenar el cese de la actividad. El comedor estaba, a efectos legales, condenado.

Me enteré porque me lo mandó el propio Soldevila, en un correo de tres líneas, con copia a mi padre, redactado con esa cortesía venenosa de quien te está enseñando que ya no pintas nada: «Para tu información, por si quieres ir despidiéndote del barrio».

Una hora después, mi padre me llamó a su despacho.

* * *

El despacho de mi padre está en una planta veintitantos de una de las torres de Azca, todo cristal y línea recta, sin una sola foto, sin un solo objeto que delate que ahí dentro vive una persona y no una idea. Mi padre presume de eso. Dice que un despacho con fotos es un despacho de alguien que se distrae.

Entré sin llamar. Él estaba de pie, mirando Madrid desde el ventanal, con la ciudad entera a sus pies como si fuera suya, que en parte lo era.

—Siéntate —dijo, sin volverse.

—Prefiero estar de pie.

Se giró. Sobre la mesa había una carpeta. La reconocí de lejos, porque las he montado yo a cientos: la carpeta del paso siguiente. Los burofaxes a los inquilinos, uno por uno, comunicándoles el inicio del expediente. El primer empujón formal hacia la calle. Una vez salía esa carpeta, ya no había marcha atrás administrativa: el reloj del desalojo empezaba a contar de verdad.

—Está todo preparado —dijo, dándole un golpecito con el dedo—. Solo falta tu firma. Quiero que esto vuelva a llevarlo tú.

Lo miré sin tocar la carpeta.

—Creía que me habías apartado.

—Te aparté para que te despejaras. Ya has tenido tu rabieta. —Se sentó, juntó las manos sobre la mesa—. Ahora vuelves, firmas, y cerramos esto como Dios manda, tú y yo, como hemos cerrado cuarenta operaciones. Soldevila es un perro. Sirve para morder, pero esto lo terminamos en casa. Firma.

Y ahí estaba. El momento. La pluma en la mano de mi padre, la carpeta sobre la mesa, y dentro de aquella carpeta el nombre de la calle del Sombrerete, el comedor de Reme, el piso de la Manoli, la persiana medio echada, los croissants del amanecer, Candela riéndose en la cocina con harina en la cara.

—No —dije.

Una sola sílaba. La más difícil que he dicho en mi vida.

* * *

Mi padre no se inmutó. Eso es lo que tiene la gente de verdad peligrosa: que cuando le dices que no, no grita. Se queda muy quieto, calculando, y eso da mucho más miedo.

—¿Cómo que no?

—Que no lo voy a firmar. Y que creo que no deberíamos hacerlo. —Respiré—. Esa gente lleva en esas casas toda la vida. El comedor da de comer a personas que sin él no comen. Hay otras maneras de rentabilizar ese edificio sin echar a la calle a quien no tiene a dónde ir. Lo he estado mirando y...

—Lo has estado mirando. —Lo dijo despacio, saboreando cada palabra como quien encuentra por fin la prueba que buscaba—. Claro. Por eso íbamos tan despacio. No ibas despacio por prudencia. Ibas despacio porque estabas con ellos. —Se levantó otra vez, se

acercó—. ¿Desde cuándo, Gabriel? ¿Desde cuándo trabaja mi propio hijo contra mí?

No contesté. No hacía falta.

—Te lo advertí —dijo—. Te dije que no me obligaras a elegir. Y mira lo que has hecho.

—Pues elige.

Lo dije sin levantar la voz, y por un segundo vi algo cruzarle la cara, algo que no le había visto nunca: sorpresa. Mi padre no estaba acostumbrado a que le devolvieran el órdago.

* * *

Lo que pasó entonces no me lo esperaba.

En vez de echarme, en vez de amenazarme, mi padre se quedó mirándome un rato largo, y cuando habló, lo hizo con una voz distinta. Más baja. Más vieja. Por primera vez en mi vida, mi padre me habló de su madre.

—Yo tenía nueve años cuando echaron a la mía —dijo—. La tuya. Mi madre. De una corrala como esa, en Tetuán. Vino un señor con un abrigo bueno y unos zapatos que brillaban y una carpeta debajo del brazo, igualito que tú cuando empezaste, y en quince minutos, sin levantar la voz, con muy buenos modales, nos dejó sin casa. Todo legal. Todo en orden. —Miró por el ventanal—. Y a mi madre, que era una mujer fuerte, que había criado a cinco hijos en dos habitaciones, la metieron en un piso interior en Vallecas y se apagó en año y medio. De pena. La pena no sale en ningún certificado, pero yo sé de qué se murió mi madre. Se murió de que le quitaran su sitio. —Hizo una pausa, todavía de cara al cristal—. La recuerdo sentada al lado de la única ventana, que daba a un patio de luces, mirando una pared a tres metros. Callada. Ella, que en la corrala se pasaba el día en la galería hablando con medio mundo. La callaron. Le quitaron la luz, y la gente, y el ruido, que era de lo que vivía, y se fue apagando como una vela en un cuarto cerrado.

Me pilló desprevenido. No me esperaba esto. Esto no.

—¿Y tú sabes qué decidí yo aquel día, con nueve años, viendo a mi madre llorar mientras hacía las maletas? —Se volvió hacia mí—. Decidí que a mí no me lo iban a hacer nunca. Que en esta familia no íbamos a volver a ser jamás los que abren la puerta y tiemblan. Que

íbamos a ser los del abrigo bueno. Los de la carpeta. Por eso monté todo esto. Por eso te crié como te crié, duro, sin sentimentalismos, para que tuvieras el poder que mi madre no tuvo, para que a ti nadie pudiera echarte nunca de ningún sitio. Todo lo que he hecho en mi vida, todo, lo he hecho para que mi hijo esté del lado de los que mandan y no del lado de los que lloran.

Se acercó, y me puso un dedo en el pecho, y bajó la voz hasta casi un susurro.

—Y ahora resulta que mi hijo quiere ser de los que lloran. Por voluntad propia. Después de todo.

Y entendí, de golpe, dos cosas. La primera, que mi padre no era un monstruo. Que detrás de aquel hombre de piedra había un niño de nueve años viendo llorar a su madre, y que toda su crueldad era una armadura levantada sobre aquel niño para que nunca más le doliera. Lo entendí, y casi se me cae la rabia de las manos.

Y la segunda, que era justamente eso lo que lo hacía imparable. Porque un hombre que hace daño por maldad se puede parar apelando a su conciencia. Pero un hombre que hace daño convencido de que es la única forma de proteger a los suyos no se para con nada. Mi padre no era cruel a pesar de querer a su familia. Era cruel a causa de quererla. Y eso no hay quien lo rompa.

Lo entendí. Y aun así, le dije que no.

—Abuela no querría esto —dije—. Tú te hiciste el del abrigo bueno para vengarla. Pero llevas treinta años haciéndoles a las madres de otros exactamente lo que le hicieron a la tuya. No la estás vengando, papá. Te has convertido en el señor de los zapatos que brillaban.

Vi el golpe entrar. Por una décima de segundo, el niño de nueve años se asomó a los ojos del viejo. Y luego la persiana se cerró otra vez, más fuerte que nunca, porque no hay nada que endurezca tanto a un hombre como una verdad que no puede permitirse mirar.

—Vete —dijo. Frío. Definitivo—. Estás fuera. De esta operación y de todo lo demás. Tú sabrás lo que vale más, si una cocinera o tu apellido. Tú lo has elegido. Yo me limito a respetarlo. —Cogió la pluma, abrió la carpeta él mismo—. Lo del Sombrerete lo termino yo. Y créeme que yo no voy a ir despacio.

Salí de aquella torre a la calle, al frío de diciembre, y me quedé un rato en la acera sin saber muy bien quién era.

Acababa de perderlo todo. La empresa que iba a heredar. El trabajo que había sido toda mi identidad. Y a mi padre, que con todo lo que era seguía siendo mi padre, y al que probablemente no volvería a llamar nunca. Lo había soltado, en quince minutos, sin levantar la voz, igual que él soltaba edificios. La ironía no se me escapó.

Treinta y seis años construyendo una vida entera para que aquel hombre estuviera orgulloso de mí, y la acababa de tirar por la ventana de un piso veintitantos por cuatro viejas y una mujer con harina en el pelo. Visto fríamente, desde la torre, era una locura sin nombre. Visto desde abajo, desde la acera, era lo único cuerdo que había hecho en toda mi vida.

Y lo peor era que ni siquiera con ese sacrificio había salvado nada. Al revés. Acababa de quedarme sin la única posición desde la que podía frenar la máquina por dentro. Ahora estaba fuera, sin acceso, sin información, y mi padre, ofendido y herido, iba a ir a por la corrala con todo, más rápido y más bruto que nunca. Las palancas que había movido en secreto (la catalogación, los fallos del fondo) seguían ahí, cocinándose lentas, sin garantía de llegar a tiempo. «Estas cosas llevan meses», me había dicho la técnica. Y yo ya no tenía meses. Tenía menos que antes.

Me había plantado. Por fin. Después de toda una vida obedeciendo, había dicho que no, y me había sentado bien decirlo, y volvería a hacerlo mil veces.

Y, a la vez, estaba aterrado. Porque plantarme no bastaba. Porque la corrala seguía en peligro, ahora más. Porque había una mujer que me esperaba esa noche en una cocina con un croissant y un corazón de mantequilla, que no sabía nada de torres de cristal ni de carpetas, y que el día que lo supiera todo (y con mi padre suelto, ese día estaba cada vez más cerca) iba a mirarme como yo acababa de mirar a mi padre.

Saqué el móvil. Le escribí a la técnica de patrimonio: «Lo de la catalogación. Necesito que sea ya. Lo que haga falta». Y luego, antes de guardarlo, miré la última conversación con Candela, una tontería de la noche anterior, un emoji de un croissant que me había mandado, y me quedé un rato mirándolo en mitad de la acera, como

un imbécil, agarrado a aquella tontería como quien se agarra a lo único que le queda.

Iba a salvarlos. Sin padre, sin empresa, sin red. Como fuera.

No sabía cómo. No tenía ya un cargo, ni un despacho, ni una palanca segura. Tenía una promesa que me había hecho a mí mismo una noche delante de una fachada dormida, tenía la cara de Candela, y tenía la certeza, nueva y terca, de que prefería quedarme sin nada antes que ser el señor del abrigo bueno.

Y rezaba, yo que no rezo, para que cuando todo se supiera todavía quedara algo de aquello que salvar.

La calma

El reportaje salió un miércoles.

Lo había hecho una chica joven, periodista de un medio pequeño del barrio, una de esas que cuentan Lavapiés desde dentro y no desde el titular fácil. Había venido un par de tardes, había comido el cocido de Reme, había hablado con las viejas, había hecho fotos del hule a cuadros y de la caja de galletas con la ranura. Y el miércoles publicó.

Se titulaba «El comedor que no existe». Y contaba la historia entera: cuarenta años dando de comer en un bajo sin licencia, una olla del tamaño de una lavadora, cinco abuelas que sostenían medio barrio sin cobrar un duro, una hucha de galletas danesas donde cada cual echaba lo que podía o lo que quería. Hablaba de Amparo y de Reme fundándolo cuando aquí no había nada. Hablaba de la Manoli, que no comería caliente sin ellas. Y, al final, hablaba de «una repostera que un día llegó rota y se quedó a amasar», que era yo, aunque al leerme descrita así, desde fuera, me costó reconocerme. Pero me gustó. Me gustó verme en letra impresa siendo otra cosa que la de los titulares de hacía un año, los de «cierra otra pastelería del barrio», los de la lista de morosos. Aquí, por primera vez, yo no era la que había fracasado. Era «la que se quedó a amasar». Y resulta que esa también era yo.

Se compartió. Se compartió mucho, para lo pequeño que era el medio. La gente del barrio lo mandaba por los grupos, lo imprimían, una vecina lo recortó y lo pegó con celo en la puerta del comedor. En dos días empezó a venir gente que no había venido nunca, no a comer gratis, sino a conocerlo, a traer un kilo de lentejas «para que sigáis», a darle las gracias a Reme por cuarenta años de algo que nadie les había pedido.

Reme se hacía la digna («bah, tanto jaleo por dar de comer, que es lo más normal del mundo»), pero yo la pillé tres veces releendo el recorte de la puerta, con las gafas puestas, moviendo los labios, y la tercera tenía los ojos brillantes y disimuló diciendo que era el frío.

Carmina, que llevaba toda la vida siendo el periódico hablado del barrio, no cabía en sí de gozo de salir por fin en un periódico de verdad, con letra impresa y todo.

—Aquí, donde me ves, citada. Palabra por palabra. Como en los juzgados —le iba diciendo a todo el que entraba, dándose golpecitos en el recorte.

Encarna fingía que aquello eran pamplinas, que un reportaje no daba de comer a nadie, pero la sorprendí recortando un segundo ejemplar «por si el de la puerta se estropea con la humedad» y guardándolo entre las hojas de su libreta de cuentas, que es donde Encarna guarda lo que de verdad le importa.

* * *

Lo celebramos, claro. Cualquier excusa es buena en ese comedor para sacar la olla grande y el orujo del bueno.

Y aquella tarde, por primera vez en semanas, bajó Pacita.

La bajaron entre Carmina y un sobrino, despacio, peldaño a peldaño, envuelta en su toquilla nueva (la torcida, ya terminada), y cuando entró y vio el recorte en la puerta y el barrio entero allí metido, se le puso una cara que no le había visto nunca, una cara de orgullo viejo, de cosa cumplida. La sentamos en la cabecera, como a una reina, con un cojín en la espalda, y desde allí presidió la fiesta sin moverse, repartiendo comentarios con un hilo de voz pero con la puntería intacta.

—Cuarenta años he tardado en salir en el periódico —dijo, cuando le acercaron el recorte para que se viera nombrada—. Y salgo de vieja. Mira que si llego a saberlo me pinto.

Se rió todo el mundo.

La fiesta tenía esa cosa de las fiestas del comedor, que no se organizan, pasan. Lola, con el pintalabios de gala, cantó un cuplé subida a una silla que don Aurelio le sujetaba con cara de no haber sido tan feliz en su vida. Los niños ecuatorianos se apropiaron de la bandeja de magdalenas. El del kiosco trajo una botella de sidra «para brindar por la fama». Y Reme, en medio de todo, repartía cocido como si repartiera años de vida, gritando que comiéramos, que la fama estaba muy bien pero que de la fama no se vive, que lo que llena es el puchero.

—¡Un brindis! —dijo el del kiosco, levantando la sidra—. ¡Por las cinco mujeres más importantes de Lavapiés!

—Seis —dijo Reme sin volverse, y me señaló con el cucharón—. La niña también amasa.

Y todos brindaron, y a mí se me subieron los colores, y Pacita, desde la cabecera, dio dos golpecitos en la mesa con los nudillos, que era su manera de aplaudir cuando ya no le quedaban fuerzas para aplaudir con las manos.

Yo le llevé a Pacita un plato de arroz con leche, y se comió tres cucharadas, las justas para no preocuparme, y me cogió de la manga y me dijo bajito, para que solo lo oyera yo:

—¿Ves como esto no se cae? Mira cuánta gente. Un sitio que sale en el periódico ya no lo tira nadie.

Y yo le dije que sí, que claro que no. Y por primera vez me lo creí. Por primera vez pensé que a lo mejor era verdad, que a lo mejor aquel reportaje, toda aquella gente, todo aquel cariño, era una especie de escudo. Que un sitio tan querido, y ahora tan visible, estaba a salvo. Que las cosas buenas, cuando son lo bastante buenas, se protegen solas.

Me lo creí de verdad. Con toda el alma.

* * *

Gabriel llegó cuando la fiesta ya estaba en lo alto.

Llevaba unos días raro. Más callado, más mío, más pegado, como si necesitara estar cerca. Aquella tarde estaba especialmente así. Se sentó a mi lado en la mesa de hule, en medio de todo el jaleo, y se quedó un rato mirándome cocinar, mirando el comedor lleno, mirando a las viejas, con una atención rara, como quien se aprende un sitio de memoria. Yo lo achacaba al cansancio. Le veía ojeras. Le pregunté si dormía y me dijo que regular, que tenía cosas en la cabeza, y no quiso decir cuáles, y yo no insistí, porque él tampoco contaba nunca mucho de aquel mundo suyo de oficinas, y a mí, mientras viniera al comedor con harina debajo de las uñas, su otro mundo me daba igual.

Le hice sitio. Le puse delante un croissant (me había sobrado masa de la mañana) y, con la punta del cuchillo, le dibujé al lado el

corazón de mantequilla. Nuestra contraseña. «Me alegro de que estés aquí.»

Él lo miró. Y, en vez de sonreír como siempre, se quedó un segundo serio, mirando aquel corazón tonto de mantequilla derritiéndose en el plato, y cuando levantó la vista tenía los ojos de una manera que no supe leer.

—Candela —dijo, y me cogió la mano por debajo de la mesa—. Quiero decirte una cosa.

—Dime.

Abrió la boca. Y la cerró. Miró alrededor, el comedor lleno, Pacita en la cabecera, Reme sirviendo, el barrio entero riéndose, y algo en su cara cambió, como quien decide que no es el momento de romper nada.

—Que pase lo que pase —dijo al fin, despacio, eligiendo las palabras—, quiero que sepas que esto, lo de este comedor, lo nuestro, es lo más de verdad que he tenido en la vida. Que yo, antes de esto, no sabía ni lo que era esto. Pase lo que pase, no lo olvides.

Me reí, porque me pareció una cosa enorme y solemne para una tarde de fiesta.

—¿Pase lo que pase? Qué dramático te has puesto. No me voy a ningún sitio.

—Ya. —Me apretó la mano—. Lo digo por mí.

No le entendí. Pensé que era una de esas cosas raras y bonitas que dicen los hombres a los que les cuesta decir te quiero, y que en el fondo me estaba diciendo te quiero por el camino largo. Le di un beso y le dije que comiera el croissant, que se le enfriaba.

Pero antes de que la frase se enterrara del todo bajo la risa y el orujo, mientras él se comía por fin el croissant con su corazón de mantequilla medio derretido, le miré la cara, esa cara seria que había aprendido a leer en los últimos meses, y pensé que nunca había querido a nadie así. Sin red. Sin las dos manos puestas en el pecho por si acaso. A Víctor lo había querido con miedo, con un ojo siempre puesto en la salida. A Gabriel lo quería con todo, con la puerta abierta de par en par, y me daba igual lo que pudiera pasar, porque por una vez en la vida había decidido que merecía la pena el riesgo de que me hicieran daño.

Esa noche, cuando se vació el comedor, me quedé recogiendo sola, sin prisa, disfrutando del silencio después del ruido.

Estaba feliz. Tengo que decirlo así de simple, porque así de simple era. Feliz de una manera que no recordaba, una felicidad sin asteriscos, sin la vocecita de siempre avisándome de que lo bueno se acaba. Tenía un sitio que era mío y que ahora hasta salía en los periódicos. Tenía cinco abuelas. Tenía un barrio. Tenía a un hombre que me decía cosas solemnes y bonitas en mitad de una fiesta. Tenía las manos llenas otra vez, después de habérmelas vaciado yo misma de todo.

Ocho meses antes, cuando llegué a Madrid a vaciar el piso de una abuela con la que ni siquiera había hecho las paces, no tenía nada. Ni casa, ni oficio, ni ganas. Había cruzado la puerta de aquel comedor para devolver unas llaves y salir corriendo, y en su lugar me había quedado, me habían adoptado cinco viejas, había vuelto a amasar y me había enamorado de un hombre imposible. Y resulta que la vida, cuando crees que ya te lo ha quitado todo, a veces te lo devuelve por otra puerta. Por la puerta de una cocina, casi siempre.

Apagué las luces del comedor una por una. Y antes de cerrar, mirando el recorte pegado en la puerta, pensé que Amparo habría estado orgullosa. Que tarde, como siempre, pero había vuelto a casa. Y que esta vez no pensaba irme de ningún sitio.

Encima del mostrador, donde Encarna dejaba el correo, había un sobre. Uno serio, con membrete del ayuntamiento, que llevaba allí dos días sin abrir porque las viejas habían decidido que era papeleo y que ya lo miraría alguien. Pasé por delante, lo vi, pensé «mañana», y subí a dormir con un croissant de más en la tripa y el corazón lleno.

El sobre se quedó allí, en el mostrador, cerrado, debajo de la luz apagada. Esperando.

Me dormí pensando en Pacita en la cabecera de la mesa, con su toquilla terminada, presidiendo el comedor lleno como una reina vieja y feliz. Pensé que había valido la pena bajarla, aunque le hubiera costado el doble de lo que dijo. Que se iba a la cama contenta.

Dormí mejor que en años.

CAPÍTULO 27

Pacita

Pacita se murió esa misma noche. La de la fiesta.

Se fue a la cama contenta, con su comedor lleno todavía en la cabeza y la toquilla terminada a los pies, y en algún momento de la madrugada, sin ruido, sin molestar a nadie, como hizo siempre todo, se paró. La encontró Carmina por la mañana, cuando subió a llevarle el café, porque a Pacita el café había que subírselo, que ella ya no bajaba. La encontró en la cama, con las gafas en la mesilla y las manos quietas encima de la colcha, y por la cara, me dijo Carmina mucho después, no parecía que hubiera sufrido. Parecía dormida. Parecía, dijo Carmina, y se le quebró la voz, que se hubiera echado una siesta de las suyas.

A mí me lo dijeron en la cocina del comedor, a media mañana, mientras yo pelaba patatas tan tranquila pensando en lo bien que había salido la fiesta del día anterior.

Bajó Encarna. Encarna, que nunca sube ni baja sin un motivo de cuentas, apareció en la puerta de la cocina con una cara que no le había visto, blanca, descompuesta, y no dijo nada. Se quedó allí parada, con las manos colgando, ella que siempre tiene las manos ocupadas. Y yo dejé el pelapatatas, porque entendí antes de que hablara que algo se había roto, y le pregunté qué pasaba, y Encarna abrió la boca y solo le salió una palabra:

—La Paquita.

Y no hizo falta más.

* * *

No me acuerdo bien de la hora siguiente.

Me acuerdo de cosas sueltas, como fotos movidas. Me acuerdo de subir las escaleras detrás de Encarna sin notar los peldaños. Me acuerdo de la puerta del piso de Pacita abierta, y del olor a colonia de

violetas, más fuerte que nunca, llenándolo todo. Me acuerdo de Reme.

A Reme la encontré sentada en la silla de al lado de la cama de Pacita, muy recta, con las manos sobre el regazo, mirándola. No lloraba. Reme no es de llorar delante de la gente. Estaba simplemente allí sentada, haciéndole compañía, como llevaba haciéndole compañía ochenta años, velando a la única persona que quedaba en el mundo que la había conocido de joven. Cuando me vio en la puerta, no se levantó. Solo dijo, sin apartar los ojos de su amiga:

—Setenta y ocho años. Y se ha ido la primera. Con lo poca cosa que era.

Y luego, después de un silencio:

—La conocí con veinte años, vendiendo en el mercado. Ya entonces era una lianta. Ya entonces lo arreglaba todo.

No dijo más. No hacía falta. Esa era la manera de llorar de Reme: contar a la muerta. Y yo me senté en el suelo, a su lado, contra la pata de la cama, y le puse una mano en la rodilla, y nos quedamos las dos así, sin hablar, velando a Pacita, mientras la mañana entraba por la ventana sin enterarse de nada.

* * *

El comedor no abrió ese día. Por primera vez en cuarenta años, según Reme, el comedor cerró un día que no era fiesta de guardar. Colgamos un cartel escrito a mano («Hoy cerrado») y la gente del barrio, que se enteró enseguida porque en Lavapiés las cosas se saben sin teléfono, fue dejando cosas en la puerta. Flores de las de la frutería. Una vela. Una nota de un niño con la letra grande. La Manoli mandó con su sobrino una corona pequeña, modesta, que decía «A la Paquita, de sus vecinos», y debajo, en otra cinta, alguien había añadido a mano «la mejor casamentera del barrio».

Cada una lo llevó como pudo.

Carmina, que se pasa la vida hablando, se quedó muda. Estuvo dos días sin contar un solo chisme, lo cual en Carmina es como si a otra persona se le parara el corazón. Se dedicó a hacer cosas: limpiar, fregar, organizar el velatorio, llevar y traer, como si parando se fuera

a venir abajo. Hablaba solo lo justo, para preguntar si hacía falta algo.

Lola se puso su mejor vestido, el negro de los entierros, con el pintalabios rojo de siempre, porque dijo que a Pacita no le habría gustado verla hecha un trapo. Y en el velatorio, en un momento, cuando ya no quedaba casi nadie, se arrancó muy bajito con una copla antigua, una de esas tristes, y la cantó entera para Pacita, con esa voz cascada, y fue lo más bonito y lo más roto que oí en aquellos días. Don Aurelio le sujetaba la mano mientras cantaba. Y pensé que aquello, esos dos viejos agarrados de la mano despidiendo a la mujer que los había juntado, era el último regalo que Pacita le hacía al mundo sin saberlo.

Encarna se encargó de lo práctico, de los papeles, de la funeraria, de los números que nadie más quería mirar. Pero la pillé una tarde, en un rincón, con la libreta de cuentas cerrada sobre las rodillas y la mirada perdida, y supe que Encarna, la que dice que el amor no paga el butano, estaba pagando el suyo a su manera: ocupándose de que su amiga tuviera un entierro digno hasta el último céntimo.

Una noche, en el velatorio, ya tarde, nos quedamos las cuatro viejas y yo solas, sentadas alrededor de la mesa de hule, sin nadie a quien dar de comer por primera vez en mucho tiempo. Y empezaron a contar. Una cosa de Pacita llevaba a otra. Que si la vez que casó a la del estanco con el viudo del cuarto haciéndoles creer a cada uno que el otro se moría de amor. Que si las broncas que se echaba con Encarna por las cuentas y cómo siempre acababan las dos llorando de risa. Que si lo cabezota, lo lianta, lo mucho que metía las narices donde no la llamaban.

—Era insoportable —dijo Reme, con una media sonrisa—. La mujer más insoportable que he conocido en mi vida. Y no sé qué voy a hacer yo ahora sin tenerla todo el día dando la lata.

Y por primera vez en todos los años que la conocía, Reme lloró delante de la gente. Sin ruido, sin aspavientos, dos lágrimas nada más que se limpió enseguida con el dorso de la mano, como si le diera vergüenza. Pero lloró. Y Carmina, la muda, alargó la mano por encima del hule y se la cogió, y no dijo nada, porque por una vez en su vida no tenía nada que contar.

Yo me dediqué a no pensar.

Es lo que hago cuando algo duele demasiado: me pongo a hacer. Cociné. Cociné como una loca para el velatorio, bandejas y bandejas, croquetas, tortilla, magdalenas, todo lo que me salía de las manos sin que tuviera que pensarlo, porque mientras las manos trabajan la cabeza se calla. Reme me dejó hacer. Creo que lo entendió. Creo que ella, en la cocina de aquel comedor, llevaba cuarenta años haciendo exactamente lo mismo: tapando las penas con comida.

Lo que no podía hacer era mirar su silla.

En el comedor, Pacita tenía su sitio. Una silla concreta, la de cerca de la ventana, con un cojín que le había puesto Reme para la espalda. Y aquella silla, vacía, con el cojín hundido todavía con la forma de ella, era lo único que no podía mirar sin que se me cerrara la garganta. Una silla vacía. Una tontería. Pero ahí estaba toda la muerte, en una silla vacía con un cojín hundido.

Y su delantal seguía colgado en el perchero de la cocina, el de las margaritas, donde lo dejó la última vez. Nadie lo descolgó. Nadie se atrevió. Se quedó allí semanas, colgado, como esperándola.

Subí una vez a su piso, en aquellos días, a ayudar a Reme a recoger algunas cosas. Y estaba todo igual. El ganchillo en la mesa camilla, la aguja clavada en un ovillo de una labor que ya no terminaría. Las gafas dobladas al lado. La tele apagada, esa que ponía «para que la casa tenga ruido de gente». Las fotos de los muertos en su altarcillo, a las que ahora se sumaba ella. Me quedé en la puerta y no fui capaz de entrar. Reme sí entró, y empezó a doblar mantas con una calma terrible, y yo me di la vuelta y bajé las escaleras, porque hay sitios que duelen más vacíos que llenos, y aquel piso lleno de Pacita sin Pacita era uno de ellos.

El día del entierro me enteré de que Pacita, fiel a sí misma hasta el final, había dejado instrucciones. Encarna las leyó, muy seria, y resultó que Pacita había dejado dicho, por escrito, que no quería «caras largas ni llantinas», que en su entierro quería «que la gente coma bien, que para eso me he pasado la vida», y que, textualmente, «la que se ponga de luto riguroso más de un mes, que sepa que la voy a perseguir». Nos reímos. En mitad del cementerio, los del comedor, nos reímos. Y fue, creo, la manera más exacta de despedir a Pacita: riéndonos de una broma suya, obediéndola por última vez.

La nota la saqué esa noche.

La que me había dado en su piso, doblada en cuatro, la del «ábrela el día que dudes». La saqué del bolso bueno, donde la había guardado, y la tuve un rato largo en la mano, sin abrirla, sentada en la cama, en aquel piso que había sido de Amparo y que ahora, de pronto, estaba lleno de otra ausencia más.

Y vaya si dudaba. Dudaba de todo. Porque aquello que estaba sintiendo, aquel boquete, era exactamente lo que llevaba años intentando que no me volviera a pasar. Por eso me había hecho las dos promesas tontas el primer día: no cocinar y no querer a nadie. Para no acabar así. Para que no me volviera a doler nadie. Y había roto las dos. Me había dejado adoptar, me había dejado querer, me había encariñado de cinco viejas y de un barrio entero, y la primera factura acababa de llegar, puntual, y dolía exactamente lo que yo sabía que iba a doler.

«Para esto», pensé. «Para esto no quería yo a nadie.»

Con mi abuela había sido distinto, y de otra manera peor. A Amparo la había perdido de lejos, enfadada, sin despedirme, y me había pasado meses comiéndome la culpa de no haber estado. Con Pacita no. A Pacita la había querido de cerca, a la cara, sin reservas. Había estado. La había cuidado. Le había hecho arroz con leche y le había aguantado las pullas y la había escuchado encargarme cosas. Y aun así dolía igual, o más. Esa era la lección que nadie te cuenta: que hacerlo bien no te ahorra el golpe. Que querer de cerca duele exactamente lo mismo que querer de lejos, solo que sin el consuelo cobarde de poder decirte que ojalá hubieras estado más. Yo había estado. Y se había muerto igual. No había manera de querer a alguien que no terminara, antes o después, en esto.

Estuve a punto de abrir la nota. Pensé que a lo mejor decía justo lo que necesitaba oír. Pero entonces me acordé de su voz, de cómo me cerró los dedos alrededor del papel: «el día que dudes de ti, que pienses que no vales». Y entendí que aquello no era ese día. Aquel día yo no dudaba de mí. Aquel día simplemente echaba de menos. Y la nota era de Pacita, lo último que me quedaba de su letra y de su voz, y abrirla era gastarla, y no estaba dispuesta a gastar a Pacita una noche cualquiera de pena corriente.

La volví a doblar. La volví a guardar. Para cuando de verdad hiciera falta.

* * *

Gabriel vino esa noche, cuando supo.

No dijo casi nada, que es lo que hay que decir cuando no hay nada que decir. No me soltó ninguna de esas frases horribles que suelta la gente, lo de que estaba muy mayor, lo de que ya no sufría, lo de que en el fondo era una liberación. Solo entró, me encontró sentada en el suelo de la cocina con la espalda contra los armarios, se sentó a mi lado en el suelo, y me dejó que me apoyara en él. Y se quedó. Horas. En silencio. Aguantándome el peso.

En algún momento le dije, contra su hombro, lo único que era capaz de decir:

—No quiero que se muera más gente que quiero.

Y él no me contestó que no se iba a morir nadie más, que es la mentira fácil. Me apretó más fuerte. Y se le tensó el cuerpo, como si aquella frase mía le hubiera dolido a él más de lo que tenía sentido que le doliera. Pensé que era empatía. Que sufría por mi pena.

* * *

Al tercer día, Reme volvió a abrir el comedor.

Lo decidió ella sola, sin preguntar. Bajó por la mañana, se ató el delantal, encendió los fogones, puso agua a hervir, y cuando bajamos las demás ya estaba el comedor oliendo a guiso, como cada día de los últimos cuarenta años.

—¿Hoy? —le dije—. ¿Tan pronto?

—Hoy —dijo, sin volverse, removiendo la olla—. La gente tiene que comer. La Manoli tiene que comer. Esto no se para porque se pare un corazón.

Y luego, más bajo, casi para ella misma, añadió:

—Y porque a la Paquita le daría algo si ve el comedor cerrado por su culpa. Bastante guerra dio en vida.

Pusimos las mesas. Llegó la gente, más callada que de costumbre, y comió. La silla de Pacita la dejamos en su sitio, vacía, con su cojín, porque ninguna se atrevió a quitarla, y nadie se sentó en ella, y se quedó así, presidiendo, como si Pacita siguiera vigilando que todo el mundo repitiera.

Y en la cabecera, mientras servía, vi que Reme había puesto, al lado del salero, sin decir nada, un papelito con una letra temblorosa que no era la suya. Una de las listas de Pacita. Su última lista de pendientes, la que tenía en la mesilla. Y en ella, tachadas casi todas, sus cosas: «Lola y Aurelio». Tachado. «El comedor a Candela». Tachado. Y una sola cosa sin tachar, la última, escrita con una letra que ya se caía:

«Que la niña no se quede sola.»

Reme la había puesto allí, a la vista, en la cabecera. Como quien recoge un encargo. Como quien dice, sin decirlo, que esa la terminábamos entre todas.

Quién eres en realidad

La verdad entró en el comedor un jueves a la hora de comer, con un abrigo bueno y los zapatos limpios.

Habíamos reabierto hacía tres días. Sin Pacita, pero abiertos, porque eso era lo que ella habría querido y porque la gente tiene que comer. Yo seguía hecha un trapo por dentro, funcionando a base de cocinar y no pensar, con su silla vacía en el rincón vigilándome. Estábamos en plena hora punta, las mesas llenas, la Manoli en su sitio, Reme gritando que repitiéramos, cuando entró aquel hombre.

Entró sin saludar. Esa fue la primera cosa rara. Aquí entra todo el mundo dando los buenos días, preguntando, pidiendo permiso, porque esto es la casa de alguien. Él no. Él empujó la puerta, se quedó en el umbral mirando el comedor como quien tasa un solar, sin ver a la gente, viendo metros cuadrados, y avanzó hasta la barra con una tranquilidad que no pegaba nada con aquel sitio.

El comedor, que es el sitio más cálido del mundo, pareció enfriarse de golpe a su paso. La gente lo miraba de reojo, callándose, porque hay personas que llevan el frío puesto y lo reparten al entrar. Hasta Reme, que no se calla ante nadie, lo siguió con la vista desde los fogones sin decir nada, con el ceño fruncido, oliéndose, como me lo olí yo, que aquel hombre no traía nada bueno.

Sesenta y muchos años. Traje gris caro. El pelo blanco peinado hacia atrás. Y una cartera de cuero en la mano. Una cartera de piel buena, de las de los despachos.

—Busco a la responsable —dijo. No preguntó. Informó.

Me limpié las manos en el delantal y salí de la cocina.

—Soy yo. Más o menos. ¿Qué quería?

Me miró de arriba abajo, despacio, evaluándome igual que había evaluado el local, y algo en aquella mirada me puso la piel de gallina antes de que dijera nada. Era una mirada que ya había visto. No sabía dónde, pero la había visto.

—Vengo de Grupo Salazar —dijo—. Soy el administrador de la propiedad. De toda la finca, este local incluido. He venido a

comunicarles, en persona, que el plazo se ha acabado.

* * *

Lo que pasó en los diez minutos siguientes lo tengo grabado a fuego, palabra por palabra, gesto por gesto, como se graban las cosas que te parten la vida en un antes y un después.

Me explicó, con una frialdad de funcionario, lo que llevaba meses pasando sin que yo me enterara. Que el edificio estaba vendido. Que había un plazo para vaciarlo. Que el comedor estaba denunciado y clausurado de oficio (el sobre del ayuntamiento, el que llevaba días sin abrir en el mostrador, era eso). Que a los vecinos les iban a llegar las cartas de desahucio. Que todo era legal, estaba en regla, y no había vuelta atrás. Lo dijo sin levantar la voz, sin un gramo de pena, como quien lee el parte meteorológico.

Y yo, que llevaba una semana entera sin fuerzas para nada, saqué de algún lado una rabia que no sabía que me quedaba.

—Aquí come gente que no tiene otro sitio —le dije—. Esto lleva cuarenta años abierto. Hay ancianas que sin esto no comerían caliente. ¿Usted entiende lo que está diciendo?

—Entiendo perfectamente lo que digo —respondió, sin inmutarse—. Lo que usted no entiende es que eso no cambia nada. Las casas no son de quien vive en ellas, señorita. Son de quien las paga.

—Esto no es una casa. Es un sitio donde cinco viejas llevan media vida dando de comer a quien lo necesita. Una acaba de morir. ¿Le suena de algo la decencia?

—Me suena. Pero la decencia no figura en las escrituras —dijo, sin pestañear—. Mire, le voy a ahorrar el discurso. He visto cien sitios como este. Todos creen que son especiales. Todos creen que a ellos no les va a pasar. Y a todos les pasa. Cuanto antes lo asuman, menos duele. Es un consejo, no una amenaza.

Y aquella frase, aquella frase exacta, me removió algo por dentro. Porque ya la había oído. No con esas palabras, pero la había oído, en otra voz, una noche, contada como una herencia familiar. Empecé a sentir que el suelo se movía sin saber todavía por qué.

—No tienen ustedes nada que hacer —siguió, y abrió la cartera de cuero sobre la barra, y sacó una carpeta—. Está todo cerrado. Los

informes, las licencias caídas, la operación entera. Llevamos en esto desde el verano. Lo único que les queda es marcharse con dignidad.

Miré la carpeta. Era una carpeta azul. Y por algún motivo, verla me dio un miedo físico, un miedo de animal, antes de entenderlo.

* * *

—¿Quién es usted? —pregunté, y me salió la voz rara.

Por primera vez, sonrió. Una sonrisa mínima, sin nada de alegría.

—Ernesto Salazar. —Hizo una pausa, una de esas pausas que la gente cruel hace para que la otra persona se prepare—. Aunque me parece que a usted el apellido le suena.

Y me sonó. Claro que me sonó. Me sonó como suena una alarma a las cuatro de la mañana.

Salazar.

Gabriel Salazar.

—No —dije, aunque no había preguntado nada—. No.

—Veo que sí le suena. —Apoyó las dos manos en la barra, tranquilo, disfrutando de aquello de una manera fría que era peor que si hubiera gritado—. Gabriel es mi hijo. Mi mano derecha hasta hace poco. Trabaja para mí, o trabajaba, en esta empresa. Y fue él quien abrió este expediente. En primavera. Fue mi hijo quien estudió esta finca, quien hizo los números, quien redactó el primer informe recomendando el desalojo. —Dio unos golpecitos sobre la carpeta azul—. Su firma está aquí, en la primera página, si quiere comprobarlo. Gabriel vino a vaciar esta corrala mucho antes de conocerla a usted.

El comedor entero siguió girando a mi alrededor (el ruido de los platos, las voces, Reme en los fogones), pero yo dejé de oírlo. Se me metió un pitido en los oídos y todo lo demás se apagó.

Abrí la carpeta. Con la mano temblando. Pasé a la primera página.

Y allí estaba. Un informe técnico, con membrete de la empresa, fechado en marzo, sobre la viabilidad de «desafectar» el edificio de la calle del Sombrerete. Lleno de palabras de oficina, de números, de eufemismos para no escribir «echar a la gente de su casa». Y abajo, en la firma, con una letra que yo conocía, la misma letra con la que me había escrito tonterías por las noches, la misma mano que me había dibujado corazones de mantequilla en los platos:

Gabriel Salazar.

* * *

Hay un momento, cuando te dan una noticia de estas, en que el cerebro hace una cosa horrible: en lugar de protegerte, se pone a encajar piezas a toda velocidad, una detrás de otra, como un dominó cayéndose, y cada pieza que cae te hace más daño que la anterior.

Cayó la primera vez que lo vi. El hombre de la carpeta. Apareció en la corrala el primer día con una carpeta debajo del brazo, y yo me reí de él, del señor estirado de la carpeta, sin saber que aquella carpeta era esto. Era mi sentencia. La traía él.

Cayó su mundo de oficinas del que nunca hablaba. Su piso de Chamberí al que yo nunca había ido. Las llamadas que cortaba cuando yo entraba. Que supiera tanto de desahucios, de contratos, de rentas antiguas, «de un primo que se dedica a esto». El primo era él.

Cayó lo raro que había estado las últimas semanas. Lo callado. Lo pegado. El «trabajo con su padre que se le había torcido». Se le había torcido conmigo. Yo era lo que se le había torcido.

Y cayó, la más cruel de todas, la de hacía cuatro días. Él en el suelo de esta cocina, aguantándome el peso mientras yo lloraba a Pacita. «Pase lo que pase, quiero que sepas que esto es lo más de verdad que he tenido en la vida.» Aquella frase solemne y bonita que yo me había tragado como una idiota. No era una declaración de amor. Era una despedida anticipada. Era un hombre preparando el terreno para el día en que se supiera lo que estaba a punto de pasarme.

Me había abrazado para consolarme de una muerte mientras me ocultaba que él era quien me iba a quitar la casa.

Y lo peor, lo que me dio náuseas allí mismo, agarrada a la barra, fue darme cuenta de que lo había metido yo en el comedor con mis propias manos. Yo le había abierto la puerta. Yo le había enseñado a laminar. Yo lo había presentado a las viejas, le había dado de comer, lo había sentado a la mesa de Pacita. Había paseado al lobo por el corral yo solita, orgullosa, creyendo que por fin había encontrado a alguien que me cuidaba, cuando lo que estaba haciendo era llevarle al verdugo el plano de la casa.

Todo. Desde el principio. Todo había sido mentira.

* * *

No sé cuánto tiempo me quedé allí parada, con la carpeta abierta en las manos, mirando su firma. El padre dijo algo más, no sé qué, algo de plazos y de que «lo sensato sería colaborar», y se marchó por donde había venido, sin despedirse tampoco, dejando la corrala sentenciada y a mí partida en dos sobre la barra del comedor.

Reme se acercó. Había visto algo, desde los fogones, en mi cara.

—Niña. ¿Quién era ese? ¿Qué pasa?

Y yo no fui capaz de contestarle. No fui capaz de decirle a Reme, allí, en mitad del comedor lleno, que el hombre que había venido a echarnos a todos a la calle era el padre del hombre del que yo me había enamorado. Que lo había metido yo en el comedor. Que le había dado de comer. Que le había hecho croissants. Que lo había querido.

Solo le dije, con un hilo de voz:

—Tengo que salir un momento.

Salí a la calle del Sombrerete. Hacía frío. Me apoyé en la pared de la corrala, en aquella fachada vieja que el padre de Gabriel iba a convertir en un hotel, y por fin, sola, en la calle, se me cayó todo encima de golpe: Pacita, la traición, los meses de mentira, la rabia, la vergüenza de haber sido tan tonta. Todo junto. Una semana entera de pérdidas, rematada por esta.

Me resbalé hasta quedarme en cuclillas contra la pared, con la espalda en los azulejos fríos, hecha un ovillo en mitad de la calle, sin llorar siquiera, porque hay golpes tan grandes que el cuerpo no sabe ni cómo reaccionar y se queda en una especie de pasmo vacío, como después de un accidente. Pensé en Pacita. Pensé que menos mal que no se había enterado de esto. Que al menos a ella la había despedido sin saber que el chico que tanto le gustaba, el que ella misma me había animado a no soltar, era un Salazar.

Saqué el móvil. Le escribí a Gabriel una sola línea. Cuatro palabras.

«Ven al comedor. Ahora.»

* * *

Yo estaba en mi despacho prestado, el que ya no era mío, cuando me llegó su mensaje.

Cuatro palabras. «Ven al comedor. Ahora.» Sin un emoji, sin una coletilla, sin nada de la Candela de siempre. Y supe, antes de coger el abrigo, antes de bajar a por el coche, con una certeza fría y completa, que había pasado lo que llevaba meses temiendo que pasara.

Lo sabía. De alguna manera, lo sabía. Llevaba días esperando una llamada así. Desde que mi padre me echó, desde que dijo aquello de «yo no voy a ir despacio», había vivido con el oído puesto, sabiendo que en cualquier momento la máquina que yo había montado y que ya no controlaba iba a llegar hasta ella. Solo que pensaba que llegaría en forma de burofax, de cartas, de plazos. No se me había ocurrido que mi padre fuera a ir en persona. Que necesitara ver él mismo la cara de la mujer por la que su hijo le había fallado. Que quisiera, además de echarlos, humillarme.

Mi padre. Tenía que haber sido mi padre. Había ido él mismo, como dijo que haría, y de paso, porque podía, porque le había salido al paso la ocasión perfecta de castigarme por haberle dicho que no, le había contado a Candela exactamente la peor versión de la verdad. La versión sin atenuantes. La del informe de marzo y la firma. Sin contarle (porque no lo sabía, o porque le convenía callarlo) que llevaba semanas destrozándose por dentro para salvar lo que él mismo había puesto en marcha.

Bajé las escaleras de dos en dos. Conduje hacia Lavapiés con las manos agarrotadas en el volante, ensayando mil frases, todas inútiles, todas tarde. No había una sola manera buena de explicar esto. No había forma de entrar en aquel comedor, mirarla a la cara después de la semana que llevaba, después de Pacita, y contarle que el hombre que la había abrazado en el suelo de su cocina era el mismo que, meses atrás, había escrito su nombre en un informe para echarla.

Lo había imaginado mil veces, ese momento. Siempre había planeado contárselo yo, a mi manera, cuando tuviera la corrala a salvo, con la prueba en la mano de que había cambiado de bando, de que llevaba semanas jugándomela por ella. Llegar con la solución debajo del brazo y entonces, solo entonces, confesar el pecado original. Era un plan cobarde, pero era mi plan. Y mi padre acababa de hacerlo saltar por los aires de la peor manera posible: la verdad desnuda, sin contexto, sin redención, en el peor momento de su vida.

Le había contado el crimen y se había callado el arrepentimiento. Que es, supongo, lo que hace un hombre que ha decidido que a su hijo hay que enseñarle lo que cuesta ablandarse.

Aparqué de cualquier manera. Y antes de bajar del coche, mirando la fachada de la corrala, aquella corrala que era idéntica a la de mi abuela, la que había jurado salvar, supe que estaba a punto de perderla. Que daba igual lo que dijera ahora. Que algunas mentiras no se pueden arreglar por mucho que, debajo, hubiera una verdad que también era cierta.

Respiré. Bajé del coche. Y entré a que me lo dijera todo a la cara.

Fuera de mi cocina

Entró por la puerta del comedor que yo le había abierto cien veces con una sonrisa, y esta vez no sonreí.

Había echado a la poca gente que quedaba, había cerrado, había apagado las luces de la sala y dejado solo la de la cocina, la misma con la que habíamos laminado croissants de madrugada. No fue a propósito. O a lo mejor sí. A lo mejor quería que la conversación pasara exactamente en el sitio donde habíamos sido felices, para que doliera más.

Se quedó parado a unos metros, sin acercarse, leyéndome la cara. Siempre se le dio bien leerme la cara. Y lo que leyó debió de decirle todo, porque no intentó ni saludarme, ni tocarme, ni ninguna de las cosas que hace la gente cuando todavía cree que algo se puede salvar.

Nos quedamos un momento así, mirándonos, con la cocina en silencio y el zumbido de la nevera de fondo, en aquel sitio que olía todavía a la comida del velatorio. Y pensé, con una claridad fría, que aquella era la última vez que iba a tenerlo delante. Que de todas las personas que habían cruzado aquella puerta, ninguna me había engañado tanto, y ninguna me había importado tanto, y que esas dos cosas, en su caso, eran exactamente la misma.

—Lo sabes —dijo. No era una pregunta.

—Lo sé. —Tenía la carpeta azul sobre la barra, entre los dos, como un cadáver—. Tu padre ha tenido el detalle de venir a contármelo en persona. Muy elegante, por cierto. La elegancia es de familia.

Cerró los ojos un segundo.

—Candela...

—No. —Levanté una mano—. No me llames Candela como si fuéramos algo. Tú no sabes ni quién soy yo. Igual que yo no sabía quién eras tú.

Lo solté todo de golpe, sin gritar, que es como suelto yo las cosas cuando de verdad me han hecho daño. Gritar es para los enfados pequeños. Para los grandes me sale una voz baja y plana que da más miedo.

Le dije que lo sabía todo. Que él era el administrador. Que él había redactado el informe en marzo. Que su firma estaba en la primera página de la sentencia de muerte de aquella casa. Que llevaba desde el primer día, desde el hombre estirado de la carpeta, mintiéndome. Que se había metido en mi comedor, en mi cocina, en mi cama, sabiendo perfectamente que había venido a echarnos a todos a la calle. Que se había sentado a la mesa de Pacita, a comerse mi comida, con los papeles para destruirnos guardados en un cajón.

Le recordé cada momento, uno por uno, para que le dolieran a él como me estaban doliendo a mí. La madrugada de los croissants. Las veces que se había reído con las viejas. El día que le enseñé a laminar y me contó lo de su abuela. Todo aquello, le dije, había sido teatro. Un hombre haciendo su trabajo. Ganándose la confianza del enemigo para vaciarle la casa con menos ruido.

—Y lo peor —le dije, y aquí sí me tembló la voz, una sola vez— es que estuviste el otro día en el suelo de esta cocina, abrazándome mientras yo me moría de pena por Pacita. Sabiendo lo que sabías. Me consolaste de una muerte y me ocultaste que estabas a punto de matarme otra cosa. ¿Qué clase de persona hace eso?

Gabriel no se defendió. Eso fue lo más raro. No me dijo «no es lo que parece», no me dijo «déjame explicarte», ninguna de las frases de manual. Se quedó allí, encajando cada acusación como quien encaja golpes que sabe que merece, blanco, con las mandíbulas apretadas. Y solo cuando terminé, cuando ya no me quedaba aire, habló. Y lo hizo mal, a trompicones, como si las palabras no le sirvieran, él que siempre tenía todas las palabras ordenadas.

* * *

—Todo lo que dices es verdad —dijo—. Todo. No voy a negarte ni una coma. Hice ese informe. Vine a vaciar esto. Te mentí durante meses. Pero hay una parte que no sabes, y necesito que la sepas, aunque no cambie nada.

—No hay nada que...

—Déjame. Por favor. Una vez. Y luego me voy y no me vuelves a ver.

Me callé. No sé por qué. A lo mejor porque una parte tonta de mí, la que todavía lo quería, necesitaba oírlo.

—Cambié de bando —dijo—. Hace semanas. Desde que... desde esto, desde el comedor, desde ti, desde las viejas. Llevo desde entonces trabajando en secreto para que el desahucio no salga adelante. Moviendo cosas. Protegiendo el edificio por dentro, contra mi propia empresa. Me he enfrentado a mi padre. Me ha echado. He perdido el trabajo, la herencia, todo, por intentar parar esto. Y pensaba contártelo. Te lo juro. Pensaba contártelo cuando lo tuviera resuelto, llegar con la corrala salvada y entonces... Y lo de mi abuela, lo de Pilar, lo de los domingos, la copla, todo eso era verdad, eso no lo fingí, no habría sabido fingirlo, tú me devolviste eso, Candela, y yo a cambio te...

Se le acabaron las palabras. Hizo un gesto raro con la mano, abarcando la cocina, la carpeta, todo, como diciendo «esto». Como si no hubiera manera de terminar la frase.

—Para —dije.

Y paró.

Se quedó mirándome con una cara que yo no le había visto nunca: la de un hombre que sabe que ha perdido y que además sabe que merece haber perdido, que son las dos peores caras que se pueden poner a la vez.

Porque sonaba bien. Sonaba precioso, de hecho. El héroe secreto que lo sacrifica todo por amor. Y ese era exactamente el problema. Que sonaba a guion, a excusa perfecta, a lo que diría cualquiera al que pillan. Y yo ya me había creído una vez una historia preciosa contada por un hombre guapo, y me había costado cuarenta y un mil euros y dos años de mi vida.

* * *

—¿Sabes lo que pasa? —le dije—. Que yo esto ya lo he vivido.

Y le conté lo de Víctor. No con pena, con frialdad, como quien lee una sentencia. Le conté que ya hubo un hombre que me miró a la cara y me mintió durante meses mientras yo lo quería. Que ya hubo uno que tenía una versión bonita para todo, que siempre podía

explicarlo, que cuando lo pillé también tenía un discurso preparado. Que me arruinó, me dejó en una lista de morosos y se fue tan tranquilo. Y que yo, después de aquello, me hice una promesa: no volver a querer a nadie que me pudiera hacer eso otra vez. Y que la había roto. Por él. Que había bajado la guardia, por primera vez en años, justo con la persona que más daño me podía hacer del mundo, porque resulta que la persona que más daño me podía hacer no era un desconocido: era el hombre al que le abría la puerta cada noche.

—Así que no me cuentes tu historia bonita del sacrificio secreto —le dije—. Porque puede que sea verdad. No lo sé. Y lo peor es que ya nunca voy a poder saberlo, porque me has enseñado que no tengo ni idea de distinguir cuándo me mientes. Me has quitado eso también. La capacidad de creerte. Con Víctor, al menos, me quedó el consuelo de poder decirme que era un sinvergüenza, que se le veía venir, que fui tonta una vez y ya está. Contigo no me queda ni eso, porque a ti no se te veía venir. Tú eras bueno. Tú me cuidabas. Tú me hacías reír. Y resulta que también mentías. Así que me has estropeado hasta eso: a partir de ahora, la próxima vez que alguien me trate bien, voy a estar esperando la carpeta.

Vi que aquello le entraba más hondo que todo lo anterior. Porque era verdad. Y porque no tenía respuesta.

* * *

—Tienes razón —dijo, en voz muy baja—. En todo. No tengo cómo demostrarte nada. Te he mentado tanto tiempo que ya no me merezco que me creas. Eso me lo he hecho yo solo.

Y se quedó callado. Y yo, que esperaba que peleara, que insistiera, que me diera motivos para seguir gritándole, me encontré de pronto con un hombre que me estaba dando la razón en todo, y eso, no sé por qué, todavía dolía más.

Pero el dolor no me ablandó. Al revés. El dolor me devolvió, de golpe, toda la armadura que me había pasado meses quitándome pieza a pieza en aquella cocina. La sentí volver a su sitio, encajar, cerrarse. Y casi fue un alivio. Porque dentro de la armadura, por lo menos, no te pueden hacer esto.

—Vete —le dije.

—Candela.

—Fuera de mi cocina. —Lo señalé con la barbilla, hacia la puerta —. Esta cocina era el único sitio del mundo donde yo había vuelto a ser yo. Y la has llenado de mentira, como llenas tú las cosas. Así que sal. Y no vuelvas. Ni al comedor, ni a buscarme, ni a mandar a nadie. Si quieres salvar la corrala, sálvala, allá tú con tu conciencia, pero hazlo lejos de mí. Para mí, a partir de ahora mismo, tú no existes.

Lo dije, y lo dije en serio, y supe mientras lo decía que era la cosa más dura que le había dicho a nadie en mi vida. Y también la más necesaria. Porque había aprendido, a base de palos, que con la gente que te puede destruir no valen las medias tintas: o cierras la puerta del todo, o te terminan de hundir. Y yo ya estaba bastante hundida.

Lo vi tragarse veinte cosas. Lo vi a punto de decir algo, de suplicar, de jugarse una última carta. Y lo vi, al final, no hacerlo. Asentir, despacio. Coger su abrigo. Y, antes de salir, dejar sobre la barra, al lado de la carpeta azul de su padre, una llave. La del comedor, la que yo le había dado una noche como quien da la mano. La dejó allí, sin decir nada, y se fue.

La puerta se cerró. Y me quedé sola en la cocina, con dos carpetas de papeles para destruirme y una llave devuelta, en el sitio donde había sido más feliz que en toda mi vida.

* * *

No lloré. No me salía. Estaba demasiado vacía hasta para eso.

Apagué la luz de la cocina. Subí al piso de Amparo. Y por el camino, peldaño a peldaño, fui haciéndome otra vez, ladrillo a ladrillo, la mujer que había llegado a Madrid ocho meses antes. La que no cocinaba. La que no quería a nadie. La que tenía razón en no querer a nadie, porque mira lo que pasa cuando lo haces.

Iba pensando en Amparo, que también se había quedado sola, y que a lo mejor por eso se había vuelto tan dura, tan suya, tan de no necesitar a nadie. A lo mejor no era que mi abuela fuera de piedra. A lo mejor era que también le habían enseñado, a su manera, que querer sale caro. Y por primera vez, subiendo aquellas escaleras, la entendí del todo.

Las dos promesas que me había hecho el primer día y que había roto las dos, volvieron a su sitio aquella noche. Más apretadas que

nunca. Soldadas con todo lo que había aprendido: que querer es prestarle a alguien el cuchillo con el que después te abre.

Me metí en la cama de mi abuela, vestida, sin cenar. En una semana lo había perdido todo. Primero a Pacita, que se me había muerto. Y ahora a Gabriel, que en cierto modo era peor, porque a Gabriel no se me había muerto: se me había convertido en otra persona, en alguien que nunca había existido. A Pacita podía llorarla. A Gabriel ni siquiera eso, porque no se puede llorar a alguien que resulta que nunca fue real.

Y pensé que por lo menos ahora ya sabía la lección de verdad. Que ya no se me olvidaría.

Estaba peor que al principio. Y me dije, para poder dormir, que estar peor era estar más segura.

Era mentira. Pero esa noche me hizo falta creérmela.

El fondo del pozo

Aquella semana ordené el piso entero. Tres veces.

Es lo que hago cuando el mundo se me cae encima: ordeno. Doblo los calcetines por colores. Alineo los libros por altura. Limpio cristales que ya están limpios. Mi padre me enseñó muy pronto que el orden es la única casa de la que no te pueden echar, y yo me lo creí tanto que me he pasado la vida construyéndomela, ladrillo a ladrillo, con la propiedad ajena.

Pero aquella semana descubrí que era mentira. Que se puede tener el piso más ordenado de Chamberí y haberlo perdido todo igual. Que el orden no es una casa. Es solo una manera bonita de estar solo.

Había perdido a Candela. Eso, primero, antes que nada, porque era lo único que de verdad me dolía. Lo demás eran daños materiales. Ella era la herida. La cara que puso en aquella cocina, dándome la razón en todo, echándome, dejando la llave en la barra, no se me iba. La tenía pegada a los párpados. Cada vez que cerraba los ojos para dormir, allí estaba: «Para mí, a partir de ahora mismo, tú no existes».

Y lo peor era que tenía razón. Yo le había enseñado a no creermelo. Eso no se arregla con una disculpa. Eso ni siquiera sé si se arregla.

Lo intenté una vez, a los dos días. Le escribí un mensaje larguísimo, de esos que se escriben de madrugada, explicándolo todo otra vez, con pruebas, con fechas. Lo borré antes de enviarlo. Porque me di cuenta de que era exactamente lo que haría un mentiroso bueno: insistir. Y porque ella me había pedido una sola cosa, que la dejara en paz, y era lo mínimo, la única cosa decente que todavía podía hacer por ella: obedecer.

El miércoles me llamó mi padre. La primera vez que me llamaba desde que me echó.

No me llamaba para reconciliarse. Mi padre no se reconcilia, gestiona. Me llamó para informarme, con esa frialdad suya de la que yo había aprendido todo, de que asumía personalmente el expediente del Sombrerete. Que Soldevila ya tenía los burofaxes preparados. Que la ejecución del desalojo entraba en su fase final antes de Navidad, como estaba previsto, y que él mismo supervisaría que esta vez se hiciera «sin sentimentalismos».

—Te lo digo por cortesía —dijo—. Para que no te enteres por terceros. Has hecho un trabajo lamentable, Gabriel. Te encariñaste. Eso, en este oficio, es fallar. Y cuando uno de mis hombres falla, lo relevo. Ya está relevado.

«Uno de mis hombres.» Treinta y seis años trabajando para que me llamara hijo, y al final lo que era para él era uno de sus hombres. Un activo que había rendido por debajo de lo esperado.

—Vas a destrozar a mucha gente —le dije—. Hay una mujer de ochenta y dos años ahí dentro que lleva cuarenta dando de comer a medio barrio.

—Lo sé. He visto el censo —dijo, sin un gramo de duda—. ¿Sabes cuál es tu problema, Gabriel? Que crees que eso es un argumento. Yo a tu edad también lo creía. Se pasa.

—¿También se te pasó lo de la abuela? —dije, antes de que colgara—. ¿Lo de que la echaran de su corrala? ¿Eso también era lo que hace la vida?

Hubo un silencio distinto. Más largo. Por un segundo pensé que le había llegado.

—No metas a mi madre en esto —dijo, cortante—. A mi madre la echó la vida, que es lo que hace con todos al final. Yo lo entendí a tiempo. Tú, por lo visto, no.

Y colgó. Y yo me quedé con el teléfono en la mano, en mitad de mi piso ordenadísimo, entendiendo por fin de dónde venía yo. De ahí. De un hombre al que también, alguna vez, se le había pasado.

* * *

Lo que mi padre no sabía (o sabía y le daba igual) era que yo llevaba semanas montando, por debajo, la única defensa posible. Y que se

me estaba cayendo entre los dedos.

Tenía tres palancas, y las tres se estaban torciendo.

La primera, la catalogación del edificio. Si conseguía que Patrimonio reconociera la corrala como tipología protegida, no se podría destripar para hacer apartamentos turísticos: no se le quita las tripas a lo que está catalogado. Había metido el expediente con nombre falso, de tapadillo, hacía un mes. Pero estas cosas llevan medio año de informes, de visitas, de comisiones que se reúnen cuando les apetece. Y yo ya no tenía la empresa detrás para meter prisa. Solo tenía un número de registro y un funcionario que no me cogía el teléfono.

La segunda, los contratos. Casi todos los vecinos tenían renta antigua, de la de verdad, de la del sesenta y cuatro, con derecho a subrogación. Sobre el papel, no se les podía echar. Pero el papel no echa a nadie y el papel tampoco defiende a nadie solo: hay que pelearlo, abogado a abogado, vecino a vecino, y Soldevila contaba precisamente con que aquella gente, mayor y asustada, firmara lo que le pusieran delante antes que meterse en un juzgado.

Y la tercera, la trampa del propio fondo. Los holandeses habían firmado una cláusula que les obligaba a entregar el edificio vacío antes de marzo, con una penalización diaria si no. Yo había metido esa cláusula a propósito, hacía meses, cuando todavía era el niño bueno de papá, pensando en otra cosa. Y ahora resulta que esa misma penalización, si el edificio no se vaciaba a tiempo por culpa de unos contratos de renta antigua perfectamente legales, se volvía contra ellos. Convertía la compra en un marrón carísimo. Era mi mejor carta.

Pero las tres dependían de una sola cosa: tiempo. Y mi padre acababa de quitarme el poco que me quedaba.

Desde dentro de la empresa, con sus recursos, con sus abogados, con sus contactos, a lo mejor habría llegado. Desde fuera, solo, con un ordenador y una cuenta corriente que se vaciaba, era como intentar parar un tren empujándolo con las manos. Tenía las tres cartas buenas. Lo que no tenía era una mesa donde jugarlas.

* * *

Aquella noche no ordené nada. Me senté en el suelo de la cocina, con la espalda en los armarios, igual que me había sentado con Candela el día que se murió Pacita, solo que ahora no había nadie a quien sostener ni quien me sostuviera a mí.

Y toqué fondo. El de verdad. No el bache, no el mal día. El fondo.

Lo había perdido todo. A la mujer. A mi padre, que nunca había sido del todo mío pero que era lo único que tenía. El trabajo. El apellido, en cierto modo. Y estaba a punto de perder también lo único que le daba sentido a todo lo demás: la corrala. Iba a ver, en directo, cómo echaban a Reme y a las viejas a la calle, igual que habían echado a mi abuela cuarenta años atrás. Con un señor de abrigo bueno y zapatos limpios y una carpeta. Solo que esta vez el señor del abrigo bueno era de mi sangre. Y yo no podía hacer nada.

Yo. Que me había hecho administrador precisamente para que no volvieran a echarme nunca de ningún sitio. Para no volver a ser aquel niño impotente que vio cómo desmontaban la cocina de su abuela mientras ella miraba sin entender. Me había pasado la vida entera huyendo de la impotencia, poniéndome siempre del lado del que tiene la carpeta, del lado del poder. Y allí estaba, al final del camino, en el suelo de una cocina, más impotente que nunca. Tan impotente como Pilar. Como si todo lo que había construido para no ser ella me hubiera traído, dando un rodeo larguísimo, exactamente al mismo sitio.

Y lo más amargo es que en algún momento de aquellos meses, sin darme cuenta, había dejado de querer salvar la corrala por Pilar, o por estrategia, o por culpa. La quería salvar por Candela. Por las viejas. Por aquel comedor absurdo y maravilloso donde, por primera vez en mi vida, alguien me había puesto un plato delante sin pedirme nada a cambio. Y ahora iba a perderlo, y encima sin ella, que era lo único que le había dado sentido a todo.

Lloré. No me da vergüenza decirlo. Por mi abuela, por Candela, por Pacita, a la que casi no conocí y a la que también iba a traicionar dejando que cerraran su comedor. Lloré por todos, sentado en el suelo, a oscuras, como un crío.

* * *

Y fue ahí, en el punto más bajo, cuando lo vi. No fue un rayo de luz. Fue una cosa pequeña, fría, casi geométrica, de las que se le ocurren a uno cuando ya no le queda nada que perder.

Pensé: lo he hecho todo a medias.

Toda mi vida. Incluso la rebelión. Llevaba semanas saboteando el plan, sí, pero a escondidas, con nombres falsos, sin dar la cara, dejándome siempre una puerta abierta por si acaso, por si tenía que volver con mi padre. Había cambiado de bando de tapadillo, como un cobarde, igual que se lo había callado todo a Candela. Y por eso lo estaba perdiendo. Porque seguía sin elegir del todo.

La impotencia no me venía de no tener poder. Me venía de no haberme atrevido nunca a usarlo entero, a cara descubierta, sabiendo lo que cuesta.

Y ahora ya no tenía nada que perder. Mi padre ya me había echado. Candela ya me había echado. No me quedaba un solo puente que no estuviera quemado. Lo cual, visto de cierta manera, era la libertad más absoluta que había tenido en mi vida.

Si iba a perder de todas formas, al menos iba a perder peleando de verdad. En abierto. Con mi nombre, el de verdad, en cada papel. Contra mi padre, contra Soldevila, contra el fondo, contra quien hiciera falta. No para recuperar a Candela, eso lo daba por perdido y me lo merecía. Sino para hacer, por su casa, lo que nadie había hecho por la de mi abuela.

Y a lo mejor, si por un milagro la corrala seguía en pie cuando todo esto acabara, algún día, dentro de mucho, Candela sabría que el hombre que le había mentido también fue el que, desde la nada, sin pedirle nada y sin esperar que lo perdonara, peleó para que ella no perdiera su casa como la perdió mi abuela. No para que volviera. Solo para dejar de ser, en su memoria, únicamente el de la carpeta.

Me levanté del suelo. Eran las tres de la mañana. Cogí un folio y un boli, porque las cosas importantes las sigo escribiendo a mano, y empecé a hacer una lista. La primera línea decía: «Dejar de esconderme».

Fuera todavía era de noche. Pero por primera vez en una semana, no ordené nada. Tenía algo mejor que hacer.

La nota de Pacita

Los días después de echar a Gabriel los pasé como se pasa una gripe: tirada, sin hambre, contando las horas hasta que se acabaran.

Bajaba al comedor, cumplía, daba de comer a la gente, sonreía lo justo para que Reme no me mirara raro, y volvía a subir al piso de Amparo a no hacer nada. Por fuera funcionaba. Por dentro estaba en pausa. Había vuelto a ser la de antes, la blindada, la que no esperaba nada de nadie, y resulta que la de antes era un coñazo de mujer, pero por lo menos no le dolía nada. Esa es la gran ventaja de la armadura. Pesa, no te deja moverte bien, pero amortigua los golpes.

El problema es que también amortigua todo lo demás.

Tenía dos lutos puestos a la vez, y no sabía cuál me pesaba más. El de Pacita, que era limpio, de los que se lloran sin vergüenza. Y el de Gabriel, que era sucio, porque a Gabriel no podía ni llorarlo en condiciones: cada vez que me ponía triste me acordaba de que el hombre por el que estaba triste no había existido nunca, y entonces la pena se me convertía en rabia, y la rabia en vergüenza, y así todo el rato, dando vueltas, como una lavadora con una piedra dentro.

Y, por encima de los dos lutos, la gota gorda: el comedor estaba sentenciado. Clausurado en los papeles, con el desahucio en marcha, con un señor de traje que ya había venido a avisar de que esto se acababa. Cuarenta años de Reme y de Amparo, a punto de terminar en un contenedor.

Reme seguía cocinando como si no pasara nada, con una entereza que a mí me daba hasta rabia. Servía los platos, gritaba que repitiéramos, regañaba a Carmina por fumar dentro, igual que siempre, como si no le hubieran puesto fecha de caducidad a cuarenta años de su vida. Yo no entendía de dónde sacaba las fuerzas. Yo no las tenía. Yo, que era la joven, la que en teoría tenía que tirar del carro, lo único que quería era que llegara la noche para que se acabara el día.

Así que hice lo que hago yo. Empecé a pensar en irme.

No es algo que decida, es algo que me pasa. Cuando las cosas se ponen feas, mi cuerpo, por su cuenta, empieza a calcular rutas de salida. Es un don que tengo. Lo hice con Migas cuando quebró: a las dos semanas ya estaba mirando alquileres en otra ciudad. Lo hice con Víctor. Lo había hecho toda la vida. Huir se me da de maravilla; es lo único que se me da mejor que la repostería.

Y aquella tarde me sorprendí a mí misma haciendo inventario. Pensando que total, el piso de Amparo lo podía vender, que con eso pagaba parte de la deuda y me quedaba un respiro, que en Valencia o en Bilbao nadie me conocía, que podía buscarme un trabajo de lo que fuera, lejos de todo, empezar otra vez de cero. Que al fin y al cabo yo a esta corrala había llegado de rebote, hacía ocho meses, sin pedirlo. Que no le debía nada a nadie. Que las viejas lo entenderían. Que Pacita ya estaba muerta y a los muertos no se les falla.

Es asombrosa la cantidad de argumentos nobles que es capaz de fabricar la cabeza cuando lo que quiere de verdad el cuerpo es salir corriendo. En diez minutos me había convencido de que marcharme no solo era razonable, sino casi generoso: que no quería ser una carga, que no quería dar falsas esperanzas a las viejas, que no quería que nadie peleara una batalla perdida por mi culpa. Todo precioso. Todo mentira. La verdad cabía en cuatro palabras: tenía miedo de que volvieran a hacerme daño.

Saqué una maleta. Pequeña, la de cabina, para empezar. Y abrí el armario de Amparo para ver qué me llevaba.

Lo que tienen las huidas es que, mientras las preparas, te cuentas una historia muy convincente sobre por qué esta vez huir es lo sensato. Y casi siempre te la crees.

* * *

Pero al abrir el cajón de abajo, debajo de las sábanas buenas que mi abuela guardaba para las visitas que nunca venían, estaba el cuaderno.

El cuaderno de recetas. El colectivo, el que habían ido escribiendo entre todas durante cuarenta años, con la letra de Amparo en las primeras páginas y la de medio barrio en las demás. Lentejas de la Reme. Flan de Pacita. Pestiños de la Encarna. Recetas tachadas,

corregidas, con notas al margen («le falta canela», «esto lo bordaba la Manoli», «sin huevo, que a Lola le sienta mal»). El libro de cuentas de una comunidad entera, escrito en gramos de harina.

Lo saqué. Lo abrí. Y se me fue la huida de las manos.

Porque una cosa es dejar tirada una corrala. Eso, me había convencido, se podía hacer. Y otra muy distinta es coger este cuaderno, meterlo en una maleta de cabina y llevártelo a Bilbao para que se muera en un trastero. O, peor, dejarlo aquí, en el cajón, para que lo tiren los del desahucio junto con el resto de las cosas que no valen nada. Cuarenta años de manos. A la basura.

Pasé las páginas despacio. Había una receta de torrijas con la letra de Amparo, la misma del cartel de la nevera, y al lado, en otra letra distinta, una anotación: «las de la Amparo, que no fallan nunca». Alguien, hacía años, había escrito eso de mi abuela. Que no fallaba nunca. Y yo, que apenas la conocí, que me pasé la vida enfadada con ella, estaba a punto de fallarle a su comedor a la primera de cambio.

Me senté en el suelo del dormitorio, con el cuaderno en las rodillas, y por primera vez en días se me saltaron las lágrimas sin que fueran de rabia. Eran de las otras. De las de echar de menos.

Y fue entonces, buscando un pañuelo en el bolsillo de la rebeca, cuando la palpé. La nota. La de Pacita. La que llevaba semanas doblada ahí, conmigo, sin atreverme a abrirla, porque me la había dado con una condición.

«Ábrela el día que dudes de ti», me dijo.

Levanté la cabeza. Miré la maleta abierta encima de la cama, las rutas de salida, el cobarde plan de fuga. Si aquello no era dudar de mí, no sé qué sería.

Así que la abrí.

* * *

Era una cuartilla pequeña, escrita con boli azul, con esa letra de monja antigua, redonda y aplicada, que tienen las mujeres de su generación. Decía así:

«Candela:

Si estás leyendo esto es que estás dudando de ti, que es justo lo que me temía, porque las de tu clase dudáis mucho. Te lo dejo escrito

ahora que todavía me responde la mano, para el día que yo ya no esté para darte la murga en persona.

No te vayas. Eso, lo primero. Ya sé que es lo que te pide el cuerpo, porque las que llegáis rotas siempre queréis salir corriendo antes de que os arreglen. A tu abuela la vi llegar a esta corrala hace cuarenta años igual de rota que tú, y acabó fundando un comedor. Las cocinas de esta casa arreglan a la gente. Déjate arreglar, anda.

Llegaste jurando que no ibas a cocinar y que no ibas a querer a nadie. Dos promesas muy tontas, hija. A estas alturas ya las habrás roto las dos, y has hecho bien. No te las vuelvas a creer.

Porque a veces el amor entra por la cocina.

Te quiere, la Pacita.»

* * *

La leí tres veces. La tercera ya no veía las letras de lo borrosas que las tenía.

Aquella vieja menudita, con sus gafas y su ganchillo, me había calado el primer día. Sabía que iba a querer huir. Lo sabía meses antes de que me pasara. Y se había sentado, con la mano ya temblona, a escribirme una nota para frenarme desde el otro lado, como quien le deja la cena hecha a alguien que va a llegar tarde y con hambre.

No me curó. Eso quiero dejarlo claro, porque no fue magia. Seguía teniendo a Pacita muerta, a Gabriel mentiroso y el comedor sentenciado. La nota no arregló nada de eso. Lo que hizo fue otra cosa, más pequeña y más útil: me quitó la excusa.

Porque yo me estaba contando queirme era lo sensato, lo maduro, lo que haría cualquiera. Y Pacita, desde su cuartilla, me llamaba lo que era en realidad: una que sale corriendo. «Las que llegáis rotas siempre queréis salir corriendo antes de que os arreglen.» Me había visto. Me había visto entera, antes que yo.

Y había una frase que se me clavó más que el tagline, más que el «no te vayas». La de mi abuela. «A tu abuela la vi llegar igual de rota que tú, y acabó fundando un comedor.» Resulta que Amparo, la cabezota, la dura, la que se murió sin que yo hiciera las paces con ella, también había llegado a este sitio hecha pedazos. Y en vez de huir, se había quedado a dar de comer a la gente durante cuarenta

años. Mi abuela no era de piedra porque hubiera nacido de piedra. Era de piedra porque se había quedado. Quedarse cuesta. Huir es gratis.

Y de repente entendí una cosa que llevaba ocho meses sin entender: que a lo mejor mi abuela no me había llamado nunca, en todos aquellos años de enfado, no porque no me quisiera, sino porque ella tampoco supo nunca cómo se arreglan las cosas con la gente a la que has querido mal. A lo mejor las dos éramos iguales. Dos cabezotas esperando que la otra diera el primer paso. Solo que ella se murió esperando, y a mí todavía me quedaba tiempo. Tiempo para no morirme esperando nada.

Por primera vez en mi vida me dio vergüenza ser tan buena huyendo.

* * *

Cerré la maleta. Vacía. La devolví al altillo de una patada.

No lo hice por Gabriel. Quiero que quede claro, porque me conozco y sé cómo suenan estas cosas. A Gabriel no lo había perdonado, ni de lejos, ni pensaba hacerlo. Lo que él me hizo seguía siendo lo que era. Esto no iba de él.

Iba de Pacita, que me había dejado deberes. Iba de Amparo, que se había quedado cuando le tocó. Iba de Reme y de las viejas, que no tenían a nadie más joven que peleara por ellas. Iba del cuaderno de las cuarenta manos. Iba, por una vez, de no ser la que sale corriendo.

Si el comedor estaba sentenciado, vale. Pero a Pacita le había prometido cuidarlo, y a los muertos, resulta, sí se les puede fallar, y yo no pensaba fallarle. No me iba a quedar de brazos cruzados viendo cómo un señor de traje convertía cuarenta años de amor en un aparthotel. Que vinieran. Pero que supieran que aquí dentro había alguien dispuesta a dar guerra.

No tenía ni idea de cómo se peleaba contra un desahucio. No tenía dinero, ni abogados, ni la menor idea de leyes. Lo único que tenía era una corrala llena de viejas, un cuaderno de recetas y una rabia que, por primera vez en semanas, había encontrado hacia dónde apuntar.

Bajé al comedor. Reme fregaba la olla grande, de espaldas.

—Reme —dije—. ¿Tú sabes si en este barrio hay alguien que entienda de papeles?

Se giró, despacio, con el estropajo en la mano. Me miró la cara, esa cara que ya no era de derrota. Y por primera vez desde que se murió Pacita, sonrió.

—Niña —dijo—. Yo creía que no ibas a preguntar nunca.

—Pues ya lo pregunto —dije, y cogí un trapo para secar a su lado, como tantas veces—. Aunque no sé si servirá de algo, Reme. A lo mejor nos echan igual. Seguramente nos echan igual.

—Seguramente —dijo ella, tan tranquila, escurriendo el estropajo—. Pero hay dos maneras de que te echen de un sitio, hija. Yéndote tú sola, calladita, antes de que te empujen. O agarrándote al marco de la puerta con las dos manos y que tengan que arrancarte a la fuerza. Tu abuela era de las del marco de la puerta.

Me dio un golpecito en el brazo con el codo mojado.

—Bienvenida a la familia.

Comando abuelas, segunda parte

Ocho meses antes, cuando llegué a esta corrala hecha un cisco, cinco viejas me habían adoptado por la fuerza, me habían metido en su comedor y me habían enseñado a vivir otra vez sin pedirme permiso. A aquello, en mi cabeza, lo llamé el comando abuelas.

Lo que no me imaginaba es que el comando tuviera una segunda parte. Y que esta fuera en pie de guerra.

La reunión la convocó Reme para el día siguiente, después de cerrar el comedor, con la misma autoridad con la que convoca todo: a voces y sin admitir excusas. «A las seis, aquí, las que tengáis sangre en las venas.» Vinieron todas. Carmina, con su cajetilla de Ducados y cara de tener ya un plan. Lola, repintada como para una función, con don Aurelio detrás cargando las sillas. Encarna, con su eterna libreta de cuentas bajo el brazo, frunciendo el ceño antes incluso de empezar. Y un puñado de vecinos: la Manoli del tercero, que para esto sí bajó; el matrimonio del cuarto; dos chavales de un piso compartido que llevaban dos años en la corrala y se habían criado, gastronómicamente, a base de las lentejas de Reme.

Para ser una reunión clandestina en un comedor clausurado, había bastante gente. Y casi todos traían algo: una bandeja de magdalenas, una botella de vermut, una indignación bien gorda. En Lavapiés, cuando se junta esa mezcla, pasan cosas.

Faltaba una silla. La de Pacita. Nadie la quitó, nadie la ocupó. Se quedó ahí, en su rincón, presidiendo. Y yo pensé que, de todas nosotras, la que más habría disfrutado de aquello, la que llevaba toda la vida moviendo los hilos del barrio como una directora de orquesta, era precisamente la que ya no estaba para verlo. Esto lo organizaba ella mejor que nadie. Le tocaba a las demás aprender.

Reme tomó la palabra de pie, con la cuchara de palo en la mano, no porque la fuera a usar, sino porque para Reme la cuchara de palo es lo que el bastón de mando para un general.

—Bueno —dijo—. Resumiendo, que nos quieren echar. A todos. Para hacer pisos de esos de turistas. Cuarenta años llevamos aquí dando de comer y ahora viene un señor de Madrid, que es de Madrid como yo soy de Tokio, a decirnos que esto se acabó. Pues va a ser que no.

—Va a ser que no —repitió Lola, que ejerce de coro.

—La cuestión es cómo —siguió Reme—. Que somos cuatro viejas y una repostera arruinada, con perdón, Candela.

—Concedido —dije.

—Y enfrente tienen abogados, dinero y mala idea. Así que vamos a tener que ser más listas que ellos. Que tampoco es tan difícil, porque listos lo que se dice listos no son: si lo fueran, no se dedicarían a echar a viejas de su casa.

Reme había hecho los deberes a su manera. Sacó del bolsillo del delantal un papel doblado en cuatro, lo desdobló, y resultó ser el reverso de una receta de flan con una especie de plan de batalla apuntado detrás, con su letra grande y torcida: una lista de nombres, unas cuantas flechas, y arriba del todo, subrayado dos veces, «QUE NO NOS PILLEN SOLAS». Esa era toda la estrategia, de momento. Pero como titular no estaba nada mal.

Y ahí empezó el reparto de tareas, que fue cuando descubrí que cada una de aquellas mujeres era, a su manera, un arma.

Carmina pidió la palabra levantando el cigarro.

—Yo me encargo de la información —dijo, con el aplomo de una jefa de inteligencia—. En este barrio no se mueve una persiana sin que yo me entere. Necesitamos saber quién es exactamente el que compra, qué papeles le faltan, a quién le ha untado la mano y a quién no. Dadme tres días. —Bajó la voz, como si el enemigo pudiera estar escuchando entre los pucheros—. Tengo una prima en el registro de la propiedad.

—Carmina, eso es ilegal —dijo Encarna.

—Y echar a la gente de su casa, ¿qué es, un detalle bonito?

Nadie tuvo respuesta para eso.

Lola se levantó como quien sale a un escenario, y por un momento volvió a ser la cupletista del Salón Pompeya.

—Yo pongo el ruido —dijo—. Esto, para que funcione, tiene que salir en los periódicos. La gente de fuera tiene que enterarse de que aquí hay un comedor de cuarenta años que da de comer gratis al que no tiene, y que lo quieren tirar para poner una recepción con plantas de plástico. Eso, bien contado, parte el corazón. Y yo de partir corazones sé un rato.

Se ajustó el pintalabios sin espejo, de memoria, con la seguridad de quien lo ha hecho diez mil veces.

—Conozco a una que escribe en un periódico de esos digitales, una que venía de jovencita a verme cantar. La llamo.

Don Aurelio, desde su silla, asintió con la devoción de quien lleva toda la vida aplaudiendo a esa mujer.

—Y yo conozco al del bar de abajo, que tiene un sobrino que hace fotos —añadió.

—Pues ya tenemos prensa gráfica —sentenció Lola, encantada.

Le tocó el turno a Encarna, que cerró su libreta de golpe, se subió las gafas de la cadenita y nos miró a todas como se mira a un grupo de niños que se vienen muy arriba.

—Todo esto está muy bien —dijo—. Las fotos, los cigarros, los periódicos. Muy bonito. Pero el amor no paga el butano, y la mala idea de esa gente tampoco se para con cariño. Esto hay que ganarlo donde se gana de verdad: en los papeles. Y resulta —abrió otra vez la libreta, donde lo tenía ya todo apuntado, porque Encarna siempre va tres pasos por delante mientras finge que va detrás— que he estado preguntando. En este barrio hay un sindicato de inquilinos. Gente joven, de esa que va a las manifestaciones, pero que sabe de leyes un rato largo. Y me han dicho dos cosas que nos interesan mucho.

Se hizo el silencio. Hasta Carmina apagó el cigarro.

—La primera: que casi todos los contratos de esta corrala son de renta antigua, de los de antes, de los que dan derecho a quedarse. Que sobre el papel, a la mayoría no nos pueden echar así como así, por mucho que el edificio cambie de dueño. La segunda: que un edificio como este, una corrala de las de verdad, de las que ya casi no quedan, a lo mejor se puede declarar protegida. Y que si la declaran protegida, no la pueden destripar para hacer apartamentos. —Cerró la libreta—. Eso son dos puertas. Estrechass, lentass, llenass de formularios. Pero puertas.

Yo escuchaba con la boca medio abierta. Porque las dos puertas que Encarna acababa de poner encima de aquella mesa de hule, la renta antigua y la catalogación del edificio, eran exactamente las que hacían falta. Estrechass, lentass, llenass de formularios, como ella decía. Pero eran las buenas. Una jubilada con una libreta de la compra y un sindicato de veinteañeros acababan de dar, a tientass, con el único camino que de verdad podía funcionar. Y yo, por primera vez desde hacía mucho, tenía un plan que no consistía en rendirse.

* * *

A mí me dieron lo mío sin preguntar, que es como funciona esta familia.

—Tú, Candela —dijo Reme—, eres la que sabe escribir bonito y la que tiene la cabeza ordenada. Tú llevass las firmas y hablass con el sindicato y con la periodista de la Lola. Eres la cara joven. A las instituciones les da no sé qué echar a la calle a cuatro abuelas, pero les da más vergüenza todavía si al lado de las cuatro abuelas hay una chavala espabilada diciéndoles las cosas claras.

Y me puse a ello. Esa misma tarde empecé a redactar el texto de la recogida de firmas, a hacer una lista de a qué puertas llamar, a ordenar lo que el sindicato nos iba contando. Y mientras lo hacía, noté una cosa rara en el pecho, una cosa que llevaba meses sin notar: que estaba ocupada. Que tenía algo que hacer que importaba. Que me había levantado por la mañana con un motivo que no era simplemente aguantar el día.

Resulta que el propósito es mejor antidepresivo que la cama. Yo llevaba meses esperando volver a tener ganas de algo, sentada, como quien espera el autobús. Y no funciona así. Las ganas no vienen y te recogen. Las ganas aparecen cuando te pones a hacer algo, aunque sea sin ganas, aunque sea a rastras. Nadie me lo había explicado nunca, y mira que me habría ahorrado disgustos.

No era Gabriel quien me había devuelto eso. Quiero dejarlo claro, porque durante un tiempo me había confundido y había creído que la persona que me sacaba del pozo tenía que ser un hombre. No. Quien me sacaba del pozo era esto: una vieja con una cuchara de palo, otra con una libreta, una cantante jubilada, una cotilla con una prima en el registro y una silla vacía que me miraba. La familia que no había

elegido y que me había elegido a mí. El amor, resulta, también entra por la cocina. Pacita tenía razón hasta en eso.

* * *

No me quiero poner épica, porque la realidad nos bajó los humos enseguida.

El segundo día, cuando empecé a llamar a puertas con las firmas, descubrí que no todo el edificio estaba dispuesto a pelear. El matrimonio del cuarto, sin ir más lejos, me dijo que ellos, la verdad, estaban pensando en aceptar el dinero que ofrecía la empresa por marcharse, que ya eran mayores, que para qué meterse en líos, que un pájaro en mano. Y los entendí, además, porque el miedo es muy legítimo y porque la empresa sabía perfectamente lo que hacía ofreciendo sobres a los más cansados para romper la piña antes de que se formara.

No eran los únicos. La señora del primero también dudaba. Y un par de pisos ni me abrieron la puerta, no sé si por miedo o por desconfianza, que en según qué sitios vienen a ser la misma cosa. De dieciséis viviendas, el primer día conseguí ocho firmas. La mitad. Que para empezar no estaba mal, pero que tampoco era el barrio entero alzándose como un solo puño, que es como me lo había montado yo en la cabeza, porque para imaginar epopeyas soy la primera y luego la realidad siempre trae menos violines.

Y esa noche, fregando con Encarna, le dije lo que llevaba todo el día pensando.

—Encarna, ¿tú crees de verdad que esto puede salir? ¿Que cuatro firmas y un sindicato pueden con una empresa con esos millones?

Encarna escurrió la bayeta, despacio, sin mirarme.

—¿La verdad, verdad? —dijo—. No lo sé. Esto es David contra Goliat, y a David, en la versión buena, le ayudaba Dios, y nosotras no tenemos ni eso, tenemos a la Lola. —Suspiró—. A lo mejor no basta, niña. A lo mejor nos echan igual. Pero te voy a decir una cosa que aprendí enterrando a mucha gente: lo que no se pelea, se pierde seguro. Lo que se pelea, a veces también. Pero solo a veces. Y en ese «a veces» es donde vivimos los pobres.

Lo apunté, mentalmente, en mi propia libreta. En el «a veces» es donde vivimos los pobres.

* * *

Esa madrugada no dormí, pero esta vez no era por pena. Era por las listas.

Tenía un cuaderno nuevo (el de las recetas lo había dejado a salvo) lleno de tareas, de nombres, de teléfonos, de cosas que hacer al día siguiente. La cocina del comedor, esa que llevaba clausurada en los papeles desde hacía semanas, se había convertido sin que nos diéramos cuenta en un cuartel general. Había un mapa del barrio pegado con celo en la pared, al lado del corcho de los cuarenta nombres. Había un montón de hojas de firmas esperando rúbricas. Había, encima de la mesa grande, un termo de café y el cenicero de Carmina, que no hay revolución sin tabaco.

No teníamos ni idea de si íbamos a ganar. Lo más probable, siendo honestos, era que no. Enfrente había dinero, abogados y un señor de traje que ya había venido a avisar de que esto no tenía vuelta.

Pero por primera vez, el comedor que no existía iba a dar guerra antes de dejarse morir. Iba a agarrarse al marco de la puerta con las dos manos, como mi abuela. Y que vinieran a arrancarnos.

A ver quién tenía más aguante: si ellos, con sus millones, o nosotras, que no teníamos nada que perder y una vieja muerta a la que no pensábamos defraudar.

CAPÍTULO 33

Elegir

La torre de Azca donde mi padre tiene su despacho es toda de cristal, planta veintitantos, y desde arriba Madrid parece exactamente lo que él cree que es: un tablero. Casas que son fichas. Gente que son números. Subí en el ascensor por última vez con una caja de cartón vacía en las manos, porque por mucho que uno venga a romperlo todo, hay que recoger las propias cosas, que para eso me educó él, en el orden.

No había pedido cita. Entré en su despacho sin llamar, igual que él entra siempre en todos sitios, y por una vez le devolví el gesto. Estaba de pie junto al ventanal, mirando su tablero.

—Vengo a por mis cosas —dije—. Y a decirte una cosa a la cara, que es lo que se hace con la gente a la que has querido, aunque ya no te quiera ella a ti.

Se giró. No parecía sorprendido. Mi padre no se sorprende; calcula.

—Voy a parar lo del Sombrerete —dije—. No a escondidas, como hasta ahora, que de eso ya me he avergonzado bastante. En abierto. Con mi nombre. Voy a meter la finca en catalogación, voy a ayudar a esa gente a blindar sus contratos, y voy a contarle al fondo holandés, con nombres y fechas, por qué el edificio que han comprado no se va a poder vaciar nunca y por qué la cláusula que firmaron se les va a comer vivos. Voy a hacer que ese negocio sea tan caro y tan feo que prefieran irse. Te lo digo por cortesía. Para que no te enteres por terceros.

Le devolví, palabra por palabra, la frase con la que él me había avisado a mí.

* * *

Mi padre me escuchó sin pestañear. Y cuando terminé, hizo lo que hace siempre que algo no le sale: convertirlo en una transacción.

—¿Sabes lo que estás tirando a la basura? —dijo, muy tranquilo—. No es un edificio. Es tu carrera. En este sector nos conocemos todos. Si haces esto, si te pones del lado de cuatro okupas con contrato, no vuelves a trabajar en una operación seria en tu vida. Me encargaré yo personalmente. No por venganza. Por higiene. Nadie quiere en su equipo a un hombre que se vuelve contra los suyos por una cocinera.

—No es por una cocinera —dije—. Aunque eso tú no lo vas a entender nunca.

—Ilústrame.

—Es por la abuela. —Lo dije, y se le tensó algo en la cara, lo único parecido a una emoción que le había visto en años—. Llevo toda la vida haciendo este trabajo para no volver a sentirme como me sentí el día que la echaron, ¿sabes? Pensaba que si era yo el que tenía la carpeta, nunca más sería el niño al que le desmontan la casa. Y me equivoqué. Lo único que conseguí fue convertirme en el señor del abrigo bueno. En el de los zapatos que brillaban. Y eso, papá, no lo voy a hacer ni un día más.

Se quedó callado un momento. Y entonces dijo la cosa más triste que le he oído nunca, tan triste que casi le perdoné todo allí mismo:

—Yo también lo hice por ella, Gabriel. Toda esta empresa la levanté para que a nadie de los míos volvieran a echarlo de ningún sitio. Lo que pasa es que para construir tan alto hay que ser de piedra. Y tú no eres de piedra. Es una pena. Habrías llegado lejos.

Y por un momento, mirándolo allí, viejo y recto contra el cristal, con su tablero de fichas a la espalda, lo vi por lo que era en realidad: un niño asustado que se había pasado cincuenta años levantando una fortaleza tan alta que al final se había quedado solo dentro. No le tuve rabia. Le tuve pena. Que es bastante peor, porque la rabia se va y la pena se queda.

—Prefiero llegar a otro sitio —dije.

Cogí mi caja. No había casi nada que meter dentro: una taza, un par de libros, una foto de mi madre. Toda una vida de hombre de empresa cabía en una caja de folios medio vacía. Eso también debería habérmelo dicho algo, hacía años.

—Una cosa más —dijo mi padre, cuando ya estaba en la puerta—. No vuelvas a llamarme padre. Ni en público ni en privado. Por tu bien.

—Tranquilo —dije, sin volverme—. No pensaba volver a llamarte de ninguna manera.

* * *

Salí de aquella torre sabiendo exactamente lo que acababa de costarme, porque soy contable de profesión y las cuentas las hago bien.

Me había quedado sin trabajo, en un sector donde mi padre tenía mano para asegurarse de que no encontrara otro. Sin la herencia, que ya estaba avisado de que no vería. Sin el apellido como salvoconducto, que en ciertos despachos vale más que un currículum. Y sin padre, que era lo más raro de todo, porque no se puede echar de menos a alguien que nunca estuvo del todo, y sin embargo lo echaba.

A los treinta y seis años, volvía a empezar de cero. Con una caja de cartón, una cuenta corriente que daba para unos meses, y una causa por la que pelear que, encima, lo más probable era que perdiera.

Mi madre, si viviera, me habría dicho que estaba loco. Mi padre acababa de decírmelo. Cualquiera asesor con dos dedos de frente me lo habría confirmado: estaba tirando treinta y seis años de carrera por un edificio que no era mío y por una mujer que no me hablaba. Tenían todos razón. En los números, tenían toda la razón del mundo. Lo que pasa es que hay cosas que no salen en los números, y a mí, que me dedico a los números, me había costado treinta y seis años aprenderlo.

Visto en frío, era la peor decisión económica de mi vida.

Y, sin embargo, bajé en el ascensor más ligero de lo que había estado en años. Como si llevara mucho tiempo cargando una mochila de piedras y por fin la hubiera soltado en el rellano. Resulta que el orden no era mi casa. Mi casa, la de verdad, había sido durante unos meses un comedor cutre de Lavapiés con las mesas de hule a cuadros. Y aunque ya no me dejaran entrar en ella, podía al menos evitar que la tiraran.

* * *

Esa misma semana puse en marcha todo lo que llevaba meses montando a oscuras, ahora a plena luz.

Lo primero, la catalogación. Cogí el expediente que había metido con nombre falso, lo retiré, y volví a presentarlo firmado con el mío,

Gabriel Salazar, añadiendo algo que antes no podía aportar sin delatarme: el informe interno del propio Grupo Salazar que reconocía el valor arquitectónico de la corrala. El mismo informe que en su día sirvió para tasarla y que ahora servía para protegerla. Lo que mi padre usó como argumento de venta, yo lo usé como argumento de defensa. Las mismas palabras. Otro bando.

Lo segundo, los contratos. Localicé al abogado del sindicato de inquilinos del barrio, una chica con menos años que experiencia, y le entregué algo que valía oro: el plano completo de la operación desde dentro. Qué viviendas tenían renta antigua blindada, cuáles eran las dudosas, qué estrategia pensaba usar Soldevila para asustar a los más débiles, dónde estaban los puntos flacos del adversario. Pasé al enemigo todos los secretos del cuartel general. Y dormí estupendamente.

Y lo tercero, el fondo. Redacté un informe, frío, técnico, impecable, dirigido a los inversores holandeses. Sin amenazas, sin dramas, solo números: les expliqué que el edificio que habían comprado no se podía entregar vacío dentro de plazo, porque la mayoría de los contratos eran irrevocables; que la finca iba camino de ser declarada protegida, con lo cual su proyecto de apartamentos turísticos era papel mojado; y que, en consecuencia, la cláusula de penalización por retraso que ellos mismos habían exigido se iba a volver contra ellos, día a día, hasta convertir la ganga en un agujero. Les hice, gratis, el análisis de riesgos que su propio dueño les había ocultado. Para que decidieran con la información completa si de verdad querían seguir comprando una guerra.

Las tres jugadas las había ido afilando en secreto durante semanas, cuando todavía me creía capaz de salvar la corrala y guardarme las espaldas a la vez. Ahora, simplemente, les quité la careta. Era una sensación rara: las mismas armas que había preparado para no perderlo todo me servían ahora, sacadas a la luz, para perderlo todo a propósito. Pero al menos eran mías. Al menos las usaba yo, y para algo que merecía la pena.

* * *

Lo único que no hice, en todo aquello, fue llamar a Candela.

Y no porque no quisiera. Habría dado cualquier cosa por presentarme en el comedor con la caja de mis movimientos debajo del brazo y decirle «mira, mira lo que estoy haciendo por vosotras, mira cuánto te quiero». Pero eso habría sido exactamente lo contrario de lo que ella necesitaba. Habría sido convertir el gesto en un chantaje. «He renunciado a todo, así que ahora me debes el perdón.» Y el perdón no se cobra. Si lo cobras, ya no es perdón, es una factura.

Lo más difícil, además, no fue romper con mi padre. Romper con mi padre, en el fondo, llevaba pendiente toda la vida. Lo más difícil fue la disciplina diaria de no escribirle a ella. De pasar cerca del barrio y no entrar. De saber que estaba a cien metros, peleando su propia batalla sin sospechar que yo peleaba exactamente la misma, y callármelo. Quererla en silencio, de lejos, sin que se notara, sin que sumara nada visible. Eso sí que era nuevo para mí, que me había pasado la vida haciendo las cosas para que contaran.

Así que lo hice en silencio. Sin firmar mi nombre donde ella pudiera verlo, sin reclamar el mérito, sin pedir nada a cambio. Si la corrala se salvaba, las viejas pensarían que había sido cosa del sindicato, o de las firmas, o de la suerte. Y me parecía bien. A lo mejor era justo eso lo que tenía que hacer un hombre que se había pasado meses mintiendo: aprender a hacer el bien sin que se notara, sin recibir el aplauso, igual que durante meses había hecho el mal sin que se notara. Una cosa por la otra. Las cuentas, otra vez. Solo que esta vez salían en positivo.

No lo hacía para recuperarla. Eso lo tenía asumido, y me lo merecía. Lo hacía porque era lo correcto, y porque, por una vez en mi vida, quería poder mirar una corrala a la cara sin agachar la cabeza.

* * *

El último papel lo firmé un jueves de madrugada, en la mesa de mi piso ordenadísimo, con un café frío al lado.

Lo tenía todo en marcha. La catalogación, presentada. Los contratos, en manos de quien sabía pelearlos. El fondo, avisado. Había gastado en abogados buena parte del respiro que me quedaba en la cuenta. Me había quemado todos los puentes con mi padre y con mi mundo. Lo había apostado entero.

Y, aun así, no tenía ni idea de si iba a servir de algo.

Porque las catalogaciones tardan meses y el desahucio corría. Porque el fondo podía decidir seguir adelante por orgullo. Porque mi padre, herido, era más peligroso que nunca, y no iba a quedarse mirando cómo su propio hijo le desmontaba la jugada. El reloj seguía corriendo hacia marzo, indiferente a mis buenas intenciones.

Había hecho las cuentas mil veces. En el mejor de los casos, salía todo bien, la corrala se salvaba, las viejas se quedaban, y yo me marchaba a empezar de cero a otra ciudad, solo, pero sabiendo que había reparado lo único que de verdad había roto. En el peor, perdía igual: la echaban a ella, echaban a las viejas, y yo me quedaba sin nada y sin haber servido de nada. Y lo nuevo, lo que me desconcertaba, es que las dos versiones me parecían preferibles a la de antes, la del hijo obediente con la carpeta. Hasta perdiendo, esta vez, salía ganando algo.

Pero por primera vez desde que llegué a aquel barrio con una carpeta azul debajo del brazo, estaba del lado correcto de la carpeta. Y eso, pasara lo que pasara después, ya no me lo podía quitar nadie.

Apagué el flexo. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me dio miedo la oscuridad.

Dos frentes

Yo libraba mi guerra de noche, que es cuando se libran las guerras de papel.

Desde que rompí con mi padre, mis días eran de un orden monástico, solo que ahora el orden servía para algo. Por las mañanas, abogados: el de patrimonio, que llevaba la catalogación; el mercantil, que estudiaba la cláusula del fondo. Por las tardes, informes. Por las noches, el insomnio y los cálculos. Había convertido mi piso de Chamberí en un despacho de campaña contra mi propia empresa, y dormía cuatro horas, y adelgacé, y no me importaba, porque por primera vez en la vida el trabajo que hacía me parecía limpio.

Las noticias llegaban a cuentagotas y casi todas malas. La catalogación avanzaba a paso de funcionario: un informe favorable aquí, una comisión aplazada allá, y mientras tanto el calendario del desahucio corriendo el doble de rápido. El fondo holandés no se había retirado todavía, pero mi informe había hecho su efecto: sus abogados estaban «estudiando la situación», que en el idioma de los inversores quiere decir que tienen miedo. Y mi padre, con Soldevila, apretaba el acelerador para ejecutar antes de que cualquiera de mis trampas cuajara. Era una carrera. Ellos corrían para vaciar; yo corría para blindar. Y el que llegara primero, ganaba.

Y yo iba perdiendo por puntos. No por falta de razón, sino por falta de tiempo, que en los juzgados es lo mismo. Tenía las pruebas, tenía los argumentos, tenía la ley de mi parte en casi todo. Lo que no tenía era el calendario. Mi padre podía ejecutar un desahucio en semanas; una catalogación, en cambio, podía dormir meses en un cajón de la administración mientras a la gente la ponían en la calle. La burocracia, que casi siempre protege al fuerte, esta vez me ahogaba a mí. Ironías del oficio.

Lo peor de pelear a oscuras es que no puedes celebrar los avances con nadie. Ganaba pequeñas batallas (un sello, una firma, una llamada) y no tenía a quién contárselo. Solo el silencio del piso, y la

tentación, cada noche, de coger el teléfono y escribir un número que me había prohibido marcar.

* * *

Yo, mientras tanto, no daba abasto, y lo prefería así.

En tres semanas, el comedor que no existía se había convertido en una pequeña máquina de resistencia. Teníamos casi doscientas firmas, gracias a que la periodista de la Lola publicó por fin el reportaje, con una foto de Reme delante de la olla grande que partía el alma, titulado «El comedor que quieren cerrar». Se compartió como la pólvora. De repente, gente de todo Madrid escribía indignada, venía a comer en solidaridad, preguntaba cómo ayudar. Carmina llevaba la centralita desde su teléfono. Encarna, las cuentas. Lola daba entrevistas como si volviera a tener veinte años y un escenario.

Y pasaba una cosa rara, que yo no me explicaba.

El caso iba mejor de lo que debería. La abogada del sindicato, una chica que se llamaba Nayra y que valía su peso en oro, me lo dijo un día, perpleja: «Es como si alguien nos estuviera pasando las cartas del otro equipo. Sabemos exactamente qué contratos defender, dónde va a atacar la empresa, qué puntos flacos tiene la operación. Esto no es normal, Candela. Alguien de dentro nos está ayudando». Yo me encogí de hombros. Pensé en la suerte, en el karma, en Pacita moviendo hilos desde el otro barrio. En lo que no pensé, porque me había prohibido pensar en ello, fue en la única persona que conocía esa operación de dentro.

Lo achaqué a que el sindicato era bueno, a que Nayra sabía lo que hacía, a que cuando un barrio se pone serio pasan cosas. Y me volqué. Hacía meses que no me sentía tan útil. Redactaba, organizaba, hablaba en reuniones, discutía con funcionarios. La repostera arruinada que había llegado a la corrala a esconderse se había convertido, sin darse cuenta, en una especie de capitana de la resistencia, con un cuaderno lleno de teléfonos y una rabia por fin bien empleada. Pacita se habría reído de orgullo.

* * *

El primer contacto me lo tendió Nayra, sin avisar, que si me avisa no voy.

—Mañana a las seis, en el local del sindicato —me dijo—. Reunión de estrategia para la vista de la catalogación. Va a venir la persona que nos está pasando la información. Necesito que estéis los dos, porque tú tienes los datos del comedor y él tiene los de la finca, y por separado no nos sirve de nada.

«Él.» Lo dijo así, en masculino, y a mí se me puso el cuerpo en alerta antes que la cabeza. Pero no pregunté. Una parte de mí ya lo sabía. La otra prefirió no confirmarlo hasta que no quedara más remedio.

Al día siguiente subí las escaleras del local del sindicato con el estómago cerrado. Abrí la puerta. Y allí estaba, sentado a una mesa llena de papeles, con una camisa que le quedaba más holgada que antes y unas ojeras que no le conocía.

Gabriel.

Nos miramos medio segundo. Medio segundo nada más, pero en ese medio segundo cupo todo: lo que fuimos, lo que me hizo, lo que todavía me revolvía las tripas verlo. Luego él bajó la vista a sus papeles, y yo me senté en la otra punta de la mesa, lo más lejos que pude sin que se notara que era a propósito.

—Candela —dijo. Solo eso. Mi nombre, como si pesara.

—¿Eras tú? —dije—. El de la información.

—Sí.

—Ya.

* * *

No fue una conversación. Fue una transacción, fría como un parte. Hablamos de la finca, de los contratos, de qué argumentos llevar a la vista, de números y de fechas. Nayra, en medio, hacía de árbitro sin entender muy bien qué partido se jugaba por debajo. Yo le pasaba datos del comedor; él los encajaba en su mapa legal con una precisión que, en otra vida, me habría parecido sexy y que ahora solo me parecía la prueba de lo bien que sabía mentir.

Por fuera, dos profesionales. Por dentro, yo notaba cada gesto suyo como si me lo hicieran con una lija. La manera de pasar las hojas. El boli que mordía cuando pensaba, igual que mordía otras

cosas. La vez que nuestras manos casi se rozaron al coger el mismo documento y los dos las retiramos como de un fogón encendido. Lo que más rabia me dio fue darme cuenta de que lo seguía encontrando guapo. Que el cuerpo es tonto y no se entera de las traiciones. Que una puede odiar a alguien con toda la cabeza mientras el resto del cuerpo se acuerda perfectamente de cómo era dormir pegada a él.

No dije nada de eso, claro. Me limité a la finca. Y cuando me explicó, técnico, lo de la catalogación y lo del fondo, hice como que era la primera vez que oía esos planes, aunque eran calcados a los que Encarna había traído del sindicato. Empezaba a entender que detrás de nuestra suerte estaba él. Pero no quise darle el gusto de agradecérselo. Un hombre no te pone una bomba en casa y luego espera una medalla por traerte el extintor.

Solo una vez se salió del guion. Fue cuando Nayra salió un momento a por unas copias y nos quedamos los dos solos en aquella sala, en silencio, con todo lo no dicho llenando el aire como un gas. Él levantó la vista de los papeles. Abrió la boca. Y supe, con pánico, que iba a decir algo de verdad, algo de lo nuestro, algo que yo no estaba en condiciones de oír sin venirme abajo.

—No —dije, antes de que le saliera—. Lo que sea, no. Hemos venido a salvar el comedor. Nada más. Si me dices una sola palabra de lo otro, me levanto y me voy, y entonces no hay vista ni hay nada.

Cerró la boca. Asintió. Volvió a sus papeles. Y a mí me dolió haberlo cortado casi tanto como me habría dolido escucharlo, porque una parte de mí, la idiota, la que el cuerpo no había puesto al día, se moría por saber qué iba a decir.

—Hay que ir a esa vista con todo coordinado —dijo Nayra al final—. Vuestros dos frentes, por separado, pierden. Juntos, a lo mejor no. Pensáoslo.

«Juntos.» La palabra me cayó como una piedra. Porque tenía toda la razón: por separado no servíamos. Mis firmas sin sus papeles eran un gesto bonito. Sus papeles sin mi barrio detrás eran un expediente frío. Para ganar había que mezclarlo todo, y mezclarlo todo significaba sentarme a su lado, confiar en su trabajo, dejar que su nombre y el mío aparecieran en la misma página. Y no sabía si era capaz. Salvar el comedor me estaba pidiendo justo lo único que me había jurado no volver a hacer: contar con Gabriel Salazar.

Recogí mis cosas y me fui sin despedirme. En la escalera, me tuve que parar a respirar. No por el esfuerzo. Por el otro motivo, el que no

pensaba reconocer ni bajo tortura.

* * *

Se fue sin despedirse, y yo me quedé mirando la puerta por la que había salido como un idiota.

Nayra me observaba.

—No sé qué hay entre vosotros dos —dijo, recogiendo carpetas—, y no quiero saberlo. Pero como no aprendáis a estar tres horas en la misma habitación sin congelar el aire, esto lo perdemos. La jueza no va a salvar una corrala por dos que se odian con educación.

—No me odia ella a mí —dije—. Me odia con razón. Y no es odio. Es otra cosa peor.

—Pues sea lo que sea, guárdatelo hasta después de la vista. —Se puso el abrigo—. Tienes una semana, Salazar. La catalogación entra a comisión el martes. Si para entonces no tenemos a los vecinos y los papeles cantando lo mismo, el desahucio les pasa por encima a todos. Y a esa mujer la echan de su casa por segunda vez en un año. La primera se la hiciste tú. La segunda, como no espabiles, también será un poco culpa tuya.

Se fue. Y me dejó solo con la verdad más incómoda de todas: que para salvarla iba a tener que acercarme a ella, y que acercarme a ella era exactamente lo que no tenía derecho a hacer.

En la reunión, cuando me cortó con aquel «lo que sea, no», le hice caso, porque era lo justo y porque tenía razón. Pero lo que ella no vio, ocupada como estaba en no mirarme, es que lo que iba a decirle no era una súplica. No pensaba pedirle perdón, ni explicarle nada, ni cobrarme el gesto. Solo iba a decirle que tenía buen aspecto. Que se la veía fuerte. Que me alegraba de que, con todo lo que le había caído encima, hubiera encontrado una rabia que le sentaba bien. Una tontería. Una de esas cosas que se le dicen a alguien a quien quieres y ya no puedes tocar. Casi me alegré de que no me dejara decirla. Habría sonado a despedida.

Esa noche no dormí ni las cuatro horas. Conté los días que faltaban para el martes, y luego los que faltaban para marzo, y los dos números me parecieron igual de cortos. El tiempo, que durante meses había sido mi aliado para preparar trampas en la sombra, se había convertido de golpe en lo único que jugaba en mi contra.

Aquella noche hice una cosa que no hacía desde niño: recé. No a Dios, en el que no creo. A Pilar, a mi abuela, que de catalogaciones no sabía nada pero que entendía mejor que nadie del mundo lo que es que te echen de tu casa. Le pedí tiempo. Solo un poco de tiempo. El que a ella no le dieron.

Quedaban siete días. Y dos frentes que tenían que aprender a ser uno antes de que se acabara la cuenta.

Lo que hiciste a mis espaldas

Pasé los días siguientes al reencuentro de un humor de perros, y lo pagué con todo el que se me puso por delante.

Le grité a un funcionario por teléfono. Quemé una bandeja de magdalenas por despiste, yo, que no quemo nada. Le contesté mal a Encarna, que no se lo merecía. Estaba como un cable pelado, y sabía perfectamente por qué, aunque me negara a decirlo en voz alta: porque ver a Gabriel me había desordenado por dentro todo lo que me había costado meses colocar. Una hora en la misma sala con él y mi armadura, que yo creía soldada, había vuelto a hacer ruido por las junturas.

Encima, el reloj. La vista de la catalogación entraba a comisión el martes, y Nayra no paraba de repetir que sin los dos frentes coordinados estábamos vendidos. Yo seguía resistiéndome. Una cosa era pelear por el comedor. Otra muy distinta era tener que pelear hombro con hombro con el hombre que me había mentido durante medio año.

Y había algo más, algo que no me dejaba en paz desde la reunión y que me daba demasiada rabia para mirarlo de frente: que cuando lo vi allí, con la camisa holgada y las ojeras, mi primer impulso, el primero, antes de la rabia, antes de todo, no había sido de odio. Había sido de pena. Me había dado pena verlo tan desmejorado. Y a una no le da pena la gente que odia. Eso me tenía de un humor espantoso, porque significaba que mi cuerpo sabía algo que mi cabeza se negaba a aceptar.

Así que fui a ver a Nayra para proponerle, básicamente, que prescindiéramos de él. Que ya nos había dado la información, que con eso teníamos suficiente, que yo podía con la parte vecinal sin necesidad de sentarme otra vez delante de Gabriel Salazar.

Y Nayra, que es joven pero no tonta, me miró como se mira a alguien que no se entera de nada.

—Candela, siéntate —dijo, apartando los papeles—. Te voy a contar una cosa, porque está claro que nadie te la ha contado, y estás tomando decisiones sin la mitad de la información, que es lo peor que se puede hacer.

Me senté, con el cuerpo otra vez en alerta.

—Tú crees que Gabriel nos pasó unos datos y ya. Que hizo una llamadita, un favor para limpiar su conciencia. —Negó con la cabeza—. No tienes ni idea de lo que ha hecho ese hombre. Y como vas a tener que trabajar con él, vas a escucharlo.

Y me lo contó. Todo. Con la frialdad de los datos, que es como más duele.

Que Gabriel no había empezado a ayudarnos hacía dos semanas. Que llevaba meses. Que ya estaba sabotando la operación desde dentro mucho antes de que yo descubriera quién era. Que cuando todavía estábamos juntos, cuando yo lo creía simplemente «raro» y «callado», en realidad estaba jugándose el cuello a escondidas para que el desahucio no saliera: metiendo la finca en catalogación con nombre falso, redactando informes que frenaban a su propia empresa, sabotando los plazos de su propio padre. Que la persona que más motivos tenía para querer vaciar la corrala llevaba media novela, sin que nadie lo supiera, intentando salvarla.

—Eso no es verdad —dije, casi sin pensar, porque me removía demasiado—. Si hubiera estado de nuestro lado, me lo habría dicho.

—¿Cuándo? —dijo Nayra, con una ceja levantada—. ¿Mientras todavía trabajaba para la empresa que pagaba el desahucio? ¿Antes de tener nada que ofrecer? La gente que trama cosas buenas a veces también lo hace a escondidas, Candela, no solo la que trama cosas malas. Que te mintiera en el cómo no significa que te mintiera en el fondo.

—Y eso es lo de menos —siguió Nayra, despiadada—. ¿Sabes lo que ha hecho hace tres semanas? Ha roto con su padre. En serio, del todo. Ha ido a la empresa, ha dicho que se cambiaba de bando, y lo han echado. Sin trabajo, sin herencia, sin apellido en el sector. Su propio padre se ha encargado de que no vuelva a trabajar en una operación seria en su vida. Ese hombre lo ha perdido todo, Candela. La carrera, la familia, el dinero. Todo. Por meterse a defender una corrala de Lavapiés que ni siquiera es suya.

Yo no decía nada. No podía. Tenía la garganta cerrada y el cuadro entero reordenándose en la cabeza, pieza a pieza, pero al revés que el día que lo descubrí: aquel día, cada pieza que caía lo hacía más culpable. Ahora, cada pieza que Nayra ponía sobre la mesa lo iba volviendo otra cosa. Algo que yo no había contemplado. Algo que no encajaba en la historia limpia y cómoda que yo me había contado, la del lobo que paseé por el corral.

—¿Por qué? —conseguí decir—. ¿Por qué iba a hacer eso? Por mí no, desde luego. Yo lo eché. Le dije que no quería volver a verlo.

Nayra se encogió de hombros.

—Eso pregúntaselo a él. Yo solo sé lo que ha hecho, no por qué. Aunque, si quieres mi opinión de barra de bar, la gente no quema su vida entera por una cocinera con la que ya ha roto. La quema por algo más gordo. Por vergüenza, a lo mejor. Por arreglar algo que rompió. O porque hay personas que, cuando por fin descubren de qué lado quieren estar, ya no saben estar en el otro aunque les cueste todo.

Y luego me soltó la última, la que me dejó sin suelo:

—Ah, y otra cosa. Nos pidió que no te dijéramos que era él. Que no quería que lo supieras. Llevamos semanas con la orden de mantenerlo en el anonimato. Hoy te lo cuento yo porque me sale de las narices y porque, si no, nos hundes el caso por orgullo. Pero él no quería que lo supieras. Hazte tú las cuentas de por qué un hombre se arruina por ti y encima te pide que no te enteres.

* * *

Salí del sindicato y me senté en un banco de la plaza, porque las piernas no me daban para más.

Necesitaba reordenarlo todo, despacio, porque me lo habían volcado encima de golpe. Lo que yo sabía hasta esa tarde era una historia sencilla: Gabriel era un mentiroso que se había metido en mi vida para hacer su trabajo y me había engañado mientras me quitaba la casa. Una historia con un malo y una tonta. Yo era la tonta.

Pero la historia que me acababa de contar Nayra no era esa. En esa, el malo, en algún momento, había dejado de serlo. Había mirado lo que estaba haciendo, le había dado asco, y había empezado a deshacerlo en secreto, con un coste que iba creciendo hasta

tragárselo entero. No me había mentido para destruirme y largarse. Me había mentido, sí (eso no cambiaba), pero al mismo tiempo estaba destruyéndose él para salvarme a mí. Las dos cosas, a la vez. Y yo solo había visto una.

Y eso, lo de ver solo una, también era cosa mía, me di cuenta. Porque ver solo lo malo es más cómodo. Si Gabriel era un sinvergüenza de pies a cabeza, yo no tenía que hacer nada: odiarlo, taparme con la armadura y seguir tirando. Pero si Gabriel era un hombre que se había equivocado feo y luego se había roto la vida por arreglarlo, entonces la pelota volvía a estar en mi tejado. Entonces me tocaba a mí decidir algo. Y decidir da mucho más miedo que odiar.

Y entonces, en aquel banco, pensé en Víctor. Era inevitable, porque llevaba meses midiendo a Gabriel con la vara de Víctor.

Y por primera vez, la vara no daba la misma medida.

* * *

Víctor, cuando las cosas se pusieron feas, hizo lo que hacen los Víctores del mundo: coger el dinero y correr. Me dejó la deuda, me dejó en la lista de morosos, me dejó la cara de tonta, y se fue a rehacer su vida lejos, ligero de equipaje, sin mirar atrás ni una vez. Víctor, cuando le tocó elegir entre él y yo, se eligió a él. Siempre. Era lo único coherente que tenía.

Gabriel había hecho lo contrario. Gabriel, teniéndolo todo (el dinero, la carrera, el padre, el futuro) y pudiendo simplemente seguir adelante con el negocio, ejecutar el desahucio y olvidarse de la cocinera del barrio, había elegido quemarlo. Se había puesto en la lista de morosos él solito, por gusto, para no dejarnos en la calle. Donde Víctor huyó, Gabriel se quedó. Donde Víctor se salvó a sí mismo, Gabriel se hundió a propósito.

No eran el mismo hombre. Llevaba medio año tratándolos como si lo fueran, metiéndolos en el mismo cajón de «hombres que me mienten», y resulta que en ese cajón solo cabía uno. El otro era otra cosa. Una que mentía, sí, pero que no huía. Y yo, que me sé las traiciones de memoria, sé que la diferencia entre el que miente y se queda y el que miente y huye es toda la diferencia del mundo.

Llevaba meses protegiéndome de Gabriel como me había protegido de Víctor, con la misma muralla, las mismas reglas, la misma promesa de no volver a querer a nadie que me pudiera hacer daño. Y la muralla estaba bien construida. El problema es que la había levantado contra el enemigo equivocado. Era como atrancar la puerta de casa por dentro mientras el que de verdad me importaba se quedaba fuera, a la intemperie, descargando él solo el camión de mis muebles para que no me los robaran.

Eso no lo borraba. La mentira seguía ahí, grande, fea, con seis meses de antigüedad. Pero ya no era lo único que había.

* * *

Y sin embargo (y esto es lo importante, esto es lo que me niego a maquillar), no fui a buscarlo.

Podría haberme levantado del banco, haber ido derecha a Chamberí, haber llamado a su puerta y haberle dicho «ya lo sé todo, perdóname tú a mí por no haberte dejado explicarte». Sería más bonito contarlo así. Pero no soy de cuento, soy de verdad, y en la verdad las cosas no van tan rápido.

Porque seguía doliéndome. Que hiciera todo aquello a mis espaldas no quitaba que me hubiera mentido a la cara durante meses, en mi cama, en mi cocina. Reordenar el cuadro no es lo mismo que perdonar el cuadro. Y luego estaba el orgullo, que es mucho orgullo, y el miedo, que es mucho miedo, porque una cosa es entender que un hombre te quiere y otra muy distinta es atreverse a volver a ponerte en sus manos después de lo que dolió la última vez.

Entenderlo con la cabeza es gratis. Perdonar con todo lo demás cuesta, y yo no estaba segura de tener el cambio. Además (y esto es feo, pero es verdad) estaba el amor propio. Yo había soltado un discurso precioso aquella noche en la cocina, lo de «para mí tú no existes», muy digna, muy de mujer que ha aprendido la lección. Y ahora resultaba que a lo mejor la lección no era la que yo creía. Volver atrás, reconocer que me había equivocado a gritos, dar mi brazo a torcer delante del hombre que me había humillado, eso, a una orgullosa como yo, le cuesta horrores. Más que el dolor, casi.

Así que no fui. Me quedé en el banco hasta que se hizo de noche y empezó a hacer frío. Removida, eso sí. Movida de sitio. Con la

historia entera puesta del revés y sin saber todavía qué hacer con ella.

Lo único que hice, antes de levantarme, fue mandarle un mensaje a Nayra: «Cuenta conmigo para la vista. Con todo. Dile a él que vaya preparado». Le di a enviar antes de arrepentirme.

Lo único que tenía claro, cuando por fin me levanté para volver al comedor, era que el martes había una vista. Que el comedor me necesitaba entera, no a medias. Y que, para salvarlo, iba a tener que sentarme al lado de Gabriel Salazar y, por una vez, fiarme de él.

Aunque solo fuera para eso. De momento. Aunque solo fuera para eso.

La jugada

La comisión de patrimonio se reunía un martes por la mañana, en un salón de actos con sillas de plástico y una tarima, y yo llevaba tres días sin dormir preparándolo.

No era un juicio. Era algo más aburrido y, en el fondo, más poderoso: una sesión técnica donde un puñado de expertos y funcionarios decidían si la corrala de la calle del Sombrerete merecía ser declarada bien protegido. Si decían que sí, el edificio no se podía destripar. Sin destripar, no había apartamentos turísticos. Sin apartamentos, el negocio de mi padre se caía. Toda la guerra de meses se jugaba en aquella sala fea, con aquellas sillas de plástico, delante de gente que iba a hablar de «tipologías arquitectónicas» como si no estuvieran hablando, en realidad, de si dieciséis familias dormían el mes que viene en su casa o en la calle.

Lo que mi padre no había calculado (él, que lo calcula todo) era que aquella sesión, normalmente vacía, iba a estar a reventar.

* * *

Porque el barrio se presentó entero.

Llegué temprano y el salón ya se llenaba. Estaban los vecinos de la corrala, claro. Pero también medio Lavapiés: gente de los bares, de las asociaciones, de los otros bloques amenazados, curiosos que habían leído el reportaje. Estaban las cámaras de dos televisiones y tres periódicos, convocados por una periodista menuda y feroz que resultó ser amiga de Lola. Y estaban ellas, en primera fila, como un pelotón: Reme con su mejor rebecca, Carmina sin fumar por respeto al sitio pero con el paquete asomando, Lola maquillada para la ocasión con don Aurelio de escolta, Encarna con su libreta. Habían dejado una silla vacía en medio. La de Pacita. Hasta para aquello le guardaban el sitio.

Verlas allí, a las cuatro, tan pequeñas y tan firmes en aquella sala oficial llena de gente importante, me apretó algo por dentro que no me esperaba. Aquellas mujeres habían dado de comer a medio barrio durante cuarenta años sin pedir nada, en la sombra, sin que nadie les diera las gracias. Y ahora medio barrio estaba allí, devolviéndoles el favor. Pensé que ojalá Pacita lo estuviera viendo desde algún sitio. Que se lo había ganado más que nadie.

Y estaba Candela.

No nos habíamos dicho nada desde la reunión del sindicato, más allá de lo imprescindible para coordinar. Pero la víspera me había llegado un mensaje suyo, escueto: «Mañana yo hablo por el comedor. Tú habla por la finca. No la fastidies». Y eso, viniendo de ella, después de todo, era casi una declaración. La miré desde mi sitio. Ella me sostuvo la mirada un segundo, sin sonreír, sin perdonar nada, pero sin esquivarme. Y asintió una vez. Una orden y una tregua, en el mismo gesto.

Empezamos.

* * *

Hablaron los técnicos. Hablaron los aburridos. Y luego me tocó a mí.

Yo había preparado un informe técnico impecable, lleno de fechas y de cornisas y de detalles constructivos, el tipo de cosa que convence a una comisión. Pero a mitad de exposición, mirando aquella sala llena de gente que se jugaba la casa, decidí jugármela también yo y salirme del guion.

Dije quién era. Que me llamaba Gabriel Salazar. Que era, hasta hacía unas semanas, el administrador de Grupo Salazar, la empresa propietaria del edificio. Que mi trabajo, durante meses, había sido precisamente el contrario del que venía a hacer ese día: vaciar la corrala. Que conocía el plan desde dentro porque lo había diseñado yo.

Se hizo un silencio espeso en la sala. Las cámaras se acercaron.

Y entonces lo conté todo. El proyecto de aparthotel. El fondo holandés. La estrategia para echar a los vecinos uno a uno comprando a los más débiles. Y, sobre todo, saqué el documento que lo remataba: un informe interno de la propia empresa, firmado años atrás, que reconocía con todas las letras el altísimo valor

arquitectónico e histórico de la corrala. Mi padre lo había encargado para tasar el edificio al alza y venderlo mejor. Y ahora yo lo usaba para demostrar que su dueño sabía perfectamente que estaba a punto de destruir un patrimonio protegible.

Y no me limité a los datos. Conté también, porque me salió y porque hacía falta, que yo sabía exactamente lo que era esto, lo de echar a una familia de su corrala, porque me había pasado a mí de niño. Que mi abuela vivió en una igual que esta, en Tetuán, y que un día vino un señor con un abrigo bueno y una carpeta y se la quitaron, todo legal, todo en regla, y que ella se fue apagando en un piso interior sin patio hasta que se murió de pena. Que yo llevaba toda la vida del lado del señor del abrigo bueno, y que estaba allí, ese día, para cambiarme de bando antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo que les pido es muy sencillo —dije—. Que protejan ustedes lo que mi propia empresa reconoció por escrito que merecía protección. Aunque solo sea para que esto no le salga gratis a quien lo sabía. Y porque hay casas que no son solo casas. Son el único sitio donde cierta gente sabe quién es.

Me senté. Tenía las manos frías y el pulso disparado, pero la voz no me había temblado. Por el rabillo del ojo vi a Candela mirándome, y en su cara había algo que no le había visto desde antes de todo. No era perdón, todavía no. Era sorpresa. Como si me estuviera viendo por primera vez, o como si lo que acababa de oír no cuadrara con el monstruo que llevaba meses construyendo en su cabeza. Y con esa cara me bastó para sentarme casi en paz.

* * *

Mi padre estaba en la tercera fila.

Lo descubrí al levantar la vista. Había venido en persona, con su abrigo bueno y un abogado al lado, a defender su operación. Y me había escuchado, en directo, destriparla delante de las cámaras. Cualquiera otro padre habría puesto cara de algo. Él tenía la misma cara de siempre, la de tablero, la de números. Pero yo, que me crie leyéndole esa cara, vi una grieta minúscula: tenía la mandíbula demasiado apretada. Para mi padre, eso es un grito.

Nos miramos un instante por encima de las cabezas de la sala, mi padre y yo, el viejo administrador y el que había sido su mano

derecha, cada uno en su bando por primera vez a la vista de todos. No nos dijimos nada. No hacía falta. Toda nuestra historia cabía en esa mirada: lo que me enseñó, lo que le debía, lo que le estaba quitando. Yo aguanté. No bajé la vista. Por una vez en la vida, delante de él, no fui el niño de la carpeta.

Cuando su abogado intentó defender la operación, con argumentos de inversión y de modernización del barrio, fue Encarna, la de la libreta, la que pidió la palabra desde el público y dijo, sin levantar la voz:

—Modernizar el barrio. Qué bonito. Yo llevo cincuenta años en este barrio. Lo que ustedes llaman modernizarlo es quitárnoslo y vendérselo a otros. Y al comedor de la Reme, que da de comer gratis a quien lo necesita desde antes de que usted naciera, eso no se moderniza. Eso se respeta.

La sala estalló en un aplauso que la presidenta de la comisión tardó un rato en calmar.

Y en ese aplauso, mirando a mi padre soportarlo con la mandíbula apretada, comprendí que ya estaba. Que habíamos ganado. No por mi informe, ni por mis cornisas. Por ellas. Por una vieja con una libreta diciendo una verdad tan simple que no había abogado en el mundo capaz de rebatirla.

* * *

La comisión no resuelve en el acto, esas cosas llevan su trámite, pero lo que pasó en los días siguientes fue una avalancha.

La catalogación salió adelante con informe favorable: la corrala quedaba protegida. Con el edificio blindado, el proyecto de apartamentos era papel mojado, y el fondo holandés, que llevaba semanas «estudiando la situación» gracias a mi informe, se retiró de la operación en cuarenta y ocho horas. Sin fondo y sin proyecto, a mi padre le quedaba un edificio viejo, lleno de inquilinos con contrato blindado, que ya no podía convertir en nada. La ganga se le había vuelto una losa. Soldevila desapareció del mapa como desaparecen los Soldevilas cuando ya no hay nada que rascar.

Y, para rematar, el sindicato ayudó a los vecinos a constituir lo que llevábamos semanas preparando en silencio: una cooperativa vecinal que daba forma legal al comedor. El comedor que no existía,

de pronto, existía. Tenía estatutos, tenía CIF, tenía derecho a estar donde estaba. Cuarenta años funcionando en la sombra y, de repente, blindado por un papel.

Habíamos ganado. Del todo. El barrio se salvaba, las viejas se quedaban, y el comedor de Amparo y de Reme iba a seguir dando de comer mucho después de que todos nosotros faltáramos.

Cuando se confirmó, cuando Nayra me llamó para decirme que la catalogación era firme y que el fondo se había retirado del todo, no salté, no grité, no descorché nada. Me senté en el suelo de mi piso vacío, con el teléfono en la mano, y me quedé un rato así, asimilándolo. La casa de las viejas estaba a salvo. La de mi abuela, cuarenta años tarde, de alguna manera también. No me devolvía a Pilar, no me devolvía a Candela, no me devolvía el padre ni el trabajo ni el apellido. Pero por primera vez en mi vida adulta, lo que había construido con mis propias manos no le hacía daño a nadie. Al contrario. Y resulta que eso, que parece poco, es lo único que de verdad te deja dormir por las noches.

* * *

Mi padre me esperó a la salida.

No me esperaba para reconciliarse, ya lo dije: mi padre no se reconcilia. Me esperaba para cerrar la transacción, que es lo único que sabe hacer.

—Bien jugado —dijo. Y en su boca, eso era casi una medalla—. Has usado mi propio informe contra mí. Yo te enseñé a hacer eso.

—Lo sé —dije.

Nos quedamos un momento callados, en la acera, mientras a nuestra espalda el barrio celebraba. Y entonces hizo lo único parecido a una grieta que le vi en toda aquella historia. Miró la fachada de la corrala, vieja, salvada, con la ropa tendida en las ventanas y una maceta de geranios en un balcón, y dijo, en voz muy baja, casi para sí mismo:

—Se parece a la de mi madre.

No añadió nada más. No pidió perdón, no se ablandó, no se le saltó ninguna lágrima de película. Siguió siendo el hombre de piedra que había venido a vaciar la casa de mi abuela cuarenta años tarde. Pero por un segundo, mirando esa fachada, fue también el niño que

vio cómo le quitaban la suya. Las dos cosas, a la vez. Como yo. Como todos.

—Adiós, papá —dije.

—Adiós, Gabriel.

Y se fue, recto, hacia su coche, sin mirar atrás. Cada uno por su acera. No nos hemos vuelto a ver. Y está bien así.

No le guardo rencor, por raro que suene. Tardé en entenderlo, pero mi padre y yo éramos la misma herida con dos soluciones distintas. Él decidió no volver a ser débil nunca, costara lo que costara, aunque le costara la ternura entera. Yo, al final, decidí lo contrario. Los dos huíamos de lo mismo. Solo que yo tuve la suerte de encontrar por el camino un comedor con unas viejas y una cocinera que me enseñaron que se puede ser débil y estar a salvo a la vez. Él no la tuvo. Por eso, más que rabia, me da pena. Y le deseo, esté donde esté, que algún día encuentre su propio comedor.

* * *

Volví a entrar. El barrio estaba de fiesta en plena calle del Sombrerete: alguien había sacado una garrafa de vermut, Lola cantaba subida a un poyete, Carmina lloraba y reía a la vez, Reme repartía abrazos como si fueran platos de comida. Era la catarsis de cuarenta años. Era ver ganar, por una vez, a los que casi nunca ganan.

Yo me quedé en una esquina, un poco fuera, como me corresponde, porque uno no celebra del todo en la fiesta de una casa a la que llegó para echarlos. Había hecho lo que tenía que hacer. La corrala estaba a salvo. Pilar, allá donde esté, estaría en paz. Mi cuenta con aquel barrio quedaba saldada.

Reme me vio en mi esquina. Vino derecha, me cogió la cara con sus dos manos de cocinera, ásperas y calientes, y me miró un buen rato sin decir nada, como leyéndome. Pensé que me iba a echar la bronca, o a darme las gracias, o a perdonarme. Pero Reme no es de discursos. Solo me dijo: «Tú, a partir de ahora, los domingos comes aquí. Y no se hable más». Y se fue a seguir repartiendo abrazos. Y a mí, aquella invitación a comer, después de todo lo que había hecho, me supo a algo muy parecido a una absolución.

Y entonces la busqué con la mirada, porque el cuerpo es así de tonto. La encontré en mitad del jaleo, riéndose con Reme, viva, entera, guapísima, salvada. Estaba feliz, y yo había ayudado a que lo estuviera, y con eso me bastaba. Me dije que con eso me bastaba.

Cogí mi abrigo para irme sin molestar, como hago yo las cosas ahora, en silencio. Había salvado su casa. No tenía ningún derecho a quedarme a cobrar nada más.

Pero, justo cuando me daba la vuelta para marcharme, una voz a mi espalda, su voz, dijo mi nombre.

—Gabriel.

Y no sonaba como en el sindicato. No sonaba a tregua. Sonaba a otra cosa.

Me di la vuelta.

Con mucho amor (y mantequilla)

Lo vi coger su abrigo en una esquina, dispuesto a marcharse de la fiesta sin que nadie lo notara, como un gato que sale de una casa en la que sabe que no es del todo bienvenido.

Y algo dentro de mí, una parte que llevaba meses amordazada, dijo «si se va ahora, se va para siempre, y vas a pasarte el resto de tu vida sabiendo que lo dejaste irse».

Y otra parte, la cobarde, la de siempre, me decía que lo dejara marchar, que era lo más limpio, que para qué desenterrar nada, que un hombre que te ha mentido medio año no se merece ni los buenos días. Las dos voces a la vez, como un comité que no se pone de acuerdo. Pero la primera, por una vez en mi vida, gritó más fuerte.

Yo soy de huir. Esa es mi tara, ya lo conté. Cuando algo me hace daño, cojo mis cosas y me largo: lo hice con el obrador, lo hice con Víctor, lo llevo haciendo toda la vida. Pero por una vez, viéndolo a él coger el abrigo para huir el primero, entendí lo que se siente al otro lado. Y no me gustó. No quería ser, para Gabriel, lo que Víctor había sido para mí: la persona que se va sin mirar atrás.

Así que abrí la boca y dije su nombre.

—Gabriel.

Se giró. Y se quedó ahí, a tres metros, con el abrigo a medio poner y una cara que no le había visto nunca, una cara sin armadura, como si la mía fuera la única voz del mundo que podía pararlo.

* * *

Lo de hablar en mitad de aquel jaleo, con Lola cantando y medio barrio dándose abrazos, era imposible. Le hice un gesto con la cabeza y entramos los dos en el comedor, que estaba vacío, con las mesas todavía puestas y el olor de siempre, y de pronto el ruido de la calle se quedó fuera y nos quedamos él y yo, solos, en el sitio donde había empezado todo.

Tantos meses imaginando esa conversación, y ahora que la tenía delante no me salía ni una palabra de todas las que había ensayado a las tres de la mañana. Nos quedamos un momento mirándonos, torpes, como dos adolescentes, en aquel comedor lleno de sillas vacías.

—No hace falta que digas nada —dijo él, rápido, como quien quiere ahorrarle a otro un mal trago—. Sé que no me has perdonado. No te lo estoy pidiendo. Solo iba a dejarte una cosa y marcharme. Ten.

Y sacó del bolsillo del abrigo una servilleta de papel doblada. La abrió encima de una mesa. Dentro había un croissant.

Un croissant horrible, la verdad. Torcido, pálido por un lado y quemado por el otro, con las capas mal selladas y una pinta de haber sufrido lo suyo en el horno. Un croissant hecho por alguien que no tiene ni idea de hacer croissants y que se ha empeñado igualmente. Y encima, derretido, formando una mancha ridícula y temblorosa, le había puesto un corazón de mantequilla.

Y entonces fui yo la que se quedó sin armadura.

* * *

Porque ese era nuestro idioma. El del primer día, cuando le hice yo a él un croissant y le dibujé el corazón de mantequilla de broma, para reírme de lo serio que era, y él se lo comió en silencio y al día siguiente volvió. Volvió al día siguiente, y al otro, y al otro, siempre a la misma hora, siempre pidiendo lo mismo, y yo fingía que era un cliente más y él fingía que venía por el café, y los dos sabíamos que era mentira y que aquel croissant con su corazoncito de mantequilla era la cosa más parecida a una declaración que dos personas tan tontas como nosotros eran capaces de hacerse. Aquello, que no significaba nada y lo significaba todo, era lo único que teníamos que no había contaminado la mentira. Y ahí estaba otra vez, en una servilleta arrugada, hecho un desastre, hecho por sus manos torpes de contable.

—Lo he hecho yo —dijo, innecesariamente, porque saltaba a la vista—. Esta mañana. Me ha salido fatal. Lo he intentado tres veces. —Tragó—. Era lo único que se me ocurría para decirte lo que no sé

decir con palabras. Que lo siento. Que tenías razón en todo. Que ojalá te hubiera conocido siendo otro.

Me quedé mirando aquel croissant infame y se me llenaron los ojos, y no fue por el croissant, fue por las tres veces.

* * *

—Cuéntamelo —dije—. Todo. A la cara. No por boca de Nayra. Quiero oírlo de ti.

Y se sentó en un banco del comedor, con las manos sobre la mesa de hule, y me lo contó entero.

Que había venido a vaciar la corrala, sí. Que era su trabajo y que al principio le dio igual, porque llevaba toda la vida desalojando casas sin mirar a quién había dentro. Que cuando me conoció empezó a mirar, y eso lo estropeó todo. Que se enamoró sabiendo que estaba a punto de quitarme la casa, y que cada día que callaba era un día más de cobardía, porque tenía miedo: miedo de que lo odiara, miedo de perder lo único bueno que tenía, miedo de descubrir que era idéntico a su padre. Que por eso se escondió, no para engañarme mejor, sino porque no sabía cómo dejar de ser quien era.

Y me habló de Pilar. De su abuela y sus croissants de los domingos, de la corrala de Tetuán, del señor del abrigo bueno y la carpeta. De que él se hizo administrador para no volver a sentirse nunca como aquel niño, y de que se pasó la vida del lado equivocado de la carpeta hasta que un comedor de Lavapiés lo obligó a mirarse.

—El día que me echaste —siguió—, el día del «fuera de mi cocina», me fui a casa, me senté en el suelo y entendí dos cosas a la vez. Que te había perdido. Y que, aunque te hubiera perdido, no podía seguir haciendo el trabajo de mi padre ni un día más. Que ya no me valía. Así que al día siguiente fui a la torre y rompí con él. No para recuperarte, que conste. Sabía que eso no se compra. Lo hice porque tú me habías estropeado, para siempre, la capacidad de mirar hacia otro lado.

Y entonces, sin que yo se lo pidiera, hizo lo que terminó de partirme.

—Y le debo esto a Pacita —dijo—. Ella lo sabía. Lo supo desde el principio, la muy bruja. Una vez me cogió de la manga y me dijo, muy bajito, «tú a esta niña la quieres, y vas a tener que elegir entre tu

padre y ella, y como elijas mal no te lo perdono ni muerta». —Sonrió, con los ojos brillantes—. Pues ya he elegido, Pacita. Tarde, pero he elegido.

* * *

Yo lo escuchaba y notaba cómo se me iban cayendo, una a una, todas las murallas. Y eso me dio un miedo atroz. Porque una muralla cuesta meses levantarla y se viene abajo en una tarde, y detrás de la muralla estaba yo, otra vez a la intemperie, otra vez expuesta a que me hicieran lo de siempre.

Así que dije la única cosa honesta que me quedaba por decir. El miedo. En voz alta.

—Tengo pánico —dije—. No te voy a mentir, que ya hemos tenido bastante mentira para una vida. Lo último que me pasó por quererle a alguien fue una deuda de cuarenta y un mil euros y una nota de despedida. Aprendí que querer es prestarle a alguien el cuchillo con el que luego te abre. Y no lo digo por hacerme la dura, lo digo porque es verdad y porque te lo mereces de verdad. Llevo ocho meses reconstruyéndome a cachos, aprendiendo a dormir sin que me despierte a las cuatro de la mañana la cuenta de lo que debo. Me ha costado Dios y ayuda volver a ser una persona. Y me da un miedo de muerte volver a ponerme en manos de alguien que pueda deshacerlo en una tarde. Y ahora vienes tú, con tu croissant churrigueresco, y me pides que vuelva a darte el cuchillo. ¿Y cómo sé yo que no vas a hacer lo que hizo Víctor? ¿Que no vas a irte el día que esto se ponga feo?

Gabriel no me prometió nada. Y eso, paradójicamente, fue lo que me convenció.

—No lo sabes —dijo—. No te puedo prometer que no me vaya, porque las promesas las carga el diablo y tú de promesas vacías ya tienes el cupo lleno. Lo único que puedo enseñarte es lo que ya he hecho. Víctor, cuando vino lo feo, se fue con el dinero. Yo, cuando vino lo feo, me quedé y lo perdí todo. No te lo cuento yo: míralo. Está hecho. La diferencia entre él y yo no está en lo que te prometo. Está en lo que ya me ha costado quedarme.

Se quedó callado un momento, mirándose esas manos torpes que habían intentado tres veces hacer un croissant. Y luego añadió, más

bajo:

—Y, además, ya no tengo adónde irme. Me has dejado sin padre, sin empresa y sin apellido. Lo único que me queda en esta ciudad, Candela, está dentro de este comedor. Tú incluida. Sería bastante absurdo huir de lo único que tengo.

* * *

Y tenía razón. Esa era la diferencia. Yo había pasado meses esperando que Gabriel me demostrara que no era Víctor, y resulta que llevaba meses demostrándomelo, a escondidas, arruinándose por mí sin pedir ni las gracias.

No hay garantías. Nunca las hay. Querer a alguien es, efectivamente, prestarle el cuchillo. Eso no me lo iba a quitar nadie, ni Gabriel, ni el croissant, ni cien finales felices. Pero aquella tarde, en el comedor, entendí por fin la otra mitad de la frase, la que se me había olvidado: que también te prestan a ti el suyo. Que la cosa va de dos cuchillos sobre la mesa y dos personas decidiendo, cada mañana, no usarlos. Y que pasarte la vida sin prestar el tuyo, por miedo a que te corten, es otra manera, más triste, de acabar igual de sola. Llevaba toda la vida protegiéndome de que me hicieran daño, y se me había olvidado que protegerse tanto también es una forma de hacérselo una misma.

Rompí mi primera promesa hacía meses, el día que volví a encender un horno. La segunda la rompí en aquel momento, a conciencia, sabiendo lo que hacía y lo que arriesgaba, que es la única manera que vale la pena de romper una promesa.

—Eres consciente —dije, con la voz haciéndome cosas raras— de que ese croissant es un atentado contra la repostería.

—Soy muy consciente.

—Y de que, si vamos a hacer esto, vas a tener que dejar que te enseñe. Porque no pienso salir con un hombre que sella así las capas.

Gabriel se rio. Se rio de verdad, por primera vez desde que lo conocía, una risa que le cambiaba la cara entera.

—¿Eso es un sí? —dijo.

—Eso es un «ven aquí, anda».

* * *

Y lo besé. O me besó. Da igual, llevábamos meses debiéndonoslo y nos lo cobramos los dos a la vez, en mitad de aquel comedor que olía a guiso y a cuarenta años de gente queriéndose como podía, con un croissant horrible enfriándose en una servilleta al lado, como testigo.

Fue un beso sin adjetivos, de esos que no se cuentan porque contarlos los estropea. Solo diré que sabía a mantequilla. Cómo no.

Cuando nos separamos, él me tenía la cara entre las manos, igual que me la había cogido Reme una hora antes, y pensé que en esta familia teníamos todos la misma costumbre, la de coger la cara de la gente a la que queremos como si fuera algo que se nos pudiera escapar.

Y a lo mejor lo era. A lo mejor todo se nos puede escapar, siempre, las casas y las personas y los obradores y las abuelas. Eso no lo arregla un beso. Pero por primera vez en mucho tiempo no me dieron ganas de salir corriendo. Me dieron ganas de quedarme. Que, para una que es de huir, es casi un milagro.

—Reme me ha invitado a comer los domingos —dijo, con la frente pegada a la mía.

—Lo sé. Estaba delante.

—¿Y tú? ¿Tú me invitas?

Me lo pensé un segundo, por darme el gusto de hacerle sudar.

—Mira —dije—, mi abuela y la Reme montaron este sitio hace cuarenta años, y la Reme me dijo una vez cuál era el secreto de que la gente volviera. Con mucho amor. Y mucha mantequilla. —Cogí el croissant infame de la servilleta y le di un mordisco, porque estaba malísimo y me lo comí entero igual—. Lo del amor lo vas pillando. Lo de la mantequilla, hijo, te queda un máster.

Él me miró comerme aquel desastre de croissant con una cara de tonto enamorado que no le pegaba nada al hombre de hielo del primer día, y yo pensé que a lo mejor a las personas, como a los croissants, lo que las hace buenas no es salir perfectas; es el empeño con que alguien las vuelve a intentar.

Pacita tenía razón. La muy bruja. El amor, al final, había entrado por la cocina.

Esa noche, antes de dormir, hice dos cosas que llevaba ocho meses sin hacer. Saqué del cajón donde la tenía escondida la libreta de recetas de mi abuela. Y me reí sola, en voz alta, sin motivo, como una idiota. Las dos cosas, después de tanto tiempo, me costaron lo mismo: nada. Salieron solas.

Fuera seguía la fiesta, y el comedor reabría sus puertas, y a mí me esperaba un horno que volver a encender y un torpe al que enseñarle a laminar. Pero eso ya es otra historia. Una de las buenas, para variar.

Reconstruir

GABRIEL

Resulta que reabrir un comedor da muchísimo más trabajo que cerrarlo. De cerrar entendía yo un rato; lo otro lo estaba aprendiendo desde cero.

Las semanas siguientes a la victoria fueron un no parar. Había que adecentar el local, que llevaba meses con la persiana echada y olía a cerrado. Había que hacer obra menor para cumplir las normas de sanidad, ahora que el comedor existía oficialmente y un inspector podía entrar por la puerta. Y había que rematar el papeleo. Al final no quedó en cooperativa, como pensábamos al principio; el sindicato nos recomendó constituirlo como asociación gastronómica vecinal, que para Hacienda y para lo nuestro era más sencillo y encajaba mejor con lo que aquello era de verdad: un sitio donde la gente del barrio comía junta. A Carmina la figura legal le daba igual con tal de poder decir que ahora «esto es de la asociación», muy ufana, como si presidiera un consejo de administración.

Yo me encargué de la parte que se me da bien, los números y los trámites, y descubrí, no sin cierta sorpresa, que se puede usar exactamente lo mismo que aprendí para echar a la gente de sus casas en mantenerla dentro. Las mismas herramientas. Solo cambia hacia dónde apuntas.

Me hizo gracia, la primera vez que lo pensé, llamar a una oficina de Hacienda para dar de alta un comedor de abuelas en lugar de para liquidar una promoción de lujo. La funcionaria al teléfono no entendía nada. «¿Una asociación gastronómica para dar de comer casi gratis? ¿Y eso quién lo paga?». Le dije que el barrio. Que el barrio se paga solo, si lo dejan.

Pero la parte que de verdad me reconstruyó a mí no fue esa.

Cande se había empeñado en enseñarme a hacer croissants.

—No pienso tener un novio que selle las capas como tú —dijo, mientras me ataba un delantal con la misma autoridad con la que mandaba en todo lo demás—. Es bochornoso. Mira. Se dobla así. Otra vez. Que no es un acordeón, Gabriel, es un hojaldre.

—Lo estás haciendo a propósito —dijo una mañana—. Esto no lo hace bien nadie a la primera.

—Yo lo hacía bien a la primera —dijo ella, robándome un trozo de masa cruda y comiéndoselo, que es una guarrería que solo se permiten los buenos—. Pero yo soy yo, y tú eres un contable con las manos de palo. Dame veinte años y a lo mejor te sale uno presentable.

—¿Veinte años? —dije.

—Por lo menos. ¿Te da miedo el compromiso?

Y siguió laminando, tan tranquila, como si acabara de decir algo sin importancia, cuando los dos sabíamos que acababa de decir, a su manera, de la única manera que ella sabe decir las cosas grandes, que contaba conmigo para los próximos veinte años.

Yo, que llevo treinta y seis años haciendo las cosas bien a la primera, era un completo desastre en aquella cocina, y ella se reía de mí sin piedad, y era la primera vez en mi vida que me daba igual hacer algo mal. Aprendí más de la felicidad en aquellas mañanas, con harina hasta los codos y a Cande corriéndome la postura de las manos, que en treinta años de hacerlo todo correcto. La felicidad, descubrí, no es un sitio al que llegas. Es una cosa que se amasa por las mañanas, mal, riéndote, y que hay que volver a amasar al día siguiente.

Eso es lo que nadie te cuenta del «vivieron felices»: que es un verbo, y que se conjuga todos los días.

* * *

Y un día llevé la foto.

Es la única que conservo de mi abuela Pilar. Está descolorida y tiene una esquina doblada. En ella, Pilar es joven, lleva un delantal de flores y sostiene una bandeja de croissants en el patio de una corrala, la de Tetuán, de la que un señor con un abrigo bueno la echó para no volver. Murió en un piso interior sin patio, lejos de los suyos,

sintiéndose de ningún sitio. Llevaba toda la vida en una caja, en un cajón de mi piso, mirando una pared.

Durante años no había sido capaz ni de mirarla. La foto era un reproche: aquí está la casa que no supiste defender, niño. Pero ahora, con la corrala salvada, había dejado de ser un reproche para convertirse en otra cosa. En una invitación. Como si Pilar me dijera, desde su delantal de flores, que ya iba siendo hora de que su nieto la llevara a un sitio donde se hicieran croissants los domingos y de donde no la pudiera echar nadie.

La colgué en el comedor, junto a la puerta de la cocina, sin decir nada a nadie. No hacía falta explicarlo. Pero Reme, que lo ve todo, se paró delante.

—¿Y esta señora tan guapa quién es?

—Mi abuela —dije—. Hacía croissants los domingos. Vivía en una corrala como esta, hasta que la echaron.

Reme miró la foto un buen rato. Luego cogió un trozo de celo y le aseguró ella misma la esquina doblada, con cuidado, como se arregla la chaqueta a un nieto antes de una foto.

—Pues ya está —dijo—. Una más de la casa. Aquí, de ningún sitio, no es nadie.

Y se fue a sus fogones. Y mi abuela, cuarenta años tarde, volvió a tener una corrala.

* * *

CANDE

Yo, por mi parte, estaba haciendo las paces con la harina.

Llevaba ocho meses sin amasar en serio, por miedo, porque cada vez que metía las manos en una masa me acordaba del obrador, y del obrador me acordaba de Víctor, y de Víctor me acordaba de todo lo que perdí. Había convertido lo que más me gustaba del mundo en un campo de minas. Pero ahora tenía un comedor que reabría y cien bocas que alimentar, así que no me quedó otra que volver a entrar al barro. Y resulta que las manos no habían olvidado nada. Resulta que yo seguía ahí debajo, entera, esperándome.

Las primeras hornadas las hice con miedo, esperando que me temblara el pulso o que se me fuera el punto del azúcar. Pero a la tercera bandeja se me había olvidado que tenía miedo. Volví a ser esa

que se pierde en una masa y levanta la cabeza tres horas después sin saber qué hora es. Y entendí una cosa: el obrador no me lo había quitado Víctor. Me lo había quitado yo, escondiéndolo para que no me lo volvieran a romper. Y una cosa que tú misma guardas bajo llave no te la puede devolver nadie. Esa la tienes que sacar tú.

Una tarde, preparando el menú de la reapertura, saqué el cuaderno.

* * *

El cuaderno de recetas del comedor lleva cuarenta años pasando de mano en mano. Lo empezó mi abuela con la Reme, y ahí dentro está la letra de las dos, y la de muchas otras: recetas tachadas, corregidas, manchadas de aceite, con anotaciones al margen del tipo «a Encarna no le gusta el comino» o «doblar para el día de Reyes». Es la memoria del barrio escrita en azúcar y guiso. Yo lo había estado evitando, igual que evitaba la harina, porque era de Amparo, y con Amparo yo tenía una cuenta abierta que ya no podía cerrar.

Mi abuela y yo no nos despedimos bien. Discutimos por Víctor, ella me avisó, yo no la escuché, y luego me dio demasiada vergüenza volver. No estuve cuando se murió. Eso no se arregla. No hay receta para eso.

Pero esa tarde, hojeando el cuaderno, encontré una página a medio empezar, con su letra, una receta de hojaldre que dejó sin terminar. Y, sin pensarlo mucho, cogí un boli y la terminé yo. Debajo de su letra puse la mía. Corregí la cantidad de mantequilla, que ella siempre se quedaba corta, y añadí al margen, porque me salió: «Más, abuela. Siempre más. Que para eso estamos».

No lloré. No hice un drama. Solo me quedé un momento mirando las dos letras, la suya y la mía, juntas en la misma página por primera vez en la vida, terminando entre las dos una receta que ninguna de las dos había podido acabar sola. Me acordé de cuando era pequeña y la veía a ella escribir en ese cuaderno, con las gafas en la punta de la nariz, y yo pensaba que algún día escribiría yo. Luego la vida se torció y di por perdido ese tren para siempre. Pues llegué tarde, como llego a todo. Pero llegué. Y algo, dentro, que llevaba ocho meses en carne viva, dejó por fin de doler.

Reme, que pasaba por detrás, le echó un ojo a la página y no dijo nada del perdón, ni de la abuela, ni de las paces. Solo dijo:

—Ya era hora de que estuvieras en ese cuaderno —dijo—. Tienes su misma letra fea, mira tú.

* * *

Y luego está lo de Lola, que merece capítulo aparte pero se lo voy a resumir.

Resulta que don Aurelio, después de meses rondándola con la sutileza de un tractor, por fin se decidió. Se presentó en el comedor un mediodía, con un ramo de claveles reventones y el bigote recién recortado, y delante de todas, muy solemne, le pidió a Lola que fuera su novia. A los ochenta y pico. Con sus claveles. Como un quinceañero.

Lola, que fue cupletista en el Salón Pompeya y no ha perdido el instinto para una entrada triunfal, no se lo puso fácil. Lo dejó sufrir un rato, abanicándose despacio, mirándolo de arriba abajo como quien tasa un género en el mercado.

—Mira, Aurelio —dijo por fin—. A mi edad ya no está una para noviazgos largos.

Hizo una pausa de cupletista, de esas que en el Pompeya dejaban la sala en vilo. Carmina contenía el aliento. Don Aurelio se había puesto del color de sus claveles.

—Así que o esto va en serio —siguió Lola—, o no me hagas perder el tiempo, que me queda poco y lo pienso gastar bien.

Y le plantó un beso de cuplé, de los de cerrar telón, que le dejó a don Aurelio el bigote temblando y a Carmina aplaudiendo como en un estreno. Reme tuvo que sentarse del soponcio de la risa. Y así, sin comerlo ni beberlo, el comedor se quedó con dos historias de amor por el precio de una.

* * *

GABRIEL

La víspera de la reapertura nos quedamos los dos solos cerrando el comedor.

Las mesas ya estaban puestas para el día siguiente, con sus hules a cuadros limpios. El cuaderno descansaba en su estante con una página más. La foto de Pilar vigilaba desde la puerta. Olía a local recién fregado y a hojaldre del bueno, porque el que yo hago ya casi no es un atentado.

Cande apagó las luces de la cocina y vino a apoyarse a mi lado, mirando la sala vacía, cansada y contenta, con una mancha de harina en la mejilla que no le dije que tenía porque me gustaba.

—Mañana esto se llena —dijo.

—Mañana esto se llena —dije yo también.

No nos dijimos nada más grande que eso. No hizo falta. Habíamos reconstruido un comedor, dos oficios y a dos personas bastante rotas, y todo estaba por fin en su sitio, esperando solo a que llegara la gente.

Le limpié con el pulgar la mancha de harina de la mejilla, ya que íbamos a salir a la calle. Ella me dejó hacerlo. Y en ese gesto tonto, el de limpiarle a alguien la cara sin que te lo pida, cabía todo lo que yo no sé decir y ella no necesita que le diga.

Cerré la persiana. Y por primera vez en mucho tiempo, al bajarla, no sentí que estuviera cerrando una casa. Sentí que la estaba guardando para mañana.

La reapertura

El día que el comedor volvió a abrir, no cabía un alma en la calle del Sombrerete.

Habíamos echado el resto. Las mesas corridas, con sus hules a cuadros recién planchados. Una olla en cada fuego, porque para una reapertura como Dios manda hace falta más de una olla. El corcho de la entrada, con sus cuarenta nombres de toda la vida y unos cuantos nuevos. Y un cartel en la persiana, escrito con la letra fea de Carmina, que decía: «HOY COMEMOS TODOS». Sin precios. Sin condiciones. Como ha sido siempre.

Y vino el barrio. Vino entero. Vinieron los vecinos de la corrala, claro, los dieciséis pisos que ya no echaba nadie. Pero vino también el resto de Lavapiés: los del bar de abajo, los de la frutería, las familias de los otros bloques que habían visto en nuestra pelea un espejo de la suya, los críos correteando entre las piernas, los viejos con su bastón y su silla plegable. Vino hasta Nayra, la del sindicato, que se quitó por un día la cara de guerra y se dejó poner un plato de cocido delante. Era más una romería que una inauguración. Era el barrio celebrándose a sí mismo.

Yo llevaba desde las cinco de la mañana en la cocina, con Gabriel de pinche, sacando bandejas como si fueran a venir a comer mil personas. Y a lo mejor vinieron, porque perdí la cuenta. Solo sé que no paramos de servir en toda la mañana, que la olla no se vaciaba nunca, como la del cuento, y que cada cara que entraba por la puerta era una que el mes anterior tenía el desahucio encima y ahora tenía un plato caliente delante. Eso no lo paga el dinero. Eso no sale en ningún balance, por mucho que Gabriel se empeñe en cuadrarlo.

* * *

Pero hubo un momento, antes de que empezara el jaleo de verdad, que fue el que se me quedó grabado.

Antes de abrir, colgamos el cartel.

No el de Carmina. El otro. El de verdad. Lo habíamos mandado hacer en madera, pintado a mano por un rotulista de la calle de la Ruda de los de antes, con letras de las que ya no se ven. Y en esa madera estaban escritas, clavadas para siempre encima de la puerta del comedor, las palabras que Pacita nos dejó en su última nota:

PORQUE A VECES EL AMOR ENTRA POR LA COCINA

Lo colgó Gabriel. Se subió a una escalera, con el cartel bajo el brazo y un nivel en el bolsillo, porque hasta para eso es maniático, y lo fue ajustando hasta dejarlo perfectamente recto sobre el dintel.

Y a mí, viéndolo ahí arriba, me dio por pensar en una cosa que no le dije porque se me habría puesto a llorar él, que es de los que lloran para dentro. Pensé que aquel hombre se había pasado la vida colgando otra clase de papeles en otra clase de puertas. Avisos de desahucio. Notificaciones. Carpetas. Cosas que echaban a la gente de sus casas. Y que ahora, subido a aquella escalera, estaba clavando justo lo contrario: un letrero que invitaba a entrar. La misma mano. El cartel cambiado.

Cuando lo dejó recto y bajó, el barrio entero, que se había quedado callado mirando, se arrancó a aplaudir.

Reme se secó los ojos con el pico del delantal y disimuló diciendo que era el humo de la cocina, que llega hasta la calle. Carmina no disimuló nada y lloró a gusto, que para eso tiene ochenta años y ya no le importa lo que digan. Y yo busqué con la mirada la silla que ya sabía que estaba dentro, esperándonos, y pensé que aquellas palabras eran de Pacita, que las garabateó para mí en una nota y que ahora, fíjate, presidían en madera el comedor que ella ayudó a llenar durante cuarenta años. Y la frase de Pacita quedó allí, presidiéndolo todo, donde la pudiera leer cualquiera que pasara por la calle y le hiciera falta.

* * *

Y entonces sí. Entonces abrimos, y aquello se llenó, y fue la mañana más feliz que recuerdo.

No me da la prosa para contarla entera. Diré solo retazos, que es como se recuerdan los días buenos. El olor a guiso saliendo por la puerta a la calle. Reme en su trono de siempre, junto a los fogones,

repartiendo cucharadas y órdenes a partes iguales. Carmina haciendo de relaciones públicas con un Ducados apagado en la mano, contándole a todo el que entraba la batalla de la comisión como si la hubiera ganado ella sola, que un poco sí. Encarna cobrando las voluntades en su libreta, que ahora eran cuotas de socio, pero ella las apuntaba igual, con su letra de maestra. Lola cantando, cómo no, subida otra vez a algo, con don Aurelio mirándola embobado desde primera fila como si fuera la única mujer del mundo.

Vi a los críos del barrio mojando pan en las ollas, y a sus madres darles una colleja cariñosa y un «eso no se hace» que no iba en serio. Vi a Encarna meterle a escondidas un táper a una señora que vino sola, con esa generosidad suya que disfraza de cuentas. Vi a dos vecinos que llevaban un año sin hablarse, por una tontería de tendedores, hacer las paces delante de un plato de lentejas, porque eso tiene la comida compartida, que ablanda hasta las rencillas más tontas. Vi a Gabriel, mi Gabriel de hielo, partido de risa con un chiste de Carmina, con el delantal manchado y la cara de alguien que por fin está en su sitio. Vi, en fin, lo que mi abuela y la Reme llevaban cuarenta años viendo cada día y yo había tardado treinta y tres en entender: que un sitio donde la gente come junta es lo más parecido que hay a una familia que no te toca por sangre, sino la que eliges tú.

En un momento, una de las periodistas que habían venido a cubrir la reapertura le puso un micrófono a Reme delante de las cámaras y le preguntó cuál era el secreto. Que cómo había aguantado aquel comedor cuarenta años. Que qué tenía aquella comida que juntaba a tanta gente.

Reme, que ha dado de comer a medio barrio durante cuarenta años y no se arruga ante nadie, y mucho menos ante una cámara, la miró un momento, se limpió las manos en el delantal con toda la calma del mundo, esbozó media sonrisa, y dijo lo mismo que le decía a mi abuela en aquella cocina hace cuarenta años, lo que lleva diciendo toda la vida:

—¿El secreto? Con mucho amor. Y mucha mantequilla.

Y se volvió a sus fogones, tan ancha. Cinco palabras. Y en ellas, sin pretenderlo, cabía todo lo que de verdad importa: que a la gente se la quiere dándole de comer, y que en la vida, como en la cocina, más vale no quedarse corto con lo bueno.

* * *

Pero no todo era alegría. Y menos mal, porque la alegría sin una pena al lado no me la creo.

En mitad de la sala, en su sitio de siempre, había una silla vacía. La de Pacita. Le habíamos puesto encima su foto, esa en la que sale riéndose con cara de estar tramando una de las suyas, y delante, un plato servido, con su ración como a todo el mundo, porque en esta casa nadie se queda sin comer, ni siquiera los que ya no pueden.

Hubo un momento en que Reme pidió silencio, levantó su vaso de vino peleón, y la sala entera se calló.

—Por las que empezaron esto —dijo, con la voz un pelín tomada—. Por mi Amparo, que montó conmigo este comedor hace cuarenta años con cuatro perras y mucha cara, y que ya no está para verlo lleno. Y por la Pacita, que se nos fue con prisas, como vivió, sin avisar y dejándonos a todos con la palabra en la boca.

Levantó el vaso hacia la silla vacía.

—Esto también es vuestro. Que no se diga que en esta casa os dejamos sin vuestra ración.

Y a mí, que tenía a Gabriel al lado y al barrio entero delante, se me juntó la pena con la alegría, porque la felicidad de verdad nunca viene sola: viene siempre con la lista de los que te faltan a la mesa. Pacita no llegó a ver esto. Mi abuela tampoco. Ganamos, pero ganamos sin ellas, y eso es una alegría que escuece, que es la única clase de alegría que de mayor te acabas creyendo.

Brindé por las dos. Por la que me dejó un comedor y una cuenta sin saldar. Y por la que me dejó una nota que ahora colgaba sobre la puerta.

* * *

Lo de Lola y don Aurelio tuvo su momento de gloria también, faltaría más.

A media fiesta, alguien sacó un altavoz, y Lola, que no necesita que se lo pidan dos veces, se arrancó con un cuplé de su juventud, de esos pícaros, moviendo el abanico con una gracia que ya quisieran las de veinte. Y don Aurelio, que no había bailado en su vida, se levantó, le tendió la mano con una reverencia de otro siglo, y se pusieron a

bailar los dos en mitad del comedor, despacito, agarrados, él pisándola y ella riéndose, mientras el barrio los jaleaba.

Verlos ahí, a sus ochenta y pico, estrenándose en el amor como dos chavales, me arregló por dentro algo que no sabía que tenía roto. Porque si a esa edad todavía se puede empezar, pensé, entonces nunca es tarde para nada. Ni para querer. Ni para volver a una cocina. Ni para perdonar a un hombre que te llevó un croissant horrible.

Don Aurelio, cuando terminó el baile, sin soltarle la mano, le dijo a Lola algo al oído que la hizo reírse como una cría y darle un manotazo flojo en el pecho. Nadie se enteró de qué fue. Pero Lola estuvo el resto de la mañana con una sonrisa que ni el carmín le tapaba. A los ochenta y pico. Hay esperanza para todos, oye.

* * *

Al final de la mañana, cuando la cosa se calmó un poco, me quedé un momento apartada, apoyada en el marco de la puerta, debajo del cartel de Pacita, mirándolo todo.

Vi a Reme mandando en su cocina. Vi a Carmina y a Encarna discutiendo por una cuenta. Vi a Lola y a Aurelio cogidos de la mano. Vi la silla de Pacita con su plato. Vi, junto a la puerta de la cocina, la foto de una señora con delantal de flores que ya era de la casa. Vi un comedor que durante cuarenta años no había existido en ningún papel y que ahora, por fin, existía, lleno hasta la bandera de la gente a la que daba de comer.

Cuarenta años tardó en salir del armario de los secretos, este comedor. Y resulta que para hacer legal lo que de verdad importaba (que la gente se cuide, que nadie coma solo, que una casa sea de quien la habita) solo hizo falta que alguien se atreviera a pelearlo. Mi abuela lo peleó cuarenta años a cucharadas. Nosotros lo peleamos en una comisión, con un informe y mucha cara. Cada generación, su batalla.

Y vi a Gabriel, que vino a apoyarse a mi lado, en silencio, mirando lo mismo que yo.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En que mi abuela tenía razón —dije—. Y la Reme. Y la Pacita. En que todas tenían razón y yo era tonta.

Me pasó un brazo por los hombros. Olíamos los dos a guiso y a mantequilla, que es a lo que huele esta familia. Nos quedamos así un rato, sin hablar, viendo la fiesta desde la puerta, debajo de las palabras de Pacita.

—Bienvenida a casa —dijo.

Y por una vez no salí corriendo. Me quedé. Debajo de la frase de Pacita, en mitad de mi gente, en el único sitio del mundo donde el amor, efectivamente, entra por la cocina.

Las dos promesas

Mi abuela me dejó tres cosas al morir: setenta y dos metros cuadrados en Lavapiés, una cocina donde no caben dos brazos a la vez y una deuda de cuarenta y un mil euros que técnicamente no era suya.

Lo que no ponía en el testamento, porque esas cosas no las recoge ningún notario, es que me dejó una cuarta. Tardé unos meses en descubrirla, porque venía disfrazada de comedor clandestino, de cinco viejas mandonas y de un olor a cocido a las dos de la madrugada. Me dejó una familia. Y dentro de la familia, sin yo buscarlo, sin yo quererlo, contra todo pronóstico y contra mis dos promesas, me dejó también a un hombre.

Si me lo llegan a decir el día del entierro, me río en su cara. A mí, que llegué a esta corrala con dos promesas blindadas y una alergia al optimismo del tamaño de un piso. Pero las abuelas tienen estas cosas. Te abren la puerta para darte un plato de comida y, sin que te des cuenta, te van metiendo dentro una vida entera.

Lo pienso una noche cualquiera, unas semanas después de la reapertura, cuando me desvelo a las tantas y, en vez de quedarme dando vueltas en la cama mirando el techo como hacía antes, me levanto, bajo al comedor y me pongo a laminar.

* * *

Porque eso también ha cambiado.

Antes, cuando no podía dormir, el insomnio era un sitio feo, lleno de cuentas y de la voz de Víctor. Ahora, cuando no puedo dormir, bajo a la cocina del comedor, enciendo la luz, saco la mantequilla y la masa, y me pongo a hacer croissants para el día siguiente. El insomnio se me ha convertido en una hora robada a solas con la harina. No sé si eso es estar curada del todo. Pero se le parece mucho.

Antes me daba miedo la harina. Ahora me da paz. Es lo que tiene reconciliarse con tu oficio: que lo que era una herida vuelve a ser una herramienta. Las manos se acuerdan. El cuerpo se acuerda. Y una se acuerda de quién era antes de que todo se torciera, y resulta que esa persona seguía ahí, debajo de los escombros, esperando a que alguien apartara las vigas para dejarla salir.

Aquella noche, a la media hora, oí la persiana.

La misma persiana metálica del patio que el primer día, cuando llegué arrastrando dos maletas y una deuda, no quise ni mirar. La que echaba luz y vapor y un olor que yo me negué a reconocer porque reconocerlo era reconocer que aún me quedaba algo dentro. Aquella persiana que para mí era una amenaza, una cosa ajena, un mundo al que yo no pertenecía.

Ahora la subía yo con mi propia llave, en plena madrugada, para hacer croissants. Y la persiana, al subir, ya no sonaba a peligro. Sonaba a casa.

* * *

Gabriel apareció detrás de mí, descalzo, con cara de sueño, atraído por la luz como una polilla.

—¿Otra vez? —dijo, frotándose los ojos.

—No podía dormir.

—Ya. —Se apoyó en el marco de la puerta de la cocina, debajo de la foto de su abuela, y me miró trabajar un rato, sin decir nada, que es una de las cosas que mejor se le dan—. ¿Te ayudo o estorbo?

—Estorbas. Pero ponte ahí y dobla, anda.

Y se puso a doblar. Mal, como siempre, aunque ya un poco menos mal. Y nos quedamos los dos, a las cuatro de la mañana, en una cocina diminuta, laminando en silencio, con harina en las manos y el horno calentando, y yo pensé que aquello, exactamente aquello, era lo que yo había jurado que no volvería a tener. Cocinar para alguien. Querer a alguien. Las dos cosas a la vez, en la misma cocina, a las cuatro de la madrugada. Las dos promesas rotas en un solo gesto: el de doblar una masa al lado de un hombre que no se va.

* * *

Porque el primer día, en esta misma casa, me hice dos promesas.

Me lo prometí con toda la solemnidad de la que es capaz una mujer arruinada a las dos de la madrugada. La primera: no volver a cocinar para nadie, porque cocinar me había costado un obrador, una clientela y la dignidad. La segunda: no volver a querer a nadie, porque querer me había costado cuarenta y un mil euros y la cara de tonta. Dos promesas blindadas. Mi armadura. Lo único que me quedaba.

Las he roto las dos.

Y aquí está lo importante, lo que me ha costado un año entero entender: no las he roto porque fuera débil, ni porque me fallara la voluntad, ni porque el amor pudiera más que yo. Las he roto a propósito. Las he roto porque me di cuenta, demasiado tarde como me doy cuenta de todo, de que aquellas dos promesas no me estaban protegiendo de nada. Me estaban encerrando. Una promesa de no volver a cocinar no es prudencia: es renunciar a lo que mejor sabes hacer. Una promesa de no volver a querer no es defensa propia: es pasarte la vida muerta de hambre delante de una nevera llena por miedo a que la comida esté mala.

No rompí mis promesas porque perdiera. Las rompí porque gané. Es distinto. Es todo lo distinto del mundo.

Una promesa que haces para protegerte y que acaba siendo una cárcel no es una promesa: es una condena que te dictas tú sola, sin juez y sin abogado. Y yo me había caído una buena, perpetua, por dos delitos que ni siquiera había cometido: querer y cocinar. Las dos cosas que mejor se me dan en esta vida. Menudo disparate. Tardé treinta y tres años, una abuela muerta, cinco abuelas vivas y un contable con las manos de palo en entender que la cárcel la había construido yo, ladrillo a ladrillo, y que la puerta, todo este tiempo, había estado abierta.

* * *

Saqué la primera bandeja del horno a las cuatro y media. Croissants de verdad, de los míos, dorados, hojaldrados, perfectos, porque yo, cuando me pongo, soy muy buena en esto, y ya no me da vergüenza decirlo.

Cogí uno, todavía caliente, y le unté por encima, derretida, una raya de mantequilla con la forma de siempre. Un corazón. Torcido, como los que él me hace, porque me salió torcido a propósito, en su honor. Y se lo puse delante.

Gabriel miró el croissant. Miró el corazón de mantequilla. Y luego me miró a mí con esa cara suya que no enseña casi nada pero que yo ya sé leer entera.

—Esto antes lo hacía yo —dijo.

—Y te salía fatal. Ahora lo hago yo, que es como tiene que ser. Cómetelo.

Se lo comió. En silencio, igual que se comió el primero, hace una vida, cuando yo se lo hice de broma para reírme de lo serio que era. Solo que aquel primer croissant era una broma con la que dos desconocidos empezaron, sin saberlo, a quererse. Y este era otra cosa. Este era un idioma que ya hablábamos los dos con soltura. Nuestro. Privado. Intraducible para cualquiera que no fuéramos nosotros.

Me gusta pensar que algún día, dentro de muchos años, alguien nos verá hacer esto (yo poniéndole un corazón de mantequilla a un croissant, él comiéndoselo en silencio) y no entenderá nada. Pensará que somos un par de viejos chiflados. Y tendrá razón. Pero será nuestra chifladura, ganada a pulso, y no pienso explicársela a nadie.

Hay parejas que tienen una canción. Nosotros tenemos un croissant con un corazón de mantequilla mal puesto. Y a mí, francamente, me parece mucho mejor que una canción, porque una canción no se come.

* * *

Y entonces, mientras lo veía comerse mi croissant a las cuatro y media de la madrugada, con la foto de Pilar vigilando desde la pared y el comedor de Amparo durmiendo a nuestro alrededor, lo pensé. Por fin. Sin comillas, sin ironía, sin ponerlo en boca de Pacita ni de la Reme ni de nadie. Lo pensé como se piensan las cosas que una sabe verdad:

A veces el amor entra por la cocina.

Llevaba un año oyéndoselo decir a todo el mundo y haciéndome la escéptica, porque me parecía una de esas frasecitas bonitas que se

bordan en un cojín. Y resulta que era verdad. La verdad más grande que me han enseñado en esta vida, y me la enseñaron cinco viejas y un comedor que no existía en ningún papel. El amor, el de verdad, el que se queda, no entra por los grandes gestos ni por las palabras bonitas. Entra despacio, por la cocina, disfrazado de plato de cocido, de croissant torcido, de «cómete esto que te vas a quedar en los huesos». Entra dándote de comer. Entra quedándose a doblar la masa a las cuatro de la mañana aunque estorbe.

Mi abuela lo sabía. Por eso dejó pegada en la nevera, con un imán de Benidorm, aquella receta del bizcocho de la Reme que terminaba en mayúsculas: «y mantequilla, MUCHA, no seas rácana». Yo, el primer día, aparté la vista de aquel sobre como quien aparta la vista de un accidente. Tardé meses en entender que no era una receta. Era un testamento. Era mi abuela diciéndome, desde el más allá y desde la puerta de una nevera, lo único que de verdad hacía falta saber: que en la vida, como en la masa, lo que estropea las cosas no es pasarse. Es quedarse corto.

* * *

Apagué el horno. La cocina olía a mantequilla y a gloria.

—Deberíamos volver a la cama —dije, sin moverme.

—Deberíamos —dijo Gabriel, sin moverse tampoco.

Nos quedamos un rato más, los dos de pie en aquella cocina ridícula donde mi abuela me enseñó a montar claras antes que a montar en bici, donde un día llegué a las dos de la madrugada con dos maletas, una deuda y el corazón ocupado en no pensar. Aquella noche le hablé a la casa vacía y la casa, con buen criterio, no me contestó.

Esta noche la casa estaba llena. De olor a pan recién hecho, de un hombre con harina en las manos, de una foto en la pared de una abuela que por fin tenía dónde estar. Y cuando, por costumbre, miré hacia el rincón y dije, bajito, «buenas noches, abuela», esta vez sí me contestó alguien.

—Buenas noches —dijo Gabriel, que pensó que se lo decía a él.

Y lo dejé pensarlo. Porque, bien mirado, también se lo decía a él. A él y a la abuela y al comedor y a las cinco viejas y a la casa entera, que de tanto llenarse había vuelto a ser, después de todo, un hogar.

Cogí a Gabriel de la mano, con la harina y todo, y nos fuimos a dormir. Al día siguiente habría que abrir el comedor, y servir, y fregar, y discutir con Carmina, y seguir peleando por que esto durara, porque las cosas buenas también hay que defenderlas cada día. La felicidad, ya lo dije, es un verbo que se conjuga todas las mañanas. Pero esa madrugada, con los croissants enfriándose y la casa caliente, el verbo estaba conjugado. Y bien.

Me había prometido no cocinar y no querer.

Menos mal que soy una mujer que no cumple sus promesas.

EPÍLOGO

Los domingos en el comedor

Ha pasado casi un año y medio, y el comedor de la calle del Sombrerete sigue en pie, lleno y abierto, que es la única forma de victoria que de verdad cuenta: la que dura.

Han cambiado algunas cosas. El comedor es ahora una asociación próspera, con sus socios, sus cuotas voluntarias y hasta lista de espera para entrar de voluntario, porque resulta que la gente, cuando le das la oportunidad de cuidar a otros, hace cola. El barrio entero lo usa como lo que siempre fue sin que lo pusiera ningún papel: el salón de todos, el sitio al que se viene a comer, a celebrar, a llorar un duelo o a no estar solo un martes cualquiera.

Ha salido en el periódico dos veces, lo cual a Carmina le parece poco y a Reme demasiado. Vienen estudiantes a hacer trabajos sobre nosotros, asociaciones de otros barrios a copiarnos el modelo, y de vez en cuando algún concejal a hacerse la foto, al que Encarna recibe con una sonrisa de hielo y una ficha de socio. Lo importante, sin embargo, no ha cambiado nada: a la una y media en punto, todos los días, hay comida caliente en esas mesas para quien la necesite, se llame como se llame y pague lo que pueda. Eso era lo que se peleaba. Eso es lo que ganamos.

Y yo tengo obrador. Uno pequeño, en el bajo de al lado, que da al mismo patio. Lo monté con lo que fui ahorrando y con la ayuda de un contable que conozco, que me lleva las cuentas gratis a cambio de croissants. Se llama, en letras doradas sobre la puerta, «Obrador Amparo». Porque a mi abuela le debo el oficio, la casa y, sin saberlo ella, también el hombre. Era lo justo. Le pregunté, una noche, mirando al techo, si le parecía bien que le pusiera su nombre a la repostería. No me contestó, claro. Pero no soñé pesadillas, y para mí eso fue un sí.

El obrador me da de comer y me llena las manos, que es para lo único que sirve un oficio. Vendo a la gente del barrio, surto al comedor de pan y de dulce, y he recuperado hasta la clientela fiel que daba por perdida para siempre. A veces, amasando de madrugada,

me acuerdo de Migas, del otro obrador, el que monté con Víctor y que se llevó por delante mi vida entera. Y ya no me duele. Aquel obrador era de los dos, y por eso, en realidad, no era de nadie. Este es solo mío. Y resulta que un sitio que es tuyo de verdad no te lo puede quitar ningún Víctor con ninguna firma.

* * *

Pero lo que de verdad quería contar es lo de los domingos.

Los domingos, en el comedor, hay croissants.

No fue idea mía. Fue de Gabriel. Una mañana de domingo, a los pocos meses de la reapertura, se plantó en mi obrador antes de que abriera, me robó harina, mantequilla y un trozo de encimera, y se puso a laminar él solo, en silencio, con esa concentración suya de maniático. Le salieron regular. Pero no paró. Domingo tras domingo, fue mejorando, hasta que un día, sin avisar, aparecieron en la mesa del comedor dos bandejas de croissants decentes, hechos por sus manos, para todo el que quisiera.

Tardé en entender por qué lo hacía precisamente los domingos, hasta que me acordé. Su abuela Pilar hacía croissants los domingos, en una corrala de Tetuán, antes de que un señor con una carpeta se la quitara. Gabriel fue su pinche con seis años. Y luego pasó treinta años sin pisar una cocina, porque cada croissant le olía a la casa que perdieron.

Me lo contó una sola vez, hace tiempo, y nunca más. Que de pequeño, los domingos, su abuela lo subía a un taburete y le dejaba pintar el corazón de mantequilla en los croissants antes de meterlos al horno. Que era el mejor momento de su semana. Y que el día que los echaron de la corrala, Pilar no volvió a hacer un croissant, y él no volvió a subirse a un taburete, y los dos se pasaron la vida echando de menos una cocina que ya no existía.

Ahora los hace otra vez. Todos los domingos. En una corrala. Bajo una foto de Pilar con su delantal de flores, colgada junto a la puerta de la cocina, en un sitio del que ya no los puede echar nadie. No hablamos mucho de ello, porque él es de llorar para dentro y a mí me da por hacerme la dura. Pero los dos sabemos lo que es: un nieto devolviéndole a su abuela, cuarenta años tarde, los domingos que le robaron.

* * *

Y a cada croissant, antes de sacarlo, le pone su corazón de mantequilla. Torcido. Siempre torcido. Ya no por torpeza (ha mejorado mucho, me ha salido buen alumno), sino porque ese corazón mal hecho es nuestro, y un corazón de mantequilla perfecto no significaría nada.

Los críos del barrio se pelean por los del corazón más grande. Las abuelas fingen que vienen los domingos por la misa y se quedan por el croissant. Y yo, que soy la repostera profesional de la familia, la de los premios y el obrador con nombre propio, tengo que reconocer, muy a mi pesar, que los croissants de domingo de mi novio el contable, torcidos y con su lamparón de mantequilla, son los que más alegría reparten de todo Lavapiés. No los mejores. Los que más alegría reparten. Que no es lo mismo, y a estas alturas ya sé cuál de las dos cosas importa.

Y cada vez que veo a un crío del barrio relamerse uno de esos corazones torcidos, pienso en otro crío, hace sesenta años, en otra corrala, subido a un taburete, pintando el mismo corazón en los croissants de su abuela. Y pienso que las cosas buenas, cuando alguien se empeña en cuidarlas, no se pierden del todo. Solo esperan, a veces durante décadas, a que alguien se atreva a volver a hacerlas.

* * *

Las viejas siguen en sus puestos, que de ahí no las mueve ni Dios.

Reme manda en los fogones, más jefa que nunca, repartiendo cucharadas y verdades. Cuando alguien le pregunta el secreto, que todavía hay incautos que preguntan, sigue dando la misma respuesta de siempre, la que ya es leyenda en el barrio: que es mucho amor y mucha mantequilla. Y sigue teniendo razón. Carmina sigue siendo el periódico hablado del barrio, ahora con un canal de difusión que ella llama «el grupo de las importantes». Encarna lleva las cuentas de la asociación con mano de hierro y le sigue colando táperes a quien lo necesita, disfrazándolos de sobras. Y Lola y don Aurelio se casaron. Por lo civil, en una ceremonia breve, con Lola de rojo de los pies a la cabeza, porque a su edad, dijo, ya no está para blancos ni para hipocresías. Bailaron un cuplé. Cómo no. Viven juntos, en el piso de

él, y se pasan el día discutiendo de tonterías con una felicidad que da rabia. El otro día oí a Lola decirle: «Aurelio, cincuenta años he tardado en encontrarte, no se te ocurra morirte antes que yo, que no pienso volver a empezar». Y él, tan pancho: «Tranquila, Lola, que de aquí no me muevo». A los ochenta y pico. Hay que ver.

A Pacita la seguimos teniendo en la mesa. Su silla, su foto, y los domingos, un croissant en su sitio, con su corazón de mantequilla, que luego se comen los niños porque ella, estoy segura, lo preferiría así. Su nota, la que me dejó, sigue presidiendo la entrada, grabada en madera sobre la puerta, donde la lee cada día el barrio entero y cada noche, al cerrar, la leo yo:

PORQUE A VECES EL AMOR ENTRA POR LA COCINA

Resultó que la vieja casamentera tenía razón en todo. Vio lo de Gabriel y lo mío antes que nadie, vio que aquel comedor me iba a salvar la vida, y se fue tranquila porque sabía que dejaba las cosas en su sitio. La echo de menos cada día. Y cada día, al pasar bajo su frase, le doy las gracias en voz baja, que es lo más parecido a una oración que tengo.

Las otras viejas, eso sí, le han cogido el relevo en lo de casamenteras. No hay voluntario nuevo, ni vecino soltero, ni repartidor con buena planta que entre por esa puerta y salga sin que Reme, Carmina y Encarna le hayan tomado las medidas para ver a quién se lo endosan. Pacita estaría orgullosísima. Dejó escuela.

* * *

Esta mañana, domingo, el comedor estaba a reventar.

Yo había traído una bandeja de bollería del obrador, de la buena, de la mía. Gabriel sacaba sus croissants de domingo, torcidos y felices. Reme repartía y mandaba. Carmina contaba. Las mesas, llenas. Los críos, pringados de mantequilla hasta las cejas. La foto de Pilar, mirándolo todo. La de Pacita en su silla. Y, fuera, sobre la puerta, las palabras de las dos, que en el fondo son las mismas: que la gente se cuide, que nadie coma solo, que a veces, si tienes suerte, el amor entra por la cocina.

Había días, no hace tanto, en que yo habría mirado una escena así, tanta gente, tanto ruido, tanto querer, y habría buscado la puerta para salir corriendo, porque el cariño me daba más miedo que la

soledad. Hoy miré la puerta, sí. Pero solo para leer, una vez más, la frase de Pacita escrita encima. Y me quedé. Llevo casi dos años quedándome. Y se me da cada vez mejor.

Gabriel me pasó un croissant por encima del mostrador, sin decir nada. Le había puesto, a ese, el corazón de mantequilla más grande de la bandeja.

—¿Y este por qué es el más grande? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Porque es el tuyo —dijo. Y siguió repartiendo, tan tranquilo, como si acabara de decir algo sin importancia.

Lo cogí. Estaba caliente. Sabía, cómo no, a mantequilla.

Y pensé, mientras lo miraba a él, y a las viejas, y al barrio entero comiendo junto un domingo cualquiera, en el único sitio del mundo donde todos cabíamos, que mi abuela había tenido razón hasta el final.

Me dejó tres cosas al morir.

Y resultaron ser todo lo que necesitaba.

* * *

FIN
